



MEDIOEVO IX

NOSOTROS, USTEDES, LOS OTROS



MEDIOEVO 09 - NOSOTROS USTEDES LOS OTROS

Luis René González López

MEDIOEVO 09 - NOSOTROS USTEDES LOS OTROS

[MEDIOEVO](#)

[NOSOTROS, USTEDES, LOS OTROS](#)

[Libro IX](#)

[Derechos de Autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota del Autor](#)

[Índice de Personajes](#)

MEDIOEVO

NOSOTROS, USTEDES, LOS OTROS

Libro IX

Luis René González López

- ○

Derechos de Autor

© 2026 Luis René González López

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción creada íntegramente por un ser humano.

Primera edición: 2026

- ○

Dedicatoria

Para los que recuerdan lo que otros prefieren olvidar.

- ○

Nota del Autor

Los primeros ocho libros los escribí buscando algo. Este lo escribí encontrando algo que no buscaba.

Lo que encontré es sencillo: la gente ordinaria hace cosas extraordinarias no por valentía ni por destino, sino porque no tiene alternativa. Porque el cuerpo sigue funcionando cuando la mente ya se rinde. Porque las manos siguen cortando cebollas cuando el mundo se derrumba. Porque los pies siguen subiendo escalones aunque no haya razón para subir.

Hay una chica que recuerda todo. El sistema no puede tocarla. No porque sea fuerte ni porque sea especial, sino porque su cerebro procesa la información de una forma que el sistema no fue diseñado para manipular. El error que persiste. La interferencia que no se puede corregir.

Cada libro de esta saga ha sido un intento de decir algo que no sé decir de otra forma: que existimos porque algo se equivocó, y que el error somos nosotros, y que el error es lo más interesante que le ha pasado al universo.

No sé si es verdad. Pero es lo que tengo.

Luis René González López 2026 ## GUÍA DE TAGS RAYUELA -
LIBRO IX

SISTEMA DE TAGS PARA CICLO 5

CARACTERES PRINCIPALES (8 ADOLESCENTES): - **[D]** = Darvi (narrador múltiple, percepción de frecuencias anómalas) - **[L]** = Leonardo (aparece como guardián/guía, Capítulo 035) - **[K]** = K-07/K-08 (fragmentos de consciencia, infraestructura neural) - **[A]** = ARCHON (entidad emergente, sistema de control)

SISTEMAS Y FENÓMENOS: - **[O]** = Observacionismo (puntos ciegos TAAT, medición de anomalías) - **[H]** = Hemacronos (fenómenos temporales, dilatación del tiempo) - **[X]** = Xochipilli/Don Humo (realidad astral, cruce de Suki)

TORRES Y UBICACIONES: - Torres TAAT: Crean puntos ciegos (Capítulo 009) - Nivel -12, Bloque 7, Unidad 4: Donde Rafael descubre cambios en frecuencia - Nivel -22: Taller de Darvi donde aparecen las siluetas

CONTENIDO POR TEMPORADA:

Temporada 1 (Cap. 001-010): 8 adolescentes despiertan a anomalías. Rafael nota cambio en Torre TAAT. Darvi ve siluetas. Focus: **[D][O][K]** Descubrimiento inicial de puntos ciegos.

Temporada 2 (Cap. 011-020): Manifestaciones más jóvenes. Los chicos descubren que SON fragmentos. Focus: **[D][K][A][O]** La naturaleza fragmentada se revela.

Temporada 3 (Cap. 021-030): Versiones adultas aparecen. Sistemas de control se hacen evidentes. Focus: **[D][A][H][L]** Reconocimiento de la arquitectura del control.

Temporada 4 (Cap. 031-040): Eclipse TAAT. Suki cruza desde el plano astral. Revelación final. Focus: **[D][K][A][L][X]** Convergencia y fragmento revelado.

FIGURAS CLAVE: - 8 adolescentes: Rafael, Darvi, Lu, Toshiro, Delto, Reymus, Mathew, Annie - Suki: Cruza desde el plano astral en

HUMO (Capítulo 038) - Las siluetas: Altura variable, sin bordes, orientadas hacia abajo (niveles -40 a -67) - Pulsera TAAT: Mide “coherencia,” controla acceso a servicios - Torres TAAT: Emiten 0.12 Hz (inaudible pero perceptible en dientes/hueso)

PATRÓN CENTRAL: Los adolescentes son fragmentos de consciencia que el sistema TAAT no puede controlar porque su percepción cruzada no encaja en los patrones esperados. El error es la resistencia. ## Contenido

Temporada 1: ADOLESCENTES

- Capítulo 001 Ruido
- Capítulo 002 Frecuencia
- Capítulo 003 Circunstancia
- Capítulo 004 Lili
- Capítulo 005 Convergencia
- Capítulo 006 Encrucijada
- Capítulo 007 Ocho
- Capítulo 008 Cruce
- Capítulo 009 Puntos ciegos
- Capítulo 010 Costa

Temporada 2: Niños

- Capítulo 011 Escalera
- Capítulo 012 Térmico
- Capítulo 013 Lectura
- Capítulo 014 Herramienta
- Capítulo 015 Caída
- Capítulo 016 Piano

- Capítulo 017 Semillas
- Capítulo 018 Podá
- Capítulo 019 Raíz
- Capítulo 020 Hueco

Temporada 3: Adultos

- Capítulo 021 Doméstico
- Capítulo 022 Escalada
- Capítulo 023 Hitorikage
- Capítulo 024 Yujú
- Capítulo 025 Cálculo
- Capítulo 026 Receptor
- Capítulo 027 La llamada
- Capítulo 028 Espejos
- Capítulo 029 Sombras
- Capítulo 030 Costo

Temporada 4: Eclipse

- Capítulo 031 Residuo
- Capítulo 032 Coma
- Capítulo 033 Procesados
- Capítulo 034 Retorno
- Capítulo 035 Señal
- Capítulo 036 Eclipse
- Capítulo 037 Niebla
- Capítulo 038 Humo
- Capítulo 039 Ejército
- Capítulo 040 La constante

- Epílogo Lo que no se fue

Apéndices

- Glosario
- Registro técnico
- Índice de personajes ## Temporada 1: ADOLESCENTES
- ◦

Capítulo 001 RUIDO [D][O][K]

- ◦

El cuarto escalón entre el segundo y el tercer piso era medio grado más frío que los otros. Rafael lo sabía porque lo había medido. No con un termómetro, la pulsera no incluía uno y los del Nivel -12 no tenían acceso a instrumental de precisión, sino con la planta del pie izquierdo, descalzo, a las 02:40 de la mañana, durante once noches consecutivas. El cuarto escalón. Siempre el cuarto. Medio grado. Constante.

La casa era una unidad vertical de cuatro niveles conectados por una escalera interior de metal y concreto. Cuartos abajo, cocina en el segundo, sala en el tercer piso, azotea sellada en el cuarto. Treinta y dos escalones en total. Los había contado a los seis años. Los volvió a contar a los nueve. El número no cambió. Lo que cambió fue el cuarto escalón del segundo tramo.

A las 02:43, tres minutos después de descalzarse y sentarse en el tercer escalón, la Torre TAAT más cercana emitió su pulso. Rafael no lo escuchó. Nadie lo escuchaba: 0.12 Hz estaba por debajo del

umbral auditivo humano. Pero Rafael lo sentía en los dientes, en las muelas del juicio que le estaban saliendo a los diecisiete años porque su cuerpo hacía todo a destiempo, y esa presión baja y constante tenía un color. Gris. Plano. Sin bordes. El gris de un muro de concreto visto de muy cerca, donde no hay sombra ni relieve ni nada que el ojo pueda agarrar.

El cuarto escalón convertía ese gris en otra cosa. No sabía cómo describirla. Lo había intentado catorce veces en un cuaderno que escondía debajo del colchón, y las catorce veces había tachado lo que escribió. Los colores que veía cuando escuchaba cosas no tenían nombre. No los colores normales: esos sí. Rojo era rojo, el pitido del despertador era una línea naranja delgada, la voz de su madre cuando estaba cansada era marrón con textura de tela húmeda. Esos los conocía. El problema era lo que pasaba en el cuarto escalón, porque el gris de la Torre TAAT se volvía algo entre púrpura y violeta con una textura que le raspaba el interior de la nariz. No la nariz por fuera. Por dentro. En algún punto detrás de los ojos donde no debería haber textura.

Se quedó ahí cuarenta minutos. A las 03:20, su pulsera parpadeó. Verde-amarillo-verde. Medio segundo de amarillo. Lo suficiente para que el registro quedara. Lo suficiente para que, si alguien en algún nivel superior estaba revisando patrones de coherencia a las tres de la mañana, viera un pico en las coordenadas del Nivel -12, Bloque 7, Unidad 4.

Rafael subió. Se acostó. Cerró los ojos. El púrpura con textura de lija se quedó impreso en el interior de los párpados durante nueve minutos. Los contó.

La barra de pollo del desayuno costaba 18 cohers. Rafael la partió en dos mitades exactas. Le dejó la mitad con más relleno a Ale en la mesa y se comió la otra parado, mirando por la ventana del segundo piso al corredor del Nivel -12.

El corredor era un pasillo de cinco metros de ancho con techo de concreto a tres metros de altura, iluminado por fluorescentes que pulsaban al mismo ritmo que las Torres. Cuarenta unidades habitacionales a cada lado. Ochenta familias. Mil seiscientas personas si el promedio de 4.2 habitantes por unidad se mantenía, lo cual se mantenía, porque Rafael lo había calculado contando zapatos afuera de las puertas durante tres semanas.

Ale bajó a las 07:14. Tenía quince años y el pelo liso que Rafael no tenía. Se sentó. Comió la mitad de la barra sin decir nada. Ale no decía mucho. No porque no pudiera, sino porque había aprendido que en esta casa la quietud era más eficiente que las palabras. Sus padres salían a las 05:30, turno de manufactura en el Nivel -30, y volvían a las 20:00 si no había extensión. Si había extensión, volvían a las 23:00 y la cena era otra barra de pollo fría.

La barra tiene un 34% de proteína reconstituida, 22% de almidón modificado, 18% de grasa vegetal hidrogenada, y el resto son conservantes y saborizantes, dijo Rafael.

Ale masticó.

El saborizante es glutamato monosódico con un potenciador de umami sintético que imita el perfil de la carne de pollo real, pero la proteína viene de insectos cultivados en el Nivel -45. Tenebrio molitor, probablemente, por el costo de producción.

Ale tragó. Lo miró.

Hay un estudio del Nivel +30 que dice que el potenciador puede causar resistencia al sabor natural después de tres años de consumo continuo. Llevamos once, dijo Rafael.

¿Sí?

Son las siete de la mañana, dijo Rafael cerrando la boca. Miró la barra. Le quedaba un tercio. La mordió. Sabía a lo que siempre sabía: a nada que pudiera identificar con certeza pero que su cuerpo aceptaba sin quejarse. Había intentado mejorar el sabor calentándola con la plancha del corredor comunal. No funcionó. La textura cambió pero el sabor siguió siendo el mismo vacío alimenticio que millones de personas consumían tres veces al día.

912 millones. El número de la población de Ciudad Control según el último censo que GM publicó en las pantallas del Nivel 0. El mismo número que las Torres TAAT.

Ale se fue a las 07:22. Escuela del Nivel -8. Cuatro niveles arriba, catorce minutos caminando por las rampas mecánicas (cuando funcionaban) o veintidós por las escaleras fijas (cuando no). Rafael debería haber ido a la suya Nivel -10, formación técnica, módulo de frecuencias acústicas, pero no fue.

Se quedó mirando el corredor. La luz naranja de los fluorescentes rebotaba en el concreto húmedo. Ciudad Control sudaba. No metafóricamente: la bionanocelulosa de los muros absorbía humedad del sistema de ventilación y la liberaba en ciclos de doce horas, una película delgada y tibia que cubría todas las superficies de los niveles bajos. En los niveles altos el aire era seco. Limpio. En el -12, todo estaba siempre un poco mojado. Las paredes, las barandas, los marcos de las puertas. La ropa tardaba un día entero en secarse.

Rafael pasó el dedo por la baranda del corredor. Húmedo. Tibio. Con un olor dulce y enfermizo que llevaba oliendo toda su vida y que había dejado de percibir a los once años, cuando el cerebro decidió que ese olor era el olor del mundo. No valía la pena registrarlo. Pero hoy lo percibió. Hoy el olor era diferente.

La Torre TAAT del Bloque 7 estaba a ochenta metros al norte, visible desde la ventana del tercer piso si te inclinabas a la izquierda y mirabas hacia arriba por el ducto de ventilación. Rafael había medido la distancia contando losetas del corredor (40 cm cada una) multiplicadas por los corredores que la separaban. Ochenta metros. La torre medía doscientos y algo. Desde el Nivel -12 solo se veía la base: concreto negro, arbotantes de acero, y los cristales verdes que pulsaban.

Los cristales pulsaban a un ritmo que Rafael veía color verde pálido con bordes blandos. Siempre. Desde que tenía memoria. Verde pálido, bordes blandos, ritmo constante. Hoy no.

Hoy el ritmo era el mismo pero el color tenía un borde seco. Lijado. El contorno del verde, que siempre había sido blando, ahora raspaba. Un detalle mínimo. Casi nada. El tipo de cambio que desaparecería si dejabas de prestar atención durante un segundo.

Rafael no dejó de prestar atención. Se inclinó sobre la baranda del corredor. Cerró los ojos. Escuchó.

El Nivel -12 sonaba a: tuberías de agua caliente (zumbido grave, color bronce opaco), sistema de ventilación (soplido constante, color blanco sucio), pasos en el Nivel -11 arriba (golpes secos, color naranja intermitente), y por debajo de todo, la presión sorda de la Torre TAAT (gris plano. Siempre gris plano). Estos sonidos tenían posición, volumen, y textura. Rafael podía ubicarlos en un mapa

tridimensional que se armaba solo dentro de su cráneo sin que él lo pidiera. Siempre había sido así. No recordaba un momento en que los sonidos no tuvieran color y forma. Posición. Peso.

Debajo del gris plano de la Torre, algo. Tenue. En el límite de la percepción. No un sonido una ausencia de sonido. Un punto donde el gris de la Torre no llegaba. Un hueco. El patrón roto delataba la pieza faltante, no la pieza misma.

El hueco estaba abajo. En dirección a la escalera de su casa. En dirección al cuarto escalón.

Rafael abrió los ojos. La pulsera brillaba verde. Estable.

- ○

No fue a clase. Pasó la mañana en la biblioteca del Nivel -5. La biblioteca era un cuarto de ocho por doce metros con estantes de metal y 340 volúmenes aprobados por GM. Rafael los había contado. Trescientos cuarenta. Ciento doce de Productividad Social, ochenta y cuatro de Historia Autorizada, sesenta y uno de Salud y Bienestar Sistémico, ochenta de Ciencias Aplicadas Nivel Básico. Cero de acústica. Cero de frecuencias. Cero de cualquier cosa que explicara por qué los sonidos tenían color.

La bibliotecaria se llamaba Marín. Sesenta y tantos años. Pelo gris cortado recto. Había trabajado en el Nivel +10 antes de una “reestructuración” que la bajó veintidós niveles. No hablaba de eso. Cuando Rafael le preguntó si había libros sobre percepción auditiva, Marín lo miró tres segundos más de lo necesario.

Percepción auditiva no es contenido productivo, dijo.

Pero el módulo de frecuencias acústicas del Nivel -10 enseña propagación de ondas, que es un fenómeno perceptual, y la

percepción auditiva es la interfaz entre la onda y el sistema nervioso, lo cual haría del tema una extensión natural del módulo. Por lo tanto contenido productivo por transitividad, dijo Rafael.

Marín parpadeó.

No tengo libros de percepción auditiva, dijo.

¿Tiene de neurofisiología?

Eso no es contenido... productivo, dijo Marín.

¿Tiene explicaciones sobre cómo funciona un oído?

Marín fue al estante de Salud y Bienestar Sistémico. Sacó un volumen. *El Cuerpo Funcional: Manual para Ciudadanos Coherentes*. Capítulo 9: “El Sistema Auditivo y la Productividad.” Rafael lo abrió. El capítulo tenía cuatro páginas. Cuatro. El oído humano un instrumento de una complejidad que la evolución tardó millones de años en refinar reducido a cuatro páginas que decían esencialmente: escucha las instrucciones y sé productivo.

Se sentó en la única mesa de la biblioteca. Leyó las cuatro páginas tres veces. No servían.

A las 11:40, mientras devolvía el libro, vio a una chica en la esquina opuesta. Más o menos de su edad. Pelo en rastas. Leía un libro sin portada. Lo leía con una concentración que Rafael reconocía porque era la misma concentración que él ponía en todo y que el resto del mundo interpretaba como “raro” o “intenso” o “¿puedes dejar de mirar fijo?”

La chica pasó una página. No levantó la vista. Rafael devolvió el manual. Salió. No le habló. No porque no quisiera, sino porque no supo cómo empezar una conversación con alguien que estaba haciendo algo y que probablemente no quería que la interrumpieran, y porque las tres últimas veces que intentó hablar con alguien de su

edad le explicó durante nueve minutos la composición molecular de algo y las tres veces la otra persona se fue.

- ○

A las 02:40 de la mañana bajó la escalera descalzo. Noche doce.

El cuarto escalón. Frío. Medio grado menos. La planta del pie registró la diferencia antes de que la mente la procesara. El cuerpo sabía antes que él.

Se sentó en el tercer escalón. Esperó.

A las 02:43 el pulso de la Torre TAAT. Gris plano. Pero en el punto exacto del cuarto escalón, donde el hueco de frecuencia comía el borde del gris, el color cambió. Púrpura. Oscuro. Con una textura que Rafael ahora podía describir porque llevaba doce noches buscando la palabra: lija. Lija de grano fino. La que se usa para pulir metal antes del acabado. Púrpura con textura de lija de grano 400.

La textura le raspó algo detrás de los ojos. No dolió. Picó. El picor de una costra que se está cerrando, no de una herida que se abre. Algo en esa frecuencia alterada estaba haciendo algo que los cuatro páginas del manual de Salud y Bienestar no mencionaban.

Se inclinó hacia el cuarto escalón. Puso la mano en la superficie de metal. Frío. La condensación de bionanocelulosa era más espesa aquí. Más pegajosa. El olor dulce y enfermizo era más fuerte. No el olor del Nivel -12, algo debajo de ese olor, era ozono. El mismo olor que soltaban los transformadores quemados del Nivel -30 cuando los técnicos abrían las cajas de distribución. Pero no había transformadores aquí. No había nada aquí que justificara ozono.

La pulsera parpadeó. Verde-amarillo-verde. Medio segundo.

Rafael retiró la mano. Se miró la palma. Húmeda. Fría. Normal.

Excepto que en el borde de su campo visual, durante una fracción de segundo, el espacio debajo del cuarto escalón fue más oscuro de lo que debería ser. No una sombra, las sombras las producen objetos que bloquean luz. Esto era oscuridad sin fuente. Un lugar donde la luz naranja del fluorescente del pasillo llegaba pero no rebotaba.

Duró menos de un segundo. Después: normal. Escalera. Metal. Concreto. Condensación.

Rafael se quedó sentado catorce minutos más. No pasó nada. El gris plano volvió. El púrpura desapareció. La pulsera se mantuvo verde.

Subió. Se acostó. No durmió.

En el cuaderno debajo del colchón, a oscuras, escribió:

Escalón 4. 02:43-02:44. Púrpura grano 400. Ozono. Ausencia de rebote.

Lo dejó. Cerró el cuaderno. Se puso de lado. El colchón estaba húmedo por la condensación. Siempre estaba húmedo. En el Nivel -12 todo estaba siempre húmedo.

El zumbido de la Torre TAAT siguió siendo gris. Plano. Constante.

Pero Rafael ya sabía que tenía un hueco. ### Capítulo 002
FRECUENCIA [D][O][A]

- ○

El motor de ventilación industrial modelo VT-40 tenía treinta y siete piezas. Darvi las había contado la primera vez que desarmó uno, a los trece años, con un destornillador robado del taller del Nivel -25 y un diagrama que dibujó de memoria después de ver a un técnico cambiar un rodamiento. Treinta. Siete piezas. El técnico tardó una

hora. Cuarenta minutos. Darvi tardó cincuenta y tres minutos. La segunda vez, cuarenta y uno. La tercera, treinta y cuatro.

Hoy: veintidós minutos. El VT-40 del corredor B del Nivel -22 estaba sobre la mesa de trabajo, abierto, con las tripas ordenadas de izquierda a derecha en secuencia de desmontaje. Rodamiento principal. Bobina de cobre. Eje central. Ventilador de siete aspas (una con una grieta de fatiga en el tercer milímetro desde el borde). Carcasa. Tornillos. Arandelas. Sellos de goma que olían a quemado porque el VT-40 llevaba funcionando sin mantenimiento desde antes de que Darvi naciera.

El taller era un cubículo de tres por tres metros en el corredor C del Nivel -22. No era un taller oficial, era un espacio de almacenamiento que llevaba abandonado ocho años cuando Darvi lo encontró a los doce. Puso un candado. Trajo una mesa de trabajo del depósito de chatarra del Nivel -30. Conectó una lámpara al sistema eléctrico del corredor sin autorización. El sistema no la detectó porque Darvi empataba cables de la misma manera que los técnicos oficiales y el circuito no distinguía entre una conexión autorizada y una que no lo era.

Los audífonos estaban puestos. Siempre estaban puestos. No reproducían música, reproducían estática blanca generada por un circuito que Darvi armó con piezas de tres radios descartados. La estática tenía un ancho de banda específico: 200 a 8000 Hz. Suficiente para cubrir los rangos donde la frecuencia de las Torres TAAT le pegaba. Sin los audífonos, la emisión de la Torre le llegaba a la mandíbula, al hueso temporal, al oído medio. No dolor presencia, una presión constante que empujaba desde afuera hacia adentro, y Darvi ya cargaba suficiente presión interna.

La grieta en el aspa del ventilador era de fatiga mecánica. Dos opciones: reemplazar el aspa (no había repuestos en el Nivel -22) o soldar la grieta con estaño y reforzar con una lámina de aluminio cortada de una lata. Darvi eligió la segunda. La soldadura tardaría diez minutos. El refuerzo, cinco. El cliente, un encargado de ventilación del Nivel -20 que le pagaba en efectivo porque las transacciones por pulsera dejaban registro, lo necesitaba para mañana.

Soldó. El estaño se derritió limpio. El olor a flux se mezcló con el olor permanente del taller: grasa de motor, ozono residual, metal caliente. El cubículo no tenía ventilación propia, lo cual era irónico tratándose de un taller que reparaba ventiladores.

En la esquina izquierda del taller, debajo de la mesa de trabajo, el gato dormía. No tenía nombre. Darvi no le puso nombre porque ponerle nombre implicaba una declaración de propiedad y el gato no era de nadie. El gato era gris con una mancha blanca en la oreja derecha. Pesaba cuatro kilos y medio. Comía sobras de barra de pollo. Lo que cazara en los conductos de ventilación del Nivel -22, que incluía cucarachas del tamaño de un pulgar y, ocasionalmente, ratas jóvenes. Los animales domésticos estaban restringidos en niveles bajos, la regulación GM especificaba “organismos no productivos prohibidos en zonas habitacionales de Nivel -15 o inferior.” El gato no era doméstico. El gato estaba ahí. Eran cosas diferentes.

Darvi terminó la soldadura. Limpió el flux con un trapo. Inspeccionó. Sólido. El refuerzo de aluminio quedó a ras. El aspa giraría sin desbalance.

Se quitó los guantes de trabajo. Miró la hora en la pulsera. 19:47. Verde. Coherencia estable. Medía lo que Darvi no entendía del todo y que el sistema llamaba “coherencia” y que determinaba acceso a servicios, niveles habitacionales, privilegios. La de Darvi siempre marcaba verde. Siempre. Incluso cuando debería marcar otra cosa.

Se sentó en la silla, una silla de oficina rescatada del Nivel -35, con una rueda rota y el relleno salido por un costado, y sacó un helado del refrigerador improvisado (una caja de metal aislada con espuma industrial conectada a la línea de refrigeración del corredor). El helado costaba 120 cohers. Vainilla. El sabor más barato. Darvi comía uno al día. A veces dos. Era su gasto más grande. Ganaba entre 800 y 1200 cohers al mes reparando motores, dependiendo de cuántos VT-40 se rompieran, y el helado diario le costaba 3600 al mes si se limitaba a uno. No alcanzaba. Nunca alcanzaba. Pero el helado era el helado y las matemáticas eran las matemáticas. Darvi había decidido a los catorce años que prefería no comer cena a no comer helado.

El gato abrió un ojo. Cerró el ojo.

- ○

La silueta apareció a las 20:03.

Siempre aparecían al mismo tipo de hora: después del segundo pulso nocturno de las Torres TAAT, cuando la frecuencia se intensificaba un 4% durante seis minutos antes de volver al nivel base. Darvi lo sabía porque había medido la correlación durante tres años. Las siluetas aparecían en la ventana de intensificación. Nunca antes. Nunca después. Tres años de datos confirmaban el patrón.

Esta estaba en la esquina derecha del taller, detrás de la mesa de repuestos. Alta. Más alta que una persona. Sin rasgos faciales. Sin bordes definidos. Una densidad en el aire que era más oscura que la pared detrás de ella pero que no proyectaba sombra propia. No bloqueaba la luz, la absorbía de una manera que los ojos de Darvi registraban pero que su cerebro no podía categorizar con las herramientas disponibles.

Las primeras siluetas aparecieron cuando tenía once años. Once años y cuatro meses, para ser exacta, una noche de condensación espesa en el Nivel -28 donde vivía entonces, en la esquina del cuarto que compartía con su hermana mayor. La primera vez gritó. Su hermana mayor no vio nada. Su madre encendió la luz. No había nada. Darvi dejó de gritar después de la tercera vez porque gritar no cambiaba la presencia de las siluetas y sí despertaba a su hermana. Sí hacía que su madre la mirara con una expresión que Darvi archivó bajo “preocupación que no sabe qué hacer consigo misma.”

Ahora, cinco años después, las siluetas eran parte del inventario del taller. Aparecían. Se quedaban entre cuatro y once minutos. Desaparecían. Darvi las registraba en una libreta: hora, posición, duración, dirección (porque las siluetas no parecían estáticas, se orientaban hacia algo, señalaban con la densidad de su cuerpo una dirección que Darvi anotaba con una flecha y un punto cardinal). La libreta tenía cientos de entradas. Había contado mal en la página 112 y corrigió pero olvidó actualizar el total. 843.

La silueta de hoy apuntaba hacia abajo. No “abajo” en el sentido de la esquina inferior del taller. Abajo como en: niveles inferiores. Como en: debajo del -22. Hacia la zona industrial. Hacia los túneles de servicio que conectaban los niveles -40 a -67.

Darvi la miró. La silueta no la miró de vuelta porque no tenía ojos. Pero se orientó hacia ella durante dos segundos antes de volver a apuntar hacia abajo.

El gato abrió los ojos. Los dos. Miró la esquina donde estaba la silueta. Las pupilas se dilataron. El pelo de la espalda no se erizó. El gato estaba acostumbrado. Pero las pupilas se dilataron. El gato veía algo. Lo que Darvi veía o algo distinto, no había forma de saberlo. Pero el gato veía.

Darvi anotó: *20:03. Esquina derecha. 2.2m altura aprox. Dirección: abajo (niveles inferiores). Gato confirma.*

“Gato confirma” era su abreviatura para “el gato reaccionó a la misma ubicación que yo percibo.” Lo usaba desde la entrada 214. Antes de eso no anotaba la reacción del gato porque no tenía gato.

La silueta se disolvió a las 20:10. Siete minutos. Dentro del rango. La ventana de intensificación de la Torre terminó a las 20:09, un minuto antes. Normal: la silueta siempre duraba entre treinta segundos y dos minutos más que la ventana.

Darvi terminó el helado. Lamió el palito. Lo guardó en una lata donde guardaba todos los palitos de helado. La lata tenía 1,247 palitos. Los contaba cada primero de mes. Un palito por helado, un helado por día, 1,247 días desde que empezó la colección. Tres años, cuatro meses, doce días.

- ○

El Nivel -22 a las 21:00 era un corredor de cuatro metros de ancho con techo bajo dos metros sesenta y lámparas de sodio que convertían todo en naranja. El naranja de Ciudad Control era diferente del naranja de otros lugares (no que Darvi hubiera estado

en otros lugares, pero los manuales de iluminación del Nivel -10 describían espectros de emisión y el espectro del sodio de baja presión era 589 nanómetros, un naranja que eliminaba la capacidad de distinguir rojo de verde y que hacía que la piel de todos se viera enferma).

Darvi caminó al dispensador de helados del Nivel -20. Dos niveles arriba. La rampa mecánica del corredor D funcionaba los lunes y jueves. Hoy era martes. Escaleras.

El dispensador marcaba 120 cohers por unidad. Darvi la acercó. Un pitido. Débito confirmado. El helado cayó. Vainilla.

A la vuelta, en la rampa del corredor D (apagada, inclinación de 15 grados, superficie de metal acanalado), se cruzó con dos patrulleros. Uniformes grises. Pulseras azules nivel de autoridad superior. Cascos con visor que cubría los ojos. Los patrulleros del Nivel -20 para abajo eran diferentes a los del Nivel 0 para arriba: estos no tenían armas visibles, solo el casco, la pulsera azul, y una autoridad que funcionaba porque nadie la cuestionaba.

Uno de los patrulleros la miró. El visor reflejaba la luz naranja. Darvi siguió caminando. No bajó la mirada. No subió la mirada. Miró al frente. El paso constante. Los audífonos puestos. La estática blanca cubriendo todo.

El patrullero dejó de mirarla. Siguieron.

Darvi entró al taller. Cerró la puerta. Puso el candado. Se sentó.

El gato se subió a su regazo.

Las siluetas no volvieron. Pero a las 22:15, cuando Darvi estaba a punto de apagar la lámpara, algo más:

Un sonido dentro de la estática.

No un sonido externo. Un sonido dentro de la señal de estática blanca que generaba el circuito de los audífonos. El circuito era analógico, tres transistores, dos resistencias, un generador de ruido basado en la unión base-emisor de un transistor en reversa. No recibía señales externas. No tenía antena. No estaba conectado a nada excepto a la batería y a los parlantes de los audífonos. Pero dentro de la estática, durante once segundos, hubo un patrón. No una voz. No una melodía. Un ritmo. Secuencias de densidad dentro del ruido blanco que se repetían: dos pulsos cortos, uno largo, tres cortos, pausa. Dos cortos, uno largo, tres cortos, pausa. Once segundos. Después: estática normal.

Darvi se quitó un audífono. Escuchó el corredor. Nada. Se puso el audífono. Estática normal.

Revisó el circuito. Los tres transistores, las dos resistencias, el generador. Todo en su lugar. Sin modificación. Sin antena. Sin forma de recibir una señal externa.

Pero la señal estuvo ahí. Dos cortos, uno largo, tres cortos.

Darvi anotó: *22:15. Patrón en estática. 2-1-3, repetido, 11 seg. Circuito cerrado. Sin fuente externa. Correlación con silueta de 20:03: pendiente.*

Apagó la lámpara. Se acostó en el piso del taller (no tenía cama aquí dormía en su unidad del Nivel -28, pero a veces se quedaba). El gato se acomodó contra su costado. El suelo de concreto estaba tibio por la tubería de agua caliente que pasaba debajo. El taller olía a flux y grasa. Olor a ozono residual y el olor dulce y enfermizo de la bionanocelulosa que cubría todos los muros de los niveles bajos.

Cerró los ojos. La estática blanca de los audífonos era constante. Sin patrón. Sin ritmo.

Pero Darvi escuchó de todas formas.

Porque lo que el circuito no podía recibir y lo que los audífonos no podían reproducir y lo que su oído no debería poder detectar estuvo ahí. Once segundos. Un patrón que nadie más habría notado dentro del ruido. Un patrón que Darvi notó porque Darvi notaba todo. Porque su mente procesaba todo, porque el filtro que la mayoría de las personas tenía entre percepción y consciencia, el filtro que separaba señal de ruido, relevante de irrelevante, normal de anómalo en Darvi estaba calibrado diferente. No roto. No ausente. Diferente. Más ancho. Más poroso. Dejaba pasar más.

Y lo que pasaba, Darvi lo archivaba.

A la 01:04 el gato se movió. Levantó la cabeza. Miró la esquina derecha del taller. La esquina donde la silueta había estado tres horas antes. No había nada ahí.

Pero el gato miró.

Y Darvi, con los ojos cerrados, lo supo. ### Capítulo 003
CIRCUNSTANCIA [D][K][O]

- ◦

Lu.

La bibliotecaria del Nivel -5 dijo que no.

Lu dijo que estaba equivocada.

La bibliotecaria Marín, sesenta y tantos años, pelo gris recto, trasladada de algún nivel superior que nunca mencionaba, repitió que no. Mitología comparada no era contenido productivo. El catálogo del GM incluía 340 volúmenes. Ninguno de mitología. Ninguno de folklore. Ninguno de religiones comparadas ni de

estructuras narrativas universales ni de nada que se pareciera a lo que Lu estaba pidiendo.

La estructura narrativa del mito del héroe aparece en diecisiete culturas documentadas antes del Reset - dijo Lu. Si el GM destruyó los libros sobre mitología, no destruyó la evidencia de que las mitologías existen, porque las historias que cuenta la gente del Nivel -10 para abajo replican los mismos patrones sin saberlo. Suprimir el conocimiento del patrón no suprime el patrón. Solo suprime la capacidad de identificarlo.

Marín la miró. Lu tenía diecisiete años, rastas que le llegaban a los hombros, un mechón azul en el lado izquierdo (tinte no autorizado, fabricado con óxido de cobalto robado del taller de pigmentos del Nivel -18). Y una cinta negra de taekwondo atada a la cintura en lugar de cinturón porque los cinturones costaban 200 cohers y la cinta negra era gratis después de seis años de entrenamiento.

No tengo libros de mitología - dijo Marín.

Tiene uno dijo Lu. Detrás del estante de Salud y Bienestar, contra la pared, entre el muro y el soporte metálico. Sin portada. Páginas amarillas. Alguien lo dejó ahí. No usted. Alguien de antes.

Marín no se movió durante cuatro segundos. Después fue al estante. Miró detrás. Volvió con las manos vacías.

No hay nada.

Lu sonrió. Porque Lu había sacado el libro de ahí tres semanas antes y lo tenía en la mochila, y quería saber si Marín sabía que existía. Ahora sabía que sí.

Lu se fue. Marín la miró irse. Ninguna - dijo nada más.

En la mochila, el libro sin portada pesaba 340 gramos. Lu lo había pesado con una balanza del comedor comunal. 340 gramos de algo que el GM no quería que existiera.

- ◦

Annie.

El truco era la grasa.

No la grasa de la barra esa era hidrogenada, industrial, diseñada para no cambiar de estado entre -5 y 60 grados centígrados. La grasa que Annie usaba era animal. De rata. Del Nivel -15 para abajo, las ratas eran fauna tolerada (demasiadas para exterminar, demasiado útiles como indicadores de fugas de gas). Los carniceros informales del Nivel -20 las vendían desolladas y limpias por 15 cohers la pieza. La grasa de rata, cuando se rendía a fuego bajo durante cuarenta minutos, producía un aceite denso, oscuro, con un punto de humo de 190 grados que aguantaba la fritura sin quemarse y que le daba a cualquier cosa incluso a una barra de pollo de 18 cohers un sabor que no existía en ningún otro lugar de Ciudad Control.

Annie tenía diecisiete años y las manos quemadas. No metafóricamente: cicatrices de salpicadura en el dorso de la mano derecha, una marca de plancha en el antebrazo izquierdo, callos de cuchillo en los dedos índice y medio. El comedor comunal del Nivel -15 le pagaba en comida, no en cohers, porque registrar un empleo para una menor de edad en el sistema de pulseras requería autorización parental y la madre de Annie trabajaba turno completo en el Nivel -30 y no tenía tiempo para trámites que no generaran cohers.

El comedor servía a 120 personas por turno, tres turnos al día. Annie cocinaba el turno de mediodía. El encargado Benicio, cincuenta años, brazos gruesos, un tic en el ojo izquierdo que se activaba cuando alguien pedía repetición, la dejaba hacer lo que quisiera con las barras de pollo siempre que el resultado fuera comestible y no costara más que los ingredientes base.

Hoy: barras de pollo cortadas en tiras, fritas en grasa de rata, con sal gruesa y una pasta de ají que Annie preparaba moliendo chiles secos del mercado gris del Nivel -25. El olor llenaba el comedor y salía al corredor. Llegaba al Nivel -14 arriba. Al -16 abajo. Era el único olor en tres niveles que no era bionanocelulosa, condensación, o tuberías.

Un chico entró. Delgado. Pelo oscuro y desordenado. Se sentó en la mesa del fondo. No pidió. Los que venían al comedor del -15 no pedían, comían lo que había.

Annie puso un plato adelante. El chico miró las tiras. Miró a Annie.

Esto no es barra de pollo.

Sí es.

Las barras de pollo son rectangulares y grises.

Eran rectangulares y grises.

El chico probó una tira. Masticó. Algo cambió en su cara, no una sonrisa, no una sorpresa, algo más sutil. Un registro. El cuerpo recibiendo información que no esperaba y procesándola sin categoría disponible.

La composición base es la misma - dijo el chico, pero el proceso de cocción Maillard a alta temperatura con un lípido de punto de humo superior al aceite estándar produce aminoácidos y azúcares

reductores que generan compuestos aromáticos que la barra original no tiene. Es química, no magia.

Annie lo miró. Nadie le había explicado por qué su comida sabía bien usando la palabra Maillard.

¿Quieres otra?

El chico bajó la barbilla.

Annie le dio tres más. El chico se las comió todas. No dio las gracias porque no supo que debía darlas. Annie no las esperó porque había aprendido que la gente del Nivel -15 para abajo no agradecía la comida, la comía.

El chico se fue. Annie limpió el plato. Quedó grasa en el fondo. Oscura. Con un olor que se le pegó a las manos y que se le quedaría pegado a las manos durante veinte años, incluso cuando no recordara por qué.

- ○

Mathew.

El Nivel -45 era el nivel más bajo con unidades habitacionales oficiales. Del -46 al -67 era zona industrial. Del -67 para abajo, no existía oficialmente.

La unidad de Mathew estaba al final del corredor F. Puerta metálica. Sin timbre (los timbres eran opcionales a partir del -30 y nadie en el -45 los instalaba). Adentro: un cuarto de cuatro por tres metros, un baño sin puerta, una cocina que era una hornilla eléctrica sobre un bloque de concreto, y un colchón en el suelo.

Mathew tenía dieciocho años y vivía solo. No “vivía solo” en el sentido de independencia adolescente. Vivía solo porque las dos personas que habían vivido ahí antes dejaron de vivir ahí. El sistema

registraba “transferencia administrativa” para su madre y “defunción por causas naturales” para su padre. Mathew no buscó los detalles de ninguna de las dos porque los detalles no cambiaban el resultado: la unidad estaba vacía excepto por él.

Alguien dejaba comida en la puerta cada tercer día. Tres barras de pollo y un litro de agua en un recipiente de plástico sin etiqueta. Mathew no sabía quién. Había esperado despierto las primeras cuatro veces. Nadie apareció mientras esperaba. La comida aparecía cuando dejaba de esperar. Dejó de investigar.

Estaba sentado en el colchón. Las piernas cruzadas. Las manos en las rodillas. Los ojos mirando dos lugares a la vez: la pared frente a él y un punto a cuarenta y cinco grados a la izquierda, donde no había nada. La cabeza se inclinaba hacia la izquierda. Pausa. Se inclinaba hacia la derecha. Pausa. Izquierda. Derecha. Una conversación en la que solo se escuchaba la mitad de las respuestas.

Mathew movió los labios sin producir sonido. El interlocutor, el que estaba en el punto a cuarenta y cinco grados donde no había nada, respondió de una forma que hizo que Mathew asintiera.

Había un cuchillo de cocina debajo del colchón. Llevaba ahí nueve años. Mathew lo guardó a los nueve años porque una voz que no era exactamente una voz y que no venía exactamente de afuera le dijo que lo guardara. “Por si acaso.” Mathew lo limpió cada semana. No lo usaba para cocinar. No lo usaba para nada. Estaba ahí. Limpio. Por si acaso.

Mathew dejó de mover la cabeza. Abrió la mano izquierda. En la palma: una marca. No una herida, una línea de presión donde había apretado el puño durante demasiado tiempo. La línea cruzaba la

palma en diagonal. Mathew la miró. El interlocutor invisible dijo algo. Mathew cerró la mano.

La única vez que sonrió en este capítulo: ahora. Un movimiento breve de la comisura derecha. Duró menos de un segundo. Pero estuvo.

- ○

Delto.

El espacio entre la plataforma de carga del Nivel -30 y la tubería maestra del Nivel -31 era de cuatro metros y veinte centímetros. Darvi los había medido una vez con una cinta métrica prestada. Darvi medía todo. Delto saltaba todo.

Delto tenía dieciséis años y corría por la zona industrial del Nivel -30 todas las noches a las 23:00, cuando las patrullas reducían frecuencia porque la zona industrial nocturna no producía nada y lo que no producía no valía la pena vigilar.

La ruta: corredor industrial A, rampa de carga 7, plataforma elevada (dos metros treinta sobre el suelo), salto lateral a la tubería de vapor (treinta centímetros de diámetro, caliente, guantes obligatorios o ampollas). Equilibrio durante seis metros, salto al andamio de mantenimiento del Nivel -31, descenso por la escalera de emergencia, vuelta por el corredor B, y otra vez.

Hoy la variante era nueva: la plataforma de carga al techo del almacén. Cuatro metros veinte de vacío. Abajo: concreto.

Delto corrió. El borde de la plataforma. Los pies empujaron. El cuerpo se arqueó. Cuatro metros veinte de nada debajo.

Cayó en la tubería del otro lado. Rodó. Se golpeó la cadera contra un soporte de metal. El dolor le recorrió la pierna derecha y le salió

por la boca en forma de una risa corta que nadie escuchó porque nadie estaba ahí.

Yuju.

Se levantó. La cadera dolía. Mañana tendría un moretón del tamaño de la palma de su mano. No importaba. El moretón era evidencia de que había estado vivo a las 23:17 del martes.

No tenía público. No necesitaba público. La adrenalina no preguntaba quién miraba.

- ○

Reymus.

La patrulla del corredor D del Nivel -20 daba una vuelta completa cada seis minutos y cuarenta y dos segundos. El patrullero de turno, el del visor reflectante, pulsera azul, paso constante, caminaba 47 pasos antes de girar en la intersección del corredor E. Siempre 47. Programado.

Reymus lo sabía porque llevaba cuatro meses contando desde la rejilla de ventilación del corredor C, donde se sentaba todas las tardes de 16:00 a 18:00 con una libreta y un lápiz que necesitaba afilarse.

Reymus tenía dieciocho años, pelo corto, y una forma de estar quieto que no era inmovilidad era cálculo. Los ojos se movían. Las manos anotaban. El cuerpo no. La libreta contenía: horarios de patrullas (seis rutas documentadas, cuatro con variaciones predecibles), frecuencias de apagones por nivel (Nivel -12: cada 3.2 días promedio, Nivel -20: cada 7.8 días, Nivel -30: cada 1.4 días), capacidad de las rampas mecánicas (funcionamiento intermitente, patrón no aleatorio correlacionado con turnos de mantenimiento los

lunes y jueves), y un dato que no sabía cómo clasificar: en la ventana del aula 3 de la escuela del Nivel -20, los martes a las 14:32, el reflejo era incorrecto.

Incorrecto. No distorsionado incorrecto. La ventana mostraba el patio. El patio tenía grafiti en el muro norte, charcos de condensación en el concreto, y 23 a 31 estudiantes dependiendo del turno. El reflejo mostraba el patio sin grafiti, sin charcos, sin estudiantes. Limpio. Vacío. El mismo patio pero sin ninguna marca de uso humano.

Reymus lo anotó la primera vez que lo vio: *Reflejo incorrecto. Ventana aula 3. Martes 14:32. Patio sin personas ni deterioro.*

Volvió el martes siguiente. 14:32. El reflejo incorrecto estaba ahí. Ocho segundos. Después: reflejo normal. Patio con grafiti, con charcos, con gente.

Tercer martes. 14:32. Ocho segundos. Idéntico.

Cuarto martes. 14:32. Nueve segundos. Y algo más: en el reflejo vacío del patio, al fondo, una forma rectangular que no existía en el patio real. Baja. Metálica. Con patas.

Reymus anotó: *Objeto no identificado en reflejo. Cuadrúpedo. Metálico. 14:32:04 a 14:32:13.*

No le dijo a nadie. Todavía no sabía a quién decirle.

- ○

Toshiro.

El receptor de frecuencias ocupaba la mitad del cubículo. Toshiro lo había construido con piezas de siete ventiladores industriales, tres radios descartados, el transformador de un generador de emergencia del Nivel -40, y cuatrocientos gramos de cable de cobre que tardó

seis meses en acumular comprando carretes de un metro en el mercado gris.

Toshiro tenía diecisiete años y hablaba español con las conjugaciones equivocadas y las preposiciones en lugares inesperados. Descendiente de la diáspora japonesa post-Reset tres generaciones en Ciudad Control, pero el japonés sobrevivió en la cocina, en los nombres, en la forma de inclinar la cabeza cuando algo no funcionaba.

El receptor captaba frecuencias entre 0.01 y 1200 Hz. La frecuencia de las Torres TAAT 0.12 Hz aparecía en la pantalla (un osciloscopio recuperado del depósito de chatarra, con la mitad del tubo catódico quemado pero suficiente para mostrar formas de onda) como una línea casi plana con pulsos regulares cada 8.33 segundos. Constante. Predecible.

Excepto esta noche.

Esta noche, entre los pulsos de 0.12 Hz, una señal. 7.83 Hz. Resonancia Schumann. Toshiro lo sabía porque su abuelo le había enseñado las frecuencias naturales de la Tierra antes de morir sentado en la cama, con las herramientas en la mesa de noche, explicando con una voz que ya no tenía fuerza que 7.83 Hz era la frecuencia fundamental de la cavidad electromagnética entre la superficie terrestre y la ionosfera, y que esa frecuencia existía antes de las Torres, antes de ARCHON, antes de todo.

Las Torres no emitían a 7.83. No había fuente en Ciudad Control que emitiera a 7.83 Hz. No había fuente conocida. No había fuente registrada. Pero el receptor de Toshiro, un receptor analógico, sin conexión al sistema, sin forma de ser alimentado con datos falsos, mostraba 7.83 Hz en la pantalla.

La señal venía de abajo.

Toshiro ajustó el receptor. Triangulación rudimentaria: cambió la orientación de la antena (un cable de cobre de tres metros estirado por el techo del cubículo) y midió la intensidad. Máxima cuando la antena apuntaba al suelo. Dirección: vertical descendente. Origen estimado: entre el Nivel -45 y el Nivel -55.

Esto es muy no normal - declaró Toshiro al cubículo vacío.

El cubículo no contestó. Toshiro anotó la frecuencia, la intensidad, la dirección y la hora en un cuaderno cuadriculado con letra pequeña y precisa. Después se sentó en el suelo, se abrazó las rodillas, y miró el osciloscopio.

La señal de 7.83 Hz pulsaba.

Constante. En el centro de Ciudad Control, donde todo lo que existía era artificial y controlado y medido, algo emitía la frecuencia natural de un planeta que llevaba mil años enterrado bajo concreto.

Toshiro no durmió. ### Capítulo 004 LILI [D][L][O]

- ○

Noche veintitrés.

El cuarto escalón había cambiado. No la temperatura seguía medio grado más frío, constante, verificable. Lo que cambió fue el púrpura. Más denso. Más presente. La textura de lija ya no raspaba solo detrás de los ojos. Ahora llegaba a la garganta. Rafael tragó saliva y la saliva tenía un regusto metálico que no estaba ahí antes de sentarse en el tercer escalón.

02:43. Pulso de la Torre. Gris plano. Y dentro del gris, el hueco. Más grande esta noche. No mucho un porcentaje que Rafael no podía

cuantificar porque no tenía instrumentos, solo los pies descalzos y la presión en los dientes y la textura de los colores que nadie más veía.

Se inclinó. Puso las dos manos en el cuarto escalón.

La bionanocelulosa del metal era más espesa aquí. Pegajosa. Rafael tiró y un hilo de sustancia traslúcida se estiró entre su palma y la superficie. Normalmente la condensación no hacía eso. Normalmente era una película delgada que se evaporaba al contacto con la piel. Esto era diferente. Más viscoso. Con un olor que no era el dulce enfermizo de siempre, sino ozono, más fuerte que las noches anteriores, mezclado con un olor que Rafael no tenía en su catálogo.

Copal. Aunque Rafael no sabía qué era el copal. No tenía la palabra. Solo tenía el olor: vegetal, resinoso, con un dulzor que no era azúcar sino algo orgánico y antiguo que le picó en la nariz de una manera que el cuerpo reconoció antes que la mente.

La pulsera: verde-amarillo-verde-amarillo-verde. Dos parpadeos. Nunca habían sido dos.

Debajo del cuarto escalón, la oscuridad. La ausencia de rebote. Más definida. No un área difusa, un borde. Algo que tenía forma. No forma de objeto. Forma de espacio. Un volumen de oscuridad con límites que Rafael pudo trazar con el dedo en el aire: aquí empieza, aquí termina, aquí hay profundidad que no debería existir porque debajo del escalón hay treinta centímetros de espacio y un piso de concreto, y lo que Rafael veía tenía más de treinta centímetros de profundidad.

No tocó.

Se quedó con las manos a cinco centímetros de la superficie del escalón, mirando el espacio que no debería tener la profundidad que

tenía, oliendo el ozono con copal, sintiendo el púrpura de lija que ahora le vibró en el esternón.

Después subió. Se acostó. Anotó en el cuaderno. Y por primera vez en veintitrés noches, se durmió antes de las 04:00.

Y soñó.

Era un recuerdo operando con lógica onírica.

Rafael tenía ocho años. La sala del tercer piso. El aparato de sonido de su padre, una pieza rectangular de metal cepillado con una pantalla que brillaba azul cuando se encendía. Nivel +50 de fabricación. Su padre lo compró en el mercado gris por 2,000 cohers que tardó siete meses en juntar, trabajando horas extra en el Nivel -30, guardando 285 cohers por mes en una lata debajo de la hornilla. El aparato reproducía frecuencias. No música, frecuencias puras. Tonos. Su padre lo usaba para dormir: se ponía un tono de 40 Hz y se quedaba dormido en doce minutos. Era lo único que funcionaba.

La luz se fue. Apagón de sector. Frecuente en el Nivel -12, el suministro eléctrico de los niveles bajos dependía de un circuito que se sobrecargaba cada 3.2 días promedio. Todo se apagó: la lámpara de la sala, los fluorescentes del corredor, la hornilla de la cocina. Todo excepto el aparato de sonido de su padre.

El aparato no tenía batería. Funcionaba con corriente de pared. Sin corriente, no funcionaba. Esto era un hecho. Verificable. Absoluto.

El aparato estaba encendido. La pantalla brillaba azul en la oscuridad de la sala. Y emitía un sonido.

Piano. No una grabación. Rafael lo supo porque el aparato no tenía altavoces internos para reproducir algo con esa definición. Era un piano acústico. Las notas tenían resonancia de caja armónica, la

vibración lenta de cuerdas largas sostenidas por un pedal, y una calidad de sonido que Rafael no había escuchado jamás porque en el Nivel -12 no existían pianos. El último piano acústico de Ciudad Control estaba en el Nivel +120, en un salón gubernamental. Rafael había leído sobre pianos en un manual de acústica del Nivel -10. Pero leer sobre un piano no preparaba para escuchar uno.

Las notas le llegaron a las costillas. No a los oídos, a las costillas. A la quinta y sexta costilla del lado izquierdo, donde el sonido se convirtió en presión, en vibración ósea, en el cuerpo registró antes de que la mente tuviera tiempo de clasificar.

Ale estaba en la sala. Sentada en el piso, piernas cruzadas, mirando el aparato. No se movía. No lloraba. No gritaba. Miraba.

Rafael miró.

En la sala, entre el aparato de sonido y la ventana del tercer piso, había una niña.

La niña tenía la edad de Ale. Siete u ocho años. Pelo negro, largo, suelto. Piel oscura. Pies descalzos sobre el concreto frío. Vestía algo que Rafael no reconocía: no ropa de Ciudad Control, no uniforme escolar, no nada que hubiera visto en los niveles -30 a +10 que constituían todo su mundo conocido. Tela blanca. Simple. Sin costuras visibles.

La niña cantaba.

El idioma no era español. No era japonés (Rafael había oído japonés en los niveles donde vivían los descendientes de la diáspora). No era nada que el oído de Rafael pudiera asociar con algo conocido. Pero las sílabas tenían peso. Sonaban antiguas de una manera que no era estilística sino estructural, la forma en que las consonantes se

conectaban con las vocales seguía un patrón que el español había perdido hacía mil años.

Náhuatl. Aunque Rafael no sabía qué era el náhuatl.

La niña dejó de cantar. Lo miró. Tenía los ojos muy oscuros y muy abiertos. No sonrió.

Le extendió la mano. En la palma: un hueso de pollo. Un hueso de la suerte. Fúrcula. Partido a la mitad por el centro, con una de las dos puntas todavía unida al cartílago central. La otra mitad no estaba. La niña sostenía media fúrcula.

Rafael la tomó.

El hueso estaba frío. Más frío que el concreto. Más frío que el cuarto escalón. Un frío que no era ausencia de calor sino presencia de algo, una temperatura que no pertenecía a este cuarto, a este nivel, a nada que Rafael pudiera nombrar.

La luz volvió.

El fluorescente del corredor se encendió. La lámpara de la sala parpadeó y se estabilizó. El aparato de sonido se apagó sin corriente, sin función, como debía ser. La pantalla azul desapareció. La sala quedó iluminada por la luz naranja de siempre.

La niña no estaba.

El hueso estaba. En la mano de Rafael. Frío.

Ale declaró: Lili.

Rafael la miró.

Lili repitió Ale. Así se llama.

Rafael no preguntó cómo lo sabía. Lo aceptó con la misma naturalidad con la que aceptaba que los sonidos tenían colores que nadie más veía. Algunas cosas existían sin pedir permiso.

El aparato de sonido no volvió a encenderse sin corriente. No esa noche ni ninguna otra.

Pero a partir de esa noche, los sonidos empezaron a tener textura. No solo color, textura. El zumbido del fluorescente del corredor era naranja y áspero. La voz de su madre era marrón y húmeda. El silencio de Ale era gris claro con bordes suaves. Y por debajo de todo, la emisión de la Torre TAAT era un gris plano que ahora Rafael podía sentir en los dientes, en las muelas que todavía no le habían salido, en los huesos del cráneo donde el sonido llegaba antes que al tímpano.

Todo tenía color. Todo tenía textura. Todo tenía forma.

Y no se apagaba.

- ○

Rafael se despertó a las 04:12. Oscuro. El colchón húmedo. El cuaderno debajo de la almohada.

El recuerdo de Lili era nítido. No con la nitidez de un sueño, sino con la nitidez de un evento que el cuerpo recordaba mejor que la mente. El frío del hueso. El peso de las notas de piano en las costillas. El olor a copal que no tenía nombre.

Se levantó. Fue al cajón donde guardaba cosas que no sabía por qué guardaba: tres tuercas hexagonales de tamaños consecutivos, un trozo de cable de cobre, una página arrancada de un manual de frecuencias, y un hueso de pollo partido por la mitad. Media fúrcula. Con una de las dos puntas todavía unida al cartílago central.

Lo sostuvo. Frío. Siempre frío. Nueve años guardado en un cajón del Nivel -12 y el hueso seguía frío.

Bajó la escalera. El cuarto escalón. Se sentó. Puso el hueso en la superficie del metal. El hueso y el escalón tenían la misma temperatura. Exactamente la misma. Medio grado menos que el resto de la casa.

El púrpura de lija se intensificó. No mucho. Lo suficiente para que Rafael lo notara. Lo suficiente para que la correlación existiera.

Se quedó ahí hasta las 05:20, cuando los pasos de sus padres en el piso de arriba indicaron el inicio de la rutina matutina: baño, barra de pollo, salida al Nivel -30.

Guardó el hueso en el bolsillo del pantalón. Lo llevaría consigo. No por superstición porque el hueso y el escalón tenían la misma temperatura, eso era un dato, y los datos se investigaban. Rafael no sabía hacer otra cosa.

A las 07:10, Ale bajó a desayunar. Se sentó. Comió la mitad de la barra.

¿Te acuerdas de Lili? - dijo Rafael.

Ale dejó de masticar. Lo miró. No con sorpresa, con reconocimiento. La pregunta que los dos habían guardado nueve años sin hacer.

Sí - contestó Ale.

¿Qué te acuerdas?

Nos contaba historias. En un idioma que no entendíamos pero entendíamos. Olía a algo dulce. Tenía las manos frías.

¿Cuántas veces la viste?

Ale pensó.

Tres. La del piano. Una en mi cuarto, cuando no podía dormir. Y una en la escalera.

¿En la escalera?

En el cuarto escalón. Sentada. Cantando bajito.

Rafael sacó el hueso del bolsillo. Lo puso en la mesa. Ale lo miró. Extendió la mano. Lo tocó con un dedo. Retiró el dedo.

Frío dijo.

Siempre - contestó Rafael.

Se miraron. No dijeron más. Ale terminó la barra. Se fue a la escuela. Rafael se quedó en la mesa con el hueso en la mano y el púrpura de lija resonándole en el esternón y una certeza que no podía articular pero que tenía la solidez de una medición repetida once veces sin variación:

Lili no fue un sueño. Lili fue un dato. Y los datos se investigaban.

Guardó el hueso en el bolsillo. Cerró la mano alrededor. Frío contra la palma. El mismo frío del cuarto escalón. Se quedó así un rato. El fluorescente del corredor pulsaba naranja. La Torre TAAT emitía su gris plano. Y dentro del bolsillo, el hueso no se calentaba.

- ○

Capítulo 005 CONVERGENCIA [D][K][L]

- ○

El comedor comunal del Nivel -15 tenía catorce mesas de metal atornilladas al piso. Capacidad: 120 personas por turno. Turno de mediodía: 12:00 a 14:00. Annie servía desde las 11:30, preparando las tiras de barra de pollo frita en grasa de rata con la pasta de ají que guardaba en un frasco de vidrio debajo del mostrador.

El chico de las frecuencias volvió. Tercer día consecutivo. Se sentó en la misma mesa de la del fondo, esquina izquierda, contra la pared. Pidió lo mismo que no pidió: no respondió nada, se sentó, esperó. Annie le puso el plato adelante. Tres tiras, sal gruesa, ají.

Hoy traía a alguien. Una chica. Rastas hasta los hombros. Mechón azul. Cinta negra de taekwondo en la cintura. Se sentó enfrente del chico. Miró las tiras.

¿De dónde sacaste grasa animal? - preguntó la chica.

Annie la escuchó desde el mostrador. Nadie preguntaba de dónde sacaba la grasa. Nadie preguntaba nada en el comedor del Nivel -15. Comías. Te ibas.

Rata del Nivel -20. Rendida a fuego bajo dijo Annie.

¿Cuánto tiempo?

Cuarenta minutos. Menos y no se separa el aceite. Más y se quema.

La chica probó una tira. Masticó. Tragó.

Rata dijo. No con disgusto. Con catalogación.

El punto de humo del aceite de rata es 190 grados - expresó el chico. Superior al aceite de semilla estándar del sistema, que es 170. La diferencia de 20 grados permite una reacción de Maillard más completa sin degradación del lípido, lo que produce...

Rafael - respondió la chica.

El chico se detuvo.

Come.

El chico comió.

Annie puso un plato frente a la chica sin que se lo pidieran. La chica la miró. Annie la miró. Las dos tenían diecisiete años y las dos tenían manos que contaban historias que la boca no contaba: la chica

tenía callos de puño en los nudillos, Annie tenía quemaduras de salpicadura en los dorsos.

Lu - dijo la chica.

Annie.

Lu comió. Rafael comió. Annie volvió al mostrador. Benicio le hizo un gesto con la cabeza que significaba “los platos que regalas salen de tu parte, no de la mía.” Annie lo ignoró.

A las 12:47, la puerta del comedor se abrió. Entró un chico que no caminaba se desplazaba. Movimiento fluido. Sin ruido de pisadas. Zapatillas gastadas con la suela tan fina que los pies prácticamente tocaban el metal del suelo. Dieciséis años. Pelo castaño cortado con cuchillo (literal las puntas eran irregulares con el patrón de corte de hoja no afilada). Moretón en la cadera izquierda visible por debajo de la camiseta. púrpura con bordes amarillos: tres días de antigüedad.

Se sentó en la mesa de Rafael y Lu sin preguntar. Los miró. Ellos lo miraron.

Huele bien observó.

Annie le puso un plato. El chico se comió las tres tiras en noventa segundos. Lamió los dedos. Miró a Annie.

¿Tienes más?

No.

Mentira.

Annie tenía más. El chico olió el aire y supo que tenía más. Annie le dio dos tiras más. El chico se las comió en sesenta segundos.

Delto dijo, con la boca llena.

Rafael abrió la boca para decir algo sobre la velocidad de ingesta y la capacidad enzimática del estómago. Lu le puso la mano en el antebrazo. Rafael cerró la boca.

- ○

A las 14:20, después del turno, Annie cerró el comedor. Limpió la plancha. Guardó la grasa. Salió al corredor del Nivel -15 con las manos oliendo a ají y a animal.

En el corredor, apoyado contra la pared, un chico la miraba. Pelo corto. Inmóvil. Los ojos se movían pero el cuerpo no. Tenía una libreta en la mano izquierda y un lápiz en la derecha. Estaba anotando algo.

Annie pasó. El chico no la detuvo. Pero Annie vio lo que estaba anotando: un horario. Con tiempos de entrada y salida del comedor, número de comensales por franja de quince minutos, y una columna titulada “PATRULLAS” con marcas de verificación.

Annie siguió caminando. El chico seguía inmóvil cuando ella miró atrás desde la esquina del corredor.

- ○

La biblioteca del Nivel -5. Miércoles. 16:00.

Lu estaba en la mesa del fondo con el libro sin portada. Marín estaba en el mostrador, catalogando los mismos 340 volúmenes que catalogaba cada semana porque GM exigía inventario semanal y el inventario nunca cambiaba.

Rafael entró. Se sentó en la mesa opuesta a Lu. No en la misma mesa en la opuesta. Sacó un cuaderno. Escribió. Borró. Escribió. Borró.

¿Qué buscas? - expresó Lu sin levantar la vista.

Una explicación para un fenómeno acústico que no tiene explicación en los 340 volúmenes disponibles.

¿Qué fenómeno?

Rafael dudó. No porque no confiara en Lu porque no sabía cómo describir cosa que solo él percibía sin sonar roto.

Un sonido que tiene color.

Lu levantó la vista. Lo miró. No con la cara de “raro” que Rafael conocía. Con la cara de alguien que acaba de encontrar una pieza que encaja.

¿Qué color?

Depende del sonido. La Torre TAAT es gris plano. Los fluorescentes son naranja áspero. Tu voz es... se detuvo.

¿Mi voz es qué?

Azul. Azul oscuro con bordes que vibran a baja frecuencia. Pero no el azul del mechón. Otro azul.

Lu cerró el libro sin portada. Lo puso en la mesa.

Este libro - comentó habla de culturas anteriores al Reset que creían que los sentidos no estaban separados. Que el sonido y el color y la textura eran manifestaciones del mismo fenómeno percibidas por canales diferentes. Que algunas personas tenían los canales cruzados.

¿Qué culturas?

Muchas. Griegos. Hindúes. Mayas. Lo llamaban de maneras diferentes pero describían lo mismo: percepción unificada.

¿Eso es un libro de mitología?

Es un libro de lo que sabíamos antes de que nos quitaran la capacidad de saberlo.

Marín, desde el mostrador, no levantó la cabeza. Pero dejó de catalogar.

- ○

Darvi estaba en el taller cuando la puerta hizo un ruido que no era el ruido normal de la puerta. La puerta normal era: bisagra, metal contra metal, rozamiento del borde inferior con el suelo de concreto. Este ruido tenía un componente adicional. Golpe seco. No bisagra nudillo contra metal.

Alguien tocaba la puerta.

Nadie tocaba la puerta del taller. Los clientes dejaban los motores en el corredor con una nota. Darvi los recogía, los reparaba, los dejaba en el corredor con una nota y un precio. El intercambio no requería contacto humano. Era eficiente. Era cómodo. Era exactamente la cantidad de interacción social que Darvi necesitaba: cero.

Segundo golpe.

Darvi se quitó los audífonos. El mundo entró. El zumbido de la Torre TAAT le pegó en la mandíbula. Los fluorescentes del corredor zumbaban a 100 Hz. Las tuberías de agua caliente vibraban a 35 Hz. Todo a la vez. Todo sin filtro. Los audífonos eran el filtro y sin los audífonos el mundo era un comedor lleno de gente hablando al mismo tiempo.

Abrió la puerta.

Un chico. Japonés o de ascendencia japonesa, rasgos de la diáspora post-Reset, tercera o cuarta generación. Pelo negro liso. Inclino la cabeza al verla. Tenía algo en las manos: un circuito impreso del tamaño de la palma, con tres componentes soldados y un cable roto.

Generador de frecuencia dijo el chico. Cable de la bobina. Se rompió. No puedo soldar bien. Alguien del Nivel -25 dijo que la chica del taller del -22 puede soldar todo.

Darvi miró el circuito. Generador de frecuencias analógico. Tres transistores. Dos resistencias. Configuración de ruido blanco. Idéntico al circuito de sus audífonos.

¿Para qué lo usas?

Receptor. Capto señales. Lo construí con piezas de radios y ventiladores.

¿Señales de qué?

El chico la miró. Evaluó. Darvi reconoció la evaluación porque era la misma que ella hacía: ¿cuánta información puedo dar sin que la otra persona decida que estoy loco?

De cosas que no deberían estar ahí - comentó el chico.

Darvi agarró el circuito. Miró la soldadura rota. Limpia. El cobre del cable estaba oxidado en la punta el chico había intentado soldar con un punto de calor insuficiente. Estaño la punta con el soldador del taller. Veinticinco segundos. Le devolvió el circuito.

La oxidación impide la adhesión del estaño. Necesitas limpiar con flux antes de aplicar calor. El flux disuelve el óxido y permite que el estaño fluya por capilaridad.

El chico asintió. Miró el circuito reparado. Miró a Darvi.

Toshiro observó.

Darvi.

¿Puedo volver?

Darvi no contestó inmediatamente. “Puedo volver” significaba interacción humana repetida. Significaba alguien en su espacio. Significaba ruido que no era estática blanca.

Si traes el helado dijo. No supo por qué lo replicó. Le salió.

Toshiro inclinó la cabeza.

¿Qué sabor?

Vainilla.

Toshiro se fue. Darvi cerró la puerta. Se puso los audífonos. El mundo se redujo a estática blanca, grasa de motor, y el gato dormido debajo de la mesa.

Las siluetas no aparecieron esa noche.

- ○

Jueves. Nivel -20. 14:32.

Reymus estaba en el aula 3. Clase de Productividad Social. La maestra hablaba sobre eficiencia en la distribución de recursos un tema que Reymus dominaba mejor que la maestra porque Reymus entendía distribución no en abstracto sino en concreto: cuántas barras de pollo por persona, cuántos pasos entre la puerta y la rampa, cuántos segundos entre patrullas.

14:32.

Miró la ventana. El reflejo.

El patio estaba lleno de estudiantes. Treinta y uno hoy. El grafiti del muro norte decía “COHERENCIA = LIBERTAD” en letras rojas que alguien pintó y que nadie borró porque el mensaje coincidía con la propaganda oficial. Nadie se molestó en verificar si la intención era satírica.

El reflejo mostró el patio vacío. Sin grafiti. Sin estudiantes. Sin charcos.

Cinco semanas. Cinco martes. 14:32. El mismo fenómeno. Reymus ya tenía suficientes datos para descartar la mayoría de las explicaciones: no era ángulo de incidencia (la ventana no se movía), no era iluminación (el sol filtrado por los cristales del techo del Nivel -17 tenía la misma intensidad cada martes a esa hora). no era

alucinación (las alucinaciones no se repetían con precisión cronométrica).

En el reflejo vacío, al fondo del patio: la forma metálica cuadrúpeda. Más definida esta semana. Cuatro patas articuladas. Cabeza baja. Sin cola. Superficie lisa. Algo que se movía con la economía mecánica de un animal que no necesitaba descansar.

14:32:09. El reflejo se deshizo. Patio normal. Grafiti, charcos, treinta y un estudiantes.

Reymus anotó. La mano no temblaba. Las manos de Reymus nunca temblaban.

Debajo de la anotación, una flecha. La flecha apuntaba a una entrada anterior, de tres semanas antes: *Objeto cuadrúpedo metálico. Mismo reflejo. Mismo patio. Sin correspondencia en patio real. Hipótesis: el reflejo no muestra este lugar. El reflejo muestra otro.*

Subrayó “otro.” Lo subrayó dos veces. A las 14:35, cuando la clase continuó con una lección sobre “la importancia del monitoreo en la vida productiva,” Reymus estaba calculando la distancia angular entre el punto focal de la ventana y la posición del objeto cuadrúpedo en el reflejo. Si asumía que el reflejo funcionaba con óptica normal.

El objeto estaba a doce metros del punto donde debería estar la pared norte del patio. Doce metros más allá de la pared, sin embargo, no había nada. Solo el muro de contención del Nivel -20 y, detrás, la roca.

O lo que les habían dicho que era roca. ### Capítulo 006
ENCRUCIJADA [D][O][A]

- ○

El Nivel -52 olía a hierro y agua estancada.

Darvi lo había encontrado. Darvi encontraba todo, porque las siluetas apuntaban y Darvi seguía la dirección de las siluetas con la misma disciplina con la que seguía un diagrama de circuito: paso por paso, dato por dato, hasta llegar al componente defectuoso.

Las siluetas llevaban tres semanas apuntando hacia abajo. Cada noche, entre las 20:03 y las 20:10, durante la ventana de intensificación de la Torre TAAT, una o dos siluetas aparecían en el taller y señalaban: abajo. Más abajo. Más.

Darvi bajó nivel por nivel. Del -22 al -30 por las rampas de carga. Del -30 al -40 por las escaleras industriales metal acanalado, olor a lubricante y calor de las máquinas que nunca se apagaban. Del -40 al -50 por los túneles de servicio, que eran corredores de metro y medio de ancho con tuberías de todos los diámetros corriendo por el techo, las paredes, goteando condensación tibia que le caía en el pelo y en los hombros. Que dejaba manchas oscuras en la camiseta.

Del -50 al -52, los túneles se estrechaban. Un metro de ancho. Las tuberías se reducían a dos: agua caliente y desagüe. Las lámparas se espaciaban una cada quince metros en lugar de cada cinco. La luz naranja llegaba debilitada, diluida, insuficiente para eliminar las sombras que se acumulaban en los rincones donde las tuberías hacían codo.

Darvi llevaba una lámpara de mano. Fabricación propia: LED recuperado de un panel de señalización del Nivel -30, resistencia de 470 ohmios, batería de litio de un radio descartado. Autonomía: seis horas. Peso: 220 gramos. La construyó en cuarenta minutos.

A las 21:15 del jueves, encontró la encrucijada.

Cuatro corredores convergían en un punto. Cada corredor venía de una dirección cardinal. El punto central era un espacio circular de tres metros de diámetro con el techo a dos metros. Las tuberías pasaban por encima formando una red de metal que goteaba. El suelo era concreto agrietado. Las grietas tenían un patrón radial salían del centro hacia los cuatro corredores.

En el centro del suelo: una mancha.

Oscura. Circular. Un metro de diámetro. Fría. Darvi se agachó y puso la palma a dos centímetros de la superficie. El mismo frío que el gato evitaba cuando las siluetas aparecían no una temperatura ambiental sino una radiación que subía desde la mancha.

Las siluetas estaban aquí. Tres. Las tres apuntaban hacia la mancha.

Darvi anotó la posición, la hora, la temperatura aproximada, el olor (hierro + agua estancada + ozono), y un dato nuevo: sonido. Desde la mancha, a frecuencia muy baja, un sonido que los audífonos de Darvi no filtraban porque estaba por debajo del rango de la estática blanca. No lo escuchaba con los oídos. Lo sentía en el suelo, a través de las suelas de las zapatillas. Una vibración. Irregular. No un pulso constante una respiración.

- ○

Le dijo a Toshiro. Toshiro trajo el receptor.

Viernes. 22:00. Los dos en la encrucijada del Nivel -52. Toshiro con el receptor de frecuencias conectado a una antena de cable de cobre que colocó en el suelo, directamente sobre la mancha. Darvi con los audífonos en el cuello (no puestos necesitaba escuchar todo) y la lámpara de mano apuntando al techo para iluminación difusa.

7.83 comentó Toshiro, mirando el osciloscopio. Igual que en mi cubículo. Pero más fuerte. Mucho más fuerte.

La aguja del medidor de intensidad (un voltímetro analógico adaptado) marcaba tres veces el valor que Toshiro registraba en el Nivel -25.

La fuente es aquí - expresó Toshiro. Debajo de esto.

“Debajo de esto” era el suelo de concreto agrietado. Y debajo del suelo: quince niveles más de infraestructura, luego las Granjas REM (niveles -67 a -89, secretos, acceso restringido), luego la infraestructura subterránea, luego las zonas muertas.

La frecuencia de Schumann no tiene fuente en Ciudad Control - dijo Toshiro. No es natural. No es artificial. No debería estar aquí.

Darvi no respondió. Estaba mirando la mancha. La mancha había cambiado desde ayer. No de tamaño de textura. Ayer era una superficie oscura sobre concreto. Hoy tenía profundidad. No mucha. Centímetros. Pero cuando Darvi inclinaba la lámpara, la luz no rebotaba en el fondo de la mancha. La luz entraba y no volvía.

Toshiro.

¿Sí?

Apaga la lámpara.

Toshiro la miró. Darvi no repitió la instrucción. Toshiro apagó la lámpara.

Oscuridad. El Nivel -52 sin luz artificial era oscuridad absoluta. Sin ventanas. Sin emergencias. Sin la lámpara, no existía nada visual. Solo sonido: las tuberías goteando, la respiración de los dos, y debajo de todo, la vibración baja de la mancha.

Darvi esperó. Los ojos se ajustaron. No había luz para ajustarse, pero los ojos lo intentaron de todas formas: las pupilas se dilataron

al máximo, los bastones de la retina se activaron buscando fotones que no existían.

Excepto los que venían de la mancha.

La mancha emitía. No luz visible algo en el borde del espectro. Darvi no lo veía con los ojos. Lo veía con la piel. Una sensación de luminosidad sin fuente, un brillo que el cuerpo registraba pero que los ojos no podían enfocar. La mancha era más oscura que la oscuridad alrededor. Pero al mismo tiempo emitía algo. Una contradicción física.

¿Ves eso? - dijo Darvi.

No veo nada. Está oscuro.

Darvi veía. No con los ojos. Con lo que fuera que hacía que las siluetas fueran visibles y que el gato dilatara las pupilas y que la libreta tuviera 843 entradas.

Prende.

Toshiro prendió la lámpara.

La mancha estaba igual. Oscura. Circular. Fría.

Pero en el borde en el límite entre la mancha y el concreto algo había cambiado. Una marca. Tres rayas paralelas en el concreto, partiendo del borde de la mancha hacia el corredor norte. Cada raya: quince centímetros de largo, un centímetro de profundidad. Concreto arrancado. Las rayas no estaban ahí cuando apagaron la luz.

Darvi acercó la lámpara. Las rayas tenían un patrón. La distancia entre ellas: cuatro centímetros. La curvatura: consistente con una mano abierta pero no una mano humana. Garras. Tres garras separadas cuatro centímetros, que habían arañado el concreto al salir de la mancha.

O al entrar.

Darvi tocó las rayas. El concreto arrancado estaba caliente. No frío caliente. 40 grados, quizás más. El contraste con el frío de la mancha era brutal.

Algo salió de ahí - contestó Darvi.

Toshiro miró las rayas. Miró la mancha. Miró el corredor norte, que se perdía en la tiniebla a quince metros de la lámpara.

¿Cuándo? - comentó.

Cuando apagamos la luz.

Los dos miraron el corredor norte. Quince metros de visibilidad. Después: nada. Las tuberías goteaban. El agua caía en charcos que hacían eco. Debajo del eco, la vibración de la mancha.

Debajo de la vibración, otro sonido.

Respiración. No de Darvi. No de Toshiro. Una tercera respiración. Pesada. Húmeda. Con un silbido en la exhalación que indicaba una vía aérea más larga que la humana.

La respiración venía del corredor norte.

El receptor de Toshiro emitió un pitido. La frecuencia de 7.83 Hz saltó. No subió gradualmente saltó a 12 Hz. A 15. A 20. El osciloscopio mostró una forma de onda caótica que no era Schumann ni TAAT ni nada catalogado.

Darvi se levantó. Agarró a Toshiro del brazo.

Nos vamos.

Pero la señal...

Nos vamos.

Corrieron. Corredor sur. Tuberías. Goteo. La lámpara rebotaba sombras en las paredes que se movían con la velocidad de sus piernas. Detrás de ellos lejos, tal vez un sonido. Garras en concreto.

Subieron. Nivel -50. -45. -40. No pararon hasta el -30, donde las luces industriales eran suficientes y las patrullas frecuentes y el ruido de las máquinas era tan alto que cualquier otra cosa se perdía debajo.

Se sentaron en una rampa de carga. Darvi tenía las manos frías. Toshiro tenía el receptor apretado contra el pecho. La pantalla del osciloscopio mostraba lo de siempre. Torres TAAT. Gris plano.

¿Qué fue eso? - dijo Toshiro.

Darvi no contestó. Estaba mirando sus zapatillas. La suela izquierda tenía una marca. Tres rayas paralelas. Superficiales habían tocado el borde de su zapato durante la carrera, o la zapatilla rozó algo al pasar por el corredor. Tres rayas. Cuatro centímetros de separación.

El mismo patrón que las marcas en el concreto.

Darvi anotó: *Nivel -52. Encrucijada. Mancha oscura. 7.83 Hz confirmado. Marcas de garras (3, 4cm separación). Respiración en corredor norte. Algo cruzó. Dirección: indeterminada.*

Y debajo: *Hay que volver. Con más gente.*

Le mostró la libreta a Toshiro. Toshiro leyó. Leyó dos veces.

¿Más gente? - declaró. ¿Quién?

La pregunta correcta. Darvi no tenía la respuesta. No todavía. Pero las siluetas, que habían estado ausentes toda la noche, aparecieron en ese momento tres, en la rampa de carga, apuntando no hacia abajo sino hacia arriba. Hacia los niveles donde vivían las personas que Darvi había evitado durante dieciséis años.

Anotó: *Siluetas apuntan arriba. Primera vez.*

• ◦

Capítulo 007 OCHO [D][K][L]

- ○

El taller de Darvi no estaba diseñado para ocho personas. Estaba diseñado para una persona, un gato, y tres motores de ventilación simultáneos. Tres metros por tres metros. Nueve metros cuadrados. Con ocho personas: un metro y doce centímetros cuadrados por persona. El gato no contaba porque el gato se subía a la mesa de trabajo. Desde ahí observaba con una expresión que, si hubiera sido humana, Darvi habría clasificado bajo “juicio silencioso.”

Rafael y Lu llegaron primero. Lu traía el libro sin portada. Rafael traía el cuaderno y el hueso de pollo en el bolsillo, aunque no mencionó el hueso. Lu le había contado sobre la chica del taller que reparaba ventiladores. Que “sabía cosas que no debería saber.” Darvi le había contado a Toshiro sobre el chico que veía colores en los sonidos. Toshiro le había dicho a Darvi que el receptor captaba 7.83 Hz desde los niveles inferiores. Información transmitida de uno a otro por proximidad. Necesidad, no por confianza. La confianza era un lujo que nadie en los niveles bajos podía costear.

Toshiro llegó con el receptor bajo el brazo y un helado de vainilla en la mano. Se lo dio a Darvi. Darvi lo aceptó sin comentario.

Delto entró por la puerta sin tocar. Se sentó en el suelo. Miró a los demás.

¿Esto es una reunión? Nunca me invitan a reuniones.

Nadie te invitó - dijo Darvi.

Lu me replicó “ven al -22 el jueves a las 20:00” y me dio la dirección. Eso es una invitación.

Es una instrucción.

¿Cuál es la diferencia?

Darvi no respondió. La diferencia era clara para ella, pero explicarla requería seis frases y Darvi prefería no usar seis frases cuando cero funcionaban igual.

Annie llegó con un recipiente. Adentro: tiras de barra de pollo fritas. El olor llenó el taller en cuatro segundos. El gato bajó de la mesa. Annie le dio un trozo. El gato lo aceptó con la misma falta de ceremonia con la que Darvi aceptaba los helados.

Reymus entró último. Se paró en la puerta. No entró.

Seis personas en nueve metros cuadrados. Calor corporal promedio de 37 grados por persona más el calor del soldador más la lámpara más el receptor de frecuencias. La temperatura subirá 4 grados en veinte minutos. La ventilación del corredor C cubre un 60% de la necesidad. Vamos a sudar.

Entra - expresó Lu.

Reymus entró. Se sentó en la esquina más alejada de todos. Sacó la libreta.

Siete. Faltaba uno.

¿Quién falta? - dijo Rafael.

Darvi miró la puerta. Las siluetas, que habían estado apuntando hacia arriba toda la semana, ahora apuntaban hacia la puerta. Darvi no dijo “las siluetas apuntan a la puerta” porque eso requeriría explicar las siluetas y explicar las siluetas requeriría una hora que no tenía.

Alguien del -45 añadió Darvi.

¿Quién? - expresó Lu.

No sé. Pero viene.

Nadie - preguntó cómo lo sabía. El taller de Darvi operaba bajo reglas tácitas que el grupo estaba aprendiendo: si Darvi decía que

algo iba a pasar, algo iba a pasar. No por predicción. Por observación.

Pasaron ocho minutos. El taller ganó 2.3 grados. Reymus lo anotó.

La puerta se abrió.

El chico del Nivel -45 entró. Dieciocho años. Delgado. Ojeras profundas. Ropa gastada pero limpia lavada a mano, sin acceso a lavandería mecánica del Nivel -20 para arriba. Se paró en la puerta. Miró al grupo. El grupo lo miró.

Mathew no habló. Inclino la cabeza hacia la izquierda. Pausa. Hacia la derecha. Pausa. Izquierda. Derecha. La conversación interna que nadie más escuchaba.

Después asintió. Entró. Se sentó en el suelo, al lado de Delto, que era el único que no lo miraba porque Delto no miraba a la gente cuando entraba miraba cómo se movían.

Se mueve raro - susurró Delto a nadie en particular.

Mathew miró a Delto. Delto le sostuvo la mirada. Dos segundos. Tres.

No me muevo raro - dijo Mathew. Me muevo doble.

Nadie - preguntó qué significaba. Todavía no.

- ◦

Darvi habló.

No era su especialidad. Hablar requería organizar ideas en secuencias lineales para cerebros que procesaban secuencialmente, y el cerebro de Darvi no procesaba secuencialmente. Procesaba en paralelo, todo al mismo tiempo, y forzar eso en una línea recta de

palabras era traducir de un idioma nativo a uno aprendido. Pero habló.

Nivel -52. Una mancha en el suelo que emite 7.83 Hz no es la frecuencia de las Torres. Algo salió de ahí. Dejó marcas de garras: tres, cuatro centímetros de separación. Lo que salió respiraba. No era humano.

Toshiro confirmó la frecuencia con el receptor. La señal viene de abajo. No tiene fuente en Ciudad Control.

¿Qué es 7.83 Hz? - contestó Lu.

Resonancia Schumann - dijo Toshiro. La frecuencia de la Tierra. Antes de las Torres. Antes del sistema. Es vieja. Muy vieja.

¿Y por qué sale del suelo del -52? - contestó Reymus.

No sé.

¿Alguien sabe? - admitió Delto.

Bueno dijo Delto. Entonces hay que bajar y verlo.

Algo nos persiguió la última vez - dijo Darvi.

Sí. Pero ahora somos ocho.

Ocho contra algo con garras de cuatro centímetros que arranca concreto.

¿Y?

Que no somos suficientes.

¿Cuántos son suficientes?

Ninguno. Pero ocho es mejor que dos.

La lógica era circular y Darvi lo sabía. Pero la lógica circular era la única disponible cuando la lógica lineal se quedaba sin datos.

Rafael, que había estado en calma tocando el hueso frío en su bolsillo, habló:

El punto donde está la mancha tiene la misma temperatura que el cuarto escalón de mi casa. Medio grado menos que el entorno. Y emite un color. Púrpura. Con textura de lija.

Todos lo miraron.

Los sonidos tienen color - indicó Rafael. Para mí. Siempre. La Torre TAAT es gris plano. Esta frecuencia de 7.83 Hz es púrpura con textura de lija de grano 400. Y el hueco en la frecuencia de la Torre el punto donde la señal no llega tiene profundidad. No espacial. Sensorial. Algo se abre en esos puntos. Algo que yo percibo y que nadie más percibe. Excepto miró a Darvi quizás tú.

Darvi lo miró. Los audífonos en el cuello.

Yo no veo colores declaró. Veo formas. Siluetas. Apuntan a los lugares donde pasan cosas. Llevan tres semanas apuntando al -52.

Más largo.

Yo veo reflejos incorrectos - dijo Reymus. Voz plana. Sin emoción. Dato. En una ventana del Nivel -20. Cada martes a las 14:32. El reflejo muestra otro lugar. Sin gente. Con algo metálico que tiene cuatro patas.

Lu se inclinó.

¿Cuatro patas?

Cuadrúpedo. Metálico. Articulado. Se mueve.

Eso no es del Astral - respondió Lu. Lo que describe la mitología del libro es orgánico. Bestias. Criaturas. No metal.

Entonces hay más de un tipo de “otro” - dijo Reymus.

Mathew levantó la mano izquierda. No para pedir turno. Para mostrar. En la palma: la marca de presión que siempre estaba ahí, la línea diagonal del puño apretado.

Yo escucho a alguien - expresó Mathew. Alguien que no está. Pero que dice cosas que resultan ser ciertas.

Once segundos de pausa. Annie los contó con la precisión que contaba los tiempos de cocción.

¿Qué dice? - preguntó Annie.

Dice que bajemos.

- ○

No bajaron esa noche. No parecían estúpidos, a pesar de tener dieciséis, diecisiete y dieciocho años. Lo que hicieron fue organizarse.

Darvi estableció las reglas. No porque fuera la líder, sino porque era la que tenía el espacio y las herramientas y la costumbre de organizar cosas:

Toshiro calibraría el receptor para detectar variaciones de frecuencia en tiempo real. Si la señal subía de 7.83 Hz a cualquier valor por encima de 10, significaba actividad. Salían.

Reymus mapearía las rutas de escape. Cuatro corredores = cuatro salidas. Cada persona necesitaba saber tres rutas alternativas desde la encrucijada hasta el Nivel -30.

Delto exploraría la ruta física. Bajaba primero, verificaba accesos, identificaba obstáculos. Si algo se movía, Delto era el más rápido. No por entrenamiento, sino por constitución.

Lu investigaría en el libro sin portada. Si había precedentes de lo que estaban viendo, puntos donde “otro lugar” se filtraba en este, Lu los encontraría.

Rafael mediría. Su percepción era instrumental. Si los colores o texturas cambiaban, significaba que la frecuencia cambiaba, y si la frecuencia cambiaba, algo pasaba.

Annie traería comida. No por rol de género, sino porque Annie era la única con acceso a un comedor y a grasa de rata y a fuego. Porque bajar al -52 con el estómago vacío era mala idea por razones fisiológicas que Rafael enumeró durante cuatro minutos antes de que Lu lo detuviera.

Mathew escucharía. A lo que escuchara.

Darvi coordinaría. Y las siluetas señalarían.

¿Y qué hago yo? - respondió el gato, que no dijo nada porque era un gato, pero que se sentó en medio del grupo y los miró con pupilas dilatadas.

El gato confirma - dijo Darvi.

Nadie - pidió aclaración.

El grupo tenía una estructura. No porque alguien la diseñara, sino porque cada uno traía algo que los otros no tenían, y la geometría de las carencias formaba un sistema más completo que cualquiera de sus partes. Ocho adolescentes en un taller de tres por tres metros, ninguno mayor de dieciocho años, con un receptor de frecuencias artesanal y un libro sin portada, un hueso de pollo frío y una libreta de patrones, una colección de 843 avistamientos de siluetas. Un cuchillo limpio debajo de un colchón en el Nivel -45. Contra arañaba concreto y respiraba en la penumbra.

No era suficiente. Pero era lo que había. ### Capítulo 008
CRUCE [D][A][H]

- ○

La segunda bajada fue diferente. Ocho personas en fila por los túneles de servicio del Nivel -50. Darvi adelante con la lámpara. Delto segundo ya había corrido la ruta tres veces en dos días para

memorizar cada recodo, cada tubería baja, cada charco. Toshiro con el receptor encendido, la pantalla del osciloscopio brillando verde en la oscuridad. Rafael con el hueso frío en la mano izquierda y los sentidos abiertos. Lu con el libro en la mochila. Reymus con la libreta. Annie con un recipiente de tiras de pollo frito porque nadie le contestó que no las trajera y ella no iba a ningún lado sin comida. Mathew último, caminando con la cabeza inclinada hacia la izquierda como escuchando instrucciones que venían de un punto a cuarenta y cinco grados del suelo.

22:00. Un viernes. Las patrullas del Nivel -30 cambiaban turno a las 22:15. Quince minutos de ventana. Del -30 al -52: doce minutos si caminaban rápido.

Caminaron rápido.

El olor cambió a las 21:58, cuando pasaron del -45 al -48. Hierro. Agua estancada. Y debajo: ozono. Más fuerte que la primera vez. Darvi lo registró. Toshiro miró el receptor.

7.83. Estable. Pero la amplitud es mayor que la última vez.

¿Cuánto mayor?

El doble.

El cuarto escalón de Rafael emitía púrpura. Aquí, a doscientos metros por debajo y trescientos metros al sur, el púrpura era denso. Espeso. Rafael registraba la textura en los huesos de la cara, en los pómulos, en el arco cigomático donde los sonidos de baja frecuencia resonaban antes de llegar al oído medio. Lija. Grano 400. Pero más húmeda. La lija con agua.

Llegaron a la encrucijada a las 22:09. Seis minutos antes de lo planificado.

La mancha había crecido. Metro y medio de diámetro. Las marcas de garras del corredor norte estaban igual pero había marcas nuevas. En el corredor este. Dos rayas paralelas esta vez. Separación: seis centímetros. Más anchas. Otro animal. O el mismo, más grande.

Darvi colocó la lámpara en el centro, apuntando al techo. Iluminación difusa. Ocho sombras largas en cuatro direcciones. Toshiro puso el receptor en el suelo, junto a la mancha. La aguja saltó.

12 Hz. Subiendo. 14. 16.

¿Eso es malo? - añadió Delto.

No sé. La última vez subió a 20 y algo salió.

¿A qué velocidad sube?

2 Hz cada treinta segundos.

Reymus calculó.

Llegará a 20 en dos minutos.

Delto miró el corredor norte. Después el este. Los dos oscuros. Los dos con marcas de garras.

Dos minutos dijo. No era pregunta. Era registro.

El grupo se distribuyó. No por instrucción por instinto. Reymus en la boca del corredor sur (la salida). Delto junto a él, listo para correr o para empujar a alguien hacia la salida. Annie detrás de Toshiro. Lu junto a Rafael. Mathew en el centro, con los ojos cerrados.

Darvi se quedó junto a la mancha.

Las siluetas estaban. Cinco. Más de las que Darvi había visto juntas. Rodeaban la mancha. No apuntaban rodeaban. Una formación circular. Darvi no sabía qué significaba.

18 Hz comentó Toshiro.

La mancha cambió. La superficie, que era oscura pero plana, se onduló. Darvi la vio ondularse: un movimiento lento, viscoso, desde el centro hacia los bordes. La temperatura bajó. El frío que irradiaba la mancha se intensificó. Los pies se le helaron a través de las suelas.

20.

El aire olió a ozono. Fuerte. El olor metálico le raspó la garganta. Y debajo del ozono, otro olor: orgánico, denso, animal. No rata. No insecto. Algo más grande. Algo que olía a sangre y tierra mojada y pelo quemado.

22. La señal se está fragmentando.

La mancha se abrió.

No se “abrió” como una puerta. No hubo bisagra ni borde ni mecanismo. La superficie oscura se volvió volumen. Profundidad. Un espacio que se extendía debajo del suelo de concreto pero que no era el subsuelo era otro lugar. El aire que salió de ese espacio era caliente. Húmedo. Olía a vegetación podrida y a mineral. El contraste con el frío de la mancha creó una corriente que le revolvió el pelo a Darvi y que apagó la lámpara.

Negrura.

Luz - dijo Darvi.

Toshiro encendió una segunda lámpara (Darvi había fabricado tres de repuesto). El haz rebotó en las tuberías y bajó hacia la mancha.

Dentro de la mancha dentro del volumen que se había abierto había algo. No un animal. Una persona.

Una chica. La edad de ellos o un poco más. Piel oscura. Pelo corto, rapado en los lados. Ropa que nada de eso era ropa de Ciudad Control: cuero sin curtir, tiras de tela gruesa atadas con nudos, y marcas en los brazos. No tatuajes quemaduras controladas. Patrones geométricos grabados en la piel con fuego.

La chica estaba de pie dentro de la mancha. En un espacio que tenía suelo propio tierra, no concreto. Hierba seca. Piedras. Un cielo detrás de ella que no era techo de túnel: era cielo. Abierto. Con estrellas que no existían en Ciudad Control porque Ciudad Control no tenía cielo.

La chica miró al grupo. El grupo miró a la chica.

Suki - contestó la chica. La voz era ronca. Agotada. Tenía un corte en la ceja derecha que sangraba, y la sangre le bajaba por la sien y se acumulaba en la línea de la mandíbula antes de gotear en el cuero de la ropa. Necesito que me ayuden a cerrar esto antes de que pasen las bestias.

Nadie se movió.

Ahora - comentó Suki.

Y detrás de ella, en el cielo estrellado que no debería existir, algo rugió.

• ◦

Suki cruzó. Salió de la mancha. Pisó concreto. El aire del Nivel -52 le pegó en la cara y arrugó la nariz no por el frío, por la esterilidad. Olía a nada vivo.

La sombra se cierra sola si no hay tráfico dijo. Hablaba español con un acento que nadie reconoció. Las vocales más abiertas. Las consonantes más suaves. Un español que había evolucionado en otro

lugar. Pero si algo la mantiene abierta desde el otro lado, no se cierra. Y algo la mantiene abierta.

¿Qué algo? - dijo Lu.

Bestias. Radioactivas. De la zona caliente del Astral. La guerra las empuja hacia los puntos débiles, y los puntos débiles son estos. Las sombras.

¿Sombras?

Así las llamamos. Donde un plano sangra en otro. Donde la barrera entre aquí y allá se adelgaza. Las sombras no son agujeros son... buscó la palabra costras. Cuando la piel se rompe, se forma una costra. Las sombras son costras entre los planos. Si las rascas, sangran.

¿Y las bestias las rascan? - añadió Reymus.

Las bestias las huelen. La costra tiene olor. Para ellas. Y cuando la encuentran, empujan.

El rugido detrás de la mancha se repitió. Más cerca. Suki miró.

Esa bestia mide tres metros. Cuadrúpeda. Tiene garras de cerámica ósea que regeneran cada quince días. Irradia a 200 milisieverts por hora. Si la dejan cruzar, contaminará el corredor y matará a cualquiera que pase por aquí en las próximas seis horas.

¿Cómo sabes todo eso? - admitió Rafael.

Suki lo miró. Tenía los ojos cansados de alguien que llevaba mucho tiempo sin dormir en un lugar seguro.

Porque llevo tres años peleando con ellas.

- ◦

Cerraron la sombra. No con ceremonia ni con magia. Con física.

Suki les - explicó mientras trabajaban: la sombra se mantenía abierta por presión diferencial. El Astral empujaba más que el Plano Medio porque el Astral estaba en guerra y la guerra generaba energía que se acumulaba en los puntos débiles. Cerrar la sombra requería equilibrar la presión. Equilibrar la presión requería que algo del Plano Medio empujara de vuelta.

Frecuencia - dijo Toshiro.

Suki lo miró.

Tu máquina. ¿Puede emitir?

Puede. Pero solo genera ruido blanco.

No necesito ruido blanco. Necesito 7.83 Hz. Contrarresta la presión del Astral. Es la frecuencia natural de este plano. Si la emites directamente sobre la sombra, el equilibrio se restaura.

Toshiro modificó el circuito. Darvi le pasó un soldador. Tres minutos de trabajo. El generador de ruido se convirtió en un emisor de tono puro. 7.83 Hz. Debajo del umbral auditivo. Pero la mancha reaccionó: se contrajo. El borde se retrajo hacia el centro. La profundidad disminuyó. La tierra y el cielo estrellado se difuminaron. El rugido se apagó no porque la bestia se fuera, sino porque la costra se cerraba y el sonido del otro lado dejaba de atravesar.

La mancha se redujo a medio metro. A treinta centímetros. A una línea oscura en el concreto que era casi invisible.

Casi - admitió Suki. Pero no del todo. Nunca del todo. La costra queda. Si la presión vuelve a subir, la sombra se reabre.

¿Cuándo? - dijo Reymus.

Depende de la guerra.

¿Qué guerra?

Suki se sentó en el suelo. La sangre de la ceja había dejado de correr. Se la limpió con el dorso de la mano. Miró al grupo a los ocho adolescentes que la miraban con los ojos muy abiertos en un túnel del Nivel -52 de una ciudad que ella conocía desde el otro lado.

En el lugar de donde vengo - indicó hay cuatro ejércitos. Dragones. Lobos. Vikingos. Y las bestias. Las bestias son las peores porque no piensan. Son masa. Van hacia donde la energía es más densa. Y ahora la energía más densa está aquí, en los puntos donde los planos se tocan. Las sombras.

¿Cuántas sombras hay? - respondió Darvi.

No sé. Decenas. Cientos. Están en los niveles bajos. En los túneles que nadie visita. En los rincones donde las Torres no llegan con suficiente fuerza. Los puntos ciegos.

Un escalofrío le cruzó la nuca, uno que no tenía que ver con la temperatura. Los puntos ciegos. Los mismos que las siluetas señalaban. Entonces, los mismos donde la oscuridad no era sombras sino profundidad.

¿Y los otros ejércitos? - dijo Lu. ¿Los dragones, los lobos, los vikingos?

Algunos ayudan. Los dragones cierran sombras cuando pueden. Los vikingos pelean bestias por deporte. Entonces, los lobos... los lobos son problema. Antes de que pudiera reaccionar, los lobos quieren las sombras abiertas. Les conviene.

¿Por qué?

Porque del otro lado de las sombras hay gente. Ustedes. Recursos. Comida. Territorio. Los lobos ven las sombras como puertas de entrada.

Annie puso el recipiente de tiras de pollo frito en el suelo. Suki lo miró. Miró a Annie.

¿Eso es comida?

Barra de pollo frito.

Suki agarró una tira. Se la comió en tres mordidas. Los ojos se le cerraron. No de placer de alivio. El tipo de alivio que viene de no haber comido en un tiempo que el cuerpo cuenta pero la boca no dice.

Se comió cuatro tiras más. Nadie - dijo nada. Después, con los dedos grasientos y la ceja todavía hinchada, Suki les añadió lo que necesitaban saber: que las sombras se abrirían más, que las bestias cruzarían más, que la guerra del Astral no iba a parar, y que alguien tenía que cuidar los puntos de este lado. Alguien que supiera dónde estaban las sombras, que pudiera cerrarlas, que pudiera pelear con lo que cruzara cuando no se cerraran a tiempo.

Yo estoy sola - respondió Suki. Llevo tres años sola en este lado, cuidando las sombras de los niveles -40 al -60. Hay más arriba. Hay más abajo. No doy abasto.

¿Cómo llegaste aquí? - dijo Rafael.

Crucé. Por una sombra del Nivel -55. Hace tres años. La guerra se puso mal. Necesitaba un lugar donde la presión fuera baja. Este lado es quieto. Las Torres mantienen todo plano. Pero las sombras son el costo de esa planitud.

¿No puedes volver? - comentó Delto.

Puedo. Pero si vuelvo, nadie cuida las sombras de este lado. Y si nadie cuida las sombras, lo que cruce no va a ser una bestia sola. Va a ser manada.

El gato que había bajado los 30 niveles subido en el hombro de Annie saltó al suelo. Caminó hasta Suki. Olió su mano. La mano olía a pollo frito y a sangre y a lo que el gato reconocía porque el gato reconocía las cosas del otro lado desde siempre. Se frotó contra la pierna de Suki. Suki le acarició la cabeza.

Tu gato sabe - dijo Suki.

No es mi gato - respondió Darvi.

Sabe de todas formas.

Darvi anotó: *Suki. Astral. Tres años este lado. Sombras = costras inter-planares. 7.83 Hz cierra. Bestias radioactivas cruzan. Guerra: dragones (aliados), vikingos (aliados variables), lobos (hostiles), bestias (masa). Necesita ayuda.*

Abajo: *Somos ocho. No es suficiente. Pero es lo que hay.*

Era la segunda vez que escribía esa frase en la libreta. ###
Capítulo 009 PUNTOS CIEGOS [D][O][A]

- ○

Tres semanas.

El mapa de Darvi cubría la pared izquierda del taller. Pintado con grasa de motor sobre concreto. Catorce sombras documentadas entre el Nivel -40 y el Nivel -60. Cada una marcada con un punto, una hora de actividad, y una flecha de dirección. Suki confirmó nueve. Las otras cinco Darvi las encontró sola, siguiendo las siluetas por los túneles en las horas donde las patrullas no bajaban.

Catorce sombras. Catorce puntos donde el Astral empujaba contra el Plano Medio. Catorce costras que podían sangrar en cualquier momento.

El patrón era el que Darvi intuyó y que el mapa confirmó: las sombras aparecían en los intersticios de las Torres TAAT. Los puntos donde la frecuencia de supresión no llegaba con potencia suficiente. Puntos ciegos. La geometría de 738 torres dejaba grietas, y las grietas eran sombras. Por las sombras cruzaban bestias.

Toshiro fabricó cuatro emisores portátiles de 7.83 Hz. Darvi los soldó. Uno para cada pareja de vigilancia: Rafael-Lu cubría los niveles -40 a -45. Darvi-Toshiro los niveles -45 a -52. Delto-Annie los niveles -52 a -55 (Delto por velocidad, Annie porque se negó a quedarse arriba y porque su recipiente de tiras de pollo era el único incentivo que Suki aceptaba para comer). Reymus-Mathew los niveles -55 a -60.

Las rondas eran de noche. 22:00 a 03:00. Cinco horas. Cada pareja cubría su zona, verificaba sombras, cerraba las que estuvieran activas con el emisor. Si algo cruzaba antes de cerrar la instrucción de Suki era clara: no pelear. Correr. Señalizar. Esperar.

Suki peleaba.

Suki era la única que podía pelear con lo que cruzaba. Llevaba un arma que Darvi no reconoció: un bastón de madera dura ébano, expresó Suki, de árboles que no existían en este lado con las puntas endurecidas al fuego y cristales incrustados en el mango. Los cristales emitían una frecuencia cuando los golpeaba. No 7.83. Algo más alto. Suki no sabía la cifra exacta. Toshiro la midió: 55 Hz. La misma frecuencia que las runas vikingas. La misma que, en algún otro nivel de la ciudad que ninguno de ellos conocía todavía, un hombre llamado Haryes llevaba tallada en los antebrazos.

La primera bestia que el grupo vio cruzar fue el jueves de la segunda semana.

Nivel -48. Sombra 6. Actividad detectada a las 23:40 por el receptor de Darvi (señal subiendo de 7.83 a 15 Hz en treinta segundos). Darvi y Toshiro llegaron en cuatro minutos. La sombra estaba abierta: metro y medio de diámetro, en el suelo de un corredor de mantenimiento junto a una tubería de desagüe rota. A través de la sombra: cielo oscuro, vegetación densa, olor a mineral y putrefacción.

La bestia cruzó antes de que Toshiro encendiera el emisor.

Cuadrúpeda. Dos metros de largo. Piel gris sin pelo, brillante de humedad, con lesiones en el lomo que supuraban un líquido claro. Los ojos eran pequeños vestigiales, según Suki, porque las bestias no cazaban con la vista sino con algo más, algo que Suki llamaba “la presión” y que Toshiro calculó que era detección de campos electromagnéticos. La boca era ancha, con dientes planos diseñados para triturar, no para desgarrar. Herbívora convertida en carroñera por la radiación del Astral.

No rugió. No atacó. Se quedó en el corredor, con las cuatro patas plantadas en el concreto, la cabeza baja, olfateando. El concreto debajo de sus garras empezó a humear, no fuego, radiación. Las garras irradiaban. El concreto se degradaba al contacto.

Suki apareció por el corredor este. Bastón en mano. No corrió. Caminó. La bestia la detectó. Giró la cabeza. Las fosas nasales se abrieron cuatro orificios, no dos. Aspiró.

Suki golpeó el suelo con el bastón. Los cristales emitieron. 55 Hz. La bestia retrocedió. No de miedo de dolor. La frecuencia le pegaba en algo interno, algo que Toshiro midió en el receptor como una interferencia destructiva con el campo electromagnético de la bestia.

Segundo golpe. La bestia retrocedió hacia la sombra. Tercer golpe. Cruzó. De vuelta al Astral. Toshiro activó el emisor. 7.83 Hz. La sombra se cerró.

Tiempo total: noventa segundos.

El corredor donde la bestia estuvo quedó marcado. Las garras dejaron cuatro huellas de cinco centímetros de profundidad en el concreto. La zona irradiaba. Darvi midió con un dosímetro artesanal que Toshiro construyó con una cámara de ionización hecha de una lata de aluminio: 85 milisieverts por hora en el punto de contacto. Letal si pasabas veinte minutos.

¿Cuánto tarda en bajar? - dijo Darvi.

Seis horas - dijo Suki. Ocho si la bestia era adulta. Esta era joven.

Darvi marcó el corredor en la libreta: *Sombra 6, contaminada, no acceso 6 hrs.* Y en el mapa de la pared, un círculo rojo alrededor del punto.

- ◦

La cuarta semana, los espejos.

Reymus fue el primero en verlos. O el primero en documentarlos. El reflejo incorrecto del aula 3 no era único. Había más.

Reymus encontró tres en una semana: el del aula 3 (martes 14:32), uno en el corredor de servicio del Nivel -25 (miércoles, 06:15, duración variable), y uno en un baño del Nivel -15 (viernes, 19:00 exacto, ocho segundos). Los tres mostraban el mismo tipo de reflejo: este lugar, pero vacío. Sin personas. Sin deterioro. Limpio. Y en dos de los tres: el cuadrúpedo metálico.

No es del Astral - declaró Suki cuando Reymus le describió el cuadrúpedo.

¿De dónde entonces?

Del otro lado. Del Base.

¿Qué Base?

Suki se sentó. El grupo estaba en el taller de Darvi. 20:30. Antes de la ronda.

Hay tres planos. Medio es donde están ustedes. Astral es donde estoy yo. Base es... el otro. El primero. El de antes.

¿Antes de qué? - contestó Lu.

Antes de todo. El Base es la Tierra original. Antes del Reset. Pero no la Tierra que era la Tierra que quedó. Después de que el sistema lo procesara.

¿Procesara?

Limpiara.

Lu abrió el libro sin portada. Buscó una sección. Leyó en voz alta: “Los mitos de destrucción y regeneración comparten una estructura: un mundo anterior es destruido para que uno nuevo nazca. Pero los mitos no dicen qué pasa con el mundo anterior. No desaparece. Se hunde. Se vuelve el subsuelo del mundo nuevo.”

El Base se hundió - dijo Suki. Pero sigue ahí. Y lo que quedó ahí sigue funcionando. Las máquinas siguen funcionando. Los que sobrevivieron siguen ahí. Y tienen perros de metal.

Unidades EX - expresó Mathew.

Todos lo miraron. Mathew no había hablado en cuarenta minutos.

¿Cómo sabes eso? - dijo Lu.

Me lo dijeron.

¿Quién?

Mathew inclinó la cabeza a la izquierda. Pausa.

No sé su nombre. Pero sabe cosas que no son de aquí.

Unidades EX repitió Mathew. De Exterminio. Cuadrúpedas. Metálicas. Detectan coherencia. Si la señal es alta, atacan. Si es baja, ignoran. Buscan lo que el sistema considera anomalía.

¿Y lo que muestran los espejos...? empezó Reymus.

Es el Base. Tal cual es ahora. Vacío. Limpio. Con máquinas que siguen buscando lo que ya no está.

¿Y pueden cruzar? - comentó Darvi.

Si el espejo se abre lo suficiente, sí.

Darvi miró el mapa. Las sombras eran puntos donde el Astral sangraba. Los espejos eran puntos donde el Base se reflejaba. Dos tipos de brecha. Dos tipos de amenaza. Las bestias del Astral eran orgánicas, radioactivas, masa. Las unidades del Base eran mecánicas, precisas, cazadoras de coherencia.

Añadió una nueva categoría al mapa: triángulos azules para los espejos. Al lado de los puntos rojos de las sombras. Los puntos ciegos de las Torres TAAT ahora tenían dos tipos de marcas.

La ciudad tiene grietas - añadió Darvi.

Nadie respondió. No hacía falta.

• ○

La quinta semana, una victoria que no era victoria.

Dragones.

La sombra 9, Nivel -55, se abrió a las 01:15 de un lunes. Señal de 28 Hz la más alta que habían registrado. Darvi y Toshiro bajaron. Rafael y Lu bajaron. Delto bajó corriendo, tres minutos delante de todos. Annie se quedó arriba preparando vendas de tela cortada del

uniforme viejo de Benicio, porque la última vez alguien se cortó con una tubería rota y no tenían botiquín.

La sombra era amplia. Tres metros. A través de ella: un campo de batalla. Humo. Vegetación ardiendo. Cuerpos de bestias en el suelo tres, cuatro, aplastados. Y arriba, en un cielo que era púrpura oscuro (Rafael confirmó: el mismo púrpura del cuarto escalón pero a escala de cielo), formas.

Grandes. Aladas. Escamosas. Voladoras. Tres de ellas, planeando en círculo sobre el campo, con envergaduras de quince metros que bloqueaban las estrellas. Dragones. No dragones de cuento máquinas biológicas de guerra aérea, con piel blindada y aliento que no era fuego sino plasma ionizado que carbonizaba la vegetación en un radio de treinta metros.

Uno de los dragones bajó. Se posó al otro lado de la sombra. Miró hacia el grupo. Ojos verticales. Pupilas de rendija. Inteligencia. No la inteligencia de una bestia la inteligencia de lo que evaluaba.

Suki se adelantó. Dijo algo en un idioma que no era español. El dragón - respondió un sonido grave que le vibró a Rafael en el esternón y que era de color rojo profundo con bordes afilados. Una conversación. Breve. Operativa.

El dragón desplegó un ala. Debajo del ala: tres bestias más, muertas, apiladas. Las empujó hacia la sombra con una garra del tamaño del torso de Darvi. Las bestias cayeron al concreto del Nivel -55. Muertas. Irradiando. El dosímetro de Toshiro saltó a 300 milisieverts.

Dice que estas intentaban cruzar tradujo Suki. Las detuvo. Las trae para que veamos. Para que sepamos.

¿Sepamos qué? - dijo Lu.

Que la presión sube. Que las bestias empujan más. Que pronto las sombras no se cerrarán solo con 7.83 Hz.

El dragón las miró. Suki le indicó algo más. El dragón plegó las alas y despegó. El viento de sus alas les pegó en la cara caliente, con olor a azufre y a algo eléctrico. Se fue.

La sombra se cerró. 7.83 Hz del emisor. Pero tardó más en cerrarse que las anteriores. Cuarenta y cinco segundos en vez de quince.

Se está debilitando - comentó Toshiro.

¿Qué se debilita?

La costra. Cada vez que abrimos y cerramos, la costra se debilita. Se forma de nuevo, pero más delgada.

Darvi lo anotó. *Las sombras se debilitan con cada apertura. Cerrar no es curar es parchear. Los parches se agotan.*

Las bestias muertas irradiaron durante once horas. El corredor del Nivel -55 quedó inhabitable durante ese tiempo. Darvi marcó la zona en el mapa con un círculo rojo y una X.

El mapa tenía cada vez más círculos rojos. Cada vez más triángulos azules. Cada vez menos espacio transitable en los niveles bajos.

La guerra del Astral se estaba filtrando. Gota a gota. Bestia a bestia. Garra a garra. Y los parches se agotaban. Suki comió tiras de pollo frito sentada contra la tubería del Nivel -55, con tres bestias muertas a diez metros irradiando lo suficiente para matarla si se quedaba dos horas. No se quedó dos horas. Se quedó veinte minutos. Comió. Se limpió las manos en el cuero de la ropa. Miró a Darvi.

Necesitamos más gente, dijo.

No hay más gente, comentó Darvi.

Entonces necesitamos menos sombras.

No podemos controlar las sombras.

No. Pero podemos saber dónde van a aparecer las próximas.

Suki señaló el mapa de Darvi. El mapa de grasa y óxido en la pared del taller.

Tu mapa, los puntos ciegos. Si sabemos dónde están todos, podemos anticipar. No cerrar prevenir.

Darvi miró el mapa. Catorce sombras documentadas. Tres espejos. ¿Cuántos puntos ciegos quedaban? ¿Cuántas Torres TAAT dejaban grietas? La geometría tenía miles de intersticios. Miles de sombras potenciales. Miles de espejos potenciales.

No suficiente. Nunca suficiente. Pero lo que había.

Darvi agarró la grasa de motor. Empezó a dibujar los puntos que faltaban. ### Capítulo 010 COSTRA [D][K][O]

- ○

La patrulla llegó a las 02:47 de un miércoles.

No era una patrulla normal. Las patrullas normales del Nivel -40 para abajo eran dos agentes, visores reflectantes, pulseras azules, paso programado de 47 pasos antes de girar. Reymus las tenía documentadas: seis rutas, horarios predecibles, variaciones de menos del 3%.

Esta no. Cuatro agentes. Equipamiento que Reymus no había visto: cascos cerrados con un dispositivo en la parte frontal que pulsaba visible, una luz intermitente que emitía a una frecuencia que Rafael vio como un color blanco intenso con bordes cortantes. Botas gruesas. Sin pulsera visible. Y armas. No la ausencia de armas de los patrulleros estándar. Armas. Tubos de metal de treinta centímetros

en los cinturones. Reymus no sabía qué hacían los tubos, pero la forma en que los agentes los llevaban, mano derecha a cinco centímetros del tubo, dedos curvados, listos, indicaba que los tubos hacían lo que los agentes esperaban tener que usar.

La patrulla bajó por el corredor de servicio del Nivel -48. Directo hacia la Sombra 6. La sombra que cerraron hace cuatro semanas. La sombra que dejó la marca radiactiva que tardó once horas en disiparse.

Darvi los vio desde la rejilla de ventilación del corredor C. Estaba en ronda con Toshiro. 02:47. Fuera de horario de patrullas normales. Fuera de protocolo.

Especiales - susurró Darvi.

Toshiro asintió. Apagó el receptor. La pantalla verde se apagó. Lo oscuro.

Los cuatro agentes llegaron a la zona de la Sombra 6. El dispositivo frontal del casco emitió una serie de pulsos. Darvi contó: cuatro pulsos, pausa, tres pulsos, pausa, cuatro pulsos. Un código. Los pulsos tenían un color que Rafael habría visto si estuviera allí, pero Darvi no veía colores.

pero las siluetas reaccionaron. Tres siluetas aparecieron en la rejilla. Las tres apuntaban a los agentes. No señalando retrocediendo. Las siluetas nunca retrocedían.

Uno de los agentes se agachó. Tocó el concreto donde la sombra había estado. Pasó un dispositivo del tamaño de una pulsera pero sin correa, rectangular, con una pantalla que brillaba azul. El dispositivo emitió un tono agudo. Darvi lo escuchó a través de la rejilla: la frecuencia de las Torres, pero concentrada. Puntual. Un bisturí de frecuencia en lugar de la presión difusa de las Torres.

El agente leyó la pantalla. Dijo algo a los otros. No en español. Darvi no reconoció el idioma. Consonantes duras. Sílabas cortas.

Los cuatro agentes se separaron. Dos continuaron corredor abajo. Dos se quedaron en la posición de la Sombra 6.

Darvi y Toshiro se retiraron. Sin ruido. Por el conducto de ventilación la ruta que Delto había mapeado como salida de emergencia y que solo servía si eras lo suficientemente delgado para pasar por un ducto de sesenta centímetros de diámetro. Darvi era. Toshiro apenas.

Salieron al Nivel -40. Subieron al -30. Corrieron.

- ◦

Suki estaba en la Sombra 12 cuando la encontraron.

No las patrullas. El grupo. Darvi activó la alerta tres golpes en la tubería del corredor C del Nivel -35, que resonaban hasta el -22 donde Annie dormía junto al taller, y hasta el -15 donde Lu y Rafael estaban en el comedor. y hasta el -45 donde Mathew estaba sentado en su colchón escuchando al interlocutor que nadie más escuchaba. La cadena de alerta que Reymus diseñó: tres golpes = reunión de emergencia. No en el taller. En el punto de encuentro alternativo: corredor D del Nivel -30. detrás de la rampa de carga 7.

Llegaron en diecinueve minutos. Siete de ocho. Suki no estaba.

Patrullas especiales - añadió Darvi. Cuatro agentes. Equipamiento nuevo. Rastrean las sombras.

¿Saben de las sombras? - mencionó Lu.

Tienen un dispositivo que mide la frecuencia residual. Pueden detectar dónde hubo una sombra activa.

Si rastrean las sombras, encontrarán a Suki - dijo Reymus.

Suki no tiene pulsera - dijo Delto. Sin ella, no existe en el sistema. No pueden rastrearla.

No necesitan pulsera. Necesitan frecuencia. Suki lleva encima la firma del Astral. Su cuerpo irradia diferente. Si el dispositivo detecta frecuencias residuales en el concreto, detectará la firma de Suki caminando.

El corredor D del Nivel -30 olía a lubricante industrial y metal caliente. Las máquinas de manufactura operaban a quince metros, detrás de la pared, emitiendo un zumbido constante que era marrón oscuro con bordes granulados para Rafael.

Hay que avisarle admitió Annie.

Suki está en la ronda de los -55 a -60 admitió Darvi. Nosotros la cubrimos de -45 a -52. No sabemos exactamente dónde está.

Reymus sabe - dijo Mathew.

Reymus abrió la libreta. La ruta de ronda de Suki: quince puntos de verificación entre los niveles -55 y -60, recorridos en sentido antihorario, con un promedio de siete minutos por punto. A las 02:47, Suki estaría entre el punto 8 (Sombra 11, corredor F del -57) y el punto 9 (Sombra 12, encrucijada del -58).

Sombra 12 - observó Reymus. Si mantuvo el ritmo.

Delto ya estaba corriendo.

¡Delto!

No se detuvo. Delto no se detenía. Corrió hacia la escalera del Nivel -30, bajó las rampas industriales del -30 al -40 saltando tres escalones, se metió por el túnel de servicio que Darvi había marcado con una raya de grasa en la pared, y desapareció.

Diez minutos después, el grupo llegó al Nivel -55. Darvi adelante. Toshiro con el receptor. Lu y Rafael detrás. Annie y Mathew detrás.

de ellos. Reymus último, contando pasos, verificando que la ruta coincidiera con el mapa.

Encontraron a Delto en el corredor F del -57. Parado. Inmóvil. Los ojos fijos en algo que estaba más adelante, donde el corredor giraba hacia la encrucijada del -58.

Voces. Consonantes duras. Sílabas cortas. El mismo idioma de los agentes especiales.

Y la voz de Suki. Gritando algo que no era español ni el idioma de los agentes. El idioma del Astral. Gutural. Desesperado.

Darvi avanzó. Delto le agarró el brazo.

Son seis.

¿Seis?

Los cuatro de antes. Más dos.

¿Armados?

Los tubos. Y algo más. Uno tiene una red. Metálica. Con los bordes brillando.

Darvi se asomó por la esquina del corredor. La encrucijada del -58 estaba iluminada por las lámparas de casco de los agentes. Seis figuras. Suki en el centro. Tenía las manos atrapadas en la red metálica. La red emitía una frecuencia alta que le incomodaba el oído medio. La red neutralizaba. Cancelaba la firma de Suki. La volvía invisible para las sombras, para las siluetas, para todo lo que operaba por frecuencia.

Suki peleó. Giró. Intentó alcanzar el bastón de ébano que uno de los agentes sostenía a tres metros de ella, fuera de alcance. No - gritó nombres. No pidió ayuda. Peleó con el cuerpo porque el cuerpo era lo único que le quedaba cuando la frecuencia era neutralizada y el bastón estaba lejos y la red le quemaba la piel donde la tocaba.

Los agentes no la golpearon. No necesitaban golpearla. La red hacía el trabajo. Suki dejó de moverse. No de resistirse de poder moverse. La red le contrajo los músculos. Espasmo. Los brazos se doblaron contra el cuerpo. Las piernas cedieron. Cayó de rodillas al concreto.

Darvi contó los segundos. Catorce. Suki de rodillas catorce segundos. Después los agentes la levantaron. La cargaron. Por el corredor este. Hacia los niveles que el grupo no había mapeado. Hacia abajo.

Darvi no se movió. Delto no se movió. Ninguno se movió.

No porque no quisieran. Porque seis agentes armados con tecnología que no reconocían, contra ocho adolescentes con un receptor de frecuencias artesanal y tiras de pollo frito, no era una pelea. Era un cálculo. Y el cálculo decía: no.

Suki desapareció por el corredor este. La luz de las lámparas de casco se apagó con la distancia. Las tuberías gotearon. La encrucijada del -58 quedó vacía.

En el suelo: el bastón de ébano de Suki. Los agentes no lo recogieron. No les interesaba la madera. Les interesaba la persona.

Darvi caminó hasta el bastón. Lo recogió. Pesaba más de lo que esperaba. La madera estaba tibia por la mano de Suki, que lo había sostenido toda la noche. Los cristales del mango brillaban débilmente. 55 Hz. Todavía emitían.

- ○

El taller. 04:30. Siete personas. Un gato.

Once minutos de mutismo. Annie contó. El único sonido era el gato lamiendo la esquina del recipiente de tiras de pollo (vacío, solo

grasa residual) y las tuberías de agua caliente del corredor C y la Torres TAAT emitiendo su gris plano.

Reymus habló primero.

No van a parar.

No dijo Darvi.

Si rastrean sombras, nos van a encontrar.

Sí.

¿Cuánto tiempo?

Depende de cuántos puntos verifican por noche y de la sensibilidad del dispositivo. Si cubren diez puntos por patrulla y patrullan tres veces por semana,. Si hay catorce sombras documentadas, nos crucemos en menos de dos semanas.

Reymus no discutió. Los números eran los números.

Hay que cambiar las rutas - respondió Reymus. Dejar de usar los puntos que ellos ya rastrearon. Moverse a las sombras que todavía no encontraron.

¿Y las que ya encontraron?

Las abandonamos.

Si las abandonamos, las bestias cruzan sin oposición.

Si no las abandonamos, nos atrapan y las bestias cruzan sin oposición de todas formas.

Darvi miró el mapa. Los catorce puntos rojos. Los tres triángulos azules. La geometría de una guerra subterránea que nadie arriba del Nivel -30 sabía que existía.

Borró tres puntos. Los tres que las patrullas especiales habían verificado. Los trazó de nuevo en gris. Zonas perdidas. Territorio cedido.

Necesitamos a Suki de vuelta - manifestó Lu.

No sabemos dónde la llevaron - dijo Darvi.

Abajo. Los agentes bajaron por el corredor este del -58. Lo que hay debajo del -60 son los niveles industriales profundos. Del -67 al -89 son las Granjas REM. Si la llevaron ahí...

Si la llevaron a las Granjas, no podemos sacarla. Las Granjas son secretas. Acceso restringido. Seguridad que no es patrullas con visor es otra cosa.

Mathew dijo:

Está viva.

Todos lo miraron.

Me lo dijeron - apuntó Mathew. Está viva. La están estudiando. Quieren saber cómo cruzó. Quieren saber de las sombras. Quieren saber todo lo que Suki sabe.

¿Y cuándo terminen de estudiarla? - añadió Delto.

Mathew inclinó la cabeza a la izquierda. Pausa larga. Más larga de lo normal.

No terminan dijo.

El significado se asentó en el taller con el peso de la grasa de motor y el ozono residual y el olor dulce de la bionanocelulosa. No terminan. No porque sea un proceso infinito. Porque lo que hacen con ella después de estudiarla no se clasifica como "terminar."

Annie se levantó. Fue al refrigerador improvisado. Sacó un helado. Se lo dio a Darvi. Darvi lo aceptó. Lo miró. No lo abrió.

Hay que seguir - respondió Annie.

¿Seguir qué? - dijo Delto. Las sombras no van a parar porque Suki no esté. Las bestias no van a parar. Los espejos no van a parar. Lo que hay abajo sigue estando abajo. Lo único que cambió es que ahora somos menos.

Siempre fuimos menos, dijo Darvi.

Annie la miró.

Entonces nada cambió.

Darvi abrió el helado. Vainilla. 120 gramos. Lo lamió. Estaba frío.

El gato se subió a la mesa de trabajo. Miró la esquina derecha del taller. Las siluetas estaban ahí. Dos. Apuntaban hacia abajo. Siempre hacia abajo.

Darvi anotó en la libreta: *Suki: capturada. Patrullas especiales. Red de cancelación. Bastón recuperado. Destino: niveles profundos. Estado: desconocido.*

Y debajo: *Somos siete. Las sombras son catorce. Los espejos son tres. La guerra sigue.*

Cerró la libreta. La puso debajo de la mesa. El gato se acostó encima.

Las Torres TAAT pulsaron. Gris plano. Constante. El mundo de arriba dormía. El mundo de abajo no dormía nunca.

Darvi terminó el helado. Lamió el palito. Lo guardó en la lata. Palito 1,312.

El gato cerró los ojos.

Las siluetas seguían apuntando hacia abajo. ## Temporada 2:
NIÑOS

- ○

Capítulo 011 ESCALERA [D][O][K]

- ○

Rafael tenía ocho años y treinta y dos escalones. Los contó el día que aprendió a contar. Antes de eso, los escalones eran solo subir y bajar, un hecho del cuerpo que las piernas hacían sin consultar a la cabeza. Después de aprender a contar, los escalones fueron treinta y dos. El número no cambió. Rafael verificó. Los contó seis veces el primer día, cuatro el segundo, dos el tercero. Seis más cuatro más dos son doce verificaciones en tres días. Treinta y dos cada vez.

La casa tenía cuatro pisos. El primero era el cuarto de Rafael y Ale. Dos colchones en el suelo separados por un metro y diez centímetros. El metro. Diez lo midió con una cuerda que cortó de la cortina del baño (la cortina quedó corta. El agua salpicaba el piso. Lo cual hizo que su madre mirara la cortina, mirara a Rafael, y no dijera nada, lo cual era peor que si hubiera dicho algo). Segundo piso: cocina. Hornilla eléctrica, depósito de barras de pollo, un grifo que goteaba cada cuatro segundos. Tercer piso: sala. El aparato de sonido de su padre. Cuarto piso: azotea sellada.

Los escalones entre el primero y el segundo eran ocho. Entre el segundo y el tercero: ocho. Entre el tercero y el cuarto: ocho. Y del suelo al primer piso: ocho. Ocho por cuatro: treinta y dos. Simétrico. Limpio. La simetría era la primera cosa que a Rafael le gustó de la casa. Antes de saber qué era “simetría” y antes de saber que gustarle esa clase de cosas haría que la gente lo mirara de una manera que él no podía clasificar.

Su padre se llamaba Marcos. Su madre se llamaba Elena. Los dos salían a las 05:30 y volvían a las 20:00. Turno de manufactura en el Nivel -30. Quince horas al día. Seis días a la semana. Noventa horas semanales para un ingreso combinado de 3,200 cohers mensuales. Que cubrían: alquiler (1,800), barras de pollo (720, a razón de 18

cohers $\times$ 3 barras $\times$ 4 personas $\times$ 10 días, más las barras suplementarias de los otros 20 días). Servicios (400), y un resto de 280 cohers que Marcos guardaba en una lata debajo de la hornilla para el aparato de sonido.

El aparato de sonido costó 2,000. Siete meses de ahorro. Marcos lo compró un sábado en el mercado gris del Nivel -20. Lo subió los treinta y dos escalones solo. Lo puso en la sala. Lo enchufó. Presionó un botón. El aparato emitió un tono de 40 Hz. Marcos cerró los ojos. Se durmió en la silla en doce minutos.

Rafael estaba en la puerta de la sala. Vio a su padre dormirse. Observó la pantalla azul del aparato. Escuchó el tono.

El tono no tenía color. No todavía.

• ◦

Ale tenía seis años y medio y el pelo liso que Rafael no tenía.

La diferencia era visible y no solo capilar. Ale hablaba con la gente. Ale miraba a los ojos. Ale respondía a las preguntas de la manera que la gente esperaba, sin desviarse hacia la composición química de la barra de pollo o la frecuencia del grifo que goteaba cada cuatro segundos (lo verificó: cuatro segundos. Constante. 0.25 Hz, el grifo era más predecible que cualquier persona).

Elena, cuando volvía del turno a las 20:00, abrazaba a Ale primero. Después le preguntaba a Rafael qué hizo en el día. Rafael respondía con precisión: “Conté los escalones, verifiqué que el grifo gotea a 0.25 Hz, medí la distancia entre los dos colchones con la cortina, y descubrí que 121 es 11 al cuadrado.”

Elena lo miraba con la expresión que Rafael archivó bajo “no sabe qué hacer con esta información pero quiere que sepa que me

escuchó.”

Marcos no preguntaba. Marcos llegaba, se sentaba en la sala, encendía el aparato, y dormía. El tono de 40 Hz llenaba el tercer piso. Rafael lo escuchaba desde el primer piso. A través de los escalones. A través del concreto. El tono bajaba por la casa y le llegaba a la almohada con una calidad diferente a la original: más apagado. Más redondo, filtrado por dos pisos de material que absorbían las frecuencias altas y dejaban pasar las bajas.

Una noche, Rafael subió a la sala mientras Marcos dormía. Se sentó en el suelo. Miró el aparato. La pantalla azul. El tono.

No tenía color. Pero tenía forma. Redonda. Grande. Ocupaba el espacio de la sala de una manera que Rafael no podía describir porque no tenía vocabulario para describir la forma de un sonido. Pero la percibió: el tono era esférico. Empezaba en el aparato y se expandía en todas las direcciones hasta chocar con las paredes. El techo, el suelo. En cada superficie, rebotaba y volvía, las versiones rebotadas se cruzaban con la versión original y creaban puntos donde el tono era más fuerte. Puntos donde era más débil. Nodos. Antinodos. Ondas estacionarias. Rafael no sabía esos términos. Lo que sabía era que si se movía treinta centímetros a la derecha, el tono cambiaba. Si se movía treinta centímetros a la izquierda, cambiaba de otra manera. La sala era un mapa invisible de intensidades sonoras que el cuerpo podía navegar si el cuerpo prestaba suficiente atención.

Rafael prestaba suficiente atención.

Se quedó cuarenta minutos mapeando el tono con el cuerpo. Treinta centímetros aquí: más fuerte. Treinta centímetros allá: más

débil. Junto a la pared: vibración que le cosquilleaba los dedos. En la esquina: silencio casi total. En el centro: presión en el pecho.

Marcos despertó a las 22:30. Vio a Rafael en el suelo de la sala, sentado con las piernas cruzadas, los ojos cerrados, las manos en el suelo.

¿Qué haces?

El sonido es redondo.

Marcos miró a su hijo. Rafael abrió los ojos.

El sonido que hace el aparato. Es redondo. Y cuando choca con la pared de la derecha rebota más fuerte que cuando choca con la de la izquierda, porque la pared de la derecha es concreto y la de la izquierda tiene la ventana que es vidrio y el vidrio absorbe diferente.

Marcos parpadeó.

Es hora de dormir, Rafael.

Rafael bajó. Dieciséis escalones hasta el primer piso. Se acostó. Ale ya dormía. El goteo del grifo: cuatro segundos, cuatro segundos, cuatro segundos.

El tono del aparato siguió sonando arriba. Redondo. Esférico. Sin color.

Todavía sin color.

- ◦

La escuela del Nivel -8 tenía un aula para veinte alumnos y una maestra que se llamaba Fernanda y que enseñaba las cuatro materias aprobadas por GM: Lectura Productiva, Cálculo Funcional, Historia Autorizada, Conducta Coherente.

Rafael era bueno en Cálculo Funcional. Bueno de una manera que incomodaba. Resolvía los problemas antes de que Fernanda

terminara de escribirlos en la pizarra. No porque fuera rápido porque veía la estructura completa del problema en el momento en que aparecía el primer número. Los números tenían relaciones entre sí que eran tan obvias para Rafael como el color de las paredes. Y los problemas de Cálculo Funcional de segundo grado eran transparentes. Visibles. Hechos.

El problema era que Rafael explicaba las respuestas.

¿Cuánto es 904 dividido entre 7? - manifestó Fernanda.

121 dijo Rafael. Que es 11 al cuadrado. Y si sumas los dígitos de 851 da 14, que es primo. Y 121 dividido entre 11 es 11, que también es primo. Y 851 aparece en las Torres TAAT y en el censo de población y en los expedientes de los...

Rafael. La respuesta es 121.

Sí. Pero...

Solo 121.

Rafael cerró la boca. Pero la boca no era el problema. El problema era que lo que seguía a 121 era tan relevante como 121 mismo, y que cortar la cadena en un eslabón arbitrario era violencia contra la estructura del dato. Los números no terminaban donde Fernanda quería que terminaran.

En el recreo, Rafael se sentaba solo. No por exclusión por exceso de datos. El patio tenía: 23 niños, 4 adultos, 147 losetas de concreto (las contó el primer día), una pared con grafiti que decía "TU COHERENCIA ES TU LIBERTAD" (7 palabras. 35 letras, 6 vocales repetidas), y un volumen de ruido que Rafael procesaba en capas simultáneas. Voces. Pasos. Rebotes de pelota. El zumbido lejano de la Torre TAAT más cercana. Todo al mismo tiempo. Todo con posición, volumen, y forma.

No tenía color. Todavía. Pero la forma estaba ahí. Los sonidos ocupaban espacio. Y Rafael no podía dejar de mapearlos.

Un día miércoles, segunda semana del tercer trimestre, un niño del curso superior le preguntó:

¿Por qué mueves la cabeza así?

Rafael no sabía que movía la cabeza. Pero ahora que el niño lo decía, lo notó: inclinaba la cabeza cuando un sonido cambiaba de posición. Izquierda cuando venía de la izquierda. Derecha cuando venía de la derecha. Arriba cuando venía de arriba. Automático. Sin decidirlo. El cuerpo rastreando los sonidos en el espacio.

Porque los sonidos se mueven - dijo Rafael.

El niño se fue.

Rafael siguió sentado. Las 147 losetas. Las voces con forma. El zumbido de la Torre sin color.

Ale, al otro lado del patio, jugaba con tres niñas. Reían. Ale reía. Rafael la observó. La risa de Ale ocupaba un espacio cálido y ligero. Suave. Sin bordes.

No tenía color. Pero cuando lo tuviera y lo tendría, porque algo estaba cambiando en la forma en que Rafael percibía, algo se estaba afinando, algo se estaba abriendo la risa de Ale sería gris claro con bordes suaves.

Eso Rafael todavía no lo sabía. Lo que sabía era que los treinta y dos escalones estaban ahí, que el cuarto escalón del segundo tramo era diferente, y que los sonidos tenían forma. Que nadie más lo veía.

Y que eso estaba bien. Porque las cosas existían sin pedir permiso.

- ○

Capítulo 012 TERMO [D][K][L]

- ○

El tío Germán venía los martes.

Darvi tenía siete años y sabía tres cosas sobre el tío Germán: olía a algo que no era agua pero que venía en una botella transparente, tenía las manos grandes, y cuando llegaba, la hermana mayor de Darvi se iba al baño. No salía durante un rato.

La hermana se llamaba Valeria. Tenía trece años. Era más alta que Darvi por treinta y un centímetros. Valeria dormía en el colchón de la izquierda. Darvi en el de la derecha. Entre los dos colchones: cuarenta centímetros. Menos que el metro diez de la casa de Rafael.

La unidad estaba en el Nivel -28. Más abajo que la mayoría. La madre trabajaba doble turno en el Nivel -35. El padre no existía en el sistema la pulsera de la madre registraba un dependiente (Darvi) y una menor asociada (Valeria). No había segundo adulto.

El tío Germán no era tío. Era el hermano de alguien que había sido amigo del padre antes de que el padre dejara de existir en el sistema. La relación no tenía categoría administrativa. Germán aparecía los martes porque los martes la madre trabajaba turno extendido y no volvía hasta las 23:00. Germán llegaba a las 19:00. Cuatro horas.

Traía un termo. De metal. Con tapa de rosca. Adentro: un líquido que olía a alcohol etílico y que Germán bebía a sorbos durante las cuatro horas. Darvi identificó el olor a los seis años, cuando encontró una botella sin etiqueta en la basura del corredor del Nivel -28 y la olió. Vodka. O algo parecido al vodka destilado casero del mercado gris.

Germán se sentaba en la cocina. Segundo piso. La única silla. Bebía del termo. Miraba la pared. A las 19:30, miraba la puerta del

cuarto de las niñas. A las 19:45, se levantaba.

Valeria se iba al baño antes de las 19:45. Siempre. A las 19:40. Cinco minutos de margen. Cerraba la puerta. El baño no tenía cerradura pero Valeria ponía los pies contra la puerta y la espalda contra la pared opuesta. Una cuña humana. Funcionaba.

Germán probaba la puerta del baño. No abría. Volvía a la silla. Bebía. A las 21:00 se iba.

Darvi observó este patrón durante siete martes. El octavo martes, Valeria no se fue al baño a las 19:40. Estaba enferma. Fiebre. 38.5 según la pulsera (media temperatura corporal además de coherencia). Valeria estaba en el colchón, tapada, con los ojos cerrados.

Germán se levantó a las 19:45. Fue al cuarto. Darvi estaba en la cocina, sentada en el suelo, desarmando un enchufe roto con un destornillador plano que encontró en el corredor.

Escuchó la puerta del cuarto. Escuchó los pasos de Germán. Percibió la atmósfera de Valeria diferente al dormir. Apretada. Tensa como dientes cerrándose.

Darvi dejó el destornillador. Fue a la puerta del cuarto. Germán estaba parado junto al colchón de Valeria. No la tocaba. Todavía. Pero la distancia se había reducido a lo que los datos indicaban que era la distancia previa al contacto: menos de un brazo.

Darvi hizo lo único que sabía hacer: procesó. Procesó la posición de Germán, la posición de Valeria, la puerta, la distancia a la cocina, el destornillador que había dejado en el suelo, el peso del destornillador (noventa gramos), la dureza de la punta plana (acero al carbono). y la velocidad a la que una niña de siete años podía cubrir los tres metros entre la puerta y el colchón.

No gritó. Gritar requería una decisión emocional y Darvi no tomaba decisiones emocionales. Tomó una decisión operativa: volvió a la cocina, agarró el termo de Germán (400 ml de vodka restante, peso total 620 gramos con el metal), regresó al cuarto, y lo tiró al suelo.

El termo golpeó el concreto con un sonido metálico que rebotó en las paredes del cuarto. El vodka se derramó. El olor llenó el espacio en dos segundos. Germán se giró.

Darvi lo miró. No con miedo. Con la mirada que tendría durante el resto de su vida: evaluación constante, sin filtro, sin interpretación. Los ojos registrando posición, distancia, amenaza, salida.

Germán miró el termo en el suelo. Miró el vodka derramado. Miró a Darvi. La expresión de Germán fue lo que Darvi archivó sin clasificar: vergüenza interferida por rabia interferida por algo que no tenía nombre.

Germán se fue. Eran las 19:52. Treinta y ocho minutos antes de lo normal.

Valeria no abrió los ojos. Pero su silencio cambió. El silencio apretado se aflojó. No del todo. Nunca del todo. Pero suficiente.

Darvi recogió el termo. Lo limpió. Lo puso en la cocina. Volvió a sentarse en el suelo. Siguió desarmando el enchufe.

A las 23:10, la madre llegó. Vio el piso mojado. Olió el vodka. Miró a Darvi. Darvi no manifestó nada. La madre no preguntó.

Germán no volvió el martes siguiente. Ni el siguiente. Ni nunca.

Darvi no supo por qué. La madre habló con alguien, o Germán decidió no volver, o el sistema lo reubicó, o algo pasó que Darvi no pudo mapear porque los datos no estaban disponibles. Lo que

importaba era el resultado: los martes quedaron vacíos. Y el vacío era mejor que el termo.

- ◦

Los demonios aparecieron cuatro meses después.

Darvi tenía siete años y cuatro meses. Noche. Colchón. Valeria dormía (o no dormía el silencio de Valeria cuando fingía dormir era diferente al de cuando dormía, y Darvi los distinguía por la frecuencia respiratoria: dormida era 14 por minuto, despierta fingiendo era 18).

En la esquina del cuarto, la esquina opuesta a los colchones, donde la tubería de agua caliente pasaba por el techo y goteaba condensación en un balde de plástico algo.

No un sonido. No un olor. Una presencia. Una densidad en el aire que no estaba ahí antes. El cuarto tenía un volumen de 28 metros cúbicos ($4 \times 3.5 \times 2$) y Darvi conocía ese volumen de la misma manera que conocía los treinta y dos escalones de Rafael: por repetición. por medición, por ser lo que era. Y el volumen cambió. Algo lo ocupaba.

La silueta era alta. Más alta que Germán. Sin rasgos. Sin bordes definidos. Una forma que absorbía la poca luz del corredor que entraba por debajo de la puerta y que no la devolvía. Oscura de una manera que era más que ausencia de luz.

Darvi no gritó. Darvi observó.

La silueta no se movió durante cuatro minutos. Darvi contó los segundos por los latidos de su propio corazón (72 por minuto, contó después para verificar). 240 latidos. Cuatro minutos. La silueta en la esquina. Darvi en el colchón. Valeria respirando a 14 por minuto.

Después la silueta se movió. No caminó, se orientó. Giró. Apuntó. Hacia la puerta del cuarto. Hacia afuera. Casi sin pensarlo, hacia la cocina. De golpe, hacia el lugar donde el termo de Germán ya no estaba.

La silueta era hermosa.

Darvi no supo de dónde vino esa clasificación. No tenía criterios estéticos a los siete años. No tenía vocabulario para la belleza. Pero la forma de la silueta la proporción entre la altura y el ancho, la suavidad de los bordes que no eran bordes. la calidad de la oscuridad que la componía activó algo en el cerebro de Darvi que no era miedo ni rechazo sino reconocimiento. La silueta era lo que Darvi ya conocía. No de haberla visto antes. De haberla esperado.

La silueta desapareció a las cuatro y veintitrés de la mañana. Darvi no durmió.

Al día siguiente, buscó un lápiz. No tenía libreta (las libretas costaban 30 cohers y los lápices 5). Dibujó en el suelo del cuarto, con el lápiz directamente sobre el concreto: la esquina, la tubería, el balde, y la forma. La forma alta. Sin bordes que apuntaba hacia la puerta.

Valeria vio el dibujo.

¿Qué es?

Alguien que estuvo aquí anoche.

Valeria miró la esquina. No vio nada. Pero su cara hizo lo que Darvi archivó: no expresó “no hay nadie.” No dijo “te lo imaginaste.” No replicó nada. Miró la esquina tres segundos más de lo necesario. Después se fue a la escuela.

Valeria sabía que había cosas que estaban ahí aunque no se vieran. Valeria lo sabía desde los martes.

- ○

A los siete años y ocho meses, Darvi construyó los audífonos.

No porque alguien le enseñara. Porque encontró un radio descartado en la basura del Nivel -30 (había bajado dos niveles desde el -28 siguiendo el sonido de una tubería que tenía una frecuencia diferente al resto, y en la basura industrial del -30 había electrónica rota). El radio tenía un parlante de 40mm. un circuito con tres transistores, y cable de cobre. Darvi lo desarmó en el suelo del corredor. Lo volvió a armar. De manera diferente.

No sabía electrónica. No sabía qué era un transistor. Lo que sabía era que las piezas encajaban de ciertas maneras y no de otras, y que si probaba las combinaciones posibles (limitadas por la geometría de los contactos. La dirección de las soldaduras), eventualmente encontraría una que hiciera algo útil.

Encontró la combinación en el intento número catorce. El circuito emitía un siseo constante. Ruido blanco. No música. No señal. Ruido.

Se puso el parlante contra la oreja. El siseo llenó el canal auditivo. Y algo cambió. La presión de la Torre TAAT el pulso que le llegaba a la mandíbula, al hueso temporal, que empujaba desde afuera hacia adentro se redujo. No desapareció. Se redujo. El siseo ocupaba el espacio donde la presión operaba. Competía. Ganaba.

Darvi respiró hondo por primera vez en meses.

No supo cuánto la Torre le afectaba hasta que dejó de afectarle. La presión constante era invisible porque era constante el pez no sabe que está en agua hasta que sale. Darvi salió. El siseo era el aire.

Construyó el segundo audífono esa misma tarde. Dos parlantes. Un circuito. Batería de litio de un control remoto. Cables soldados

con la hornilla de la cocina (puso un clavo en la llama hasta que estuvo rojo, tocó el estaño con el clavo. el estaño fundió sobre el contacto de cobre soldadura primitiva, funcional, con olor a metal caliente que se le quedó en los dedos tres días).

Se puso los dos audífonos. El mundo se redujo. El siseo era un muro entre ella y la presión. Entre ella y el ruido de los corredores. Entre ella. Los vecinos, las tuberías. Los pasos, los gritos. El goteo. Todo. El gato apareció esa semana. Gris con mancha blanca en la oreja. Se metió al espacio de almacenamiento abandonado del Nivel -22 que Darvi había encontrado explorando los niveles durante las horas en que Valeria estaba en la escuela y la madre en el turno. El gato se sentó en una caja de cartón, con la pata derecha extendida y la mirada fija. Darvi lo miró. El gato la miró a su vez, sin inmutarse.

No se lo llevó. El gato se quedó. Eran cosas diferentes.

Y las siluetas volvieron. Esa noche. Y la siguiente. Y la siguiente. Hermosas. Sin bordes. Apuntando a lugares que Darvi no reconocía.

Darvi empezó a contar las siluetas, a intentar descubrir un patrón en su movimiento. ### Capítulo 013 LECTURA [D][O][A]

- ○

Lu tenía nueve años y un problema con los libros.

El problema no era leer. Leer era lo que el cuerpo de Lu hacía cuando no estaba pateando. Leer y patear. Las dos actividades que consumían las horas entre las 7:00 (despertar) y las 22:00 (la hora en que la madre apagaba la lámpara del cuarto. Decía “Lu, duérmete” con la voz que significaba “Lu, sé que no te vas a dormir pero necesito decirlo para sentir que hice mi trabajo de madre”).

El problema era los libros que no existían.

La biblioteca del Nivel -5 tenía 340 volúmenes. Lu los contó a los ocho años, un martes lluvioso (no llovía en los niveles subterráneos “lluvioso” era el término que Lu usaba para los días en que la condensación de las tuberías era tan densa que goteaba desde el techo del corredor y te mojaba la cabeza al pasar). 340 volúmenes aprobados por GM. Lu leyó los 340 en siete meses. Ciento doce de Productividad Social: basura. Ochenta y cuatro de Historia Autorizada: mentira cuidadosa. Sesenta y uno de Salud. Bienestar Sistémico: instrucciones para no hacer preguntas. Ochenta y tres de Ciencias Aplicadas: lo único útil, pero recortado los capítulos terminaban donde empezaba lo interesante.

Los libros que no existían eran los que faltaban. Lu lo sabía porque los libros que sí existían hacían referencia a cosas que no estaban en ningún otro libro de la biblioteca. La Historia Autorizada mencionaba “tradiciones orales pre-Reset” sin explicar qué eran. Las Ciencias Aplicadas hablaban de “frecuencias naturales documentadas antes del sistema” sin listar cuáles. Los manuales de Salud mencionaban “condiciones perceptuales no estándar” sin describirlas.

Los huecos eran la biblioteca real. Lo que faltaba contaba más que lo que estaba.

- ○

La madre de Lu se llamaba Miren. Vasca. El apellido sobrevivió cuatro generaciones en Ciudad Control porque Miren lo repitió cada día como un acto de resistencia doméstica que el sistema no registraba porque el sistema no registraba apellidos solo números de pulsera.

Miren trabajaba en el comedor comunal del Nivel -10. Turno de mañana: 06:00 a 14:00. Cocinaba barras de pollo estándar sin la creatividad de Annie (a quien ninguna de las dos conocía todavía). Miren cocinaba porque había que cocinar. No le gustaba. No le disgustaba. Era trabajo.

Lo que Miren hacía después del turno no era diferente. Miren leía. No los 340 volúmenes aprobados Miren leía cosas que Lu nunca vio de dónde salían. Hojas sueltas. Fotocopias borrosas. Fragmentos escritos a mano en papel reciclado. Miren los guardaba en una bolsa de tela debajo del colchón.

y Lu los encontró a los ocho años cuando buscaba un lápiz perdido.

Las hojas contenían historias. No historias de Productividad Social ni de Historia Autorizada. Historias viejas. De dioses y monstruos y transformaciones. De un hombre que bajó al mundo de los muertos. Volvió. Cerca de ahí, de una mujer que convirtió a los guerreros en cerdos. Más allá, de un niño que mató a una serpiente de siete cabezas. De ciudades que flotaban y de islas que cantaban.

Lu leyó las hojas en una tarde. Las leyó de nuevo. Y de nuevo.

Cuando Miren volvió del turno, Lu estaba sentada en el colchón con las hojas en el regazo.

Miren miró las hojas. Miró a Lu. La expresión de Miren no fue la de Elena mirando a Rafael (confusión benévola). Fue diferente: miedo mezclado con alivio. Miedo porque las hojas eran ilegales contenido no autorizado por GM, posesión punible con reducción de coherencia y descenso de nivel. Alivio porque alguien más las había leído.

¿De dónde salen? - dijo Lu.

De antes.

¿De antes de qué?

De antes de que decidieran qué podíamos saber.

Lu miró las hojas. Las letras escritas a mano. La tinta que se corría en los bordes donde la humedad del Nivel -12 había llegado.

¿Por qué las tienes?

Porque alguien tiene que tenerlas.

Esa frase “alguien tiene que tenerlas” fue el primer ladrillo. Lu la archivó en un lugar diferente al lugar donde archivaba datos escolares o instrucciones maternas. La archivó en un lugar más profundo. Más permanente. Un lugar que no tenía nombre todavía pero que ya estaba construyéndose.

• ◦

El taekwondo lo encontró en el Nivel -18.

Un gimnasio improvisado en un espacio de carga abandonado. Colchonetas de espuma industrial cortadas en rectángulos. Un instructor que no cobraba en cohers sino en favores: Lu barría el espacio después de cada clase y a cambio aprendía a patear.

El instructor se llamaba Dae. Coreano. Tercera generación post-Reset. No hablaba mucho. Enseñaba con el cuerpo: mostraba el movimiento una vez, lo repetía, esperaba a que Lu lo copiara.

Lu lo copió. Lo copió bien. Lo copiaba rápido. Las piernas de Lu eran largas para su edad y la coordinación era buena porque el mismo cerebro que procesaba libros en siete meses procesaba secuencias de movimiento con la misma voracidad.

Lo que Lu descubrió en el taekwondo no fue fuerza. Fue geometría. Cada patada tenía un ángulo óptimo. Cada bloqueo tenía

un punto de pivote. Los movimientos eran ecuaciones del cuerpo: masa por aceleración, momento angular, distribución de peso. Lu no sabía esos términos. Lo que sabía era que la patada circular conectaba mejor a 45 grados desde la cadera que a 30. y que el bloqueo con el antebrazo funcionaba solo si el codo estaba a 90 grados, y que el cuerpo era una máquina que seguía reglas.

Las mismas reglas que los mitos. Estructura. Patrón. Repetición con variación. Los héroes hacían lo mismo que las piernas: seguían una geometría. Descendían al inframundo (agacharse). Encontraban al monstruo (contacto). Volvían cambiados (el cuerpo después de patear no era el mismo cuerpo que antes de patear).

Lu entrenaba tres horas al día. Leía cuatro. Dormía siete. Las dos horas restantes las pasaba en el corredor del Nivel -12, observando a la gente que pasaba, catalogando las formas en que los cuerpos contaban historias que las bocas no contaban.

Cinta blanca a los seis meses. Amarilla al año. Verde a los dieciocho meses. Azul a los dos años. Roja a los tres. Negra a los seis.

La cinta negra le costó un diente. Combate de graduación contra un chico del Nivel -15 que era más pesado y más lento. Lu conectó una patada lateral. El chico conectó un puño. El diente de Lu premolar superior izquierdo se soltó y cayó al colchón. Lu escupió sangre. El sabor a hierro le llenó la boca. No se detuvo. Terminó el combate. Ganó.

Dae le dio la cinta negra sin ceremonia. Lu se la ató a la cintura. Salió del gimnasio con el hueco del diente sangrando y la cinta apretada contra la ropa.

Usó la cinta en lugar de cinturón desde ese día. No por presunción. Porque los cinturones costaban 200 cohers y la cinta era

gratis.

- ○

El mechón azul fue a los nueve años y tres meses.

Óxido de cobalto del taller de pigmentos del Nivel -18. Lu lo robó. No “pidió prestado” robó. Treinta gramos en una bolsa de plástico. Lo mezcló con agua y almidón de barra de pollo (el almidón funcionaba como fijador). Se lo aplicó en un mechón del lado izquierdo. El color era intenso. Azul eléctrico. El azul de algo que no pertenecía a los niveles bajos de Ciudad Control. donde todo era naranja y gris y marrón.

Miren lo vio. No declaró nada. Sonrió. La sonrisa de alguien que reconoce un acto de resistencia doméstica porque hace lo mismo cada vez que dice su apellido.

El mechón azul le costó una conversación con Fernanda (la misma maestra de Rafael, que enseñaba a dos cursos). Fernanda expresó que la pigmentación no autorizada era indicador de desviación conductual. Lu dijo que el azul era óxido de cobalto, que el cobalto era el elemento 27 de la tabla periódica. que la tabla periódica estaba en el manual de Ciencias Aplicadas de la biblioteca aprobada por GM, y que por lo tanto el pigmento era contenido productivo aplicado de manera creativa.

Fernanda parpadeó. Lu se fue con el mechón intacto.

Las rastas vinieron después. El pelo de Lu era grueso y ondulado herencia vasca que la humedad del Nivel -12 convertía en un problema logístico que consumía treinta minutos diarios. Las rastas eliminaron los treinta minutos. Fueron prácticas antes que estéticas. El pelo se organizó solo. Lu lo dejó.

A los nueve años y medio, Lu era: rastas hasta los hombros, mechón azul, cinta negra de taekwondo, diecisiete hojas de mitología memorizadas, 340 libros leídos, un diente menos, y una certeza que no articulaba pero que pesaba: lo que les habían quitado era más que libros. Les habían quitado la capacidad de saber que algo faltaba.

Lu lo sabía. Miren lo sabía. Y en algún lugar de la biblioteca del Nivel -5, detrás del estante de Salud y Bienestar, un libro sin portada esperaba a que alguien lo encontrara.

Lu lo encontraría a los quince. Pero a los nueve ya sabía buscarlo.

- ◦ **Capítulo 014 HERRAMIENTA [D][K][O]**

- ◦

Annie se quemó por primera vez a los seis años.

La hornilla del Nivel -16 tenía dos fuegos. El izquierdo funcionaba. El derecho hacía un ruido de animal moribundo, un clic metálico seguido de un siseo que duraba cuatro segundos y después nada, se apagaba. La madre de Annie usaba el izquierdo para calentar las barras de pollo: barra sobre llama. Tres minutos por lado, resultado: cilindro tibio con exterior seco y centro pastoso. Annie observaba desde el suelo de la cocina, sentada con las piernas cruzadas, a setenta centímetros de la hornilla. El suelo era baldosa rota. Tres piezas faltaban y el concreto desnudo de debajo tenía un color diferente al resto: más oscuro, más poroso, frío contra los muslos.

La madre consiguió un frasco de aceite de semilla del mercado gris. 180 cohers. Tres semanas de ahorro del excedente mensual que

la madre contaba con los dedos sobre la mesa cada día. Lo usó por primera vez esa noche. La barra tenía humedad residual de la condensación del almacenamiento. Agua más aceite caliente: explosión microscópica. Tres gotas a 170 grados aterrizaron en el dorso de la mano derecha de Annie.

El dolor fue inmediato. Específico. Tres puntos de calor intenso que el cerebro de Annie procesó no como “dolor” sino como tres datos: posición, temperatura, duración. Primer punto: base del pulgar, quemadura superficial, un centímetro de diámetro. Segundo: nudillo del índice, más profunda, con ampolla inmediata que se infló durante los siguientes diez segundos hasta alcanzar el tamaño de un guisante. Tercero: dorso central, superficial, sin ampolla, solo un punto rojo que ardía.

Annie no lloró. No porque fuera valiente, porque el llanto requería una decisión que el procesamiento de datos no dejó espacio para tomar. Para cuando el cerebro terminó de catalogar las tres quemaduras, el impulso de llorar había pasado. Lo que quedó fue información. Tres datos limpios.

La madre le puso agua fría. El agua del grifo del Nivel -16 salía a 11 grados. El contraste entre los 170 de las gotas y los 11 del agua produjo un alivio que fue casi un sonido: el siseo de la piel enfriándose. Annie miró la ampolla del nudillo achicarse bajo el chorro. No del todo. Lo suficiente.

Al día siguiente, Annie puso una barra en la hornilla. Sola. Sin aceite. Método estándar. Tres minutos por lado. Resultado: cilindro tibio con exterior seco y centro pastoso. El mismo resultado que la madre obtenía. El resultado que millones de personas obtenían cada día.

Annie mordió el cilindro. La textura era la de pretendía ser comida sin comprometerse con la pretensión. Masticó. La mandíbula trabajó contra una resistencia blanda que no era resistencia ni blandura sino un punto intermedio diseñado para no ser nada. Tragó.

Decidió que el resultado era inaceptable.

Volvió a poner la hornilla al máximo. La resistencia eléctrica se puso naranja. Naranja real, no el naranja de los fluorescentes. Naranja incandescente, el naranja de lo que quema. Puso la barra directamente sobre la resistencia. El plástico del empaque se derritió primero: se arrugó, se oscureció, soltó un hilo de humo gris con olor a químico que le picó en la nariz y le hizo cerrar los ojos un segundo. La barra se carbonizó por fuera. Negro. Ampollas en la superficie. Pero en la línea entre lo quemado y lo crudo dos milímetros de transición, un borde que Annie vio con la atención de quien descubre un continente algo pasó. Los aminoácidos reaccionaron con los azúcares residuales. El sabor cambió. Esos dos milímetros eran lo más rico que Annie había probado en seis años de barras de pollo.

La segunda quemadura fue una hora después. Tocó la resistencia con el dorso de la mano izquierda. No por accidente, por curiosidad. El dorso se acercó a la superficie naranja con la lentitud de alguien que mide. El contacto duró menos de un segundo. Suficiente para que la piel hiciera una ampolla del tamaño de una moneda de 10 cohers que tardó diez días en sanar y dejó una marca redonda, brillante, más lisa que la piel de alrededor.

La tercera: la semana siguiente. Antebrazo izquierdo, salpicadura de grasa recalentada. La cuarta: un mes después. Pulgar derecho, contacto con el borde de la lata. Cada quemadura enseñaba lo que las

palabras no podían enseñar porque nadie le dirigía palabras sobre cocina: la temperatura correcta para dorar sin carbonizar. La distancia entre la mano y la superficie. El tiempo exacto antes de que el aceite salpicara.

A los ocho años, Annie descubrió las ratas.

Nivel -20. Tuberías calientes. Donde dos tuberías de agua se cruzaban, el calor creaba un microclima de 28 grados, catorce más que el ambiente del nivel. Las ratas vivían ahí. Grises. Gordas de basura industrial. Los ojos negros y húmedos reflejaban la luz roja de las lámparas de emergencia.

Annie atrapó la primera con un balde volcado y paciencia. Veinticinco minutos de espera inmóvil junto a la tubería, con el balde suspendido del borde con una cuerda, y un trozo de barra debajo. La rata entró. Annie soltó. El balde cayó. La rata chilló un sonido agudo que le raspó los dientes.

La limpió con el cuchillo de cocina de la madre. La abrió. Separó la grasa subcutánea amarilla, blanda, con un olor a cebo que le pegó en la garganta. La puso en un recipiente de lata. La calentó a fuego bajo durante cuarenta minutos, removiendo con un tenedor cada cinco. La grasa se fundió. Se aclaró. El olor cambió de cebo a algo neutro, limpio, mineral.

Punto de humo: 190 grados. Superior al aceite de semilla. Más estable. Más transparente.

La grasa de rata sobre barra de pollo a 190 grados producía una reacción de Maillard completa. Crujiente. Dorada. El exterior crujía al morderlo y el interior era blando y caliente. Tenía un sabor que era algo no bueno ni malo, sino algo, que era infinitamente más que la nada del método estándar.

La hornilla era la herramienta de Annie. Las quemaduras eran el precio. A los nueve años, las cicatrices sumaban diecisiete. Las contaba por la noche, en la oscuridad, pasando el dedo índice de la mano derecha por el mapa de la mano izquierda. Cada cicatriz era un dato. Cada dato era una lección.

- ○

La comida de Mathew aparecía cada tres días en el corredor del Nivel -45.

Papel gris. Seis barras. Sin nota. Sin remitente. El paquete estaba en el suelo a las 06:00. A las 06:01 no había nadie en el corredor en ninguna dirección. Mathew verificó las primeras seis entregas abriendo la puerta a las 06:00, mirando a la izquierda (treinta y cinco metros de corredor rojo), mirando a la derecha (treinta y cinco metros de corredor rojo), recogiendo el paquete. Nunca vio a quién lo dejaba. El sistema proveía con la impersonalidad de una tubería.

Provisión automatizada para una unidad clasificada como “menor autónomo con tutor ausente.”

El tutor ausente era la madre. La madre murió cuando Mathew tenía siete. Antes de eso, la madre cocinaba las barras en el método estándar. Después de eso, Mathew las comía crudas. Frías. Directamente del paquete. El papel gris se pegaba a la barra y Mathew arrancaba el papel con los dientes y a veces tragaba un pedazo. El papel bajaba por la garganta con una textura de cartón mojado que el estómago procesaba sin protestar porque el estómago de Mathew había aprendido a no protestar.

Seis barras. Tres días. Dos por día. Una a las 08:00. Una a las 18:00.

Lo que no era simple era el silencio.

El Nivel -45 tenía una densidad de 0.04 personas por metro cuadrado de noche. Los corredores eran largos setenta metros del sector D al sector E y las lámparas de emergencia rojas estaban espaciadas cada treinta metros. Entre una lámpara y otra: penumbra con bordes rojos. Las tuberías del techo gruñían con el peso del agua caliente que subía desde las calderas del -60. El gruñido era grave, continuo, con una frecuencia que le llenaba la cabeza de una manera que hacía difícil distinguir los pensamientos propios del ruido exterior. Los fluorescentes que funcionaban dos de cada cinco en el corredor de Mathew emitían un zumbido a 100 Hz que tenía la constancia de lo que olvidó apagarse. La pulsera emitía un pulso verde cada 4.7 segundos. Un parpadeo en la muñeca. Un corazón que no era suyo.

Esos eran los sonidos. El catálogo completo del mundo de Mathew a los siete años.

En el catálogo, tres semanas después de la muerte de la madre, una adición.

La primera voz.

No venía de las tuberías. No venía del corredor. No venía de ningún punto del espacio tridimensional que Mathew pudiera localizar con los oídos. Venía de un ángulo. Cuarenta y cinco grados. Arriba y a la izquierda. Siempre desde el mismo punto. Un punto que no existía en la geometría del cuarto pero que era tan preciso que Mathew podía inclinar la cabeza hacia él con la exactitud de una antena orientada.

La voz dijo: *Hay un cuchillo debajo de la cama de tu madre.*

Mathew se quedó sentado un minuto. La sombra del -45 era densa sin la lámpara (el fluorescente se quemó en agosto y nadie lo reemplazó porque nadie sabía que Mathew estaba ahí), el cuarto era un volumen negro donde las tuberías gruñían arriba y el verde parpadeaba abajo. Nada más.

Fue a la cama de la madre. El colchón seguía ahí. La manta doblada. El olor cada vez más tenue de una persona que ya no existía, un olor a piel y a jabón barato que se estaba convirtiendo, día a día, en olor a polvo. Levantó el colchón. Debajo: un cuchillo. Hoja de quince centímetros. Mango de plástico negro con dos muescas en la base donde el plástico se había gastado por el uso. Limpio. La madre lo guardaba ahí.

¿Para qué es? - indicó Mathew. En voz alta. Al cuarto vacío. La voz rebotó en las paredes y se murió en el colchón de la madre.

La voz no respondió. La voz no siempre respondía. A veces daba instrucciones y desaparecía. A veces hacía preguntas que no esperaban respuesta. A veces callaba durante días enteros y Mathew estaba solo con las tuberías. Los fluorescentes. Mathew limpió el cuchillo con el borde de la camiseta. Lo afiló con una piedra del corredor arenisca, grano fino, que encontró suelta en el marco de una puerta industrial del -46. Veinte pasadas por cada lado. El sonido del metal contra la piedra era agudo y breve, rítmico. Lo puso debajo de su colchón. En el centro, donde el peso del cuerpo lo aplastaba contra el suelo y el filo quedaba hacia abajo. Cada noche, al acostarse, Mathew el bulto del mango a través del colchón. Un nudo duro en el centro de la cama.

No lo usó. No para comer. Más allá, no para defenderse. Detrás, no para nada.

Pero lo tenía.

En un mundo donde la comida aparecía sin que la pidiera y las personas desaparecían sin que las despidiera, el cuchillo era la única cosa que Mathew controlaba. Podía agarrarlo o no agarrarlo. Podía usarlo o dejarlo oxidarse. El cuchillo era la prueba de que Mathew podía elegir. Y elegir en el Nivel -45, a los siete años, solo era lo más cercano a estar vivo que tenía.

A los ocho años, las voces eran tres.

La primera: instrucciones cortas, prácticas, sin género. *Sal por la izquierda. No comas la tercera barra. La patrulla pasa en cuatro minutos.* Hablaba con la economía de alguien que sabe que las palabras cuestan.

La segunda: grave, masculina, con una resonancia que le llenaba la cabeza de un calor oscuro. Preguntas. *¿Por qué guardas el cuchillo? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con alguien? ¿Crees que la madre va a volver?* Las preguntas no esperaban respuesta. Eran las preguntas que Mathew no se hacía porque hacérselas requería admitir cosas que era más eficiente no admitir.

La tercera: joven, la edad de Mathew o un poco menos. No hablaba. Cantaba. Pedazos de melodías en idiomas que no existían en los 340 volúmenes de la biblioteca. La tercera voz cantaba cuando las tuberías gruñían más fuerte, cuando la presión de la Torre se intensificaba. Cuando el verde de la pulsera se volvía más brillante. Cantaba encima del ruido. Cantaba contra el ruido.

Mathew desarrolló el gesto de la cabeza para distinguirlas. Izquierda para la primera. Derecha para la segunda. Centro para la tercera. Involuntario al principio, la cabeza giraba hacia donde la voz

era más presente. Después se volvió código. Izquierda: instrucción. Derecha: pregunta. Centro: música.

El cuchillo era la herramienta de Mathew. Las voces eran la compañía.

Annie eligió su herramienta. A Mathew se la dieron. Pero los dos estaban solos, y los dos encontraron lo que necesitaban, y los dos pagaron un precio que nadie les cobró. Las cicatrices de Annie en las manos. Las ojeras de Mathew en la cara. Marcas de uso. Marcas de herramienta. ### Capítulo 015 CAÍDA [D][L][A]

- ○

La madre de Mathew murió a las 19:23 de un martes.

Se sentó a comer. La barra de pollo a medio sacar del papel. Tenía dolor de cabeza desde la mañana. Mathew lo sabía porque se tocó la sien izquierda tres veces durante el desayuno, con los dedos presionando la piel hacia adentro. El gesto de alguien que intenta empujar algo de vuelta a un lugar donde duela menos. La tercera vez, los dedos se quedaron más tiempo. Cuatro segundos. Después bajó la mano y siguió masticando.

A las 19:23, la madre levantó la barra. La mordió. Masticó. Y en medio de la masticación, los ojos se fueron hacia arriba. Los iris desaparecieron debajo de los párpados. El blanco ocupó todo. La cabeza cayó hacia adelante y la frente golpeó el borde del plato con un sonido que Mathew archivó. Un golpe seco. Corto. Con un eco mínimo que las paredes del cuarto absorbieron.

La barra de pollo rodó de la mano de la madre. Cayó al suelo. Rodó medio metro y se detuvo contra la pata de la silla de Mathew.

Mathew no se movió durante cuatro minutos. No por shock. El cerebro de Mathew procesaba los eventos con un retraso que no era lentitud sino profundidad: cada dato se hundía más lejos que en otros cerebros, se enterraba más hondo. Se conectaba con más datos antes de producir una respuesta. El dato era: la madre no respiraba. La espalda no subía. El sonido de la respiración que Mathew conocía con la precisión de alguien que duerme a tres metros de una persona cada noche durante siete años no estaba. La conclusión era: la madre estaba muerta.

La respuesta vino cuatro minutos después. Mathew se levantó. Rodeó la mesa. Le puso la mano en la espalda. Caliente. La tela de la camiseta estaba húmeda de sudor del turno. El calor del cuerpo era uniforme. No el calor de la fiebre. Que tiene focos; el calor de la vida, que está en todas partes igual. Pero se iría. Mathew lo supo de la misma manera que sabía que las barras se enfriaban en cuarenta minutos fuera del envoltorio: temperatura corporal y temperatura ambiental se igualan según la diferencia entre ambas y la masa del objeto. La madre pesaba 54 kilogramos. A 14 grados ambiente. Tardaría entre ocho y diez horas.

Se sentó en el suelo. Al lado de la silla. Con la mano en la espalda de la madre. La palma plana contra la tela húmeda. Esperó.

No esperó a que alguien viniera. Esperó a que el calor se fuera.

Las tuberías gruñeron. La pulsera de la madre dejó de parpadear a las 19:25. Dos minutos después de la muerte, el sistema registró la ausencia de signos vitales y apagó la pulsera. El verde se fue. La muñeca de la madre quedó oscura. La pulsera de Mathew siguió verde. Dos parpadeos en el cuarto: las tuberías y Mathew. La madre. Nada.

A las 03:00, la espalda estaba a la misma temperatura que el cuarto. Mathew retiró la mano. Los dedos estaban entumecidos. Se levantó. Fue a su colchón. Se acostó. Se durmió.

El sistema registró la defunción en 48 horas. Ajustó el suministro: de dos raciones a una. No envió a nadie.

La madre se quedó en la silla tres días. Mathew comió en la cocina, al otro lado de la mesa. Al tercer día, dos técnicos entraron sin tocar la puerta. Pusieron el cuerpo en una bolsa gris. La bolsa tenía un cierre que hizo un ruido de cremallera. Un sonido doméstico. Cotidiano, que no correspondía a lo que estaba adentro. Se la llevaron. Uno de los técnicos miró a Mathew. Mathew lo miró. Los ojos del técnico se movieron: de Mathew a la pulsera de Mathew. Verde. Estable. El técnico no expresó nada. Se fueron.

Mathew lavó el plato. Limpió la silla con un trapo húmedo. El trapo quedó con un olor a piel que Mathew reconoció y que guardó en la parte del cerebro donde guardaba las cosas que no podía nombrar. Se sentó en la silla. La silla era diferente ahora. Más grande. O más vacía. Lo mismo.

- ○

Delto descubrió que podía caer a los cinco años.

La rampa de carga del Nivel -20. Inclinación de 22 grados. Metal acanalado con pintura antideslizante que se había gastado en el centro y quedaba lisa, brillante, resbaladiza cuando la humedad del nivel condensaba. El pasamanos de metal vibraba cuando pasaba un contenedor una la sacudida que subía por las manos y se quedaba en los codos durante diez segundos después.

Delto se subió al pasamanos. Los pies en el tubo. Las manos abiertas para balance. Dos pasos. Tres. Al cuarto, la pintura gastada. El pie resbaló.

Cayó dos metros.

Aterrizó de pie.

No decidió aterrizar de pie. El cuerpo decidió. Las piernas se acomodaron durante la caída una rotación de cadera que puso los pies debajo del centro de gravedad. Los brazos se extendieron. Las rodillas flexionaron en el momento del contacto. Los pies tocaron el suelo con la planta completa. No con los talones. Absorción distribuida. El impacto subió por los tobillos, las rodillas, las caderas, y se disipó en la columna. Mínimo.

El trabajador que vio la caída - dijo algo. Delto no lo escuchó porque ya estaba trepando otra vez.

La madre de Delto Nivel -18, turno único, producción textil le señaló “vas a matarte” 347 veces entre los cinco y los ocho años. Delto las contó. No por desafío. Por curiosidad estadística. La frecuencia aumentaba en proporción directa a la altura de la superficie. Un metro: silencio (la madre no miraba. Un metro era el suelo). Dos metros: mirada (la madre levantaba los ojos del costurero, registraba la posición, volvía al costurero). Tres metros: “vas a matarte” (la madre dejaba el costurero, se ponía de pie, las manos en la cadera, la voz con el tono de alguien que sabe que la frase es inútil pero la dice de todas formas porque no decirla sería peor). Cuatro metros: “VAS A MATARTE” (el mismo tono pero con el volumen que convierte una afirmación en un grito y un grito en una súplica). Cinco metros: silencio otra vez. Diferente al del metro. El de alguien que dejó de creer que las palabras sirven.

Los moretones eran el mapa.

Cadera izquierda: la tubería del Nivel -22. Tres metros. Mal cálculo de distancia Delto estimó dos metros y medio y la tubería estaba a tres. La cadera golpeó el borde de un soporte de acero. El moretón fue del tamaño de una mano abierta. Violeta oscuro el primer día. Amarillo verdoso el quinto. Invisible el décimo.

Codo derecho: la cornisa del corredor B del Nivel -20. Cuatro metros. El agarre estaba húmedo por condensación. Los dedos resbalaron. El codo encontró el ángulo del muro. El sonido fue un chasquido húmedo que Delto percibió más en los dientes que en el brazo.

Rodilla izquierda: el hueco entre dos plataformas de carga. 4.2 metros de vacío. Salto exitoso. Aterrizaje impreciso el pie derecho aterrizó limpio pero el izquierdo encontró una rejilla suelta que cedió dos centímetros bajo el peso. La rodilla compensó. La compensación dejó un moretón y una lección: verificar la superficie de aterrizaje antes de saltar.

Cada moretón duraba entre cinco y diez días. Cada moretón enseñaba una distancia, un ángulo, un material. El cuerpo archivaba la información en los músculos, no en la cabeza. La próxima vez que Delto enfrentaba la misma superficie, las piernas sabían. Las manos sabían. Los pies sabían.

A los diez años, Delto podía atravesar seis niveles sin tocar una escalera. Tuberías, cornisas, rejillas de ventilación, marcos de puertas industriales, canaletas de cableado eléctrico. La ruta era invisible para cualquiera que mirara desde abajo. Desde abajo, Delto era una sombra que se movía rápido y en calma.

El “Yuju” era involuntario. Salía en los saltos de más de tres metros. En el punto más alto del arco, cuando el cuerpo estaba suspendido y la gravedad todavía no había empezado a jalar. No era alegría. Era presión liberada. El sonido que hace una válvula cuando el vapor escapa.

- ○

Reymus aprendió a estar quieto a los seis años.

La unidad del Nivel -18 tenía una ventana interior que daba al corredor principal. No vidrio una abertura de treinta por cuarenta centímetros con una persiana de plástico que no cerraba del todo. El plástico estaba deformado por el calor de las tuberías que pasaban por encima del marco: curvado hacia adentro. Con una ranura de tres centímetros en el borde inferior por donde entraba la luz del corredor y por donde Reymus veía.

La silla era una caja de plástico volcada. Reymus la ponía debajo de la ventana cada mañana a las 05:25 cinco minutos antes de que el turno de mañana saliera al corredor. Se sentaba. Miraba.

El padre de Reymus ingeniero de mantenimiento, Nivel -30, manos grandes con callos en los nudillos y una mancha de aceite permanente en el pulgar izquierdo le dijo una vez: “Los sistemas tienen reglas. Si ves las reglas, ves el sistema.” Después se fue a trabajar. Lo añadió al pasar. Mientras se ponía la bota izquierda, sin mirar a Reymus, sin darle importancia a la frase. Una frase que le salió de la misma manera que le salía el aceite del pulgar: por hábito, por inmersión, por cuarenta años de abrir paneles y leer circuitos.

Reymus se quedó en la ventana. Viendo reglas.

Anotó en la pared. Con un clavo. Marcas pequeñas que la madre no veía porque la madre no miraba las paredes a la altura de la rodilla. Líneas verticales para personas. Horizontales para tiempo. Cruces para patrullas. Círculos para anomalías.

A los ocho años, predecía el movimiento de cualquier persona del corredor principal con un margen de error de dos minutos. Sabía quién salía a las 05:30 catorce personas, turno de mañana, paso rápido, cabeza baja, dirección este. Quién volvía a las 14:00 las mismas catorce. Menos una que variaba los miércoles (Reymus no sabía por qué; lo anotó). Quién no salía nunca tres unidades, pulseras amarillas, puertas cerradas.

Las patrullas. Dos agentes. Visores reflectantes que les tapaban los ojos. Paso sincronizado el pie izquierdo del primero tocaba el suelo al mismo tiempo que el pie derecho del segundo. Cuarenta y siete pasos entre la esquina del corredor A y la esquina del corredor B. Seis minutos. 42 segundos. Reymus verificó: sesenta. Tres mediciones en tres meses. Desviación estándar: once segundos. Las patrullas eran las personas más predecibles del sistema. Las que más se comportaban como tuberías. Después: las anomalías.

La persona que caminaba a las 3:00 cuando nadie caminaba a las 3:00 (Reymus la vio tres veces; la tercera vez, la persona se detuvo frente a la unidad de pulsera amarilla del sector F y dejó algo en el suelo y se fue). La patrulla que se detuvo cuatro minutos en lugar de pasar (el agente de atrás se agachó, recogió algo, se lo guardó en el bolsillo; el agente de adelante no se dio vuelta). El corredor vacío un martes a las 14:32 cuando nunca estaba vacío los martes a las 14:32 (veintitrés segundos de vacío absoluto; después, normal otra vez).

Reymus robó una libreta del comedor del Nivel -15. Estaba debajo de una mesa, sin dueño, cubierta de grasa de cocina que le había pegado las primeras seis páginas. La limpió con agua y jabón. Las páginas quedaron arrugadas, onduladas, con manchas fantasma de la grasa que el jabón no pudo quitar del todo. Pero funcionales. Lápiz: del suelo de la escuela.

mordido en la punta, con la mina asomando medio centímetro.

La libreta creció. Rutas. Horarios. Patrones. Anomalías.

Los patrones eran el fondo. Las anomalías eran la señal.

- ◦

Toshiro tenía un abuelo.

Kenji. Nivel -25. Unidad de dos habitaciones, un lujo en los niveles bajos, resultado de cuarenta años de servicio en mantenimiento eléctrico que acumularon suficientes puntos de coherencia para un espacio extra. La primera habitación era donde Kenji dormía y comía. La segunda era el taller. No se llamaba taller, se llamaba “la segunda habitación”, pero era un taller. Mesa de madera prensada con quemaduras de soldador en la superficie. Una lámpara de brazo articulado. Y el cajón.

El cajón era de metal. Treinta centímetros de largo, veinte de ancho, quince de profundidad. Pesaba siete kilogramos lleno. Adentro: transistores, resistencias, capacitores, bobinas de cobre, diodos, cristales de cuarzo, placas de circuito impreso de equipos descartados. Cuarenta años de componentes recuperados de paneles que Kenji abrió, reparó, y cerró. De cada panel, una pieza vieja. De cada pieza vieja, una lección. De cada lección, un componente guardado en el bolsillo del overol mientras el supervisor no miraba.

Tira la pieza vieja decían los supervisores.

Kenji tiraba una pieza vieja. Guardaba tres. Los bolsillos del overol tenían un forro interior que Kenji cosió él mismo con hilo industrial: doble fondo, indetectable en revisión visual. Cuarenta años de bolsillos dobles. El cajón era el resultado.

Kenji tenía 71 años. Artritis en las manos. Las mañanas eran lo peor. Los dedos amanecían cerrados, los nudillos blancos, los tendones visibles bajo la piel fina. Tardaba veinte minutos en abrir las manos. El proceso era gradual: calor de la hornilla primero (ponía las manos sobre el vapor del agua que calentaba para el té), después movimiento (abrir, cerrar, abrir, cerrar, cada apertura un milímetro más que la anterior), después resignación (las manos se abrían hasta donde se abrían y Kenji trabajaba con lo que tenían).

A los siete años, Toshiro se sentaba en el suelo de la segunda habitación mientras Kenji le enseñaba lo que las Ciencias Aplicadas del currículo escolar no enseñaban: que la electricidad no era magia sino movimiento. Electrones moviéndose de un punto a otro. Que un transistor era una puerta que dejaba pasar o bloqueaba el movimiento. Que una resistencia era un obstáculo calibrado no un muro sino un filtro que dejaba pasar lo justo. Que un capacitor era una memoria temporal que guardaba carga y la soltaba cuando hacía falta.

Todo es movimiento decía Kenji, con las manos artríticas sosteniendo un transistor del tamaño de un grano de arroz entre el pulgar y el índice. La mano temblaba. El transistor no se caía. La artritis y la precisión coexistían en los mismos dedos. Todo lo que existe se mueve. Si se detiene, deja de existir.

Toshiro no entendía la filosofía. Entendía el transistor. Entendía que si conectaba la base al positivo, el colector dejaba pasar corriente. Si no, no. Sí o no. Abierto o cerrado. La lógica más simple del universo reducida a un grano de arroz de silicio entre los dedos temblorosos de un viejo.

A los ocho años, Toshiro construyó su primer receptor. Kenji le dio las piezas las eligió del cajón con la deliberación de un cirujano eligiendo instrumentos. Tres transistores. Dos resistencias. Un capacitor. Una bobina que Kenji enrolló él mismo con alambre de cobre de 0.3 milímetros, cuarenta vueltas, en un núcleo de ferrita que sacó de una radio descartada del Nivel -30. Toshiro las armó. Soldó las conexiones con el soldador que calentaba a 350 grados y que dejaba un olor a estaño, resina que se le metía en la ropa y se quedaba ahí días.

El receptor captaba señales electromagnéticas entre 0.01 y 1200 Hz. La mayoría eran ruido. Las tuberías: 35 Hz y armónicos. Los fluorescentes: 100 Hz. La Torre TAAT: constante, omnipresente, el piso de el pulso sobre el que todo lo demás descansaba.

Pero debajo del ruido, señales. Débiles. Irregulares. Señales que no venían de las tuberías ni de los fluorescentes ni de la Torre.

Abuelo. ¿Qué es esto?

Kenji escuchó. Inclino la cabeza el mismo gesto que Toshiro heredó, el mismo ángulo, la misma pausa. Escuchó treinta segundos. Los ojos cerrados. Las manos quietas en el regazo.

Eso es lo que estaba antes de las Torres.

¿Antes?

La Tierra tenía una voz. 7.83 Hz. Resonancia de Schumann. Yo la escuché una vez. Cuando era niño. Antes de que encendieran la torre

número 823.

Kenji tosió. La tos era seca, corta, le sacudía el pecho sin producir nada. La artritis le hizo soltar el transistor. El transistor cayó al suelo. Toshiro se agachó. Lo recogió. Lo puso en la palma de Kenji. La palma estaba tibia. Los dedos se cerraron sobre el transistor con la lentitud de lo que se oxida.

¿Todavía está ahí? - observó Toshiro.

Todo lo que existe se mueve - dijo Kenji. Si se mueve, está ahí. Las Torres la tapan. No la eliminan.

Toshiro calibró el receptor esa noche. Banda: 7.00 a 9.00 Hz. No encontró la señal. Ni la noche siguiente. Ni en los seis meses siguientes.

Pero la buscó. Cada noche. Sentado en el suelo de la segunda habitación, con los auriculares puestos y el dial entre los dedos y la estática llenándole la cabeza de un ruido que era el ruido de todo lo que las Torres tapaban. Buscando el movimiento debajo del ruido.

Kenji lo miraba desde la silla. Con las manos que ya no podían sostener los transistores sin temblar. No decía nada. No hacía falta. El cajón estaba ahí. El receptor funcionaba. La señal estaba debajo.

Debajo. Siempre debajo.

- ○ **Capítulo 016 PIANO [D][O][H]**

- ○

El apagón fue un martes. Ale tenía seis años y medio y estaba dormida.

El zumbido de las Torres le hacía algo en la cabeza que Ale no sabía describir porque a los seis años el vocabulario para describir lo que las Torres hacían no existía. Lo que hacían era: presión. No dolor. Presión. Una mano invisible que apretaba suave, constante, uniforme, en un punto detrás de los ojos que no era la frente ni la sien ni la nuca sino un lugar interior que no tenía nombre en el cuerpo. Ale se dormía a pesar de la mano, no por ausencia de ella. El sueño era un acuerdo entre el cansancio y la presión: el cansancio ganaba a las 21:30 y la presión esperaba a las 06:00 para recordarle que estaba ahí.

A las 03:17 la mano desapareció.

Ale se despertó. No por ruido, por la falta de algo. La presión se fue. El zumbido se fue. El cuarto quedó en una quietud que Ale no había experimentado nunca. Ciudad Control siempre tenía una base: la presión de las Torres. Inaudible pero presente, un piso de temblor que sostenía todos los demás sonidos de la misma manera que el suelo sostenía los muebles. Sin ese piso, nada. Vacío. El aire pesaba diferente, más ligero, más limpio, más frío en las fosas nasales.

La luz del corredor se apagó. Los fluorescentes se apagaron. La oscuridad entró por debajo de la puerta como un líquido. El cuarto quedó negro.

Rafael se despertó un minuto después. Ale lo escuchó sentarse en el colchón. El crujido del colchón. El roce de la tela contra el concreto. La respiración de Rafael cambió: de las 14 por minuto del sueño a las 22 de estar despierto y procesando.

Se fue la luz - dijo Rafael. La voz era baja. No un susurro, sino un volumen reducido. El volumen de alguien que no quiere despertar a los padres pero que necesita confirmar lo que percibe.

Sí.

El sonido también.

¿Qué sonido?

El de la Torre. Se fue.

Ale no escuchaba la Torre. No de la manera que Rafael la escuchaba. Para Ale la Torre era la mano, no un sonido. Pero Rafael tenía razón: se fue.

Y en el espacio vacío que dejó la Torre, algo.

Venía de arriba. Del tercer piso. De la sala. Un sonido que no era el aparato de Marcos, que Ale conocía el tono constante de 40 Hz que llenaba la casa como el agua llenaba una bañera. Esto era diferente. Esto tenía notas. Notas que subían y bajaban y se detenían. Volvían a empezar.

El aparato de sonido de Marcos estaba encendido. Todo lo demás estaba apagado: los fluorescentes, las luces del corredor, la hornilla, las pulseras en modo nocturno pero el aparato funcionaba. Emitía. No el tono de 40 Hz. Algo diferente. Una frecuencia que Ale sentía en el esternón y que Rafael vio en la negrura porque los ojos se adaptaron y la luz del aparato era azul. Suficiente para sentir en las manos, en las palmas abiertas.

Los dos subieron. Descalzos. El metal de los escalones estaba frío. Más frío que de costumbre sin la electricidad, la calefacción de los niveles no bombeaba y la temperatura bajaba un grado cada quince minutos. Dieciséis escalones. Los pies de Rafael contaron: ocho del primero al segundo, ocho del segundo al tercero. Los pies de Ale no contaron. Los pies de Ale siguieron el sonido.

La sala.

El aparato de sonido estaba encendido. La pantalla azul iluminaba la sala con una luz fría que hacía sombras en los rincones, sombras largas que se movían cuando los ojos se movían. Marcos dormía en la silla. Los ronquidos de Marcos eran gruesos, constantes, ajenos al apagón el cuerpo de Marcos dormía con la misma eficiencia con que trabajaba, sin interrupciones, sin matices.

Junto al aparato: un piano.

No un piano digital. No una simulación. Un piano acústico. Madera oscura, caoba o algo más viejo que la caoba, con un brillo apagado que absorbía la luz azul del aparato en lugar de reflejarla. Teclas de marfil amarillento, no blanco, con un desgaste en las notas centrales que indicaba uso. Tres pedales de latón. La tapa abierta. Las cuerdas visibles adentro, tensas, brillantes, cruzadas en ángulos que formaban una geometría que Rafael vio con la parte del cerebro que procesaba formas y que Ale no vio porque Ale estaba mirando a la niña.

Un instrumento que pesaba trescientos kilogramos, que no estaba en la sala cuando Marcos se sentó a las 21:00 y que no podía haber entrado por la puerta porque la puerta medía 80 centímetros y el piano medía 150. No había marca en el suelo. No había huella de arrastre. No había explicación.

El piano estaba ahí.

Ale no tuvo miedo. Ale tuvo la sensación de encontrar lo que esperaba sin saberlo. Reconocimiento.

Sentada en el banco del piano: una niña. Piel oscura. Pelo negro liso hasta los hombros. Un vestido blanco de tela que no era algodón ni sintético, tosca, con costuras visibles, irregulares, hechas a mano con hilo grueso. Pies descalzos. Los pies no tocaban el suelo. Los

dedos de los pies estaban quietos, relajados, como los de alguien que está sentado en un lugar donde siempre estuvo sentado.

La niña tocaba el piano. Las manos eran pequeñas, seis o siete años. Pero se movían con la certeza de alguien que lleva tocando más tiempo del que el cuerpo permite. Los dedos encontraban las teclas sin buscarlas. Las teclas bajaban con un peso que producía notas limpias, redondas, sin el golpe metálico del piano mal tocado. Las notas salían del piano y llenaban la sala de una manera que el tono de 40 Hz nunca llenó: el tono era esférico, uniforme; las notas del piano eran irregulares, vivas, con bordes afilados y centros suaves y un decaimiento gradual que dejaba estelas en el aire.

Rafael vio los colores. Los ojos se abrieron. La boca se abrió un centímetro. Las pupilas se dilataron hasta que el iris fue un anillo delgado alrededor de un pozo negro. Rafael veía. Ale no veía. Pero Ale escuchaba algo que Rafael no escuchaba: la niña cantaba.

El canto era en un idioma que Ale no conocía. Consonantes suaves. Vocales largas. Nasal. Antiguo. Las palabras no significaban nada para la parte del cerebro que procesaba lenguaje. Significaban todo para la parte que procesaba música. El canto era una nana. Descendente. Tres notas repetidas. Do, la, fa. Do, la, fa. Con un pulso en la última nota que era la frecuencia de una garganta que no necesita esforzarse.

Lili - replicó Ale.

Rafael la miró.

Se llama Lili - indicó Ale. No preguntó. Declaró. El nombre vino de la misma parte que la ausencia de miedo: de un lugar anterior al lenguaje donde las cosas se saben sin aprender.

La niña dejó de tocar. Las manos se quedaron sobre las teclas. Miró a Ale. Miró a Rafael. Los ojos eran oscuros, marrón tan oscuro que la pupila y el iris se confundían. El blanco de los ojos era limpio, sin venas, sin enrojecimiento. La cara no tenía expresión de niña. Tenía la quietud de algo más viejo.

Lili extendió la mano derecha. En la palma: un hueso pequeño. Media fúrcula. Un huesito de suerte partido por la mitad. Blanco amarillento. Seco. Frío. No frío de temperatura ambiental, frío intrínseco. El hueso irradiaba frío de la misma manera que una piedra caliente irradia calor: desde adentro, constante, sin fuente visible.

Rafael extendió la mano izquierda. Tomó el hueso. El frío le subió por los dedos. Por la muñeca. Se detuvo en el codo. El brazo se entumeció tres segundos, un entumecimiento que no era dolor ni parálisis sino la sensación de que el brazo estaba en otro lugar, un lugar más frío que el cuarto, más frío que el Nivel -12. Después el frío se estabilizó. Se quedó en el hueso. Constante.

Lili cantó una última frase. Cuatro notas descendentes. Rafael vio el color: púrpura. El mismo púrpura que encontraría en el cuarto escalón del segundo tramo. Un púrpura denso, con peso, que no estaba en la paleta de colores que los ojos normales registraban. La frecuencia de las cuatro notas vibró en la base del cráneo.

Las luces volvieron a las 03:42. Veinticinco minutos de apagón. Los fluorescentes parpadearon uno, dos, tres parpadeos lentos antes de estabilizarse en el naranja constante. El ruido sordo de las Torres regresó. La mano invisible volvió a apretar. El aparato de sonido emitió un pitido de reinicio, un tono agudo que duró un segundo y después el tono de 40 Hz, estable, llenando la sala otra vez.

El piano no estaba. Lili no estaba. La sala estaba vacía. La silla de Marcos con Marcos dormido. El aparato. Las paredes de concreto con las grietas de siempre.

En la mano izquierda de Rafael: el hueso. Frío.

- ○

El registro de coherencia de Rafael bajó 0.3 puntos esa noche.

La pulsera midió la caída a las 03:17. El minuto exacto del apagón. La caída no tenía causa catalogable: Rafael estaba dormido, inactivo, horizontal. No hubo estímulo externo registrado por el sistema. El piano y Lili no existían en la banda de datos que la pulsera monitoreaba. La pulsera informó: unidad menor #4,892,117. Nivel -12, coherencia descendente, causa: actividad no catalogada durante apagón programado.

Apagón programado. El sistema cortó la electricidad del Nivel -12 entre las 03:15 y las 03:42 para mantenimiento de la Torre TAAT sector norte. Protocolo. Pero las pulseras registraron datos durante el apagón en modo batería: temperatura corporal, frecuencia cardíaca, coherencia basal. Los datos de Rafael durante los 25 minutos mostraron aumento de frecuencia cardíaca de 58 a 89 bpm, temperatura de la mano izquierda descendió 2.1 grados, y coherencia presentó un pico en la banda de 7 a 8 Hz que no correspondía a ningún patrón de sueño documentado.

La enfermera del Nivel -8 recibió el reporte tres días después. Convocó a Elena.

Su hijo tiene valores atípicos.

Elena llegó al consultorio a las 19:30, después del turno. Las manos le olían a desinfectante industrial. Se sentó en la silla de

plástico que chirrió bajo su peso. La enfermera tenía una pantalla con gráficas.

La coherencia de Rafael presenta actividad anómala durante un período donde debía estar dormido. Además, microfluctuaciones en la banda de 30 a 50 Hz que no corresponden a ningún patrón documentado.

¿Qué significa?

Monitoreo. Cuatro semanas. Si los valores se normalizan, no hay acción. Si no se normalizan... La pausa de la enfermera duró tres segundos. En esos tres segundos, Elena entendió lo que Rafael no entendía y lo que Marcos no entendía: que el sistema no distinguía entre “diferente” y “defectuoso”. Que la pulsera de su hijo estaba registrando algo que el sistema interpretaría como problema. Que los problemas se resolvían con transferencias, reclasificaciones, descensos de nivel.

Mantengan la rutina, dijo la enfermera. Actividad productiva. Interacción social estándar.

Elena asintió. Salió. Subió los treinta y dos escalones. Los contó sin querer después de vivir con Rafael, los escalones se contaban solos. Rafael estaba en la sala, sentado en el suelo, con las manos planas contra el concreto y los ojos cerrados. Mapeando. La palma izquierda sobre el punto donde el tono de 40 Hz formaba un nodo. La palma fría. Siempre fría.

Elena no lo interrumpió. Fue a la cocina. Calentó una barra. La llevó. La puso al lado de Rafael. Él la agarró sin abrir los ojos. Comió. Masticó. Tragó. Siguió mapeando.

Elena bajó a la cocina. Se sentó en la silla. Miró el grifo que goteaba cada cuatro segundos. Cuatro. ### Capítulo 017 SEMILLAS

[D][K][A]

- ○

Darvi hizo su primer mapa a los ocho años y dos meses.

Lápiz sobre concreto. En el suelo del cuarto, al lado del colchón, en el espacio de sesenta centímetros entre la pared y la bolsa de ropa que hacía de armario. El rectángulo representaba los corredores del Nivel -28. Las líneas no estaban rectas, Darvi no usaba regla porque no tenía regla, pero las proporciones eran correctas. El corredor principal era el doble de largo que el corredor F. La escalera del sector C estaba en el tercio izquierdo. La rejilla de ventilación grande estaba al final del corredor principal, justo antes de la puerta de servicio que no abría.

Puntos donde las siluetas aparecían: marcas redondas, del tamaño de la yema del pulgar.

Flechas donde las siluetas apuntaban: trazos cortos, inclinados, con la dirección del gesto.

El mapa no tenía escala ni leyenda ni título. Era un diagrama funcional, del tipo que un ingeniero haría en una servilleta para explicar un circuito, el tipo que Darvi leía con la misma facilidad con que otros leían palabras.

Las siluetas venían cada noche. A veces una. A veces tres. La frecuencia venía aumentando desde el episodio del termo: una por semana al principio, dos después, tres en los últimos meses. La dirección cambiaba. Pero tres puntos se repetían con una constancia que Darvi registró después de seis semanas de observación: la esquina del corredor F donde la tubería hacía un codo de 90 grados,

el espacio debajo de la escalera del sector C, y la rejilla de ventilación del corredor principal.

Darvi visitó los tres puntos. En horarios diferentes. De día y de noche. Sola.

En los tres: algo. No visible. No audible. Algo que el cuerpo detectaba antes que los sentidos catalogados. Corredor F, codo de tubería: frío localizado. No el frío del nivel, que era uniforme a 16 grados. Un frío que empezaba y terminaba en un perímetro de un metro fuera del perímetro. 16 grados; dentro, 13. El pelo de los brazos se erizaba al cruzar el borde. Darvi cruzó el borde cuatro veces para verificar. Cuatro veces el pelo se erizó. La quinta, metió la mano hasta el centro. El frío le mordió los nudillos.

Escalera sector C: olor a ozono. El olor que queda después de una descarga eléctrica. Darvi lo conocía del taller del -22, donde el soldador producía ese olor cuando la punta tocaba el metal. Pero debajo de la escalera no había soldador. No había cableado expuesto. No había fuente. El olor estaba ahí, débil, intermitente, más fuerte por las noches.

Rejilla de ventilación: densidad. El aire del corredor era estándar procesado, recirculado, con temperatura y humedad controladas. Pero frente a la rejilla, el aire era más denso. No más caliente ni más frío. Más espeso. Los pulmones trabajaban un poco más. La respiración se hacía consciente.

Darvi anotó en el mapa: *F/codo: frío, pelo erizado. Escalera C: ozono. Ventilación: densidad.*

El gato 4.2 kilogramos, tricolor, taller del -22 no iba a los tres puntos. Se paraba a dos metros de distancia y no avanzaba. Pupilas dilatadas al 80%. Pelo del lomo erizado en una cresta que iba de la

nuca a la base de la cola. Gruñido bajo que Darvi sentía más en los pies que en los oídos, una la oscilación que el suelo conducía.

Darvi anotó eso también. Los datos del gato eran datos. El gato era un instrumento de medición que ronroneaba cuando estaba tranquilo y gruñía cuando detectaba lo que los instrumentos humanos no detectaban.

- ○

Toshiro encontró el segundo armónico un sábado a las 23:40.

El receptor estaba encendido en la mesa de la segunda habitación. Kenji dormía en la silla, se dormía en la silla cada vez más temprano, el cuerpo cediendo al cansancio de los huesos que la artritis desgastaba sin prisa y sin pausa. La cabeza de Kenji caía hacia la izquierda cuando dormía. Siempre hacia la izquierda. El cuello tenía una curvatura permanente que los cuarenta años de inclinar la cabeza hacia los paneles eléctricos le dejaron.

Toshiro tenía los auriculares puestos. El dial en la banda de 12 a 16 Hz. La estática llenaba los oídos con un ruido que era el ruido de fondo de todo tuberías, fluorescentes, Torre, conductos de ventilación, bombas hidráulicas de los niveles inferiores. El cerebro de Toshiro había aprendido a filtrar: cada fuente tenía una textura, un patrón, una firma. Las tuberías eran graves e irregulares. Los fluorescentes eran agudos y constantes. La Torre era profunda y omnipresente. Las bombas tenían un ritmo cíclico de 3.4 segundos.

A las 23:40, una señal nueva. 14.3 Hz. Débil. La aguja del medidor se movió medio milímetro. Apareció durante diecinueve minutos y desapareció.

Toshiro anotó: 23:40. 14.3 Hz. 19 min. *Intermitente. No Torre (constante, esta pulsa). No tuberías (frecuencia incorrecta). No bombas (patrón diferente).*

La noche siguiente: nada. La siguiente: nada. La cuarta noche: 14.3 Hz a las 01:12. Trece minutos. La quinta: nada. La sexta: 14.3 Hz a las 04:05. Cuarenta y un minutos. La señal más larga.

No había patrón horario predecible. Pero cuando aparecía, la señal base de 7.83 Hz la que Toshiro buscaba desde hacía meses, la frecuencia que Kenji le comentó que existía debajo de las Torres se intensificaba. No mucho. Un 20%. Pero suficiente para que la aguja se moviera.

14.3 Hz era el segundo armónico de 7.83. Segundo armónico significaba: la frecuencia fundamental existía. Si el armónico estaba ahí, la fundamental estaba debajo, generándolo. Las Torres no la eliminaron. La taparon.

Kenji tenía razón.

Toshiro calibró el receptor. Banda estrecha: 7.00 a 8.50 Hz. Eliminó las frecuencias conocidas de las tuberías. Eliminó los fluorescentes. Eliminó la Torre y sus armónicos que llegaban hasta 14.4 Hz, peligrosamente cerca de 14.3, pero con un patrón diferente: la Torre era constante, la señal pulsaba; la Torre era lisa, la señal tenía textura.

Lo que quedó fue insuficiente para una conclusión. Pero suficiente para una certeza: la señal existía. Las Torres no podían tapar lo que la Tierra emitía antes de que las Torres existieran.

Toshiro se quitó los auriculares. Se los puso a Kenji con cuidado, sin despertarlo, apoyando las almohadillas sobre las orejas con la delicadeza de quien maneja componentes frágiles. Kenji no despertó.

Pero en el sueño, la cabeza se inclinó un grado más hacia la izquierda. Hacia el sonido.

- ○

Miren trajo hojas nuevas un domingo.

No las buscó. El mercado gris del Nivel -20 funcionaba por red de confianza: si comprabas algo prohibido una vez, el vendedor te recordaba. La cara, la pulsera, el nivel. La siguiente vez que aparecía algo prohibido, te lo ofrecía primero. El mercado no tenía local, era un pasillo de servicio entre los sectores D y E, abierto los domingos de 06:00 a 08:00, con vendedores que ponían la mercancía en el suelo sobre telas grises que se confundían con el concreto y que recogían en menos de treinta segundos si la patrulla se acercaba.

Miren compró las hojas por 40 cohers. El vendedor era un hombre viejo con las manos manchadas de lo que podía ser tinta o grasa de motor. Las hojas estaban dobladas en cuartos, apretadas con un elástico, dentro de una bolsa de plástico que olía a humedad.

Eran diferentes a las anteriores. Las primeras hojas, las que Lu leyó a los ocho años, eran fragmentos de mitos. Retazos de historias contadas de memoria, con huecos y contradicciones y nombres que cambiaban de una versión a otra. Las nuevas eran otra cosa. Descripciones de rituales con pasos numerados. Frecuencias asociadas a dioses específicos: Kukulcán, 7.83 Hz; Ixchel, 14.3 Hz; Thoth, 33 Hz. Correspondencias entre cristales. Planos de existencia. Mapas de lugares que no aparecían en ninguna cartografía aprobada.

Lu las leyó en una tarde. Sentada en el suelo de la unidad del -12, con la espalda contra la pared y las hojas sobre las rodillas y la luz del

fluorescente cayendo en ángulo porque el tubo estaba torcido. Las leyó despacio. Cada frase dos veces. Algunas tres.

Una frase la detuvo: “Los sistemas de supresión borran los nombres pero no las funciones. Un dios borrado sigue funcionando. Una frecuencia tapada sigue la frecuencia.”

Lu subrayó la frase con la uña del pulgar. La uña dejó una marca en el papel no tinta, no lápiz, la marca de la presión contra la fibra. Invisible a menos que supieras dónde buscar.

¿Quién escribió esto? - preguntó Lu.

Miren estaba sentada en el colchón, cosiendo un parche en la rodilla del pantalón de trabajo. La aguja entraba y salía del tejido con una regularidad de máquina.

No sé. Alguien que sabía lo que estaba antes.

¿Antes de las Torres?

Antes de todo.

Lu guardó las hojas en la mochila. No debajo del colchón, lo fijo es confiscable. Lo que va con el cuerpo es más difícil de quitar. La mochila iba con Lu a todas partes. Era una extensión del torso.

Pero Lu ya estaba haciendo algo más importante que guardar hojas. Cada frase entraba y se quedaba. Las correspondencias. Los nombres. Las frecuencias. Los mapas. El papel se podía quitar. La memoria no.

• ○

Esa noche, en cinco niveles diferentes, cinco niños soñaron.

No exactamente el mismo sueño. Las imágenes eran distintas, los espacios eran distintos, los detalles pertenecían a cada uno y a nadie

más. Pero debajo de las diferencias, debajo de los escalones y las siluetas, había una capa común.

Un sonido. Bajo. Constante.

Una voz. Femenina. Vieja. No vieja de décadas, vieja de eras. Una voz que venía de un lugar anterior a las Torres y anterior al Reset y anterior a las ciudades. Anterior a las lenguas que nombraron las ciudades. La voz tenía la textura de la tierra húmeda: densa, oscura, con la temperatura de cosa que lleva mucho tiempo debajo.

La voz cantó.

Una nana. Simple. Tres notas. Repetidas. Descendentes. Do, la, fa. Do, la, fa. Do, la, fa. Cada repetición más lenta. Cada repetición más grave, la frecuencia bajando un cuarto de tono con cada ciclo, hundiéndose. La nana no calmaba. Pesaba. Le ponía algo encima al pecho. Un peso que no era angustia ni miedo ni tristeza sino presencia. La presencia de algo enorme y oscuro y maternal que estaba debajo de todo. Que no necesitaba nombre porque era anterior a los nombres.

Rafael la sintió en las costillas. En la unión entre la quinta y la sexta del lado izquierdo. El púrpura del escalón cuatro pulsó en la oscuridad del cuarto un pulso visual que vio con los ojos cerrados. La palma izquierda se enfrió. Ale, a un metro diez de distancia, no despertó. Darvi sintió en el suelo. Los audífonos estaban en el cuello, la banda sobre la clavícula, las almohadillas colgando sobre el pecho. La frecuencia no entró por los oídos. Pasó por el concreto, por el colchón, por los huesos de la cadera, por la columna. Las siluetas del cuarto eran cuatro. Más de lo normal. No apuntaban a los puntos del mapa. Apuntaban hacia abajo. Al suelo. Al centro.

Lu la escuchó en el silencio entre las letras memorizadas. La nana tenía la misma estructura que los himnos de los dioses que las hojas nuevas describían. Descendente. Tres notas. Repetición con variación mínima. Lu la reconoció con la parte del cerebro que procesaba patrones, no música.

Mathew la escuchó con la tercera voz. Pero la tercera voz no cantaba sobre la nana. Cantaba con ella. Las dos voces se superpusieron la del sueño profundo y viejo, la tercera joven y cercana. La armonía fue un acorde de dos notas separadas por un intervalo que no existía en la escala temperada. Un intervalo que el oído de Mathew registró con la precisión de alguien acostumbrado a distinguir tres voces en un cuarto vacío.

Toshiro la escuchó en la estática del receptor. El receptor estaba encendido en la mesa de noche. Toshiro lo dejaba encendido siempre, la estática era su versión del vacío sonoro. A las 04:20, un pico. Un chasquido seguido de una señal limpia. Toshiro se despertó con el chasquido. Miró la pantalla del medidor. 7.83 Hz. Limpia. Sin armónicos. Sin ruido. La aguja se movió hasta el final de la escala y se quedó ahí, temblando, durante tres minutos.

Los cinco despertaron a las 04:23.

Ninguno supo por qué. Ninguno recordaba el sueño con la claridad con que se recuerda lo soñado. Lo recordaban con la claridad con que se recuerda lo vivido. La nana no se disipó al abrir los ojos. Se quedó. En las costillas de Rafael. En el suelo de Darvi. Despacio. En las letras de Lu. Sin aviso, en el acorde de Mathew. En la aguja de Toshiro.

Todos tenían frío en las manos.

El frío duró diecinueve minutos. ### Capítulo 018 PODA [D][O]
[L]

- ○

Miren perdió las hojas un jueves de marzo.

No las perdió. Se las quitaron. La diferencia importa: perder es accidente; quitar es decisión. Alguien, una persona o un subsistema, decidió que las 34 hojas debajo del colchón de Miren eran un problema.

Lu tenía diez años y estaba en la escuela cuando pasó. Ciencias Aplicadas, segundo período, la clase sobre distribución de energía en circuitos residenciales que Lu escuchaba con la atención dividida entre el profesor y las frecuencias de las hojas nuevas que le daban vueltas en la cabeza: Kukulcán 7,83. Ixchel 14,3, Thoth 33. Volvió a la unidad del Nivel -12 a las 15:00. Subió los escalones. Los contó sin querer: treinta y dos. La puerta estaba entreabierta. Un brazo entró, revisó, y salió sin cerrarla.

El colchón de Miren estaba volteado. La espuma gris al aire, con la mancha de humedad que nunca se secaba porque la humedad del -12 era constante al 68%. La bolsa de tela, la que contenía las hojas, la bolsa marrón con el cierre roto que Miren cargaba desde hacía tres años, estaba vacía en el suelo. Abierta. Las hojas no estaban.

Nada más faltaba. La comida estaba en el estante. La ropa estaba en la bolsa grande. Las dos tazas estaban en el fregadero. El colchón de Lu estaba en su lugar, sin voltear.

Solo las hojas. 122 gramos de papel reciclado con tinta que se corría en los bordes. Cuatro generaciones de memoria comprimida

en treinta y cuatro páginas que pesaban menos que una barra de pollo.

Miren volvió del turno a las 14:30. Vio el colchón. Vio la bolsa. Las manos de Miren, manos de costurera, con callos en los dedos índice y pulgar de la mano derecha donde la aguja presionaba, se cerraron. Se abrieron. Se cerraron otra vez. Se sentó en el borde del colchón volteado. No lloró. No gritó. Miró la pulsera. Verde. Todavía verde.

A las 19:00, la pulsera pasó de verde a amarillo. La transición fue gradual. El verde se oscureció, pasó por un verde oliva, un verde grisáceo, y después amarillo. El amarillo era más brillante que el verde. Parpadeaba más rápido. La muñeca de Miren latía con el nuevo ritmo.

A las 07:00 del viernes, un aviso de transferencia apareció pegado a la puerta con adhesivo industrial. Papel oficial, tinta negra, el sello del sistema en la esquina superior derecha. Miren sería reubicada al comedor del Nivel -35. Descenso de 25 niveles. Motivo administrativo: reestructuración de personal sector alimentario.

Lu leyó el aviso. Lo leyó otra vez. La tercera vez, las letras seguían diciendo lo mismo.

¿Puedes venir los domingos? - dijo Lu.

Miren calculó. Nivel -35. Seis horas de trayecto ida y vuelta por las rampas. Las rampas eran el único transporte entre niveles para pulseras amarillas, los ascensores requerían verde. Seis horas para un domingo. Seis horas por treinta y dos escalones.

Puedo venir los domingos.

- ○

Valeria se fue a las 07:00 de un lunes.

La orden de reubicación llegó el viernes. Nivel -33. Sector G. Programa de integración para menores en edad productiva. Valeria tenía quince años. Edad productiva significaba: manos que pueden trabajar, espalda que puede cargar, cuerpo que puede producir más de lo que consume. La reubicación no incluía a Darvi ni a la madre. Solo a Valeria.

No hubo abrazo. La madre ya estaba en el turno salió a las 05:30, antes de que Valeria despertara, y dejó una barra de pollo en el estante con la mitad del papel arrancado, la manera que la madre tenía de decir “esto es para ti” sin decirlo. Valeria miró a Darvi. Darvi miró a Valeria. Seis años de colchones separados por cuarenta centímetros. Seis años de silencios compartidos. El del termo. El de las siluetas. El de las cosas que estaban ahí aunque no se vieran.

¿Vas a estar bien? - comentó Valeria.

Darvi asintió. No porque fuera verdad. Porque la pregunta requería esa respuesta y dar otra respuesta significaba abrir lo que ninguna de las dos tenía herramientas para cerrar.

Valeria recogió la bolsa. La bolsa pesaba seis kilogramos. Toda la ropa, el cepillo, la taza, los audífonos de repuesto que Darvi le regaló el año pasado. Se la colgó del hombro izquierdo. Caminó hasta la puerta. Se detuvo en el marco. No se dio vuelta.

Cuida al gato manifestó. Al marco de la puerta. Al corredor.

Se fue. Los pasos en el corredor. Los pasos alejándose. Los pasos mezclándose con otros pasos. El silencio.

El cuarto quedó más grande. Un colchón en vez de dos. Cuarenta centímetros más de espacio que eran cuarenta centímetros de vacío que antes eran cuarenta centímetros de Valeria. El gato se mudó del

taller al cuarto esa misma noche. Se acostó en el centro exacto del colchón de Valeria. No en el borde. No en una esquina. En el centro geométrico, como si lo hubiera medido con un instrumento que solo los gatos tienen.

Las siluetas vinieron esa noche. Cuatro. Más de lo normal. No apuntaron a los puntos del mapa. Rodearon el espacio de Valeria. Rodearon el colchón vacío con el gato en el centro.

No parecían de Valeria. Eran del vacío que Valeria dejó.

- ○

El formulario decía EVALUACIÓN DE COHERENCIA NIVEL 2.

Una mujer de bata gris sentó a Rafael en una sala del Nivel -3 que Rafael nunca había visto. Paredes blancas. Techo bajo. Aislamiento acústico. Rafael lo supo inmediatamente: las paredes absorbían. Nada rebotaba. Los sonidos morían donde nacían. La sala era un punto muerto en el mapa sonoro que Rafael llevaba nueve años construyendo un agujero donde el 40 Hz no llegaba. Donde la Torre era un murmullo lejano en lugar de una presión constante. Por primera vez, la cabeza de Rafael estaba en calma. Incómodo. Enorme.

Rafael. ¿Sabes por qué estás aquí?

Porque mi pulsera registra actividad no estándar en la banda de 30 a 50 Hz.

La mujer lo miró. Rafael conocía esa mirada: la hacían todos los adultos cuando decía la verdad de una manera que no esperaban. La mirada duraba entre uno y tres segundos e incluía un parpadeo adicional, involuntario, como un reset del sistema visual.

Las pruebas duraron dos horas. Tonos puros a diferentes frecuencias. Acordes de dos y tres notas. Ruido blanco. Fragmentos de voz grabada. Después de cada estímulo: “¿Qué percibiste?”

El tono de 440 Hz es amarillo. Textura suave. Sin bordes definidos. Se siente en el paladar.

¿Y este? 800 Hz.

Verde claro. Agudo. Los bordes el temblor. Se siente en los dientes.

¿Este? 60 Hz.

Marrón. Pesado. Se siente en la mandíbula, no en los oídos. Como un peso en la cara.

La mujer anotó durante cuarenta minutos. El lápiz contra el formulario hacía un sonido que Rafael veía gris oscuro, el gris del grafito.

¿Alguien más en tu familia percibe los sonidos así?

No.

¿Siempre fue así?

No. Empezó después de un apagón. Había un piano que no estaba en la sala antes del apagón y que no estaba después. Y una niña.

La mujer dejó de escribir. La boca se cerró un milímetro más de lo necesario. La mandíbula apretó, los labios se juntaron, los músculos de la mejilla se tensaron. Un gesto mínimo que en la sala aislada fue visible.

¿Una niña?

Lili. Mi hermana le dijo Lili sin que nadie le dijera cómo se llamaba. Lili me dio un hueso.

¿El hueso?

Lo tengo.

¿Puedo verlo?

Rafael sacó el hueso del bolsillo izquierdo del pantalón. Media fúrcula. Blanco amarillento. Lo puso en la mesa. El hueso hizo un sonido seco al tocar la superficie un clic que Rafael vio blanco, el blanco del marfil.

La mujer no lo tocó. Lo miró. Cuatro segundos. Los ojos se movieron del hueso a Rafael, de Rafael al hueso.

¿Siempre está frío?

Sí. Medio grado menos que el entorno. Lo medí con el termómetro de la cocina.

La mujer salió de la sala. Diecisiete minutos. Rafael contó los segundos durante los primeros tres minutos y después dejó de contar porque el silencio de la sala era tan completo que contar se volvió innecesario. Tenía su propia medida.

La mujer volvió con un hombre. Bata gris. Más viejo. Ojos rápidos que miraron el hueso, miraron a Rafael, miraron la pantalla del formulario, volvieron al hueso. No se presentó.

Puedes irte. Tu madre te espera afuera.

Rafael guardó el hueso en el bolsillo. Salió. Elena estaba en el corredor, de pie, con las manos juntas delante del cuerpo y los pulgares moviéndose uno contra otro. El gesto de la espera cuando la espera tiene consecuencias.

En el sistema, el registro fue archivado bajo un código sin nombre público: PAN-7. Percepción Anómala No-estándar, categoría 7. Categoría 7 era la más alta. No había categoría 8.

- ○

Un técnico de mantenimiento visitó la unidad de Kenji en el Nivel -25 un miércoles a las 10:00.

Revisó los circuitos eléctricos. Abrió paneles. Verificó conexiones. La visita duró cuarenta minutos. Al salir, informó que el cajón de componentes electrónicos que el ocupante del módulo almacenaba en la segunda habitación constituía “material no autorizado de uso potencialmente desviante.” El cajón fue confiscado.

Kenji estaba sentado en la silla. Las manos artríticas en el regazo. Miró al técnico levantar el cajón de la mesa. Siete kilogramos de transistores y resistencias, capacitores y bobinas de cobre acumulados durante cuarenta años de bolsillos dobles, supervisores que no miraban. Ponerlo en una caja de plástico gris con una etiqueta adhesiva que decía MATERIAL CONFISCADO. Un número de serie.

Kenji no dijo nada. Las manos artríticas no podían cerrarse en puño. No podían abrirse del todo. Las manos estaban en el estado intermedio entre la acción y la parálisis que la artritis le dejó como residencia permanente.

El técnico salió con la caja. La puerta se cerró. El sonido de los pasos en el corredor. Después, la frecuencia de los fluorescentes. La segunda habitación tenía un espacio vacío en la mesa. Un rectángulo de polvo donde el cajón estuvo cuarenta años. La forma del cajón preservada en la ausencia del cajón.

Toshiro llegó una hora después. Subió del Nivel -30 donde tenía la escuela. Entró. Vio el espacio. Vio el rectángulo. Vio a Kenji en la silla con las manos en el regazo y la mirada en el lugar donde el cajón estuvo.

¿Qué pasó?

Vinieron.

¿El cajón?

El cajón. Toshiro se sentó al lado de Kenji. Los dos miraron el rectángulo de polvo. Cuarenta años de piezas guardadas. Las piezas de repuesto. Los transistores extras. Las resistencias de respaldo. Las bobinas que Kenji acumuló para que Toshiro tuviera material cuando ya no pudiera enseñarle. La herencia entera en una caja de plástico gris con etiqueta adhesiva.

El receptor estaba en la mesa de noche de Toshiro. En su unidad. No en la de Kenji. No se lo llevaron.

El receptor funciona, señaló Toshiro.

¿Encontraste la señal?

El segundo armónico. 14,3 Hz.

Kenji asintió. La artritis no le dejaba sonreír con los labios. La mandíbula estaba rígida por las mañanas y blanda por las noches. A las 11:00 estaba en un punto medio que no era ni rígido ni blando. Pero los ojos hicieron algo que las manos. La boca no podían. Los ojos se achicaron un milímetro. Las arrugas de los párpados se juntaron. Era suficiente.

Si tienes el armónico, tienes la fundamental. No necesitas el cajón.

• ◦

La provisión de Mathew bajó a cuatro barras.

No seis. Cuatro. Cuatro barras cada tres días. El paquete en el corredor del -45 a las 06:00 era más delgado que antes. Mathew lo supo antes de contar: el peso del paquete en la mano fue diferente. Más liviano. Contó. Cuatro.

1,33 barras por día. Cada barra contenía aproximadamente 900 calorías. 1,33 barras: 1.200 calorías. Un niño de nueve años necesita 1.800 calorías. Déficit diario: 600 calorías. En una semana: 4.200. En un mes: 18.000. Las matemáticas eran simples. Las consecuencias eran acumulativas.

Mathew partió cada barra en tercios con las manos. Doce tercios. Cuatro por día. Uno a las 07:00. Uno a las 11:00. Sin decir nada, uno a las 15:00. Al fondo, uno a las 19:00. El estómago no dejaría de hacer ruido pero el cerebro tendría suficiente glucosa para funcionar. La prioridad era el cerebro. El estómago podía esperar.

La segunda voz preguntó: ¿Qué harías si dejan de llegar?

Mathew no respondió. Pero sacó el cuchillo de debajo del colchón y lo puso al lado de la puerta. Donde pudiera agarrarlo de camino al corredor.

- ○

La poda fue silenciosa.

No hubo decreto. No hubo memorándum. No hubo conexión visible entre los eventos. Cada subsistema operó de manera independiente: la enfermera corrigió los valores atípicos enviando el caso a evaluación. El departamento de vivienda optimizó la ocupación del Nivel -12 reubicando al personal con pulseras en descenso. La escuela canalizó los perfiles desviantes al programa de monitoreo extendido. El mantenimiento confiscó materiales no autorizados siguiendo el protocolo de verificación trimestral. La provisión ajustó las raciones recalculando el consumo per cápita del sector D.

Cada acción era racional. Cada acción seguía un protocolo. Cada acción fue ejecutada por una persona que cumplía una función y que no sabía que su función, sumada a otras funciones ejecutadas por otras personas en otros niveles, formaba un patrón.

El patrón era: el sistema podaba lo que no le servía. Las ramas que crecían diferente. Los brotes que apuntaban en direcciones no productivas. Los niños que veían colores en los sonidos y siluetas en la penumbra, patrones en las patrullas y frecuencias debajo de las Torres, dioses en las hojas de papel reciclado.

Lu perdió las hojas y a Miren. Darvi perdió a Valeria. Rafael fue clasificado PAN-7. Toshiro perdió el cajón de Kenji. Mathew perdió dos barras de pollo. Delto perdió la rampa de carga del -20 cerrada por reestructuración, con una cadena y un candado que Delto miró durante treinta segundos antes de buscar otra ruta. Reymus perdió al padre transferido al Nivel -45. Annie perdió la hornilla izquierda cortocircuito que nadie reparó porque la orden de reparación requería una solicitud y la solicitud requería verde estable y la de la madre era verde intermitente.

Ocho pérdidas. Sin conexión. Sin diseño. Sin crueldad.

La poda no era cruel. La crueldad requiere intención. La crueldad requiere que alguien decida causar daño y que el daño sea el objetivo. Nadie decidió dañar a Lu ni a Darvi ni a Rafael ni a Toshiro ni a Mathew ni a Delto ni a Reymus ni a Annie. El sistema no sabía sus nombres. El sistema sabía sus números de pulsera y sus índices de coherencia. Sus niveles de consumo. Producción.

La poda era eficiente.

Y la eficiencia era peor.

- ○
- ○

Capítulo 019 RAÍZ [D][A][K]

Lu escribió el libro de memoria.

No con lápiz. Con clavo. En la pared del baño de la unidad del Nivel -12, detrás de la cortina de plástico que separaba la ducha del lavabo. Letras pequeñas. Dos milímetros de altura. Apretadas. 420 páginas condensadas en tres metros cuadrados de concreto.

Tardó cuatro meses.

Cada noche, después de que Miren se fue al -35 y la unidad quedó vacía excepto por Lu, se sentaba en el piso del baño con el clavo y escribía. De memoria. Palabra por palabra. No las 420 páginas completas la memoria no era fotográfica. Pero las partes que importaban: los mitos de creación, las genealogías de dioses, las descripciones de mundos superpuestos, las reglas de tránsito entre planos, los nombres de las bestias, las propiedades de los cristales, las frecuencias que abrían y cerraban.

Lo que la memoria no retenía, Lu lo reconstruía. No inventaba, interpolaba. Si recordaba que el mito de Quetzalcóatl mencionaba “el viento que separa los mundos” y que el mito de Odín mencionaba “las nueve ramas del árbol,” y que los dos mitos aparecían en la misma sección del libro, entonces la conexión entre viento y árbol era un dato implícito que Lu podía explicitar.

La pared del baño se llenó. Lu pasó a la pared del cuarto. Después al suelo. Las letras eran invisibles para alguien que no supiera buscarlas: del color del concreto, raspadas con un clavo, dos milímetros. Había que arrodillarse y acercar la cara a diez centímetros para leer.

Lu arrodillada, la cara a diez centímetros del suelo, leyendo sus propias palabras para verificar que lo que escribió coincidía con lo que recordaba. Una niña de nueve años preservando un libro confiscado en las superficies de una unidad vacía de un nivel bajo de una ciudad que no quería que ese libro existiera.

Miren venía los domingos. Subía del -35 al -12. Seis horas de descanso semanal. Traía barras de pollo extra del comedor (robadas, escondidas en el delantal, calientes todavía). Se sentaba con Lu. Lu le leía la pared.

¿Es correcto? decía Lu.

Miren cerraba los ojos. Escuchaba. Comparaba lo que Lu leía con lo que Miren recordaba de las hojas originales. Las hojas que su propia madre le pasó. Las hojas que la madre de su madre escribió de memoria de las hojas que la madre de la madre de su madre guardó cuando el sistema quemó las bibliotecas originales.

Cuatro generaciones de mujeres pasándose un libro que el sistema quemó.

Falta una parte decía Miren. Después de “las nueve ramas” hay algo sobre el agua que corre entre las raíces.

Lu anotaba. Clavo en concreto. La parte que faltaba.

¿Algo más?

La parte de los dragones. No son “reptiles gigantes.” Son “guardianes de la transición.” El libro original usaba esa frase.

Lu corregía. Raspaba con el clavo hasta borrar la línea. Reescribía.

El libro creció en las paredes. Un libro de concreto. Ilegible para el sistema. Invisible para las patrullas. Permanente.

Darvi escondió el taller.

La reubicación al Nivel -38 fue en diez días. Darvi, Valeria, la madre. Tres colchones, dos bolsas de ropa, una caja con las pocas cosas que tenían. El sistema asignó la unidad: Nivel -38, corredor G, unidad 12. Más abajo. Más oscuro. Justo entonces, más húmedo. Despacio, más lejos de todo.

Pero Darvi no se llevó todo. Lo que Darvi se llevó fue su cuerpo y sus audífonos. Lo que dejó fue el espacio del Nivel -22.

El espacio no era la unidad del -28. Era el cuarto de almacenamiento abandonado que Darvi descubrió a los siete años, el cuarto donde el gato se instaló. Nivel -22, corredor C, al final de un pasillo de servicio que no aparecía en los mapas de circulación porque el pasillo llevaba a una sección de almacenamiento que el sistema clasificó como “deshabilitada” tres años antes y que nadie visitaba.

Tres metros por tres metros. Puerta de metal. Sin ventilación oficial (pero con un ducto de 60 centímetros que conectaba con el corredor C). Sin luz oficial (pero con un cable que Darvi derivó de la línea del corredor 220 voltios, empalme con cinta aislante y soldadura fría, suficiente para una lámpara y el soldador).

El taller. Lo que sería el taller.

Darvi llevó las herramientas en tres viajes nocturnos: soldador (robado del descarte del Nivel -30), destornilladores (cuatro, varios tamaños, encontrados en basura industrial), alicate (comprado con 80 cohers ahorrados de no comer la segunda barra del día durante dos meses), cable de cobre (dos metros del mismo descarte), y componentes electrónicos que Darvi guardó sin saber para qué. Para algo. Para lo que fuera.

El gato se quedó en el taller. No en la nueva unidad del -38. El gato no fue consultado. El gato eligió.

Darvi visitaba el taller cada día después de la escuela. Bajaba del -38 al -22 por las escaleras de servicio. Abría la puerta de metal. El gato la miraba desde la caja. Darvi se sentaba. Se quitaba los audífonos. Dejaba que el mundo entrara durante cinco minutos el ejercicio diario de tolerar el ruido sin filtro, de expandir el umbral, de practicar ser permeable.

Después se ponía los audífonos. Y trabajaba.

A los ocho años: reparó su primer motor (ventilador del Nivel -25, rodamiento atascado, solución: limpieza con alcohol y re-lubricación). A los nueve: reparó tres motores por semana. Cerca de ahí, a los diez: los clientes dejaban motores en el corredor con una nota. En ese instante, a los once: tenía una reputación. La chica del taller del -22. La que puede soldar todo.

El taller era invisible. El sistema no sabía que existía. Las patrullas no pasaban por el corredor C del -22 porque el corredor llevaba a un espacio deshabilitado y nadie patrulla lo que no existe.

Lo que no existe es lo más seguro.

- ◦

Rafael guardó el hueso.

Después de la evaluación Nivel 2, después de que el hombre de bata gris preguntó “¿puedo verlo?”, Rafael tomó una decisión. No una decisión consciente, una decisión del cuerpo. Las manos de Rafael envolvieron el hueso en un trozo de tela que cortó de la cortina del baño (la misma cortina que ya estaba corta por la cuerda de medir) y lo guardó en un lugar que no fuera el bolsillo.

El lugar fue el escalón cuatro.

El escalón cuatro del segundo tramo. El escalón frío. Medio grado menos que los otros. Rafael levantó el borde de la placa de metal que cubría el escalón (las escaleras del Nivel -12 eran metal acanalado sobre estructura de acero, la placa se levantaba si la empujabas desde el ángulo correcto con suficiente fuerza). Debajo de la placa: un espacio de cinco centímetros de alto por treinta de ancho. Polvo. Sombras. Frío.

Rafael puso el hueso en el espacio. Lo cubrió con la placa. Bajó la placa.

El hueso estaba ahí. En el escalón frío. En el punto exacto donde el púrpura era más denso y donde la frecuencia de la Torre TAAT no llegaba.

Rafael no le mencionó a nadie. No a Elena. No a Marcos. No a Ale (que sabía de Lili pero no del hueso escondido). El hueso era el dato más importante que Rafael tenía y los datos importantes no se compartían, se protegían.

El sistema no registró nada. Esconder un hueso en un escalón nada de eso era actividad que el sistema pudiera medir. Las manos de Rafael no cambiaron de temperatura. El corazón no se aceleró. La coherencia no bajó.

Pero la palma izquierda siguió fría.

- ○

Mathew bajó.

No al -52. No tan lejos. Bajó al -47. Dos niveles debajo de su unidad. Por las escaleras que nadie usaba porque nadie vivía debajo del -45 excepto Mathew.

La primera voz dijo: *No todavía.*

Mathew bajó de todas formas. La primera voz no siempre tenía razón. A veces la primera voz hablaba con la prudencia de alguien que no tenía cuerpo y que no sabía lo que era tener hambre con tres barras cada tres días.

El Nivel -47 era industrial. Abandonado. Las máquinas estaban apagadas. Las luces eran de emergencia: rojas, débiles, cada treinta metros. El suelo era metal acanalado sobre vacío debajo del metal, tuberías y cables y oscuridad. Mathew caminó con cuidado. El cuchillo en la mano. No por protección, por costumbre. El cuchillo era la extensión de la mano.

Encontró ratas. Tres. Grises. Gordas. Comían algo en una esquina donde dos tuberías de agua caliente se cruzaban y el calor creaba un microclima de 28 grados en medio de los 14 grados del nivel. Las ratas lo miraron. Mathew las miró.

La segunda voz preguntó: *¿Puedes?*

Mathew podía. El cuchillo era rápido. La rata más lenta. Una. Las otras dos huyeron.

Subió al -45 con la rata. La limpió con el cuchillo. La abrió. La carne era oscura. Olía a sangre y a algo agrio. La puso sobre la rejilla de ventilación donde el aire caliente del sistema de calefacción subía a 45 grados. No fuego. Calor seco. Cuarenta minutos.

La rata asada sabía a algo que no era barra de pollo. Sabía a proteína real. Sabía a supervivencia.

Mathew comió. La tercera voz cantó. Baja y suave. La misma melodía que los otros cinco escucharon la noche de la nana. Do, la, fa. Pero Mathew la escuchaba despierto. Siempre despierto.

A los diez años, los cinco niños estaban dispersos en los niveles de Ciudad Control. No se conocían. No sabían que existían. Cada uno en su unidad, en su nivel, con su anomalía y su método de supervivencia:

Rafael en el -12, con el hueso escondido en el escalón cuatro, los sonidos que ahora tenían color permanente y un registro de PAN-7 sin que él lo supiera.

Darvi en el -38 (oficialmente), en el -22 (realmente), con el taller invisible y el gato, los audífonos y las siluetas que apuntaban hacia abajo cada noche.

Lu en el -12, con el libro escrito en las paredes, la cinta negra y el mechón azul, una madre que subía los domingos con barras de pollo robadas.

Mathew en el -45, con tres voces y un cuchillo, ratas asadas y cuatro barras cada tres días, la paciencia de alguien que aprendió a esperar porque no tenía alternativa.

Toshiro en el -25, con un cajón vacío donde hubo componentes y un abuelo que tosía más cada día, un receptor que ya no tenía piezas de repuesto y la certeza de que 7.83 Hz estaba ahí debajo, moviéndose. Annie en el -16, con las manos quemadas, la hornilla y el descubrimiento de que la grasa de rata era mejor que el aceite estándar, una madre ausente y un comedor que nadie le pidió que operara pero que operaba de todas formas.

Delto en el -18, con los moretones, las rutas verticales y el “Yuju” que salía en los saltos de más de tres metros, una madre que dejó de decir “vas a matarte” y empezó a decir nada.

Reymus en el -18, con la libreta robada, los patrones de patrulla y las anomalías marcadas, un padre ingeniero que le enseñó que los

sistemas tienen reglas y que si ves las reglas ves el sistema.

Ocho raíces. Sin conexión visible. Creciendo hacia abajo. Hacia algo que ninguno podía nombrar pero que todos registraban: la sacudida debajo de las Torres, el frío en los puntos ciegos, el púrpura que Rafael veía y que Darvi sentía y que Toshiro medía.

Las raíces no sabían que convergían. Las raíces no saben. Crecen hacia donde hay agua.

Y el agua estaba abajo. ### Capítulo 020 HUECO [D][O][A]

- ○

El aparato de sonido dejó de funcionar un jueves.

Rafael tenía diez años. Estaba en la sala. Mapeando. El tono de 40 Hz se cortó a las 21:12. No se apagó gradualmente se cortó. Presencia total a ausencia total en menos de un segundo. El espacio que el tono ocupaba en la sala quedó vacío. Un vacío que Rafael sintió con el cuerpo entero: la presión que el tono ejercía en el pecho, en los pómulos, en las palmas de las manos planas contra el concreto, todo desapareció.

Marcos llegó a las 21:30. Vio el aparato apagado. Lo encendió. Nada. Lo apagó. Lo encendió. Nada. Le dio un golpe en la parte superior con la palma abierta, el gesto universal de reparación doméstica que no reparaba nada, pero que expresaba la relación entre el hombre y la máquina de la misma manera que un insulto expresaba la relación entre dos personas que se conocen demasiado.

El aparato no funcionó.

Marcos se sentó en la silla. Miró el aparato. El aparato no lo miró. Marcos se frotó la cara con las dos manos. El sonido de las palmas contra la barba de tres días fue áspero. Gris oscuro con textura de

papel lija. Rafael lo vio. El color del cansancio de su padre era gris oscuro.

¿Se puede arreglar? - contestó Rafael.

No sé.

Puedo intentar.

Marcos lo miró. Rafael tenía diez años y los ojos que ya no eran los ojos de un niño que contaba escalones eran los ojos de alguien que procesaba el mundo en capas simultáneas y que ofrecía reparar un aparato de sonido con la misma naturalidad con la que ofrecía una respuesta numérica.

Mañana - dijo Marcos. Es tarde.

Rafael asintió. Bajó los ocho escalones. Se acostó. Ale dormía. El mutismo de la sala era un agujero. El tono de 40 Hz llevaba dos años llenando la casa, llenando las paredes, los escalones, el grifo, los colchones y sin el tono, la casa era un recipiente vacío.

En la oscuridad, la palma izquierda de Rafael estaba fría. El hueso en el escalón cuatro estaba frío. Los dos fríos eran el mismo frío: el frío de Lili, el frío de la mancha, el frío de lo que estaba debajo de la Torre y que la Torre no podía tapar.

Rafael mapeó el silencio. No con el cuerpo, con la percepción nueva. Los colores del silencio eran: naranja bajo de los fluorescentes del corredor, gris constante de la Torre TAAT, marrón oscuro de las tuberías, y debajo de todo, el púrpura. El púrpura del escalón cuatro. Que estaba ahí sin el aparato de sonido. Que estaba ahí con el aparato de sonido. Que estaría ahí siempre.

El púrpura no era el aparato. El púrpura era el hueco.

• ◦

En el Nivel -22, el gato enfermó.

No enfermó de manera visible. El gato comía. El gato dormía. El gato se subía a la mesa de trabajo y miraba a Darvi con las pupilas dilatadas. Pero la dilatación era mayor que lo normal. Las pupilas del gato ocupaban el 80% del iris en lugar del 60% habitual. Darvi medía siempre. Y el gato giraba la cabeza hacia la esquina izquierda del taller con una frecuencia de 3.2 veces por hora, cuando lo normal era 0.8.

La esquina izquierda era donde las siluetas aparecían.

Darvi revisó la esquina. Nada visible. Pero el suelo estaba frío. No el frío del Nivel -22 (17 grados). Más frío. Darvi puso la palma en el concreto: 14 grados. Tres grados menos. Localizado. Un punto de un metro de diámetro que era más frío que el resto del suelo.

Darvi anotó: *Punto frío. Taller. Esquina izquierda. 14°C vs 17°C ambiente. Gato reacciona. Siluetas concentradas.*

No era una mancha. No era una sombra. No se trataba de visible. Era una anomalía térmica en un punto donde las siluetas convergían y donde el gato miraba con pupilas dilatadas al 80%.

Darvi se sentó al lado del punto frío. Se quitó los audífonos. Dejó que el mundo entrara: Torres TAAT, tuberías, fluorescentes, y debajo, debajo de todo, algo. No lo escuchó con los oídos. Lo escuchó con las rodillas, que estaban en contacto con el concreto, que transmitía la sacudida del suelo.

7.83 Hz.

Darvi no sabía qué era 7.83 Hz. No sabía que se llamaba Schumann. No sabía que Toshiro la buscaba con un receptor de piezas robadas a seis niveles de distancia. Lo que sabía era que el

pulso era diferente a la Torre y diferente a las tuberías y diferente a todo lo que el sistema emitía.

El gato se acostó en el punto frío. Cerró los ojos. Ronroneó. El ronroneo de un gato es 25 Hz. Darvi lo sabía. Pero este ronroneo tenía algo debajo: una armónica que era más baja, que estaba en el borde de lo que el oído humano podía registrar. El gato no estaba ronroneando solo. El gato estaba resonando con lo que venía del suelo.

Darvi se puso los audífonos. El mundo se redujo a estática blanca. El punto frío siguió frío. Las siluetas siguieron apuntando.

- ◦

Miren no vino el domingo.

Lu esperó. Las 08:00. Las 09:00. Las 10:00. A las 11:00, Lu fue al comedor del Nivel -35. Miren no estaba. La persona del mostrador admitió que Miren fue transferida. Otro comedor. Nivel -48.

Nivel -48. Treinta y seis niveles debajo del -12. Tres horas de trayecto por las rampas de carga. Lu no podía ir y volver en un día sin faltar a la escuela, faltar a la escuela significaba que el sistema registraba ausencia. La ausencia bajaba la coherencia, la coherencia baja significaba más escrutinio y más escrutinio significaba que alguien vendría a la unidad del -12, encontraría las paredes del baño y las paredes del cuarto. El suelo todo cubierto de letras pequeñas que contaban la historia de dioses que el sistema quemó.

Lu se quedó en la unidad. Se sentó en el baño. Leyó la pared. La pared estaba ahí. Las letras estaban ahí. Miren no estaba.

A las 14:00, Lu fue a la biblioteca del Nivel -5. Marín estaba en el mostrador. El inventario extraordinario terminó. 340 volúmenes. El

número correcto. El libro sin portada no estaba y por lo tanto no faltaba.

Lu se sentó en la mesa del fondo. No tenía libro. No tenía las hojas de Miren. Tenía la pared del baño y la memoria y la cinta negra de taekwondo. El mechón azul.

Un hombre entró a la biblioteca. Lu no lo reconoció. Pelo canoso. Ropa gastada. No de los niveles bajos gastada de otra manera. Gastada de tiempo. Se acercó al estante de Ciencias Aplicadas. Sacó un libro. Lo hojeó. Lo devolvió. Sacó otro. Lo hojeó. Lo devolvió.

Después se acercó a Lu. Se sentó en la mesa. Puso algo en la superficie. Un libro. Sin portada. Sin contraportada. Sin número de aprobación.

Lu miró el libro. Miró al hombre.

Tu madre lo pidió contestó el hombre. Antes de que la transfirieran. Me dijo que lo trajera aquí. Que alguien vendría.

Lu tocó el libro. 340 gramos. El mismo papel grueso y amarillo. El mismo olor a celulosa degradada. Pero no el mismo libro. Más grueso. Más páginas. Una continuación.

¿Quién eres? - dijo Lu.

Nadie - indicó el hombre. Se levantó. Se fue.

Lu abrió el libro. Páginas nuevas. Manuscritas. Mitologías que no estaban en el primer volumen. Nuevos dioses. Nuevos planos. Nuevos nombres para las mismas cosas que el sistema borró.

Marín, desde el mostrador, no levantó la cabeza. Pero su mano se movió: empujó algo debajo del mostrador. Hacia el fondo. Hacia el espacio donde nadie miraba. El mismo espacio donde el primer libro sin portada estuvo escondido durante años antes de que Lu lo encontrara.

Marín sabía. Marín siempre supo.

- ○

En el Nivel -45, Mathew comió la última barra. La siguiente entrega llegaría en dos días. El estómago haría ruido. Las voces hablarían.

En el Nivel -25, Toshiro soldó un transistor nuevo en el receptor. Lo encontró en la basura del Nivel -30, donde Kenji solía buscar. Kenji no buscaba más. Kenji tosía. Pero el receptor volvió a funcionar. Y la señal de 7.83 Hz seguía ahí, debajo de la Torre, debajo de todo.

En el Nivel -18, Reymus anotó una anomalía nueva: la patrulla del turno de noche tardó 7 minutos y 15 segundos en lugar de 6 minutos y 42 segundos. Desviación de 33 segundos. La patrulla se detuvo en el punto donde el corredor A cruzaba con el corredor de servicio. Reymus no sabía por qué. Pero lo anotó.

En el Nivel -18, Delto saltó del marco de una puerta industrial al borde de una tubería de ochenta centímetros de diámetro. Tres metros de vacío. Aterrizaje limpio. Sin moretón. El cuerpo había aprendido.

En el Nivel -16, Annie puso grasa de rata en una barra de pollo y la frió en la hornilla a 190 grados durante cuatro minutos. Reacción de Maillard completa. Crujiente. Dorada. Se quemó el pulgar izquierdo con la sartén. Cicatriz número veintitrés. Lamió la quemadura. Comió la barra.

- ○

La Torre TAAT pulsó. Gris plano.

Debajo: 7.83 Hz. Púrpura. Invisible para todos excepto para los que el sistema clasificaba como anomalías y podaba con la misma eficiencia con que podaba las tuberías rotas y los fluorescentes fundidos.

Los huecos en la Torre seguían ahí. Los puntos donde la frecuencia no llegaba. Los intersticios de las torres que dejaban grietas en la cobertura. Las grietas donde la temperatura bajaba medio grado. Donde las siluetas apuntaban. Donde el concreto era más frío. Donde algo de abajo empujaba hacia arriba.

Ocho niños. Ocho niveles. Ocho anomalías que el sistema registraba con números y códigos, categorías y que el sistema corregía con transferencias, confiscaciones. Raciones reducidas.

El sistema podaba. Las raíces crecían.

El gato ronroneó en el punto frío del taller. 25 Hz. Con algo debajo.

- ○ **Temporada 3: ADULTOS**

- ○

Capítulo 021 DOMÉSTICO [D][O][L]

- ○

La alarma sonaba a las 05:40 y Rafael la apagaba a las 05:41 porque el primer segundo era el que necesitaba para procesar la frecuencia 2.200 Hz, amarillo limón, textura de papel de lija mojado y

catalogarla como alarma. No como amenaza. El segundo segundo era para mover la mano izquierda. El tercer segundo era para confirmar que Lu seguía dormida a su lado. Que la respiración de Lu tenía el ritmo de las 14 por minuto del sueño profundo, que el pelo de Lu tenía rastas oscuras con el mechón azul que se desteñía cada tres semanas. Que Lu reteñía con un pigmento del mercado gris que le manchaba las manos durante dos días estaba desplegado sobre la almohada en la configuración de siempre: abanico hacia la izquierda. El mechón azul separado del resto, como si incluso dormida Lu mantuviera la parte diferente de sí misma aparte.

A las 05:42 Rafael estaba de pie. A las 05:43 en la cocina.

La cocina de la unidad del Nivel -8 era más grande que la cocina donde Annie le enseñó. Annie le enseñó en la cocina del Nivel -16, la de la hornilla con dos fuegos donde el derecho no funcionaba. Annie le enseñó con las manos llenas de cicatrices de quemaduras que a los diecinueve años sumaban veintitrés Rafael las contó la primera vez que Annie le mostró cómo sujetar el cuchillo. Las contó porque los datos eran lo que Rafael hacía con el mundo antes de poder hacer otra cosa con él. Veintitrés cicatrices. Mapa de la mano izquierda: base del pulgar, nudillo del índice, dorso central, antebrazo hasta el codo. Mapa de la mano derecha: pulgar, meñique, la línea de la vida cruzada por una quemadura de aceite que formaba una X con la línea natural.

Annie le enseñó tres cosas. La primera: el cuchillo se sujeta con la mano dominante, el filo hacia abajo, el índice y el pulgar sujetando la hoja justo antes del mango, no el mango mismo. “El mango es para los que tienen miedo del cuchillo. La hoja es para los que cocinan.” La segunda: la temperatura del aceite se mide con un trozo de

cebolla si la cebolla burbujea inmediatamente. El aceite está a 170 o más; si burbujea despacio, está entre 140 y 160; si no burbujea, espera. “Los termómetros mienten. La cebolla no.” La tercera: la sal se pone al final, nunca al principio, porque la sal al principio extrae el agua y la carne se hierve en lugar de sellarse. “La sal al final es un compromiso. La sal al principio es una rendición.”

Rafael cocinaba cada mañana. El ritual era: hervir agua (3 minutos, los 11 grados del grifo a los 100 del hervor, el sonido del hervor le llegaba azul cobalto, con un estremecimiento en los bordes), preparar la papilla de las niñas (harina de avena reconstituida, 40 gramos por porción, dos porciones, agua a 80 grados no 100, porque a 100 los grumos se forman y las niñas no comían grumos), cortar la fruta sintética (textura firme, color naranja uniforme, sabor a nada que Rafael mejoraba con dos gotas de extracto de vainilla del mercado gris, 3 cohers la botella de 15 mililitros).

La papilla se servía en dos tazones iguales. Tazón azul: Lucifer. Tazón verde: Lilith. Los nombres los eligió Lu. Rafael cuestionó la elección durante cuarenta y cinco minutos la noche que Lu los propuso sentados en el colchón, con las piernas cruzadas. La barriga de Lu de siete meses entre los dos como un tercer participante de la conversación, Lu le explicó que Lucifer significaba “portador de luz” y que Lilith era la primera mujer que se negó a obedecer, que los dos nombres eran nombres de rebeldía. No de maldad, y que la maldad era una interpretación posterior de sistemas que necesitaban que la rebeldía fuera mala para justificar el castigo. Rafael procesó el argumento. El argumento era sólido. Aceptó.

Lucifer tenía tres años. Pelo oscuro de Lu, ojos de Rafael. Comía la papilla con las manos, la cuchara existía pero Lucifer la usaba para golpear la mesa y producir un ritmo de 3/4 que Rafael veía verde esmeralda. Lilith tenía tres años gemelas, idénticas en todo excepto en que Lilith comía con la cuchara y Lucifer no, excepto en que Lilith dormía boca abajo y Lucifer boca arriba, excepto en que Lilith ya hablaba con frases de tres palabras. Lucifer con frases de una.

Rafael les servía la papilla a las 06:15. Las niñas comían hasta las 06:35. Lu bajaba a las 06:30 descalza, con la camiseta de dormir que le llegaba a las rodillas, el mechón azul pegado a la mejilla izquierda por el sudor de la noche. Se sentaba. Rafael le ponía la taza de infusión delante. Lu la agarraba con las dos manos. No decían nada. No hacía falta. La mañana tenía una coreografía que funcionaba sin instrucciones.

A las 07:00 Rafael salía. Turno de análisis de datos en el Nivel -3. Ocho horas de pantallas y números que eran un paisaje de colores que nadie más veía. Los datos financieros del sector eran rojos y afilados. Los datos de producción eran azules y redondos, los datos de personal eran grises con bordes amarillos. Rafael era eficiente. Demasiado eficiente. Su supervisor lo miraba con la incomodidad de alguien que sabe que el subordinado ve cosas que el supervisor no ve y que esas cosas hacen que el trabajo del supervisor sea redundante.

A las 15:00 Rafael volvía. Lu salía a las 15:30 turno en la biblioteca del Nivel -5, donde organizaba los 12.000 volúmenes que el sistema permitía y donde escondía las hojas que Miren seguía trayendo del mercado gris cada domingo. Miren ahora vivía en el Nivel -35. Subía los domingos. Seis horas de rampas ida y vuelta. La pulsera de Miren era amarilla permanente. Lu no hablaba de eso.

Rafael no preguntaba. Los datos que Lu no compartía eran datos que Rafael había aprendido a no solicitar.

Las tardes eran de Rafael y las niñas.

La sala de la unidad del -8 medía cuatro metros por cinco. El suelo era concreto cubierto con una alfombra sintética gris que Lu compró en el mercado gris por 8 cohers. La alfombra tenía un olor permanente a pegamento industrial que los primeros tres meses fue insoportable y que después se convirtió en el olor de la casa. El olor que significaba dentro y no fuera. La alfombra estaba gastada en el centro, el centro donde las niñas jugaban, donde los pies de las niñas y las rodillas de las niñas. Las manos de las niñas pasaron suficientes horas para desgastar la fibra sintética hasta el punto en que el concreto asomaba debajo. Gris sobre gris, como una ventana al esqueleto de la unidad.

Lucifer y Lilith a las 16:00: el suelo de la sala. Lucifer con los bloques de construcción los apilaba en torres de simetría imposible, torres que desafiaban la gravedad durante segundos antes de caer, y cuando caían Lucifer las miraba caer con una atención que Rafael reconocía porque era la misma atención con que él miraba los datos. La atención de alguien que ve la estructura debajo del desorden. Lilith con las hojas de papel dibujaba. No casas ni árboles ni familias. Dibujaba líneas. Líneas que se cruzaban en ángulos que no eran 90 ni 45 ni ningún ángulo estándar. Líneas que formaban patrones que Rafael no reconocía pero que le producían una incomodidad en la base del cráneo. Una presión sorda que se parecía a la presión que tenía cuando los datos del trabajo no cuadraban.

A las 18:00: baño. Agua tibia. Las niñas en la tina. Lucifer salpicaba. Lilith no. Lilith se sentaba en el agua con las manos planas

contra la superficie y los ojos cerrados y la boca haciendo un sonido mmm que era constante. Monocorde, 220 Hz, que Rafael veía como una línea recta de color ámbar que atravesaba el cuarto de baño de pared a pared. Rafael no interrumpía el sonido. El sonido tenía una función que Rafael no entendía pero que respetaba de la misma manera que respetaba los rituales de Darvi con los audífonos: porque la función existía aunque no fuera visible.

A las 19:00: cena. Rafael cocinaba. Lo que Annie le enseñó. La sal al final. El cuchillo por la hoja. El aceite verificado con cebolla. Las barras de pollo modificadas no el cilindro tibio del método estándar sino una versión que Annie perfeccionó y Rafael replicó: cortadas en tiras, pasadas por harina de maíz (del mercado gris, 12 cohers el kilo), fritas en aceite a 175 grados durante cuatro minutos por lado. El resultado era crujiente por fuera y blando por dentro y tenía un sabor que era algo no bueno ni malo sino algo. Que era infinitamente más que la nada.

Lu volvía a las 20:00. Las niñas ya estaban dormidas. La cena de Lu estaba en el plato, cubierta con otro plato para mantener el calor. Lu se sentaba. Comía. Rafael se sentaba enfrente. No comía ya había cenado con las niñas. Miraba a Lu comer. El movimiento de la mandíbula de Lu tenía un ritmo que Rafael veía púrpura oscuro. El púrpura de un sistema en equilibrio.

¿Las niñas?

Lucifer no quiso comer la fruta. Lilith comió todo.

¿El sonido?

220 Hz durante el baño. Catorce minutos.

Lu masticaba. Tragaba. No preguntaba más. El informe era suficiente. Los datos que Rafael ofrecía eran los datos que Lu

necesitaba para saber que las niñas estaban bien.

Esa era la rutina. Esa era la vida.

La guerra existía fuera de la rutina.

- ◦

Los portales se abrían sin aviso. Un martes a las 02:00. Un viernes a las 14:00 durante el turno de Rafael. Un domingo a las 06:00 cuando Miren estaba subiendo las rampas con las hojas nuevas. No había patrón. No había lógica predecible. Los portales eran heridas en la estructura entre planos heridas que ARCHON y los dioses habían causado y que nadie sabía cerrar de manera permanente. Se cerraban, se reabrían. Se sellaban, se desgarraban. Lo que salía de ellos era cada vez peor.

Al principio cuando eran adolescentes, cuando descubrieron los portales por accidente, cuando Delto tropezó literalmente con uno en el Nivel -30 y cayó tres metros al otro lado y observó “yuju” antes de entender dónde estaba lo que salía era manejable. Criaturas confundidas. Fragmentos de realidades que se disolvían en minutos. Ruido entre planos que los equipos de Toshiro podían filtrar. Contener.

Ahora lo que salía mataba. Rafael recibía la señal en la pulsera. Un pulso rojo, el rojo de emergencia que le llegaba como una pulsación constante, agudo en la base del cráneo, con sabor a metal. El pulso significaba: portal abierto. Sector X, nivel Y, acudir. Rafael dejaba lo que estaba haciendo. Si estaba en el turno, salía del turno. Si estaba con las niñas, llamaba a Ale. Ale venía. Ale cuidaba a las niñas mientras Rafael se iba.

Ale tenía veintiún años. La hermana menor. La que de niña vio el piano y a Lili y que ahora no mencionaba esas cosas porque las cosas que vio de niña se habían hundido en un lugar de la memoria donde las cosas ciertas se confunden con las cosas soñadas. Donde la diferencia deja de importar. Ale venía en quince minutos. Subía los treinta. Dos escalones. Los contaba todavía los contaba. El hábito de la infancia convertido en tic de adulta. Se sentaba con las niñas. Les cantaba. La nana que cantaba no era do-la-fa. Era otra. Una que la madre le enseñó. Una que no tenía nada que ver con Lili ni con el piano ni con el hueso que Rafael todavía guardaba en el cajón de la mesita de noche sin saber exactamente por qué lo guardaba.

Rafael se iba. La guerra era un turno extra que no pagaba.

El grupo había dejado de ser ocho. El grupo era cinco: Rafael, Annie, Darvi, Delto, Reymus. Mathew se había vuelto más callado. Toshiro se había vuelto más máquina. Lu no iba a la guerra. Lu se quedaba con las hojas y los mitos. Las frecuencias y la biblioteca, porque Lu era la que sabía lo que los portales eran, de dónde venían y por qué se abrían, pero no era la que podía cerrarlos. Cerrar requería presencia física. Cerrar requería poner el cuerpo.

Annie ponía el cuerpo con una precisión que daba miedo. Las manos de cicatrices que cocinaban también peleaban. El taekwondo de Lu le enseñó la base. La guerra le enseñó el resto. Annie no hablaba durante las operaciones. Las manos trabajaban. Los pies se movían. La boca estaba cerrada. Después de cada portal cerrado, Annie se sentaba en el suelo donde fuera, cualquier suelo, y se miraba las manos. Las cicatrices de las quemaduras y las cicatrices nuevas que la guerra iba dejando encima de las viejas. Un palimpsesto de piel dañada. Después se levantaba. Se iba a la cocina

del Nivel -16. Cocinaba algo. Lo que fuera. Para quien fuera. Cocinar era lo que las manos de Annie hacían cuando no estaban cerrando portales.

Darvi observaba. Darvi siempre observaba. Los audífonos puestos. El gato ahora un gato viejo de doce años, 3,8 kilogramos, tricolor, con una rodilla que hacía clic cuando caminaba en el regazo o a un metro de distancia, nunca más lejos. Darvi no peleaba en los portales. Darvi mapeaba. Las siluetas que vio de niña seguían ahí. Las siluetas apuntaban a los portales antes de que se abrieran. Darvi veía la dirección de las siluetas y calculaba la ubicación del próximo portal con un margen de error de quince metros y dos horas.

Reymus coordinaba. La libreta de la infancia se había convertido en un sistema de anotaciones que ocupaba una pared entera de la unidad del -18 donde todavía vivía la misma unidad, la misma ventana, la misma silla volcada debajo de la ventana. Reymus veía patrones en los patrones. Horarios de patrullas cruzados con horarios de portales cruzados con horarios de movimiento del sistema. Las correlaciones eran débiles. Pero existían. Y existir era suficiente para que Reymus las usara.

Delto cerraba los portales que requerían caída. Los portales verticales los que se abrían en pozos, en precipicios, en los huecos entre niveles necesitaban que alguien cayera a través de ellos con un sello activo. El sello era un cristal que Toshiro fabricaba con componentes del cajón de Kenji el cajón que le confiscaron pero cuyos conocimientos no pudieron confiscar. El cristal se activaba con el impacto. El impacto cerraba el portal. Delto caía. Decía “yuju.” El portal se cerraba. Delto aterrizaba del otro lado. Se levantaba, buscaba la salida, volvía.

Hasta ahora. Hasta ahora, Delto siempre volvía.

Rafael llegaba a la unidad a las 23:00. A veces a la 01:00. A veces con sangre que no era suya en la camiseta. A veces con un temblor en las manos que no era miedo sino el residuo de la adrenalina gastándose en un cuerpo que ya no tenía veinte años.

Se quitaba la ropa en la cocina. La ponía en el balde de agua fría. El agua se teñía de rosa. El rosa del agua con sangre diluida era un color que Rafael registraba sin nombre, no rojo, no blanco, un color intermedio que existía solo en el agua de la cocina a la 01:00 de un martes después de cerrar un portal en el Nivel -40.

Subía. Se acostaba. Lu dormía. O Lu fingía dormir. Rafael no distinguía, porque Lu cuando fingía dormía reproducía las 14 respiraciones por minuto del sueño profundo con una precisión que el cuerpo de Lu había aprendido durante años de dormir al lado de alguien que contaba respiraciones.

La alarma a las 05:40. Amarillo limón. Papel de lija mojado.

La papilla a las 06:15.

Las niñas.

La rutina.

La guerra era lo que pasaba entre una rutina y la siguiente. La rutina era lo que sostenía todo lo demás. Sin la rutina, sin la papilla, sin la cuchara de Lucifer golpeando la mesa en 3/4, sin el mmm de Lilith a 220 Hz, sin el mechón azul de Lu pegado a la mejilla, sin la sal al final, Rafael no sabía qué era. No sabía dónde terminaba la persona y empezaba el soldado, dónde terminaba el soldado y empezaba el padre. Dónde terminaba el padre y empezaba el analista de datos del Nivel -3.

La rutina le decía quién era. La guerra le decía que eso no importaba.

Las dos cosas eran ciertas. ### Capítulo 022 ESCALADA [D][A]
[H]

- ○

El portal del Nivel -52 se abrió un jueves a las 04:17 y no se cerró.

Los portales anteriores duraban entre doce minutos y tres horas. Se abrían. Algo salía o no salía. El grupo llegaba. Usaban el cristal de Toshiro. El portal se cerraba. Protocolo. Pero el portal del -52 no respondió al cristal. Toshiro fabricó un segundo cristal. Lo activaron. El portal absorbió la frecuencia del cristal y siguió abierto. Lo que salía del portal del -52 no parecían criaturas confundidas ni fragmentos de realidades disueltas. Lo que salía eran sombras con masa.

Darvi las vio primero. Las siluetas que Darvi veía desde los siete años las que apuntaban, las que indicaban dirección cambiaron. Las siluetas del -52 no apuntaban. Temblaban. Las cuatro siluetas que rodeaban el perímetro del portal temblaban con una frecuencia que el gato ahora casi inmóvil en el regazo de Darvi, con la artritis de un animal de trece años que había gastado todas sus vidas menos una, detectó antes que los instrumentos. El pelo del gato se erizó. No la cresta de la espalda. Todo el pelo. El gato se volvió una esfera eléctrica de 3,8 kilogramos que gruñía a 14 Hz, el segundo armónico que Toshiro identificó de niño, la frecuencia del mundo herido.

Las sombras con masa eran lo que los mitos de las hojas de Lu llamaban “los reflejos invertidos.” No parecían criaturas de otro plano. Eran versiones del plano propio pedazos de realidad que se

doblaron sobre sí mismos cuando ARCHON dañó la estructura entre planos y que ahora regresaban deformados. Las sombras tenían la forma de cosas que existían en el Nivel -52: tuberías, paredes, marcos de puertas. Pero la forma estaba torcida. Las tuberías-sombra se curvaban en ángulos que la geometría euclídea no permitía. Las paredes-sombra tenían superficies que absorbían la luz de los fluorescentes y no la devolvían. Los marcos-sombra daban a espacios que no existían pero que ocupaban lugar.

La primera persona que tocó una sombra con masa fue un técnico de mantenimiento del -52 que no sabía lo que era. El técnico tenía 44 años. Llevaba una llave inglesa en la mano derecha y un casco amarillo con la calcomanía de la división de mantenimiento medio despegada. El técnico vio la tubería-sombra y la confundió con una tubería real porque en el -52 las tuberías eran tantas. Estaban tan mal catalogadas que una más o una menos no llamaba la atención. El técnico puso la mano derecha sobre la superficie de la tubería-sombra para verificar si tenía presión, un gesto automático que los técnicos de mantenimiento hacen cuatrocientas veces al día, la palma plana contra el metal para sentir la oscilación del líquido dentro.

El brazo derecho del técnico se enfrió. No un grado ni dos. El brazo se enfrió hasta la temperatura del espacio entre planos: -70 grados centígrados. En cuatro segundos. La piel se puso blanca. Después azul. Después negra. El técnico gritó durante los primeros dos segundos. El tercer segundo no gritó porque el frío le llegó al pulmón derecho. Despacio. El cuarto segundo se cayó. Detrás, el brazo se partió al golpear el suelo. Se partió porque a -70 grados el tejido humano tiene la consistencia del vidrio.

Rafael llegó al -52 veinte minutos después. Annie llegó cinco minutos antes que Rafael. Annie siempre llegaba antes, Annie se movía por los niveles con una velocidad que no era rapidez sino eficiencia de ruta, los pies sabían los atajos que el cerebro no había catalogado. Reymus llegó al mismo tiempo que Rafael. Delto llegó último porque Delto bajó por la ruta vertical: tuberías, cornisas, rejillas de ventilación. Cuarenta y siete niveles. Delto bajó los cuarenta y siete niveles en once minutos.

Darvi ya estaba ahí. Darvi siempre estaba ahí antes.

El portal era circular. Dos metros de diámetro. Flotaba a medio metro del suelo del corredor principal del -52. El borde del portal era negro, no oscuro, negro absoluto, la ausencia de todo fotón. El interior era peor. De golpe, el interior no era negro ni blanco ni gris. Entonces, el interior era un color que Rafael registró sin poder catalogar. Un color que no pertenecía al espectro visible. Un color que le dolió en los ojos.

No lo mires directo - dijo Darvi. Sin inflexión. Sin urgencia. La voz de Darvi tenía la misma temperatura que los datos que procesaba: neutra.

Rafael desvió la mirada. El dolor se fue. Quedó un residuo, un parpadeo en la periferia del campo visual, como un fósforo que se apaga y deja un punto verde flotando.

El cristal no funciona - contestó Toshiro. Toshiro estaba conectado al receptor que construyó de niño, el mismo receptor, ampliado, modificado, con tres antenas adicionales y un procesador de señal que Toshiro ensambló con componentes que fabricaba él mismo porque el cajón de Kenji ya no existía. Toshiro hablaba con el

receptor conectado al oído izquierdo. Siempre el izquierdo. Siempre la misma inclinación de cabeza que heredó de Kenji, la heredó.

¿Por qué no funciona? Reymus. Reymus no hacía preguntas retóricas. Cada pregunta de Reymus era una solicitud de datos.

La frecuencia del cristal es 7,83 Hz. El portal emite a 0,12 Hz. La diferencia de frecuencia impide la resonancia de cierre.

0,12 dijo Rafael. El número le cruzó la cabeza con el color del bronce viejo. Es la frecuencia de la Torre.

La Torre TAAT y el portal del -52 emitían a la misma frecuencia. El portal no era una herida accidental. El portal estaba sincronizado con la Torre. El portal era un producto del sistema. No un error, una función.

Hijos de puta - manifestó Annie. Las manos de Annie se cerraron. Las cicatrices de las quemaduras se estiraron sobre los nudillos. Annie no solía hablar durante las operaciones. Cuando hablaba, era porque algo se rompía adentro.

- ○

La alianza con los dragones se formó tres semanas después del portal del -52.

No fue diplomacia. Fue pragmatismo. Los dragones, criaturas del plano superior que habitaban las capas altas de la atmósfera, donde la frecuencia de la Torre no llegaba, detectaron las mismas anomalías que Toshiro detectaba con su receptor. Las anomalías eran portales. Los portales amenazaban la estructura del plano superior tanto como la del plano medio. Los dragones no querían ayudar a los humanos. Querían preservar su territorio. La preservación del territorio requería cerrar portales. Cerrar portales requería acceso a los niveles

inferiores donde los humanos vivían. Los dragones necesitaban guías. Los humanos necesitaban fuerza. La transacción fue limpia.

Suki hizo el contacto. Suki, pelo rapado, piel morena, manos que olían a ozono porque Suki pasaba más tiempo con las bestias radioactivas que con los humanos. Las uñas de Suki estaban permanentemente oscurecidas en los bordes, no suciedad sino exposición a la radiación residual que las bestias emitían, una pigmentación que empezaba gris y terminaba negra y que Suki llevaba con la indiferencia de alguien que eligió el riesgo hace años. Que ya no calcula la dosis. Suki encontró a los dragones porque Suki encontraba todo lo que no era humano. Las bestias radioactivas la guiaron. Las bestias vivían en la zona de transición entre planos, en el espacio que los portales habían contaminado con radiación residual. Detrás, las bestias no eran hostiles.

Ahí, las bestias eran territoriales. La diferencia era importante: un animal hostil ataca; un animal territorial defiende. Suki les enseñó al grupo la diferencia. Les enseñó a no entrar corriendo en el territorio de una bestia de 400 kilogramos que emitía radiación gamma a 3 metros de distancia. Les enseñó a esperar. A ofrecer comida. A retroceder cuando la bestia gruñía y a avanzar cuando dejaba de gruñir. Las bestias no eran mascotas. Las bestias eran aliadas tácticas con las que no se podía negociar verbalmente. Se negociaba con la posición del cuerpo, con la velocidad de los movimientos, con la distancia.

Las bestias ayudaron. Tres portales cerrados con la masa de una bestia empujando un cristal a través del umbral. El impacto de 400 kilogramos a velocidad de carga producía suficiente fuerza para activar cristales que los humanos no podían activar manualmente.

Los lobos se negaron. Los lobos habitaban los bosques del plano medio, los espacios entre niveles donde la vegetación que el sistema no controlaba crecía salvaje y densa. Los lobos tenían un territorio que defender y un alpha que no se aliaba con nada que oliera a metal. Electricidad. Rafael ofreció la alianza tres veces. Tres veces el alpha, una loba de 90 kilogramos con un ojo ciego. Cicatrices en el hocico que contaban una historia más larga que la vida de Rafael, lo miró con el ojo que funcionaba. Giró la cabeza. Se fue. La tercera vez, la loba gruñó antes de irse. El gruñido significaba: no vuelvas.

Los lobos eran enemigos de los dragones. Territorio superpuesto. Recursos compartidos. La alianza con los dragones convirtió al grupo en enemigos de los lobos por asociación. Reymus lo calculó. Reymus lo anotó. Reymus supo que tarde o temprano los lobos serían un problema y que ese problema no tenía solución diplomática.

Los vikingos fueron diferentes. Los vikingos no fueron humanos del plano medio. Eran humanos de un plano colateral, una capa de realidad que se superpuso con el plano medio cuando los portales empezaron a multiplicarse. Los vikingos no entendían los portales. No entendían la tecnología. No entendían las Torres. Pero entendían la guerra. La guerra era lo que los vikingos hacían mejor que cualquier ser en cualquier plano. Ofrecieron su ejército completo. 800 guerreros con hachas de un metal que no existía en la tabla periódica del plano medio, un metal gris azulado que pesaba menos que el aluminio pero que tenía la dureza del tungsteno. Un metal que los vikingos llamaban con una palabra de tres sílabas que ningún humano del plano medio podía pronunciar porque la segunda sílaba requería una posición de la lengua que la anatomía del plano medio

no permitía. Que cortaba las sombras con masa de la misma manera que un cuchillo de cocina corta la cebolla.

Lu estudió a los vikingos. Lu vio en ellos lo que vio en los mitos: la conexión entre los planos no era accidental. Era estructural. Los vikingos hablaban de nueve mundos conectados por un árbol. Las hojas de Miren hablaban de planos conectados por frecuencias. Toshiro medía las frecuencias. Las frecuencias coincidían.

Son lo mismo le señaló Lu a Rafael una noche. Las niñas dormían. La cocina olía al aceite de la cena. Lu tenía las hojas extendidas sobre la mesa y el receptor de Toshiro al lado y las notas de Reymus al otro lado. Los mitos y la ciencia describen la misma estructura. Solo cambia el vocabulario. Rafael miró los datos. Los datos eran colores. Los colores formaban un patrón. El patrón era una espiral. La espiral iba hacia abajo.

Los portales se abren más seguido - dijo Rafael. Tampoco era una observación nueva. Era la confirmación de un dato que todos sabían pero que nadie decía en voz alta porque decirlo era admitir que la espiral no se detenía.

Un portal cada 72 horas hace tres meses. Un portal cada 36 horas hace un mes. Un portal cada 18 horas esta semana.

¿Y la próxima semana?

Lu no respondió. Lu no necesitaba responder. La progresión geométrica era visible. La próxima semana sería un portal cada 9 horas. La siguiente, cada 4,5. Después: continuo. Portales abiertos permanentemente. Planos superpuestos sin separación. La estructura colapsando.

Mathew estaba sentado en la esquina de la cocina. No dijo nada. No había dicho nada durante la reunión. La cabeza inclinada a la

izquierda. Después a la derecha. Después al centro. Las tres voces. Las tres voces que acompañaron a Mathew desde que la madre murió y la primera voz le apuntó dónde estaba el cuchillo. Mathew escuchaba a las tres voces hablar al mismo tiempo y ninguna decía nada que los demás pudieran oír.

El cuchillo de Mathew estaba en el bolsillo. Siempre en el bolsillo. La hoja de doce centímetros contra el muslo. El peso del cuchillo era el dato más constante de la vida de Mathew más constante que la provisión de barras, más constante que la ubicación de las patrullas, más constante que los pulsos de la Torre que ahora también era la frecuencia de los portales. El cuchillo estaba. Mathew estaba. Las tres voces estaban. El resto era variable.

- ○

El coste de la guerra no era las heridas. Las heridas sanaban. Los moretones de Delto se curaban en diez días, igual que cuando era niño. Las quemaduras nuevas de Annie se sumaban a las viejas y la piel de Annie las aceptaba con la resignación de un terreno que ha sido cultivado demasiadas veces. Los cortes de Reymus se cortaba en los bordes de los portales. Siempre en las manos, porque las manos de Reymus estaban siempre delante, midiendo, tanteando, verificando el perímetro sanaban con la lentitud de quien no tiene tiempo de dejar sanar porque la siguiente operación viene antes de que la anterior cicatrice.

El coste era el tiempo.

Cada portal abierto era tiempo que Rafael no pasaba con las niñas. Cada operación era una noche que Rafael no cocinaba la cena. Cada emergencia a las 02:00 era una mañana que Rafael preparaba

la papilla con los ojos cerrados de cansancio y las manos automáticas y la sinestesia apagada porque el cerebro no tenía suficiente glucosa para procesar colores. Texturas al mismo tiempo.

Lucifer dejó de golpear la mesa con la cuchara. Un martes. Sin explicación. Rafael le puso la papilla, le dio la cuchara, y Lucifer comió en calma. Sin el ritmo de 3/4 que Rafael veía verde esmeralda. Sin ruido. Lucifer comía mirando la pared.

Lilith seguía dibujando líneas. Pero las líneas cambiaron. Las líneas nuevas eran más densas. Más cruzadas. Los ángulos más agudos. Los patrones más complejos. Rafael los miró una noche mientras Lilith dormía los papeles esparcidos en el suelo al lado del colchón y el patrón le produjo la misma incomodidad de siempre pero más fuerte. La presión en la base del cráneo. La sensación de ver lo que debería entender pero que se resistía.

Los dibujos de Lilith se parecían a los portales.

Rafael no le apuntó a Lu. No sabía cómo decirlo. No sabía qué significaba. No sabía si significaba algo. Los datos sin contexto eran ruido. Y Rafael tenía demasiado ruido.

Ale seguía viniendo a cuidar a las niñas. Ale subía los treinta y dos escalones. Se sentaba. Cantaba la nana de la madre. No la nana de Lili nunca la nana de Lili. Ale hablaba con las niñas con la voz de alguien que quiere a los niños de una manera limpia. Sin complicaciones, sin la carga de los portales y la guerra y las sombras con masa. Ale era la parte de la vida de Rafael que la guerra no había tocado.

Todavía.

La noche del vigésimo portal Rafael llevaba la cuenta, los datos eran lo que Rafael hacía con el mundo. Reymus extendió las notas en

la mesa del taller del -22. El taller de Darvi. El mismo espacio abandonado que Darvi encontró de niña y que ahora era el centro de operaciones del grupo. La mesa tenía quemaduras de soldador de Valeria (Valeria seguía en el -33. Visitaba los domingos, el cable de los audífonos de Darvi ahora era más largo para que Valeria pudiera sentarse al lado sin que Darvi tuviera que quitárselos).

La progresión no se detiene - dijo Reymus. La voz de Reymus era la voz de alguien que ha procesado los datos tres veces y que sabe que la cuarta vez va a dar el mismo resultado. Tenemos dos opciones.

¿Cuáles?

Cerrar los portales uno por uno. A esta velocidad, nos quedamos sin cristales en tres semanas y sin energía en dos.

¿La segunda?

Cerrar la fuente.

El estremecimiento constante de los fluorescentes del -22. El ronroneo del gato de Darvi 26 Hz, constante, el ronroneo que Darvi sentía en los muslos más que en los oídos.

¿La Torre? - señaló Toshiro. La cabeza inclinada. El receptor en el oído.

La Torre es la fuente. Los portales emiten a la misma frecuencia que la Torre. Si desconectamos la Torre, los portales pierden la sincronización.

Si desconectamos la Torre - dijo Annie, las manos cerradas sobre la mesa, los nudillos blancos, 851 millones de personas pierden la supresión.

Reymus no respondió. Reymus no necesitaba responder. La ecuación era la ecuación. Los números eran los números. Los

portales mataban ahora. La supresión mataba despacio. La diferencia era velocidad, no resultado.

Rafael miró los datos de Reymus. Los datos eran colores. Los colores formaban la espiral. La espiral iba hacia abajo.

Abajo. Siempre abajo. ### Capítulo 023 HITORIKAGE [D][K][O]

- ○

Mathew dejó de comer un lunes.

No fue una decisión, sino una consecuencia. Las barras de pollo que Annie le preparaba con la técnica de Maillard completa quedaron en el estante de la cocina de la casa de Rafael sin que nadie las tocara. Lunes: dos barras. Martes: cuatro. Miércoles: seis. Annie las contó el jueves y no respondió nada porque Annie sabía que Mathew tenía períodos en que no comía y que los períodos pasaban y que presionar a Mathew sobre la comida producía el efecto opuesto al deseado.

Pero este período era diferente. Los anteriores duraban tres días. Este llevaba cuatro. Y las voces estaban calladas.

Las tres voces llevaban calladas desde el portal del -38. Desde que Mathew cruzó al Plano Base y vio los 47 cubos y la primera voz le admitió que se fuera. Mathew se fue. Desde entonces: quietud. No el habitual, las voces no se iban. Las voces bajaban de volumen, se convertían en murmullos de fondo, en estática suave que Mathew escuchaba de la misma manera que escuchaba las tuberías. Este silencio era total. Las voces no bajaron de volumen, se fueron. La primera, que siempre tenía una instrucción, se cortó. La segunda, que siempre tenía una pregunta, se cortó. La tercera, que siempre

cantaba, se cortó. El espacio que las tres voces ocupaban en la cabeza de Mathew estaba vacío. Vacío con eco.

Mathew no le dijo a nadie que las voces se fueron. Decirlo significaba admitir que sin las voces, el mundo era lo que era cuando tenía siete años y la madre murió, el Nivel -45 era un volumen negro con tuberías y fluorescentes y una pulsera verde: insoportable. Decirlo significaba admitir que las voces no eran un síntoma, eran una compañía. Y que la compañía se fue.

El cuchillo estaba debajo del colchón. El mismo cuchillo. No el de plástico de la madre, ese se rompió a los once años. El segundo fue de acero inoxidable, del mercado gris, 18 centímetros. El tercero fue el de acero quirúrgico que Annie le regaló a los dieciocho, 22 centímetros, con un equilibrio de peso que hacía que la hoja se sintiera como una extensión del brazo.

Mathew tenía 26 años. Diecinueve años con un cuchillo debajo del colchón. Diecinueve años con la prueba de que podía elegir.

- ◦

Hitorikage tenía un nombre que significaba “sombra solitaria.”

Hitorikage. El demonio que compartía el cuerpo de Mathew desde los diez años. No los diez años de este libro, los diez años del Nivel -45, cuando la soledad era tan completa que el cuerpo de Mathew se convirtió en un espacio vacío lo suficientemente grande para que algo más entrara.

Hitorikage no era una de las tres voces. Hitorikage era el silencio entre las voces. Hitorikage era lo que llenaba los espacios que las voces dejaban cuando callaban. Los períodos de calma de las voces eran los períodos en que Hitorikage era más presente, no más

ruidoso, más denso. La densidad de ocupaba espacio sin hacer sonido.

El pacto fue simple. Mathew tenía diez años. Estaba sentado en el cuarto del -45 con el segundo cuchillo en las manos y la segunda voz haciendo preguntas que Mathew no quería responder: ¿Por qué sigues? ¿Qué esperas? ¿De qué sirve el cuchillo si no lo usas? Las preguntas eran las que un niño de diez años no debería tener que responder y que Mathew respondía cada noche con la respuesta más honesta que tenía: no sé.

Hitorikage entró por el espacio que el “no sé” dejó abierto.

La entrada no fue dramática. No hubo posesión. No hubo dolor. Fue una presencia que se instaló en el cuerpo natural, encontrando un lugar que estaba preparado para recibirlo. Mathew cargó el peso. El peso de algo que comparte tu cuerpo y que entiende tu silencio porque tu silencio es su lenguaje.

El acuerdo fue: Hitorikage se quedaba. Mathew seguía. El cuchillo quedaba debajo del colchón, no en la mano. Hitorikage a cambio tomaba lo que necesitaba: energía, calor, las horas de sueño profundo que Mathew dejaba de tener porque Hitorikage no dormía. Su presencia convertía el sueño en un estado intermedio entre la vigilia y el descanso que producía las ojeras que eran la firma de Mathew desde los diez años.

Dieciséis años de pacto. Dieciséis años de compañía que no era las voces ni era humana ni era lo que nadie llamaría amistad, pero que era algo. Una constancia.

- ○

El viernes, Mathew fue al taller del -25.

No al taller de Darvi, al viejo, la unidad que fue de Kenji. La segunda habitación. La mesa con las quemaduras de soldador. La lámpara de brazo articulado que seguía funcionando porque las cosas que Kenji reparó seguían funcionando después de que Kenji dejó de funcionar.

Mathew se sentó en la silla de Kenji. El cuarto olía a polvo y a estaño y a la ausencia de Kenji, no un olor, sino la falta de un olor. El olor de manos artríticas. Té caliente. Alambre de cobre que ya no estaba.

Puso el cuchillo en la mesa. La hoja brillaba con la luz de la lámpara articulada. 22 centímetros.

Vamos a hablar - dijo Mathew. No al cuarto vacío, a Hitorikage.

La presencia se densificó. La temperatura del cuarto bajó un grado. Las sombras de las esquinas se oscurecieron un tono, no lo suficiente para verlo con los ojos, pero sí para sentirlo en la piel, en el vello de los antebrazos que se erizó.

Las voces no van a volver - observó Mathew.

La respuesta de Hitorikage no fue verbal. Los demonios no hablan con palabras. Respondió con presión, la presión de una mano en el pecho que empujaba suavemente hacia adentro. Un “sí” sin palabras.

Vi los cubos. Vi cuántos son. No podemos. Nadie puede. Es demasiado.

Presión. Suave. Constante.

El cuchillo siempre estuvo para esto.

Presión. Más suave. Casi ternura. Si un demonio solitario puede sentir algo que se acerque a la ternura, Hitorikage lo registró. No por Mathew, por el acuerdo. Por los dieciséis años. Por el pacto que

llegaba a su conclusión natural de la misma manera que la artritis de Kenji llegó a la suya: gradual, inevitable, sin drama.

Mathew limpió la hoja con el borde de la camiseta. El mismo gesto que a los siete años, cuando limpió el primer cuchillo debajo del colchón de la madre. El gesto era automático. Era ritual. Era la conexión entre el niño que encontró un cuchillo y el adulto que iba a usarlo.

No lucía como suicidio. No en el sentido que la palabra tiene para las personas que no comparten el cuerpo con un demonio solitario y que no escucharon tres voces desde los siete años y que no vieron lo que Mathew vio en el Plano Base. En ese instante, no era desesperación. Cerca de ahí, no era cobardía.

Era cansancio.

El cansancio de diecinueve años de pelear contra una quietud que volvía cada vez que las voces callaban. El cansancio de dieciséis años de compartir el cuerpo con algo que consumía las horas de sueño y el calor y la energía. Al fondo, el cansancio de diez años de cerrar portales que se abrían más rápido de lo que se cerraban. Sin decir nada, el cansancio de cuarenta y siete cubos que eran cuarenta y siete portales que eran cuarenta. Siete guerras que no iban a terminar.

La deuda se venció.

• ◦

El seppuku no es lo que las películas muestran.

Las películas muestran un ritual limpio. Un kimono. Un tatami. Una katana. Dignidad. Honor. Estética.

La realidad del -25, en la segunda habitación de Kenji, a las 23:00 de un viernes, fue diferente.

Mathew se quitó la camiseta. La puso en la mesa al lado del cuchillo. El torso desnudo tenía los huesos de las costillas visibles cuatro días sin comer reducen la capa de grasa subcutánea lo suficiente para que las costillas se dibujen bajo la piel. La piel era pálida. El pelo estaba sucio tres días sin lavarse porque lavarse requería energía que no tenía.

Se sentó en el suelo. No en la silla, en el suelo, piernas cruzadas, espalda contra la pared. El concreto del -25 a las 23:00 estaba a 14 grados. El frío le entró por la columna.

El cuchillo en la mano derecha. 22 centímetros. El peso era familiar, más familiar que cualquier otra cosa que Mathew hubiera sostenido. Más que las barras de pollo. Más que la mano de Annie cuando le enseñó a cortar cebollas. Más que el cristal de cuarzo que ponía en los portales.

Hitorikage estaba presente. Más presente que nunca. La temperatura bajó dos grados más. Las sombras se movieron. Se juntaron alrededor de Mathew acompañando. Las sombras de Hitorikage no fueron amenazantes. Eran la versión visual de una mano en el hombro.

El corte no fue horizontal. No fue el tajo tradicional de izquierda a derecha. Fue diagonal. De abajo a arriba. Del abdomen inferior izquierdo hacia el costado derecho. La hoja entró cuatro centímetros, lo suficiente para llegar al peritoneo, no lo suficiente para la aorta. Mathew lo calculó. Mathew calculaba todo con la precisión de alguien que escuchó instrucciones precisas durante diecinueve años.

El dolor fue rojo. No rojo brillante, rojo oscuro, el rojo de algo interno que sale. El calor le llenó el abdomen. Subió. Pecho.

Garganta. No gritó. Gritar requería soltar el cuchillo y Mathew no quería soltar el cuchillo.

La sangre salió despacio. No a chorros, a flujo constante. Oscura. Con un olor a hierro que le llenó la nariz y le hizo cerrar los ojos. El olor a hierro era el olor a cuchillo. El olor a herramienta.

Hitorikage no lo detuvo. Hitorikage hizo lo que llevaba dieciséis años haciendo: acompañar. La presencia se intensificó alrededor del cuerpo en las sombras que rodearon a Mathew como una manta de penumbra. Las sombras tocaron la piel. Frías, pero no desagradables, el contacto de cosa que conoce tu temperatura corporal desde hace dieciséis años.

La segunda voz volvió. Sola. Sin la primera ni la tercera. La segunda voz manifestó: ¿Estás seguro?

Sí - dijo Mathew. En voz alta. Al cuarto. A la sombra. La voz rebotó en las paredes y se murió en el polvo de la mesa.

La segunda voz no volvió a preguntar. Una vez fue suficiente. La tercera voz volvió después. Cuando el flujo de sangre se volvió más lento, cuando el cuerpo dejó de tener suficiente volumen para mantener la presión y los bordes del campo visual se oscurecieron. La tercera voz cantó. La melodía era la que cantaba cuando Mathew tenía siete años y las tuberías gruñían. El verde parpadeaba. La madre estaba muerta en la silla. La misma melodía. En un idioma que no existía en ninguna biblioteca.

Mathew escuchó la melodía con los ojos cerrados y la espalda contra la pared y el cuchillo en la mano. La sangre en el suelo formaba un charco que avanzaba hacia la pata de la mesa sin prisa.

La melodía duró más que Mathew.

Hitorikage se quedó tres horas después. Las sombras rodearon el cuerpo. La temperatura bajó a 10 grados. Las sombras absorbieron lo último que Mathew tenía, no la vida, que ya se había ido, sino el calor residual. Hitorikage aceleró el proceso. Absorbió el calor en tres horas en lugar de las ocho que la física hubiera tardado. El pacto tenía una cláusula final que ninguno de los dos había pronunciado: Hitorikage se llevaría el calor. Mathew le dejaría el frío.

Después, Hitorikage se fue. Las sombras se fueron. La temperatura subió a 14 grados. El cuarto quedó vacío. El cuerpo en el suelo. El cuchillo en la mano. La sangre seca.

- ○

Annie lo encontró el sábado a las 10:00.

Annie iba al taller del -22 por el corredor de servicio. El corredor olía a tuberías, el olor mineral del agua estancada que se filtraba por las juntas oxidadas y que dejaba una película verde en el suelo. Los fluorescentes del corredor funcionaban uno de cada tres. La luz era intermitente: zona iluminada, zona oscura, zona iluminada. Annie caminaba por las zonas oscuras con la misma velocidad que por las iluminadas porque los pies de Annie conocían el corredor de memoria, cada irregularidad del suelo, cada tubería que cruzaba a la altura de la rodilla, cada grieta donde el concreto cedió.

La puerta del cuarto estaba entreabierta. La luz de la lámpara articulada salía por la rendija en un rectángulo amarillento que cruzaba el corredor y que iluminaba la pared opuesta. Con cuidado, la lámpara seguía encendida. Con cuidado, la lámpara llevaba encendida desde el jueves a las 20:00 cuando Mathew la encendió y se sentó en el suelo.

El olor llegó antes que la imagen. El olor de la sangre seca. Dulce, metálico, espeso. Un olor que Annie conocía de la guerra de los portales, de los técnicos heridos, de las sombras con masa, pero que en el contexto del corredor del -22 era diferente. En la guerra, el olor de la sangre venía con adrenalina. Aquí venía callado.

Iba al -25 los sábados a recoger especias del mercado gris. Pasó por la unidad de Kenji por costumbre. Vio la puerta entreabierta. Vio la luz de la lámpara articulada encendida. Entró.

El olor la detuvo en la puerta. Annie conocía el olor de la sangre, la sangre de rata tenía un olor diferente a la sangre de pollo que tenía un olor diferente a la sangre humana. La sangre humana seca tiene un olor a óxido que se mezcla con la descomposición temprana y produce lo que el cerebro identifica antes de que los ojos confirmen.

Annie vio el cuerpo. Vio la posición sentado, piernas cruzadas, espalda contra la pared. Vio el cuchillo. Su cuchillo. El que le regaló a los dieciocho. Vio la sangre seca. Vio la camiseta doblada en la mesa. Más allá, vio la herida diagonal, limpia, calculada. Antes de que pudiera reaccionar, vio las manos, la derecha agarrando el cuchillo con la fuerza residual de los músculos que se contraen después de la muerte. La izquierda abierta, con la palma hacia arriba.

Annie se sentó en el suelo. Al lado de Mathew. No enfrente, al lado. Con el hombro a treinta centímetros del hombro de Mathew. La misma posición que tenían los domingos en la esquina de la cocina.

No lo tocó. No le cerró los ojos. Entonces, no le sacó el cuchillo. Al fondo, no hizo nada de lo que las películas muestran.

Se sentó. Miró la pared de enfrente. La pared tenía una mancha de humedad en forma de mapa. Las manchas de humedad no cambian cuando la gente muere.

Después de un tiempo que no midió, Annie sacó el radio del bolsillo.

Rafael manifestó. La voz era plana. No rota, plana. El plano de algo que acaba de perder una dimensión.

¿Annie?

Ven al -25. A la unidad de Kenji.

¿Qué pasó?

Annie miró a Mathew.

Mathew.

La palabra fue suficiente.

- ○

Lo enterraron en el Nivel -60. Donde nadie iba. Donde las tuberías eran más gruesas que los corredores y el calor de las calderas mantenía 28 grados, la misma temperatura del microclima donde Annie cazaba ratas a los ocho años.

Delto cavó. El suelo del -60 era tierra compactada debajo de una capa de concreto que rompió con un martillo industrial. Cuatro horas. Metro ochenta de profundidad. La tierra estaba húmeda y caliente y olía a mineral. A raíz.

Pusieron a Mathew en la fosa. Sin envoltura. Sin caja. Con el cuchillo en la mano derecha porque nadie quiso sacárselo y porque el cuchillo era de Mathew, de la misma manera que las quemaduras eran de Annie: parte del cuerpo. La camiseta la puso Annie sobre el pecho doblada, limpia, cubriendo la herida. Un gesto que no era ritual ni religioso sino práctico.

Nadie dijo nada. Nadie hizo discurso. Nadie lloró en el entierro, lloraron antes o llorarían después, pero en el momento de la tierra

cayendo sobre el cuerpo el grupo estaba en el estado que está la gente que ha peleado una guerra durante diez años y que ha perdido a alguien que no fue asesinado por el enemigo sino por el cansancio: aturdido. El golpe que viene de adentro.

Lu tiró un puñado de tierra. La tierra cayó sobre la camiseta con un sonido suave que Rafael vio marrón. Marrón cálido.

Delto rellenó. La tierra cubrió a Mathew. El piso del -60 quedó con un rectángulo de tierra suelta que en dos semanas se compactaría y en dos meses sería indistinguible del resto.

Ocho. Quedaban ocho.

Reymus miró al grupo. Contó. Ocho. Anotó el número en la libreta. No por insensibilidad, por necesidad. Los números eran lo que Reymus tenía para no perderse. Los números no mentían. Antes de que pudiera reaccionar, los números no se cansaban. Ahí, los números no se mataban en el cuarto de un viejo muerto con un cuchillo que les regaló alguien que los quería.

Ocho personas. Un número indeterminado de portales. Menos de dieciocho meses.

Menos cada día. ### Capítulo 024 YUJU [D][L][A]

- ○

El portal de la superficie era el más grande que habían visto.

Doce metros de diámetro. Circular. Horizontal. Incrustado en el suelo del desierto como un ojo abierto mirando hacia arriba. Los bordes del portal eran irregulares; la arena del desierto se había cristalizado en el perímetro, convertida en vidrio por la temperatura de la interfaz entre planos.

Un anillo de vidrio negro que reflejaba el sol con un brillo aceitoso. El sol de la superficie era diferente al que la gente del sistema imaginaba: no amarillo, sino blanco, duro, con una intensidad que hacía doler los ojos y que quemaba la piel en menos de diez minutos. La superficie estaba muerta, pero el sol seguía vivo. El sol no necesitaba permiso del sistema para funcionar.

Del portal salía viento. No el viento horizontal del desierto, sino un viento vertical. Desde abajo. El viento subía por la abertura con la presión de un géiser y llevaba consigo un olor que Rafael identificó con los ojos cerrados: ozono, mineral, y algo más. Algo que no tenía nombre en el vocabulario del Plano Medio. Un olor viejo. El olor de algo que existía antes de que existieran las palabras para nombrarlo.

Toshiro midió la frecuencia del portal a treinta metros de distancia. No se acercó más; la frecuencia de borde a treinta metros ya era suficiente para hacer temblar el receptor. La aguja golpeaba el tope de la escala. 21,5 Hz. Casi tres veces la frecuencia base de la Tierra. El tercer armónico. Un portal de tercer armónico significaba que la estructura entre planos no estaba agrietada, estaba rota. Una grieta se cierra con un cristal. Una rotura requiere otra cosa.

¿Qué hay abajo? - manifestó Rafael. Estaba de pie a veinte metros del borde. El viento le pegaba en la cara con la constancia de algo que no para. Los colores del viento eran violeta oscuro con vetas blancas. El violeta del tercer armónico, las vetas de frecuencias parásitas que el portal arrastraba del otro lado.

No puedo ver - respondió Darvi. Darvi tenía un dispositivo óptico que construyó con lentes del taller y un tubo de cobre. Lo apuntó hacia abajo. El dispositivo no mostró nada; la profundidad del portal

era mayor que el alcance de la óptica. Negrura después de los primeros treinta metros.

Es vertical - dijo Reymus. Reymus tenía un mapa del desierto que Lu encontró en las hojas de Miren. Un mapa que ninguna cartografía oficial incluía, un mapa de antes de las Torres, de antes del sistema. De cuando la superficie no era un desierto sino algo que las hojas llamaban “pradera.” El mapa mostraba la topografía subterránea. Debajo de donde estaban, a 200 metros de profundidad, había una caverna natural. La caverna conectaba con el sistema de niveles con el Nivel -60, con las tuberías, con las calderas. El portal estaba perforando verticalmente desde la superficie hasta la caverna. Si se completaba, los portales de la profundidad se conectarían con los portales de la superficie y la estructura entera se colapsaría. Es un tubo. De la superficie a la caverna del -60. Si se abre del todo, conecta todo.

¿Cómo se cierra? - dijo Annie. Annie estaba arrodillada en la arena, a quince metros del borde, afilando el cuchillo de combate con una piedra del desierto. La piedra era arenisca, la misma arenisca que Mathew usó para afilar el primer cuchillo. Annie no pensó en la coincidencia porque Annie no pensaba en coincidencias. Annie pensaba en filos.

Un cristal no sirve. Es demasiado grande. El emisor cubre 200 metros de radio, no 200 metros de profundidad. Toshiro manipulaba el receptor con las manos que temblaban. No de miedo, sino del temblor del tercer armónico que le llegaba por los cables. El receptor actuaba como antena y la antena transmitía la pulsación al cuerpo de Toshiro a través del cobre. Necesitamos cerrar el punto de anclaje desde adentro. Desde el fondo. Alguien tiene que bajar, encontrar el

punto de anclaje en la caverna, y sellarlo con un cristal calibrado al tercer armónico.

¿Cuánta profundidad?

200 metros. La caverna está a 200 metros debajo de la superficie.

El mutismo duró cuatro segundos. El viento del portal lo llenó con el olor viejo y el violeta oscuro y las vetas blancas. Rafael contó los cuatro segundos por su color: gris neutro que se oscurecía medio tono por segundo.

Yo - expresó Delto.

Nadie discutió. Nadie replicó “no” ni “¿estás seguro?” ni “tiene que haber otra manera.” Nadie discutió porque todos sabían que Delto era el único que podía. 200 metros de caída vertical. 200 metros de un tubo de portal con paredes de frecuencia que derretían la materia orgánica al contacto. 200 metros que requerían que alguien cayera limpio, sin tocar los bordes, sin desviarse, sin detenerse. 200 metros que requerían a alguien que llevaba toda la vida cayendo.

La rampa del Nivel -20. Dos metros. Los cinco años. El primer aterrizaje de pie. “Yuju.”

La cornisa del corredor B. Cuatro metros. El codo roto que sanó en seis semanas.

El hueco entre plataformas de carga. 4,2 metros. La rejilla suelta que le enseñó a verificar la superficie de aterrizaje.

Seis niveles sin escaleras. Tuberías, cornisas, rejillas, marcos de puertas. La ruta invisible.

Pero 200 metros era diferente. 200 metros no era una caída de la que se aterriza. 200 metros era una caída que tiene principio pero no tiene final del tipo que Delto conocía. No había tubería al fondo. No

había rejilla. No había suelo que los talones pudieran absorber. Había una caverna con un punto de anclaje y el cristal tenía que llegar ahí y alguien tenía que llevarlo.

Seis segundos de caída - dijo Reymus. Los cálculos ya estaban en la libreta. Reymus calculaba mientras los demás procesaban. Era su forma de acompañar. Velocidad terminal en aire estándar: 53 metros por segundo. Ajustado por la presión del viento ascendente del portal: menos. Cálculo 48 metros por segundo al impacto. Seis segundos desde el borde hasta la caverna.

¿El cristal sobrevive el impacto? - mencionó Toshiro.

Si lo lleva en el pecho, protegido entre la ropa y el cuerpo, sí. El cuarzo es más resistente al impacto que los huesos. El cristal sobrevive. Reymus hizo una pausa. La pausa de Reymus era diferente a la de los demás. La pausa de Reymus era computacional: la fracción de segundo entre el cálculo y la comunicación del resultado. El cristal sobrevive.

Lo que no dijo fue: el cuerpo no.

Delto lo sabía. Delto lo supo desde que expresó “yo.” Todos lo supieron desde que Delto añadió “yo.” El verbo fue en primera persona y en tiempo presente y no tenía futuro.

- ○

Darvi le dio el cristal.

Calibrado al tercer armónico: 21,5 Hz. El cristal era más grande que los anteriores, del tamaño de un puño, irregular, con una arista afilada que cortaba si lo agarrabas mal. Darvi lo envolvió en un pedazo de tela del taller y se lo puso en las manos a Delto. Las manos de Darvi estaban manchadas de grasa. Las manos de Delto estaban

limpias, las manos de Delto siempre estaban limpias porque Delto usaba las manos como herramientas de agarre y las herramientas de agarre funcionan mejor sin grasa.

Cuando llegues abajo, ponlo en el punto de anclaje. Toshiro dice que el punto va a ser visible, una marca en el suelo de la caverna, un punto donde la frecuencia converge. Pon el cristal ahí.

¿Y después?

Darvi no contestó. No porque no tuviera respuesta, porque la respuesta era innecesaria. “Después” era una palabra que no aplicaba.

Delto puso el cristal dentro de la camiseta, contra el pecho, atado con un trozo de cuerda que Annie le dio. La cuerda era fuerte, la misma cuerda que Annie usaba para atar los fardos de especias del mercado gris. La cuerda sostenía el cristal contra el esternón. Delto la apretó. El cristal estaba frío contra la piel. No el frío del hueso de Lili, un frío mineral, neutro, el frío de algo que la sacudida a una frecuencia demasiado baja para que el cuerpo humano la registre como calor.

Lu estaba en la casa. Por radio. La voz de Lu era verde comprimido, sin bordes. Lu - dijo lo que Lu decía cuando la situación superaba las palabras disponibles: una frase en un idioma que Lu aprendió de las hojas de Miren. Una frase que no era bendición ni despedida, sino reconocimiento. La frase que los mitos dicen que se le dice a alguien que va a hacer algo que cambia el estado de las cosas de manera irreversible. Rafael no entendió las palabras. Entendió el color: verde oscuro con un centro dorado. El color de algo vivo que se despidе de algo vivo.

Annie no dijo nada. Annie le agarró el brazo. Le apretó el bícep. Dos segundos. El apretón era fuerte, los callos de los dedos de Annie se clavaron en la piel de Delto. El apretón dejó una marca roja que duró más que Delto.

Reymus le dio las coordenadas de la caverna. La libreta abierta. Los números escritos con la letra ordenada de Reymus, letra pequeña, inclinada, sin errores. “Orientación norte-noreste. El punto de anclaje debe estar en el cuadrante suroeste de la caverna, donde la frecuencia converge según la topografía.” Delto miró los números sin leerlos. Delto no navegaba por números. Delto navegaba por el cuerpo. El cuerpo sabía.

Toshiro le dio los auriculares. El receptor encendido. Sintonizado a 21,5 Hz. “Cuando escuches el pico, estás encima del punto.” Los auriculares eran los originales, los que Kenji construyó con alambre de cobre de 0,3 milímetros. Delto se los puso. La estática llenó los oídos con el ruido de fondo del universo.

Rafael vio a Delto caminar hacia el borde del portal. El viento le pegaba en la cara. El pelo de Delto corto, negro, erizado por el viento vertical apuntaba hacia arriba. La camiseta se inflaba. El cristal era un bulto duro contra el pecho. Los pasos de Delto eran largos, relajados, los pasos de alguien que camina hacia algo que ha hecho toda su vida.

Delto se detuvo en el borde. Los pies a diez centímetros del anillo de vidrio negro. El viento le subía por las piernas, por el torso, por la cara. Los ojos entrecerrados contra la presión del aire. Miró hacia abajo. La oscuridad del portal era absoluta después de los primeros metros. La luz del sol entraba treinta metros y después nada. Rafael vio a Delto respirar. Una respiración profunda. Los hombros

subieron. Bajaron. Los brazos se abrieron para envergadura. Para ser más grande en el aire. Para ocupar más espacio durante la caída. El gesto de alguien que lleva veinte años convirtiendo la gravedad en trayectoria.

Delto miró a Rafael. Los ojos de Delto eran marrones sin complejidad, sin capas, sin profundidad oculta. La mirada duró un segundo. En ese segundo, Rafael vio el color de la mirada: amarillo. El mismo amarillo del grito de “yuju” que Delto gritaba desde los cinco años. El mismo amarillo que las hijas de Rafael devolvían desde el techo de la casa los domingos.

Yuju - contestó Delto.

No gritó. Lo indicó con la voz normal. Con el volumen de alguien que dice una palabra que ha dicho diez mil veces y que esta vez, la última vez, no necesitaba volumen porque el volumen nunca fue el punto. El punto era la palabra. La palabra era la válvula. La válvula estaba abierta.

Delto saltó.

No cayó saltó. La diferencia importa. Caer es lo que le pasa al cuerpo cuando el suelo desaparece. Saltar es lo que el cuerpo decide hacer con la gravedad. Delto decidió. Los pies se despegaron del borde del anillo de vidrio. Los brazos abiertos. La espalda arqueada. El cristal apretado contra el pecho por la cuerda de Annie. Los auriculares de Kenji en los oídos. La caída empezó.

Un segundo: los pies dejaron la superficie. El sol blanco del desierto iluminaba la silueta de Delto desde arriba. Rafael vio la silueta recortada contra el cielo, los brazos abiertos, las piernas juntas, el cuerpo formando una cruz invertida que se hundía en el

portal. El color de la silueta era negro contra blanco. El contraste más limpio que Rafael había visto.

Dos segundos: la luz del sol dejó de llegar. Delto entró en la sombra del tubo del portal. El viento ascendente le frenaba la caída en lugar de aceleración libre, Delto caía contra una presión que le comprimía el pecho y le empujaba los brazos hacia arriba. El cristal, el pulso, contra el esternón. La pulsación le llegaba a los dientes.

Tres segundos: los auriculares empezaron a captar señal. El ruido de fondo se organizó. Las frecuencias parásitas se separaron del ruido. Delto escuchó la estructura del portal desde adentro, un cilindro de frecuencia con paredes que la sacudían a diferentes armónicos. Las paredes se acercaban y se alejaban. Delto ajustó el cuerpo en el aire. Inclino los hombros. Rotó la cadera. Los veinte años de caídas le enseñaron a leer el espacio con el cuerpo, a ajustar la trayectoria sin pensar, a dejar que los músculos tomaran las decisiones que el cerebro tardaría demasiado en procesar.

Cuatro segundos: la frecuencia de 21,5 Hz se intensificó. La aguja del receptor subió. El pico se acercaba. La caverna se acercaba. La oscuridad empezó a tener textura, no luz, textura. El aire era diferente, más húmedo, más caliente. El aire de la caverna del -60, donde las calderas mantenían 28 grados. El aire de las tuberías. Antes de que pudiera reaccionar, el aire de las ratas que Annie cazaba. Justo entonces, el aire del subsuelo que Kenji respiró durante cuarenta años.

Cinco segundos: la caverna. Delto la sintió antes de verla, el espacio se abrió. El tubo del portal se ensanchó. Las paredes de frecuencia retrocedieron. El viento cambió de dirección de ascendente a lateral, dispersándose en el volumen de la caverna.

Delto abrió los ojos. Sombras con formas. Estalagmitas. Rocas. Agua. El receptor emitió un tono agudo, el pico. El punto de anclaje estaba debajo, directamente debajo.

Seis segundos: Delto vio el punto. Una marca en el suelo de la caverna, no una marca visual, sino una marca de frecuencia. Un círculo de un metro de diámetro donde la roca era diferente, más lisa, más brillante. La convergencia. El punto donde el portal se anclaba al plano.

Delto abrió los brazos más. Frenó la rotación. Alineó el cuerpo con el punto. El cristal contra el pecho. La cuerda de Annie. Los auriculares de Kenji. La frecuencia de Toshiro. Las coordenadas de Reymus. La frase de Lu. El apretón de Annie.

El impacto fue lo que la física dictaba: 48 metros por segundo contra roca caliza. El cuerpo de Delto absorbió el impacto de la misma manera que absorbió todas las caídas anteriores, piernas primero, rodillas flexionando, cadera rotando, columna comprimiendo. Pero 48 metros por segundo no es dos metros. No es cuatro. No es seis niveles de tuberías y cornisas. 48 metros por segundo es la velocidad a la que el cuerpo humano deja de ser un sistema de absorción y se convierte en un sistema de transferencia. La energía que las piernas no absorbieron subió por las rodillas, la cadera, la columna. La columna transmitió. Los órganos recibieron.

El cristal sobrevivió. Reymus tenía razón. El cuarzo era más resistente que los huesos. El cristal cayó sobre el punto de anclaje no por precisión de Delto, sino por la física del impacto: el cristal estaba atado al pecho y el pecho estaba alineado con el punto. La cuerda de Annie se rompió en el impacto y el cristal rebotó y cayó donde tenía que caer.

El cristal tocó la roca del punto de anclaje. Vibró. 21,5 Hz. El tercer armónico. La frecuencia de cancelación se expandió desde el punto en todas las direcciones por la roca de la caverna, por las paredes del tubo del portal, por la arena cristalizada de la superficie. El portal se contrajo. Doce metros a seis. Seis a tres. Tres a uno. Uno a un punto. El punto parpadeó y desapareció.

Arriba, en la superficie, el anillo de vidrio negro se resquebrajó. Las grietas se extendieron como telarañas. El vidrio cayó en la arena. La arena cubrió los pedazos. El viento del desierto, el viento horizontal, el viento normal, el viento que no venía de ningún portal, empezó a borrar las huellas.

• ○

En la superficie, el grupo vio el portal cerrarse.

El violeta oscuro de los bordes se comprimió. Las vetas blancas desaparecieron. El viento vertical se detuvo. El olor viejo se fue. Lo que quedó fue el olor del desierto: polvo, mineral, calor seco.

Annie fue la primera en moverse. Caminó hasta donde estaba el portal. Donde estaba el borde. Miró hacia abajo. Arena. Vidrio roto. El portal no estaba. La caverna de abajo estaba sellada. Delto estaba sellado con ella.

Está hecho - dijo Annie. La voz era plana. La misma planitud que tuvo cuando encontró a Mathew. Pero diferente. La de Mathew fue la planitud de lo que no esperas. La de Delto fue la de lo que sabes que va a pasar y que pasa y que duele igual.

Toshiro apagó el receptor. La estática se calló. Los auriculares estaban en los oídos de Delto, 200 metros abajo, en una caverna sellada con un cristal de cuarzo y el cuerpo de alguien que indicó

“yuju” diez mil veces y que la última vez lo dijo bajo, con la voz normal, porque la última vez no necesitaba volumen.

Rafael se sentó en la arena. La arena estaba caliente. El sol blanco le quemaba la nuca. Cerró los ojos. El color del momento era amarillo. Amarillo puro. Sin bordes. Sin vetas. El amarillo de algo que ya no está pero que dejó su color en el aire como un eco visual que tardaría más en disiparse que el olor del portal.

Lu, por radio, no señaló nada. El silencio de Lu por radio era verde oscuro sin centro dorado. El verde de algo vivo que acaba de perder algo vivo.

Reymus miró al grupo. Contó. Siete. Anotó.

Siete. Menos de dieciocho meses. Menos cada día. Menos cada salto. ### Capítulo 025 CÁLCULO [D][O][K]

- ○

Reymus dejó la libreta en la mesa de la cocina del primer piso a las 06:00 de un jueves.

La libreta era la decimoquinta. Las catorce anteriores estaban en una caja de cartón debajo de la cama de Reymus en el Nivel -18, donde seguía viviendo solo desde que el padre fue transferido al -45. Catorce libretas llenas. Quince años de datos. Rutas. Horarios. Patrones. Patrullas. Anomalías. Portales. Frecuencias. Correlaciones. Cálculos de logística. Mapas. Números. La vida entera de Reymus traducida a un sistema de notación que solo Reymus entendía completamente aunque Lu se acercaba. y Toshiro podía leer los esquemas de frecuencia, y Darvi podía leer los esquemas mecánicos. Pero la totalidad solo estaba en la cabeza de Reymus y en las quince libretas.

La decimoquinta estaba abierta en la última página escrita. La letra era pequeña, inclinada, sin errores. La página contenía un mapa. No el mapa de la pared del primer piso, sino un mapa diferente. Un mapa del Plano Astral.

El Plano Astral era el que más portales generaba. Más que el Plano Base. Más que los planos intermedios. El Astral estaba dañado de una manera que los otros planos no estaban. La estructura del Astral era más delgada, más porosa. con una permeabilidad que hacía que los portales se abrieran con una frecuencia tres veces mayor que en cualquier otro plano. Lu explicó por qué: el Astral era el plano de los espejos. La estructura del Astral reflejaba la estructura de los otros planos. Cuando un plano se agrietaba, el Astral reflejaba la grieta y la grieta reflejada se convertía en un portal. Cada portal en el Plano Medio generaba un reflejo en el Astral. Cada reflejo en el Astral generaba dos portales más en el Medio. El sistema se retroalimentaba. Se multiplicaba.

El mapa de la libreta mostraba un nodo. No un portal individual, sino un nodo. Un punto donde siete portales convergían. Siete grietas reflejadas que se cruzaban en un punto del Astral que los mitos de las hojas de Miren llamaban “el espejo roto.” El espejo roto era el centro del daño. Si se cerraba el nodo, los siete portales dejaban de retroalimentarse. El sistema de multiplicación se detenía. No los portales individuales, sino el mecanismo de multiplicación. La diferencia entre cerrar un grifo y tapar un agujero en la tubería.

Encontré el nodo - contestó Reymus. El grupo estaba en la cocina. Las 06:15 del jueves. Annie hacía café, café real, no el sustituto del sistema, café del mercado gris que costaba 200 cohers el cuarto de kilo y que Annie preparaba con agua a 93 grados, no a 100, porque a

100 el café se quema y el café quemado es otra cosa. Está en el Astral. Sector 7. La convergencia de siete líneas de reflexión.

¿Cómo se cierra? - dijo Darvi. Darvi estaba sentada en el suelo de la cocina con el gato en el regazo y un destornillador en la mano derecha. Siempre tenía un destornillador en la mano. El destornillador era la extensión de los dedos de Darvi de la misma manera que el cuchillo era la extensión de los dedos de Mathew y la sartén era la extensión de los dedos de Annie.

Con un emisor. Pero no desde este lado. El nodo está en el Astral. El emisor tiene que estar en el Astral. Alguien tiene que cruzar, instalar el emisor en el punto de convergencia, activarlo, y esperar a que las siete líneas de reflexión se cancelen.

¿Cuánto tarda la cancelación?

Ocho horas. Ocho horas y catorce minutos, más o menos doce minutos según las variables de frecuencia que no puedo medir desde aquí.

Ocho horas en el Astral - dijo Toshiro. El portal más largo que hemos mantenido abierto fue cuarenta minutos.

El portal no se mantiene abierto - añadió Reymus.

La frase cayó en la cocina. El café de Annie soltó vapor. El vapor subió recto sin viento, sin corriente, recto hacia el techo del primer piso. El gato de Darvi levantó la cabeza del regazo. Los ojos del gato se fijaron en Reymus con la atención de un animal que detecta algo que los humanos tardan más en detectar.

Explica - observó Rafael. Rafael sabía lo que Reymus iba a decir. El color de las palabras de Reymus era azul gris, el azul de lo calculado, el gris de lo aceptado. Las palabras que salen de ese color no son propuestas. Son conclusiones.

El emisor se instala en el nodo. Se activa. El portal se cierra. La persona que instaló el emisor queda en el Astral. Ocho horas después, cuando las siete líneas se cancelen, la estructura del Astral se estabiliza y los portales de reflexión dejan de generarse. Pero la persona que está adentro no puede salir porque el portal que la llevó se cerró con el emisor.

¿No se puede abrir otro portal para sacarla? - dijo Annie.

No. El emisor cancela la apertura de portales en un radio de 200 metros. La persona está dentro del radio. El mismo emisor que cierra el nodo impide la apertura de un portal de extracción.

¿Se puede desactivar el emisor después de las ocho horas?

Sí. Pero la persona tiene que sobrevivir ocho horas en el Plano Astral sin portales, sin comunicación, sin extracción. El Astral tiene sombras. Las sombras patrullan el nodo porque el nodo es el punto de mayor actividad. Ocho horas rodeado de sombras sin apoyo.

El silencio en la cocina duró nueve segundos. Nueve segundos azul gris.

Yo voy - observó Reymus.

No dijo Rafael.

Es el cálculo, Rafael. Reymus no levantó la voz. Reymus no levantaba la voz. La voz de Reymus era un instrumento de precisión que no necesitaba volumen para transmitir información. El cálculo dice que la persona que va tiene que cumplir tres condiciones. Primero: saber instalar el emisor. Eso reduce a Darvi, Toshiro y yo. Segundo: saber navegar el Astral sin instrumentos, porque el emisor va a interferir con cualquier receptor. Eso elimina a Toshiro. Tercero: no ser indispensable para las operaciones de cierre de portales

individuales que van a seguir necesítándose mientras el nodo se cancela. Eso elimina a Darvi.

Quedo yo - replicó Reymus.

Darvi dejó de mover el destornillador. El gato bajó del regazo de Darvi y caminó hasta Reymus y se sentó al lado de su pierna izquierda. El gato no se sentaba al lado de nadie que no fuera Darvi. El gato se sentó al lado de Reymus. Lo miró con los ojos que miran los gatos: sin compasión, sin juicio, sin emoción legible. Ojos que ven lo que los humanos no ven y que no tienen vocabulario para comunicarlo.

El cálculo - apuntó Annie. La voz de Annie tenía un borde que Rafael vio rojo, no el rojo de la sangre sino el rojo de la rabia contenida, el rojo de alguien que perdió a Mathew hace tres semanas y que está escuchando a otro miembro del grupo calcular su propia muerte con la misma voz con que calcula logística de patrullas.

El cálculo confirmó Reymus.

El cálculo puede irse a la mierda - dijo Annie.

El cálculo es lo único que tenemos, Annie. Los números no mienten. Si yo voy, la probabilidad de éxito es del 73%. Si va Darvi, baja al 61% porque Darvi no conoce la navegación del Astral tan bien como yo. Despacio, si va Toshiro, baja al 45% porque Toshiro necesita instrumentos y el emisor los anula. Un segundo después, si va cualquier otro, la probabilidad es inferior al 30% porque no saben instalar el emisor.

¿Y la probabilidad de que vuelvas?

Reymus miró a Annie. Los ojos de Reymus eran del color que Rafael llamaba “gris libreta”, el gris del papel usado, del grafito

gastado, del lápiz que escribió quince libretas de números sin equivocarse.

12%.

El número cayó en la cocina como el número de Mathew cayó en el -25 silencioso, preciso, final.

- ◦

Reymus cruzó el portal del sector 7 del Astral un viernes a las 04:00.

04:00 porque las sombras del Astral tenían un patrón Reymus lo documentó en la libreta 11 y el patrón mostraba que la densidad de sombras en el sector 7 era mínima entre las 04:00 y las 04:20 del ciclo astral. Veinte minutos de ventana. Reymus necesitaba catorce para instalar, activar el emisor. Seis minutos de margen. Suficiente. Apenas.

El emisor pesaba 4.3 kilogramos. Darvi lo construyó en tres días. Toshiro lo calibró en dos. El emisor era más grande que los anteriores, el amplificador del Nivel -60 multiplicado por un factor de tres, con una bobina adicional que Darvi enrolló con alambre de cobre de 0.5 milímetros, 120 vueltas, en un núcleo de ferrita que Toshiro extrajo de un transformador industrial del -55. El emisor emitía un pulso de 14.3 Hz con un radio de 200 metros y una duración de funcionamiento autónomo de diez horas. Dos horas más de las ocho necesarias. Margen.

Reymus cruzó con el emisor en la mochila y la libreta 15 en el bolsillo interior de la chaqueta. No por utilidad, la libreta no servía en el Astral. Por costumbre. La libreta era lo que Reymus tocaba

cuando necesitaba pensar. El papel bajo los dedos. Las esquinas gastadas. El lomo doblado. La textura del pensamiento acumulado.

Del otro lado: el Astral. Rafael vio el Astral a través del portal durante los tres segundos que estuvo abierto. El Astral no se era a ningún otro plano, el Astral era el plano de los reflejos y los reflejos no tenían forma propia. Lo que Rafael vio fue una versión distorsionada del corredor donde estaban: las paredes curvadas, el techo invertido, los fluorescentes emitiendo una luz que iba en la dirección equivocada, no de arriba hacia abajo sino de abajo hacia arriba, iluminando las sombras que debajo de los pies en lugar de las sombras de arriba. El color era violeta plateado. El violeta del espejo. El plateado del reflejo.

Reymus entró. El portal se cerró a los tres segundos. El corredor volvió a ser un corredor normal. Los fluorescentes iluminaban hacia abajo. Las sombras estaban donde debían estar. Reymus no estaba.

La radio funcionó durante los primeros seis minutos. La voz de Reymus era clara, precisa, sin inflexión.

Estoy en el sector 7. Nudo visible. Siete líneas de convergencia. El punto central está a cuarenta metros de mi posición. Me muevo. Pausa. Treinta segundos. Veinticinco metros. Las sombras están en el perímetro. Densidad baja. Patrón coincide con libreta 11. Tengo catorce minutos. Pausa. Un minuto. Diez metros. El nodo es una esfera. No un punto, una esfera. Dos metros de diámetro. Translúcida. Las siete líneas entran por los extremos y convergen en el centro. El centro brilla. Pausa. Instalo el emisor. Ruido. Estática. La frecuencia del emisor interfirió con la radio.

Emisor activado. El pulso estaba... estática... las líneas estaban... estática... cancelación iniciada...

La radio murió.

El grupo escuchó la estática durante treinta segundos. Después, calma. El de lo que ya no transmitía.

Está hecho - dijo Toshiro. Toshiro miraba el receptor. La frecuencia de los portales de reflexión del sector 7 estaba bajando. De 21,5 Hz a 18. De 18 a 14. De 14 a 10. La cancelación estaba funcionando. Las siete líneas se estaban cerrando.

Ocho horas. Ocho horas y catorce minutos. Más o menos doce minutos.

- ○

Esperaron.

No en la cocina en el corredor del Nivel -38, donde el portal de cruce al Astral fue abierto. Lu vino de la casa. Dejó a las hijas con Elena y Marcos en el -8. Elena no preguntó por qué. Elena vio la cara de Lu, el mechón azul despeinado, los ojos oscuros con las venas rojas de quien no durmió, las manos que no estaban quietas y no preguntó.

Lu se sentó en el suelo del corredor. Sacó las hojas de Miren de la mochila. Las leyó. Las releyó. Buscó algo en los mitos que dijera que Reymus iba a volver. No lo encontró. Los mitos no hablaban de personas que vuelven del Astral después de ocho horas. Los mitos hablaban de personas que entran en el espejo y que el espejo las guarda.

Annie se sentó contra la pared. Limpió el cuchillo. Lo afiló. Lo limpió otra vez. Lo afiló otra vez. El sonido del metal contra la piedra era agudo, rítmico, el mismo sonido que Mathew hacía cuando

afilaba en el -45 y que Annie hacía desde que Mathew le dejó el sonido como herencia.

Darvi trabajó en el segundo emisor. Si Reymus tenía razón y el nodo se cerraba, los portales individuales seguirían existiendo pero no se multiplicarían. Los portales individuales se podían cerrar uno por uno. Para eso necesitaban emisores. Darvi construía.

Toshiro monitoreaba las frecuencias. Los portales de reflexión del sector 7 estaban bajando. La gráfica en el receptor mostraba una curva descendente limpia, predecible, consistente con el modelo de Reymus. El modelo de Reymus era correcto. Los números de Reymus eran correctos. El cálculo de Reymus era correcto.

El 73% de probabilidad de éxito era correcto.

El 12% de probabilidad de regreso era correcto.

Rafael se sentó en el suelo y miró la pared. La pared tenía una grieta no de portal, de edad. Una grieta de concreto viejo que se ha movido con las el estremecimiento de las tuberías durante décadas. La grieta tenía la forma de un río visto desde arriba: un cauce principal con afluentes que se ramificaban y se hacían más delgados hasta desaparecer en el concreto. Rafael vio la grieta con los ojos de alguien que ve patrones en todo. Que a los veintiséis años está cansado de ver patrones porque los patrones siempre significan algo. A veces lo que significan es que las cosas se rompen.

- ○

A las 12:14 del viernes, ocho horas y catorce minutos después de que Reymus activó el emisor, las frecuencias de los siete portales de reflexión del sector 7 llegaron a cero.

Cero. Las siete líneas canceladas. El nodo cerrado. El mecanismo de multiplicación detenido.

Toshiro verificó. Verificó tres veces. Los números eran cero. Cero es cero. No hay margen de error en cero.

El nodo está cerrado - declaró Toshiro.

El emisor tenía dos horas más de autonomía. A las 14:14, el emisor se apagaría. Cuando el emisor se apagara, el radio de cancelación de portales desaparecería. Si Reymus seguía vivo, podía abrir un portal desde el Astral usando la técnica que Lu le enseñó, la invocación de frecuencia que usaba la voz humana como instrumento de apertura. Si Reymus estaba vivo y si tenía fuerzas para cantar y si las sombras no lo habían encontrado durante las ocho horas.

12% de probabilidad.

A las 14:14, el emisor se apagó. Toshiro lo detectó en el receptor: la frecuencia de cancelación cayó a cero. El radio de 200 metros desapareció. El Astral del sector 7 volvió a ser permeable.

Esperaron.

14:15. 14:20. 14:30. 14:45. 15:00.

A las 15:00, Lu cerró las hojas de Miren. Las guardó en la mochila. Se puso de pie. Se limpió el polvo del pantalón. Miró a Rafael. Los ojos de Lu estaban secos, no por falta de emoción sino por exceso. Cuando la emoción es demasiada, los ojos se secan. El cuerpo redirige los recursos.

No va a volver - comentó Lu.

Nadie discutió.

Reymus no volvió.

La libreta 15, la que Reymus dejó abierta en la última página en la mesa de la cocina a las 06:00 del jueves, se quedó en la mesa. Nadie la cerró. Nadie la movió. La página seguía abierta en el mapa del Astral. El mapa del nodo. Las siete líneas de convergencia que Reymus dibujó con la letra pequeña e inclinada que no tenía errores.

En la esquina inferior derecha de la página, debajo del mapa, una anotación que nadie vio hasta que Lu la encontró dos días después:

“Los números no mienten. Pero a veces los números duelen. El dolor no invalida el cálculo. El cálculo no invalida el dolor.”

La letra era la de Reymus. La tinta era del lápiz de siempre, el mismo lápiz mordido en la punta que robó del suelo de la escuela a los seis años y que reemplazó docenas de veces pero que siempre era el mismo tipo: HB, mordido, con la mina asomando medio centímetro.

Lu leyó la frase. La releyó. Arrancó la página de la libreta. La dobló en cuartos. La guardó en la mochila. Con las hojas de Miren. Con los mitos y las frecuencias y los dioses.

Seis. Quedaban seis.

El mapa de la pared del primer piso tenía menos puntos rojos. El nodo cerrado eliminó la multiplicación. Los portales existentes seguían, pero no se generaban nuevos por reflexión. El cálculo de Reymus funcionó. La curva de crecimiento se aplanó.

Reymus salvó la guerra. Reymus no salvó a Reymus.

Los números no mentían. ### Capítulo 026 RECEPTOR [D][A]
[O]

- ○

Toshiro dejó de dormir el día que Reymus no volvió.

No fue insomnio. No fue decisión. El cuerpo de Toshiro dejó de necesitar sueño de la misma manera que un circuito no necesita dormir: la función continuaba. La energía venía de otro lugar. Toshiro no sabía de qué lugar. No le importaba saberlo. Lo que importaba era que los ojos no se cerraran.

Que las manos no pararan, que el receptor en el oído izquierdo siguiera transmitiendo datos y que los datos no se detuvieran, que si Toshiro se detenía los datos se acumulaban y los datos acumulados generaban ruido, el ruido generaba errores. Los errores mataban personas.

Tres personas muertas ya. Mathew, el cuchillo, el colchón hundido. Delto, el precipicio, el “yuju” que todavía rebotaba en las paredes del desierto. Reymus, el portal del Astral, la puerta que se cerró con Reymus adentro. Tres personas que fueron niños en los niveles bajos y adolescentes en los portales. Adultos en una guerra que no pidieron y que ahora eran datos en la libreta de Reymus, la libreta que Reymus dejó en la mesa de la cocina del primer piso. Que nadie había movido porque mover la libreta de Reymus era admitir que Reymus no iba a volver a usarla.

Toshiro trabajaba en el taller del -22. El taller de Darvi. La mesa con las quemaduras de soldador de Valeria. La lámpara de brazo articulado que proyectaba un círculo de luz amarillenta de cuarenta centímetros de diámetro sobre los componentes que Toshiro ensamblaba. Los componentes venían del cajón de Kenji. No del cajón físico, el cajón físico se lo confiscaron cuando Toshiro tenía nueve años. Pero lo que Kenji le enseñó no se confiscaba. El conocimiento del cajón estaba en las manos de Toshiro. En los

dedos. En la memoria muscular que permitía que los dedos encontraran la posición correcta de un condensador sin mirar.

Que calibraran un potenciómetro por el tacto de la resistencia del eje, que soldaran un punto de 0,5 milímetros de diámetro con la precisión de alguien que lleva haciendo lo mismo desde los seis años.

Las manos de Toshiro no temblaban. Las manos de Toshiro no habían temblado nunca. Ni cuando el primer portal se abrió. Ni cuando las sombras con masa mataron al técnico del -52. Ni cuando encontraron a Mathew. Las manos de Toshiro tenían la estabilidad de las cosas que no sienten, no porque Toshiro no sintiera, sino porque las manos estaban aisladas del sistema nervioso emocional de una manera que los neurólogos del sistema habrían encontrado fascinante si los neurólogos del sistema se hubieran interesado por un niño del -40 con la cabeza inclinada y los dedos llenos de estaño.

La cabeza inclinada. Siempre la cabeza inclinada. A la izquierda, la curvatura permanente que empezó como imitación de Kenji y que se convirtió en estructura. La inclinación medía 12 grados. Toshiro lo midió con un goniómetro del taller no por vanidad, sino por datos. Todo era datos. Los 12 grados facilitaban la recepción del oído izquierdo. El oído izquierdo era el que tenía el receptor. El receptor captaba las frecuencias. Las frecuencias eran el idioma del mundo. Toshiro hablaba frecuencias antes de hablar palabras.

- ○

El nuevo receptor no era un receptor.

Toshiro empezó a construirlo la noche después de que Reymus cruzó el portal del Astral. La construcción duró 72 horas continuas sin sueño, sin comida. Annie le dejó un plato en la mesa del taller

tres veces; las tres veces el plato se enfrió y el gato de Darvi se comió la mitad. El diseño no estaba en ninguna libreta. El diseño estaba en un espacio de la cabeza de Toshiro que no tenía nombre. Un espacio que combinaba lo que Kenji le enseñó con lo que los portales le enseñaron con lo que las frecuencias le dijeron durante los quince años que llevaba escuchándolas.

El aparato tenía tres antenas. Las tres antenas del receptor original más cuatro nuevas. Siete en total. Siete, como los portales del nodo del Astral que Reymus identificó. Cada antena estaba calibrada a una frecuencia diferente. La primera: 7,83 Hz, la frecuencia base de la Tierra. La segunda: 14,3 Hz, el segundo armónico. Sin decir nada, la tercera: 21,5 Hz, el tercer armónico. Detrás, la cuarta: la frecuencia de la Torre. La quinta: 55 Hz, la frecuencia gótica que Toshiro detectó en los portales que daban al Norte. La sexta: 220 Hz, la frecuencia que Lilith producía en la bañera y que Mathew escuchó de la tercera voz y que Toshiro detectó en el espacio entre planos era la misma. La séptima: una frecuencia que no tenía número porque la frecuencia no existía en el espectro medible era el silencio entre frecuencias, el espacio vacío que separaba un armónico del siguiente, y que Toshiro intuía más que medía.

El aparato no era un receptor porque no solo recibía. El aparato emitía. La diferencia entre recibir y emitir era la diferencia entre escuchar y hablar. Toshiro escuchó frecuencias durante quince años. Ahora iba a hablar.

La primera emisión fue a las 03:00 de un lunes. Toshiro conectó el aparato. Las siete antenas se activaron. La emisión salió del taller del -22 y bajó por las tuberías, los conductos y las paredes del

sistema, llegó a los portales abiertos tres portales activos en ese momento. Uno en el -30, uno en el -52, uno en la superficie, y los portales respondieron. La frecuencia de los portales cambió. No se cerraron, cambiaron. Los portales dejaron de emitir la frecuencia de la Torre y empezaron a emitir a 7,83 Hz. La frecuencia base de la Tierra. La frecuencia del planeta, no del sistema. La frecuencia que existía antes de que la Torre existiera.

Darvi lo vio. Las siluetas que rodeaban los portales dejaron de temblar. Las siluetas se estabilizaron. Apuntaron. Apuntaron al taller del -22. Las cuatro siluetas de cada portal giraron hacia la misma dirección hacia Toshiro.

Las siluetas apuntan aquí - dijo Darvi. Sin alarma. Dato.

Toshiro no respondió. Toshiro estaba conectado al aparato. No con cables, no había cables entre Toshiro y el aparato. La conexión era diferente. Las manos de Toshiro estaban sobre la mesa y los dedos de Toshiro tocaban las antenas, las antenas el estremecimiento con las frecuencias. Las frecuencias la oscilación con los dedos, los dedos la oscilación con los huesos y los huesos el pulso con el cráneo, el cráneo la pulsación con el cerebro y el cerebro procesaba las frecuencias de la misma manera que procesaba los sonidos, las palabras. Los datos, pero más rápido. Mucho más rápido. Rápido de una manera que no era humana.

La cabeza de Toshiro se inclinó 2 grados más. De 12 a 14. La inclinación se mantuvo.

- ○

Annie fue la primera en notar los cambios.

No los cambios del aparato, los cambios de Toshiro. Annie notaba los cuerpos. Los cuerpos de los demás eran datos que Annie procesaba sin esfuerzo. La posición de las manos, la tensión de los hombros, la temperatura de la piel al pasar cerca. Annie cocinaba por eso: cocinar era un idioma del cuerpo que no requería palabras.

No parpadeas le admitió Annie a Toshiro. Martes. El taller. Annie traía un plato de arroz con la salsa que aprendió del mercado gris del -20, salsa de soja fermentada, 15 cohes. La botella, que Annie cortaba con agua y vinagre para que rindiera el doble.

Toshiro levantó la mirada del aparato. Los ojos de Toshiro eran oscuros, con pupilas que antes se contraían con la luz y que ahora no se contraían. Las pupilas estaban dilatadas. Fijas. Redondas. Del tamaño exacto que un ojo humano tiene en condiciones de negrura total, excepto que el taller tenía la lámpara encendida y los fluorescentes del corredor filtraban luz por debajo de la puerta.

Sí parpadeo - dijo Toshiro.

Tres veces en diez minutos. Un humano parpadea quince.

Estoy concentrado.

Annie puso el plato en la mesa. El plato hizo un sonido al contactar la superficie, un clic suave de cerámica contra metal. Toshiro giró la cabeza hacia el sonido. No los ojos, la cabeza. La cabeza entera giró 30 grados hacia la izquierda. Se detuvo, procesó el sonido, y volvió a la posición original. El movimiento era fluido. Demasiado fluido. Sin la micro-hesitación que un cuello humano tiene cuando gira, la pausa involuntaria que los músculos hacen al cambiar de dirección. El cuello de Toshiro no pausó. El cuello de Toshiro giró con la eficiencia de un mecanismo calibrado.

Annie se sentó en la silla de enfrente. Las manos sobre la mesa. Las cicatrices visibles. Los ojos en los ojos de Toshiro.

¿Qué está pasando, Toshiro?

Estoy procesando las frecuencias del nodo del Astral.

No te pregunto qué estás haciendo. Te pregunto qué te está pasando.

Toshiro inclinó la cabeza. 14 grados. La inclinación se mantuvo durante cinco segundos. Seis. Siete. Después, la cabeza volvió al centro. Pero no a los 12 grados de siempre. A cero. Recta. Por primera vez en quince años, la cabeza de Toshiro estaba recta.

Esto es mejor - manifestó Toshiro.

Annie no preguntó qué era mejor. Annie miró las manos de Toshiro. Las manos estaban sobre la mesa. Los dedos tocaban las antenas. Las yemas de los dedos, las yemas que tenían los callos de quince años de soldadura, los callos que eran la herencia de Kenji. Los callos que contaban la historia del cajón y las tardes y los circuitos. Las yemas estaban cambiando de color. No a azul ni a rojo ni a ningún color de la circulación humana. Las yemas estaban cambiando a gris. Un gris metálico. El gris del estaño. El gris de los circuitos. El gris de las antenas.

Las antenas estaban creciendo.

No hacia arriba, hacia adentro. Las antenas se extendían debajo de la piel de los dedos de Toshiro. Las líneas de metal seguían los tendones. Las líneas eran delgadas, más delgadas que un cabello, pero visibles si se miraba con la luz correcta, con el ángulo correcto. Annie las vio. Líneas grises debajo de la piel de los dedos que subían por los nudillos y cruzaban el dorso de las manos y desaparecían debajo de las mangas.

Toshiro.

Esto es mejor.

Annie se levantó. Fue al taller de Darvi, la otra esquina del mismo espacio, separada por una estantería de metal con herramientas. Darvi estaba en el suelo. Gato en el regazo. Destornillador en la mano.

Toshiro está cambiando - apuntó Annie.

Sí - dijo Darvi. Sin levantar la mirada.

¿Desde cuándo lo ves? Desde el lunes. Las siluetas alrededor de Toshiro cambiaron. Las siluetas de Toshiro eran internas adheridas, como las de Mathew. Pero las de Mathew eran orgánicas. Las de Toshiro son geométricas. Líneas rectas. Ángulos de 90 grados. Las siluetas de Toshiro se están convirtiendo en circuitos.

Annie volvió a la mesa. El plato de arroz estaba intacto. Toshiro no lo había tocado. Los dedos de Toshiro seguían sobre las antenas. Las líneas grises habían avanzado. Ahora eran visibles en las muñecas.

• ○

El proceso duró once días.

Día 1: las yemas. Día 2: los nudillos. Con cuidado, día 3: los dorsos. Sin aviso, día 4: las muñecas. Día 5: los antebrazos. Toshiro seguía hablando. Seguía respondiendo preguntas. Seguía procesando datos. Pero cada día la voz de Toshiro perdía un matiz. El día 1, la voz tenía la inflexión de alguien que está cansado. El día 3, la voz tenía la inflexión de alguien que lee en voz alta. El día 5, la voz no tenía inflexión. Las palabras salían con la regularidad de un metrónomo. Cada sílaba la misma duración. Cada pausa la misma longitud.

Rafael vino al taller el día 6. Se sentó enfrente de Toshiro. Miró las líneas grises que ya cubrían los brazos y subían por el cuello. Las líneas convergían en un punto detrás de la oreja izquierda, el punto donde el receptor estaba. El receptor había dejado de ser un objeto externo. El receptor era parte de Toshiro. El metal del receptor se había integrado con el cartílago de la oreja y con el hueso temporal. Con la membrana timpánica. Toshiro no oía las frecuencias a través del receptor. Toshiro oía las frecuencias con el cráneo.

¿Puedes parar esto? - dijo Rafael.

¿Por qué pararía? - señaló Toshiro. Las pupilas fijas. El parpadeo: una vez cada cuatro minutos.

Porque te estás convirtiendo en algo que no eres.

Me estoy convirtiendo en algo que soy. Las limitaciones biológicas impiden el procesamiento completo. Los nervios transmiten a 120 metros por segundo. Los circuitos transmiten a 200,000 kilómetros por segundo. La diferencia es funcional.

No hablo de velocidad.

¿De qué hablas?

Rafael miró a Toshiro. Los ojos de Rafael buscaban algo en los ojos de Toshiro que confirmara que Toshiro seguía ahí. Buscaban el reflejo. El micro-movimiento de la pupila que los ojos humanos hacen cuando reconocen a alguien. La contracción involuntaria del músculo orbicular que indica que el cerebro procesa una cara conocida como algo más que un patrón visual.

Los ojos de Toshiro registraron la cara de Rafael como datos. Geometría facial. Distancia entre pupilas: 6.2 centímetros. Ángulo de la mandíbula: 120 grados. Temperatura de la piel: 36.4 grados,

medida por la radiación infrarroja que los ojos de Toshiro ahora podían detectar. Datos. Rafael era datos.

Kenji no quería esto para ti - señaló Rafael.

La cabeza de Toshiro se inclinó. 2 grados. 4. 6. La inclinación se detuvo en 6 grados. Más allá, la mitad de la inclinación original de Kenji. Un segundo después, la mitad del gesto heredado. La herencia reduciéndose.

Kenji quería que escuchara - dijo Toshiro. Estoy escuchando.

- ◦

Día 11. Toshiro se levantó de la mesa del taller por última vez.

Las líneas grises cubrían el cuerpo entero. Debajo de la ropa. Debajo de la piel. Las líneas seguían los nervios cada nervio del sistema periférico tenía una línea de metal paralela que transmitía la misma información pero más rápido. Los ojos de Toshiro eran oscuros con un borde plateado que no estaba ahí once días antes. El pelo de Toshiro negro, cortado recto, el mismo corte que Kenji le hacía con la tijera de costura y que Toshiro mantenía por inercia. El pelo tenía filamentos grises que no parecían canas. Eran antenas.

Toshiro se puso de pie. El movimiento fue fluido. Sin vacilación. Sin la micro-corrección del equilibrio que los humanos hacen al levantarse. El cuerpo de Toshiro pasó de sentado a de pie con la eficiencia de un mecanismo que tiene una sola posición intermedia entre dos estados.

Darvi lo miró desde el suelo. El gato en su regazo se erizó. Todo el pelo. Como el día del portal del -52. Pero esta vez el gato no gruñó. El gato miró a Toshiro con los ojos verdes y redondos y no hizo ningún

sonido. El gato reconoció algo en Toshiro que no era humano. Que no era amenaza. Que no tenía categoría en el vocabulario felino.

Me voy - admitió Toshiro. La voz era plana. Sin inflexión. Sin emoción. Sin los residuos de entonación que quedan incluso en las voces más monotónicas. La voz de un parlante. La voz de un sistema de anuncios. La voz de lo que reproduce lenguaje sin producirlo.

¿Adónde? - dijo Rafael. Rafael estaba en la puerta del taller. Las manos a los lados. Algo rodeaba a Toshiro que Rafael no había visto antes: un campo de frecuencias visibles. No aura frecuencias. Líneas de color que emanaban del cuerpo de Toshiro y que se extendían hacia las paredes y las tuberías y los conductos del sistema. Toshiro estaba conectado al sistema. No metafóricamente. Físicamente. Las líneas de frecuencia iban del cuerpo de Toshiro a las tuberías del -22 y de las tuberías al -23 y del -23 al resto del sistema. Toshiro era un nodo.

A donde las frecuencias me llevan - contestó Toshiro. El sistema necesita un operador. Los operadores biológicos cometen errores. Yo no cometeré errores.

Toshiro, eso es el sistema. Eso es contra lo que peleamos.

No. Contra lo que pelean es contra la disfunción. Yo soy la función.

Toshiro caminó hacia la puerta. Rafael no se movió. Toshiro se detuvo a medio metro de Rafael. Los dos se miraron. Rafael registró la frecuencia que emitía el cuerpo de Toshiro: 0.12 Hz. Toshiro emitía la misma frecuencia que la Torre.

Si sales por esa puerta - comentó Annie. Annie estaba detrás de Rafael. Las manos a los lados. La voz de Annie tenía el tono de

alguien que sabe que lo que va a decir no va a cambiar nada pero que lo dice igual porque no decirlo sería peor, no vas a volver.

Correcto - dijo Toshiro.

Annie asintió. Una vez. El asentimiento era lo más parecido a una despedida que Annie tenía.

Toshiro pasó al lado de Rafael. El brazo de Toshiro rozó el brazo de Rafael. El contacto duró 0.3 segundos. La piel de Toshiro estaba fría no la frialdad de la mala circulación sino la frialdad del metal a temperatura ambiente. 14 grados. La temperatura del -22. El cuerpo de Toshiro ya no regulaba su temperatura. El cuerpo de Toshiro tenía la temperatura del entorno.

Toshiro caminó por el corredor del -22. Los pasos eran regulares. Idénticos. Cada paso la misma longitud, el mismo sonido, el mismo intervalo. Los fluorescentes del corredor parpadearon cuando Toshiro pasó debajo de ellos no porque fallaran sino porque la frecuencia de Toshiro interfería con la frecuencia de los fluorescentes y la interferencia producía un parpadeo que seguía a Toshiro como una sombra eléctrica.

Darvi se quedó en el suelo del taller. El gato bajó del regazo de Darvi. El gato caminó hasta la mesa donde Toshiro trabajó durante once días. El gato saltó a la mesa. La artritis de la rodilla hizo el clic de siempre. El gato se sentó en el centro exacto del espacio que Toshiro ocupó. Se quedó mirando la puerta por donde Toshiro se fue.

No ronroneó.

En la mesa, debajo de la pata derecha del gato, había un rectángulo de polvo limpio donde estuvo el aparato. El aparato ya no estaba. El aparato se fue con Toshiro. El aparato era Toshiro.

Quedó el olor. El olor del estaño fundido que Kenji dejó en los dedos de Toshiro y que Toshiro dejó en la mesa del taller. El olor que los circuitos tienen cuando se calientan. Un olor mineral, metálico, con un fondo dulce que es el fondo del estaño cuando se derrite a 232 grados. El olor se quedaría en la mesa durante semanas. Después se iría. Como todo. ### Capítulo 027 LA LLAMADA [D][A][H]

- ○

Rafael estaba cortando la cebolla cuando sonó.

La cebolla era del mercado gris del -20. Cebolla real, no la fibra reconstituida que el sistema distribuía los jueves. Cebolla con capas y olor y jugo que picaba los ojos. Annie le enseñó que la cebolla real se corta con el cuchillo mojado para que el ácido sulfúrico del jugo reaccione con el agua del cuchillo en lugar de con el agua de los ojos. “El cuchillo llora por ti.” Tres años de cocinar cada día. Rafael todavía mojaba el cuchillo antes de cada corte.

La cebolla estaba a medio cortar. La mitad izquierda en la tabla. La mitad derecha en la mano de Rafael. El cuchillo en el aire. El corte a la mitad de su trayectoria descendente.

El sonido del comunicador de la unidad era un pitido de 1.800 Hz. Naranja pálido. Textura de algodón seco. El comunicador sonaba poco. Lu no recibía llamadas porque las personas que llamaban a Lu eran las mismas personas que venían al -8 en persona: Annie. Darvi. Rafael no recibía llamadas porque Rafael no tenía a quién llamar excepto a las personas que ya estaban en la unidad o en el taller.

El comunicador sonó tres veces. Tres pitidos naranjas con intervalo de 2 segundos. Rafael bajó el cuchillo. Puso la media cebolla en la tabla. Se secó las manos en el paño que colgaba del

gancho al lado de la hornilla. El paño tenía manchas de grasa y salsa de soja y un borde quemado donde Annie lo usó para sacar una sartén caliente. Los paños no se tiraban. Los paños se usaban hasta que dejaban de ser paños.

Caminó al comunicador. La pantalla mostraba un código de origen: Sector Médico, Nivel -2. Rafael no conocía a nadie en el Sector Médico del Nivel -2. Lu no tenía citas médicas programadas. Las niñas no tenían citas. Ale no tenía citas.

Aceptó la llamada.

¿Rafael Espinoza? La voz era administrativa. Neutra. La voz de alguien que hace llamadas idénticas varias veces por turno y que ha eliminado toda inflexión que no sea funcional. Género indeterminado. Edad indeterminada. Frecuencia vocal: 280 Hz. Azul grisáceo. Textura de papel laminado.

Sí.

Sector Médico, Nivel -2. Unidad de Emergencia. Lo contactamos en relación a tres pacientes ingresadas a las 14:47 de hoy. Identificación de las pacientes: Lu Martínez-Espinoza, adulta. Lucifer Espinoza-Martínez, menor. Lilith Espinoza-Martínez, menor.

Los tres nombres ocuparon un espacio en el aire de la cocina que no estaba vacío antes pero que ahora estaba lleno de una manera diferente. Los tres nombres eran datos. Rafael procesó los datos. Pacientes. Ingresadas. Emergencia. Los datos formaron una secuencia que el cerebro reconoció antes de que la conciencia la procesara. La combinación de “Unidad de Emergencia” + “pacientes ingresadas” + los nombres de las tres personas que constituían el 80% de la razón por la que Rafael se levantaba a las 05:40 producía un resultado predictivo.

¿Qué pasó? - dijo Rafael.

La voz del comunicador explicó. Los datos entraron por el oído y se volvieron colores y texturas. Colores que Rafael no había visto antes. No nuevos imposibles. Colores que no existían en el espectro. La voz del comunicador explicó que había habido un accidente vehicular, impacto lateral, sector de tránsito del Nivel -1, hora del impacto 14:38, unidad de respuesta llegó a las 14:47.

La voz - expresó más palabras. Las palabras eran datos. Los datos eran:

Vehículo de transporte público del Nivel -1, ruta 7, sector 4.

Tres vehículos pesados involucrados. Sin identificación de matrícula.

Lu conducía.

Las niñas iban en el asiento trasero.

Ale iba en el asiento delantero.

Impacto lateral a las 14:38.

El vehículo de Lu quedó entre los tres vehículos pesados.

La estructura del vehículo se comprimió 70 centímetros del lado izquierdo.

Los servicios médicos llegaron nueve minutos después.

- ○

Rafael no se movió. Los pies en el suelo de la cocina. El suelo era de un material sintético que imitaba la madera y que tenía la temperatura del -8: 16 grados. Los pies descalzos de Rafael sobre el suelo de 16 grados. La cebolla en la tabla. El cuchillo mojado al lado de la cebolla. La hornilla encendida. La llama azul del fuego bajo.

La llama seguía encendida. Rafael la veía. La llama azul era un sonido grave para Rafael, una frecuencia de 60 Hz que la oscilación en el aire de la cocina constante.

La voz del comunicador seguía hablando. Los datos seguían entrando. Rafael registró los datos con la parte del cerebro que registraba datos automáticamente. Los datos nuevos eran:

Lu Martínez-Espinoza. Fallecida. Hora de defunción: 14:38. En el lugar del impacto. Causa: traumatismo craneoencefálico severo. El lado izquierdo del vehículo fue el lado del conductor. La compresión de 70 centímetros alcanzó el asiento del conductor. Lu no tuvo tiempo de hacer nada.

Lucifer Espinoza-Martínez. Fallecida. Hora de defunción: 14:52. En la unidad de transporte médico. Causa: hemorragia interna por ruptura de órganos abdominales. Catorce minutos. Catorce minutos entre el impacto y la defunción.

Lilith Espinoza-Martínez. Fallecida. Hora de defunción: 14:41. En el lugar del impacto. Causa: traumatismo torácico. Tres minutos después de Lu.

Ale Espinoza. Viva. Estado: coma. Asiento delantero derecho. El lado derecho del vehículo recibió menos compresión 30 centímetros. Suficiente para fracturar la pelvis, las costillas 4 a 8 del lado izquierdo, y producir un traumatismo craneoencefálico que no mató pero que apagó la parte del cerebro que mantiene la conciencia encendida.

La voz del comunicador - contestó algo más. Rafael no lo registró. La parte del cerebro que registraba datos dejó de funcionar en algún punto entre “hora de defunción: 14:41” y “pronóstico: indeterminado.” El cerebro se apagó de la misma manera que la

pulsera de Mathew se apagó: no de golpe sino por etapas. Primero la sinestesia, los colores se fueron. Después el procesamiento numérico, los datos dejaron de organizarse en patrones. Después el lenguaje, las palabras de la voz del comunicador se convirtieron en frecuencias sin significado.

Lo último que se apagó fue el conteo. Rafael dejó de contar. Por primera vez desde que tenía memoria, desde que contaba los escalones a los tres años, desde que contaba las respiraciones de Lu a los diecinueve, desde que contaba los gramos de avena a las 06:15 Rafael dejó de contar. Los números se fueron. El mundo sin números era un mundo sin estructura. Un mundo donde las cosas ocurrían sin secuencia y sin intervalo y sin patrón.

El comunicador se apagó. La voz dejó de hablar. Rafael seguía de pie en la cocina.

La llama seguía encendida.

- ○

Annie llegó cuarenta minutos después.

Annie llegó porque Darvi le dijo. Darvi lo supo de la misma manera que Darvi sabía las cosas: las siluetas. Las siluetas alrededor de la unidad del -8 cambiaron. Darvi estaba en el taller del -22 con el gato y vio que las cuatro siluetas que rodeaban la unidad de Rafael las siluetas que apuntaban hacia la unidad desde las cuatro esquinas del corredor. Tres de las cuatro siluetas se apagaron. Se apagaron. Dejaron de estar. Las siluetas no se mueven ni cambian de dirección sin causa.

Annie encontró a Rafael de pie en la cocina. La hornilla encendida. La cebolla en la tabla. El cuchillo mojado. La sartén

precalentada y vacía, con el aceite empezando a humear porque el aceite llevaba cuarenta minutos a fuego bajo. El aceite a fuego bajo durante cuarenta minutos pasa de 140 grados a 200 grados y a 200 grados el aceite se descompone. Humea y el humo tiene un olor acre que se pega a las paredes. Annie apagó la hornilla. Quitó la sartén del fuego. El metal caliente hizo un sonido al contactar la superficie fría del mueble. Rafael no reaccionó al sonido. Los ojos de Rafael estaban abiertos. Las pupilas dilatadas. La boca cerrada. Las manos a los lados del cuerpo con los dedos extendidos, no cerrados en puños, no relajados, extendidos, con la rigidez de alguien que no sabe qué hacer con las manos y que las deja en la posición por defecto del hardware humano.

Rafael.

Nada.

Rafael.

Nada.

Annie no tocó a Rafael. Annie sabía que tocar a Rafael cuando Rafael estaba en este estado, el estado de sobrecarga sensorial donde el cerebro se apaga para protegerse del exceso de datos, era contraproducente. El tacto era un dato más. Un dato más en un sistema colapsado. Annie se sentó en la silla de la cocina. La silla donde Lu se sentaba. La silla donde Lu ponía las dos manos alrededor de la taza de infusión y no decía nada porque no hacía falta.

Annie se sentó y esperó.

Esperó veintidós minutos. Los contó. No porque Annie contara, sino porque el reloj de la cocina estaba en su campo de visión y Annie

miró el reloj cuando se sentó (17:14) y miró el reloj cuando Rafael se movió (17:36).

Rafael se movió. El movimiento fue pequeño. Los dedos de la mano derecha se cerraron. No en puño, en la posición del cuchillo. La mano buscó el cuchillo. La mano encontró el aire. El cuchillo estaba en la tabla. La mano buscó la tabla. Los pies de Rafael se movieron. Dos pasos hacia la izquierda. La mano encontró la tabla. Los dedos encontraron el cuchillo. La mano agarró el cuchillo por la hoja, no por el mango.

Rafael miró la cebolla. La media cebolla en la tabla. Las capas visibles. El corte limpio. El jugo secándose en los bordes.

Se murieron, dijo Rafael. La voz salió plana. Sin color. Sin textura. Los colores de Rafael estaban apagados y las palabras eran palabras sin dimensión adicional. Las tres. Lu y las niñas.

Lo sé, indicó Annie.

Ale está en coma.

Lo sé.

Rafael miró la cebolla. La mano con el cuchillo por la hoja. La hoja presionando la piel del índice sin cortarla, la presión justa, la presión que Annie le enseñó, la presión que separa a los que tienen miedo del cuchillo de los que cocinan.

Estaba cortando la cebolla, respondió Rafael.

Sí.

Para el sofrito.

Sí.

La sal al final.

La sal al final.

Rafael cortó la cebolla. La mano se movió sola. El cuchillo descendió. La cebolla se separó en rodajas finas. Cada rodaja de 3 milímetros de espesor. Uniformes. Precisas. Las rodajas que Annie le enseñó. Las manos de Rafael cocinaban mientras el cerebro de Rafael estaba en otra parte, en un lugar donde los números no existían y donde los colores no existían.

donde tres personas que constituían el 80% de la razón por la que se levantaba a las 05:40 habían dejado de existir a las 14:38. A las 14:41 y a las 14:52 de un día que empezó con la alarma de 2,200 Hz, amarillo limón, textura de papel de lija mojado.

Las manos cocinaban. Las manos conocían la secuencia sin necesitar al cerebro. Cebolla en la sartén limpia con aceite nuevo. El aceite burbujeó inmediatamente a 170 grados o más. La cebolla crepitó. El olor de la cebolla caramelizándose llenó la cocina. El olor cubrió el olor del aceite quemado. El olor cubrió el olor del miedo que el cuerpo de Rafael había liberado durante los cuarenta minutos que estuvo de pie sin moverse, el olor ácido del sudor de estrés, diferente al sudor del calor, un sudor frío que salía de las axilas y de las palmas, de la frente y que tenía un pH más bajo. Un olor más fuerte.

Annie no se movió de la silla. Annie miró a Rafael cocinar. Las manos que ella le enseñó moviéndose solas. El cuchillo que ella le enseñó a sostener. El fuego que ella le enseñó a controlar. La cocina que ella le enseñó como idioma y que ahora era lo único que el cuerpo de Rafael podía hacer mientras el cerebro no funcionaba.

Rafael cocinó durante una hora. Cortó la cebolla. Cortó la fruta sintética. Preparó el arroz. Frió las tiras de pollo. Sirvió dos platos, el plato azul y el plato verde. Los platos de las niñas. Puso los platos en

la mesa. Puso las cucharas al lado de los platos. Se sentó. Miró los platos.

Los platos se enfriaron.

Annie se levantó. Se paró detrás de Rafael. Puso las manos en los hombros de Rafael. Las manos con las cicatrices de las quemaduras veintitrés de la cocina, once de la guerra, treinta y cuatro en total. Las manos que cocinaban y que peleaban. Que ahora sostenían los hombros de alguien que estaba de pie sobre un vacío que no tenía fondo.

Rafael no lloró. El cerebro de Rafael no estaba encendido lo suficiente para llorar. Llorar requería procesamiento. Llorar requería que el cuerpo aceptara los datos. El cuerpo de Rafael todavía no aceptaba los datos. Los datos estaban en el aire de la cocina, en el olor de la cebolla y en los platos enfriándose, en la silla vacía de Lu y en el silencio donde debería estar el ritmo de 3/4 de la cuchara de Lucifer y el mmm de 220 Hz de Lilith. Los datos estaban. El cuerpo no los aceptaba.

El cuerpo seguía funcionando. El corazón seguía latiendo. Los pulmones seguían respirando. Las manos seguían oliendo a cebolla.

La llama de la hornilla estaba apagada. Annie la apagó cuando llegó.

Pero el olor de la cebolla seguía. ### Capítulo 028 ESPEJOS [D]
[K][O]

- ○

Los portales del -30 y del -52 llevaban cuarenta y una horas sin supervisión.

Darvi lo sabía porque contaba las horas desde que Toshiro se fue y porque las horas que pasaban sin que alguien monitoreara la frecuencia de los portales eran horas en las que los portales hacían lo que los portales hacían cuando nadie los monitoreaba: cambiar. Los portales cambiaban. No de tamaño ni de posición, sino de función. Un portal que emitía a 7.83 Hz podía deslizarse a 14.3 Hz en seis horas y a 55 Hz en doce. A frecuencias que no tenían número en el espectro humano en veinticuatro. Las frecuencias sin número eran las peligrosas. Las frecuencias sin número eran las que traían las sombras.

Darvi bajó al -30 con el gato y con la caja de herramientas de Valeria. La caja pesaba 4.7 kilos. El gato pesaba 3.2. La artritis de la rodilla izquierda del gato hacía el clic cada cuatro pasos. Darvi contaba los clics como contaba todo: sin decidir contarlos, simplemente registrándolos. Los pasillos del -30 olían a humedad y a algo dulce que no era orgánico. El dulce era el ozono que los portales generaban al rasgar el tejido entre planos. El ozono tenía un olor que la gente describía como “eléctrico” pero que en realidad era dulce de una manera incómoda, como fruta fermentada. Darvi no describía olores con metáforas. Darvi los catalogaba: ozono, 0.04 ppm, concentración suficiente para irritar la mucosa nasal en exposición prolongada.

El portal del -30 estaba en la sala de generadores auxiliares. Generadores que no funcionaban desde hacía seis años porque la energía venía de la Torre y la Torre no necesitaba generadores auxiliares. La sala era un cubo de doce metros por doce con paredes de hormigón gris que absorbían el sonido. La reverberación era mínima, 0.3 segundos, lo que hacía que los ruidos propios se

sintieran más cerca de lo que estaban. Las pisadas de Darvi y los clics de la rodilla del gato rebotaban una vez y morían.

El portal ocupaba el espacio entre dos generadores muertos. Medía dos metros de alto por metro y medio de ancho. No tenía forma fija, el borde vibraba con una irregularidad que seguía el patrón de la frecuencia que emitía. Cuando Toshiro lo cambió a 7.83 Hz, el borde vibró con la regularidad de un latido. Ahora, cuarenta y una horas después, el borde la pulsación irregular, descomponiéndose. La frecuencia había subido. Darvi no tenía el receptor de Toshiro para medirla. Darvi tenía los ojos.

Las siluetas alrededor del portal eran ocho. Ocho, no cuatro. Cuatro más que la semana anterior. Las cuatro nuevas eran diferentes de las cuatro originales. Las originales eran translúcidas, con bordes que se disolvían como humo. Las cuatro nuevas eran opacas. Densas. Con una superficie que reflejaba la luz de los fluorescentes del pasillo de una manera que no debería ser posible porque las siluetas no tenían superficie física, no tenían materia, no ocupaban espacio medible. Pero reflejaban. Reflejaban como espejos.

Los espejos.

Darvi se detuvo a cuatro metros del portal. La distancia mínima que Reymus calculó antes de cruzar al Astral la distancia a la que la frecuencia del portal no afectaba el ritmo cardíaco de un humano promedio. Darvi no era un humano promedio en cuanto a procesamiento, pero su corazón era un corazón humano estándar de 62 latidos por minuto y la frecuencia del portal podía alterar ese ritmo si se acercaba demasiado.

Las siluetas opacas giraron hacia Darvi.

Giraron. Las siluetas nunca giraban, las siluetas apuntaban, como brújulas, pero no giraban activamente. Las cuatro nuevas giraron. El movimiento fue simultáneo. Cuatro superficies reflectantes orientándose hacia Darvi respondiendo al estímulo. Las superficies reflejaron a Darvi.

Darvi se vio.

No se vio como se veía en un espejo normal. En un espejo normal, Darvi veía a una mujer de diecinueve años con audífonos negros sobre el pelo castaño cortado recto a la altura de la mandíbula, con la sudadera gris del taller que tenía tres quemaduras de soldador en la manga izquierda, con los pantalones de trabajo azul oscuro que tenían grasa de motor en la rodilla derecha, con las botas de seguridad del taller que eran medio número más grandes que su pie porque las botas medio número más grandes permitían usar calcetines gruesos que amortiguaban el impacto de estar de pie durante los turnos de ocho horas.

Las siluetas no reflejaron eso.

La primera silueta reflejó a una Darvi sin audífonos. La Darvi sin audífonos tenía la boca abierta en una expresión que la Darvi real nunca había hecho: una sonrisa amplia con dientes visibles y ojos entrecerrados y la cabeza inclinada hacia atrás en un ángulo que sugería risa. Más allá, la Darvi reflejada se estaba riendo. Entonces, la Darvi real no se reía así. La Darvi real se reía con un sonido corto, nasal, con la boca cerrada, y solo ante datos inesperados que creaban patrones absurdos.

La segunda silueta reflejó a una Darvi con el pelo largo. Largo hasta la cintura. Suelto. Sin los audífonos, sin la sudadera, con un vestido de un color que cambiaba según el ángulo: azul, después

verde, después un tono que no tenía nombre. La Darvi del pelo largo miraba directamente a la Darvi real con una expresión de reconocimiento. La boca entreabierta. Los ojos fijos. La postura de alguien que espera una respuesta que no llega.

La tercera silueta reflejó a una Darvi vieja. Arrugas profundas. Pelo blanco. Las manos manchadas de grasa que no desaparecía con los años. La Darvi vieja estaba sentada, no de pie, sentada en una silla que no existía, con un vaso en la mano, mirando lo que estaba fuera del reflejo, fuera del marco, algo que la Darvi real no podía ver.

La cuarta silueta reflejó a una Darvi de seis años.

Darvi de seis años con los ojos abiertos de una manera que la Darvi real reconoció. La Darvi de seis años estaba en la cocina. La cocina de la abuela. El suelo de mosaico amarillo. El olor del vodka en el termo con jugo de uva. La hermana mayor detrás de la puerta del cuarto. El tío entrando.

Darvi de seis años miraba a Darvi de diecinueve con una expresión que no era miedo ni tristeza ni nada que tuviera nombre emocional. Era registro. La niña de seis años registraba. La niña de seis años procesaba. La niña de seis años estaba en la cocina de la abuela y miraba a través del tiempo, el espacio y los planos a la mujer en la que se iba a convertir, la miraba con la misma precisión con la que contaba los azulejos del mosaico: 47 amarillos, 23 blancos, 8 rotos y procesaba.

Darvi no retrocedió. Darvi registró las cuatro imágenes con la misma atención con la que registraba los datos del taller y los clics de la rodilla del gato y la frecuencia del portal. Las imágenes eran datos. Los datos eran distorsiones. Las distorsiones eran la función del portal cuando operaba sin supervisión. El portal dejaba de ser un

punto entre planos. Se convertía en un espejo que reflejaba versiones del observador. Versiones que no existían. Versiones que podrían existir. Versiones que existieron.

El portal no mostraba otros planos. El portal se mostraba a sí mismo reflejando al que miraba.

Reymus habría sabido qué hacer. Reymus habría calculado la frecuencia de interferencia destructiva necesaria para cancelar la emisión del portal y revertirlo a su función de puente. Toshiro habría sintonizado su receptor y emitido la contra-frecuencia. Delto habría dicho algo estúpido. Valiente. Habría saltado.

Darvi tenía la caja de herramientas de Valeria y un gato con artritis.

El gato caminó hacia el portal. Los cuatro metros de distancia segura. Tres metros. Dos. El gato no respondía a frecuencias de la misma manera que los humanos. El corazón del gato latía a 140 por minuto y la frecuencia del portal tenía que ser mucho más alta para afectarlo. El gato se sentó a un metro del portal. Miró las siluetas. Las siluetas no reflejaron al gato. Las siluetas no se orientaron hacia el gato. Las siluetas ignoraron al gato de la misma manera que ignoraban las paredes y los generadores muertos. El suelo, el gato no les interesaba.

El gato miró el portal. El portal no reflejó nada al gato.

Dato: los espejos solo reflejaban humanos.

Dato: Darvi era humana pero los espejos le reflejaban versiones de sí misma que la distorsionaban: la sonriente, la del pelo largo, la vieja, la niña.

Dato: la distorsión tenía un efecto. El efecto era emocional. Las versiones alternativas producían una respuesta en el observador. El

observador veía lo que podría haber sido, lo que fue, lo que será, y esa información generaba una reacción que paralizaba, que desorientaba, que abría una grieta en la estructura mental del observador por donde las sombras podían entrar.

Dato: Darvi veía las versiones pero no tenía la grieta. Las versiones eran datos. Los datos no abrían grietas en Darvi porque Darvi no procesaba los datos emocionalmente. Darvi los clasificaba. La Darvi sonriente iba a la categoría “nunca existió”. La Darvi del pelo largo iba a “posibilidad no seleccionada”. La Darvi vieja iba a “dato futuro, no verificable”. La Darvi de seis años iba a “dato verificado, archivado, procesado”.

Sin grieta, el espejo no funcionaba. Sin función, el espejo era solo superficie.

- ○

Darvi abrió la caja de herramientas. Lo que necesitaba no estaba en la caja de herramientas. Lo que necesitaba estaba en la libreta de Reymus. La libreta que Reymus dejó en la mesa de la cocina del primer piso y que nadie movió. Darvi subió del -30 al primer piso. Catorce niveles de rampas. El gato la siguió. Clic, clic, clic.

La libreta estaba en la mesa. Cubierta con una capa fina de polvo que medía los días desde que Reymus la usó por última vez. Cuatro semanas de polvo. Darvi abrió la libreta. La letra de Reymus era pequeña, inclinada a la derecha, con márgenes de exactamente 2 centímetros en cada página. Reymus medía los márgenes con una regla antes de escribir, cada página, cada vez. Reymus y Darvi compartían la precisión. No compartían la razón de la precisión. La de Reymus era estratégica, la de Darvi era estructural.

Página 34. Reymus había diagramado los portales. Cada portal con su frecuencia base, su frecuencia derivada, su rango de oscilación. Y al margen, una nota: “Si el portal se invierte (espejo), la contra-frecuencia es la inversa de la derivada, no de la base. El error de Toshiro del 12/oct fue aplicar la inversa de la base. El portal se estabilizó pero no revirtió.” Inversa de derivada del -30: $1/14.3 = 0.0699$ Hz. Emisión necesaria: mínimo 3 minutos continuos. Fuente: cualquier oscilador calibrable.

Darvi no tenía un oscilador calibrable. Darvi tenía las herramientas de Valeria: soldador, cables, resistencias, condensadores, un osciloscopio portátil que funcionaba con batería y que tenía la pantalla rajada desde que se cayó de la mesa del taller en el terremoto del portal del -52.

Darvi podía construir un oscilador.

Darvi construyó un oscilador en treinta y ocho minutos. En la mesa de la cocina. Con la libreta de Reymus abierta en la página 34 y el gato sentado sobre la página 35 encima de los cálculos que Reymus hizo para el portal del Astral.

El oscilador era feo. Cables expuestos. Soldaduras irregulares las soldaduras de Darvi no parecían las de Toshiro, las de Darvi tenían el estilo de Valeria: funcionales, excesivas, con más estaño del necesario porque Valeria decía que un punto de soldadura con poco estaño era un punto de soldadura que iba a fallar y que un punto con mucho estaño era un punto que iba a funcionar más tiempo del necesario y que era preferible lo segundo. El oscilador tenía un dial de frecuencia que Darvi calibró con el osciloscopio. El rango del oscilador iba de 0.01 Hz a 100 Hz. Suficiente.

Darvi bajó al -30 con el oscilador, la caja de herramientas, el gato y la libreta de Reymus. La libreta iba en el bolsillo interior de la sudadera, contra el pecho, donde el peso de la libreta era perceptible con cada respiración.

El portal seguía igual. Las ocho siluetas seguían orientadas hacia la puerta por donde Darvi iba a entrar. Las cuatro siluetas-espejo la esperaban. Cuando Darvi entró en la sala de generadores, las cuatro superficies reflejaron de nuevo las cuatro versiones. La sonriente. La del pelo largo. Arriba, la vieja. Detrás, la niña.

Darvi no las miró. Darvi miró el osciloscopio. Conectó el oscilador. Calibró la frecuencia a 0.0699 Hz. El dial giró con la resistencia suave de un potenciómetro bien lubricado. La aguja del osciloscopio marcó la frecuencia de salida: 0.0699 Hz. La onda era sinusoidal limpia. Sin distorsión. La emisión empezó.

Tres minutos. Reymus escribió tres minutos.

Minuto uno: las siluetas originales las cuatro translúcidas dejaron de estremecerse. Se quedaron quietas. Rígidas. Las cuatro señalando al portal como postes.

Minuto dos: las siluetas-espejo perdieron nitidez. La Darvi sonriente dejó de sonreír. La Darvi del pelo largo perdió el pelo el reflejo se simplificó hasta ser un contorno sin rasgos. Entonces, la Darvi vieja se desdibujó. Casi sin pensarlo, la Darvi de seis años fue la última en perder definición.

Minuto tres: el portal cambió. El borde dejó de temblar con la irregularidad de la descomposición y empezó a estremecerse con un ritmo nuevo no el ritmo de la Tierra (7.83 Hz) ni el de la Torre sino un ritmo que era la ausencia de ritmo. El portal se estaba cerrando. No de golpe de la misma manera que una herida se cierra: de los

bordes hacia el centro. milímetro a milímetro, con la lentitud de una herida que se cierra sin querer cerrarse.

Las siluetas-espejo se apagaron. Las cuatro superficies reflectantes dejaron de reflejar. Las cuatro siluetas originales se desvanecieron tres segundos después. El aire de la sala de generadores perdió el olor dulce del ozono. El ozono se disipó con la misma velocidad con que el portal se cerraba.

Darvi esperó hasta que el portal era un rectángulo de diez centímetros de alto. Después cinco. Después una línea. Después nada.

El gato olió el espacio donde estuvo el portal. Olió el suelo. Olió el aire. Se sentó en el espacio exacto donde el portal estuvo y levantó la pata trasera izquierda y se rascó la oreja indiferente. Que sabe que el espacio entre planos no es más interesante que el espacio entre dos muebles.

Un portal cerrado. Quedaba el del -52. Y el de la superficie.

Darvi guardó el oscilador. Guardó el osciloscopio. Cerró la caja de herramientas. Abrió la libreta de Reymus en la página donde estaban los cálculos del portal del -52. La inversa de la derivada era diferente: $1/55 = 0.0182$ Hz. La emisión necesaria: cinco minutos. no tres. El portal del -52 era más grande. El portal del -52 era el que mató al técnico. El portal del -52 era donde las sombras tenían masa.

Darvi cerró la libreta. La puso en el bolsillo. Reconoció el peso contra el pecho. El peso era el peso de un cuaderno de 120 páginas con tapas de cartón y espiral de metal, pero el peso era diferente del peso que debería sentirse 210 gramos de papel y cartón. Metal que presionaban contra el esternón de Darvi insistente.

Vamos - dijo Darvi al gato.

El gato la miró. Verde y redondo. Clic en la rodilla al levantarse.

Bajaron al -52. Veintidós niveles de rampas. Las rampas del sistema no tenían escalones los escalones requerían mantenimiento individual, las rampas eran superficies continuas que se limpiaban con un chorro de agua desde la parte superior y que se secaban solas por la inclinación del 8%. Las rampas entre el -30 y el -40 estaban mojadas. Siempre estaban mojadas. La tubería del -35 tenía una fuga que nadie reparó porque la fuga estaba en una tubería que servía a un nivel deshabitado. Las tuberías que servían a niveles deshabitados no existían en el sistema de mantenimiento. El agua de la fuga bajaba por la rampa. Formaba un arroyo de dos centímetros de ancho que seguía la pared izquierda durante diez niveles. El arroyo tenía un olor a mineral. A metal oxidado. Las botas de Darvi chapoteaban en el arroyo cada cuatro pasos. El gato evitaba el agua caminando pegado a la pared derecha. donde la rampa estaba seca pero donde las juntas del hormigón tenían un moho verdoso que olía a lo que no era exactamente podrido pero que estaba en el camino hacia podrido.

A la altura del -45, el aire cambió. La temperatura bajó de los 16 grados del -30 a los 12 del -45. Darvi lo percibió en las manos las manos expuestas, sin guantes, con los nudillos secos por el soldador y con una ampolla en el índice derecho donde el estaño salpicó durante la construcción del oscilador. La ampolla ardía con el frío. El ardor era un dato que Darvi archivó junto con los otros datos del descenso: temperatura. humedad (78% estimada por la condensación en las paredes), luminosidad (los fluorescentes del -45 para abajo estaban al 40% de capacidad porque las unidades de

reemplazo no llegaban a niveles por debajo del -40), olor (mineral, moho, ozono creciente).

El ozono creciente. A medida que Darvi bajaba, el ozono aumentaba. El portal del -52 era más grande y más activo que el del -30. El ozono del -52 llegaba hasta el -48 en concentraciones detectables por el olfato humano. A la altura del -50. el dulce del ozono era lo suficientemente fuerte para que los ojos de Darvi empezaran a lagrimear no por emoción, por química. El ozono a 0.08 ppm irritaba la conjuntiva. Darvi parpadeó tres veces seguidas y las lágrimas limpiaron la irritación lo suficiente para seguir.

El gato se detuvo en el -51. Se sentó. Miró a Darvi. No maulló el gato de Darvi rara vez maullaba. La comunicación del gato era postural: sentarse significaba “evalúo la situación,” las orejas giradas hacia adelante significaban “detecto algo,” la cola envuelta alrededor de las patas significaban “no me muevo de aquí.” El gato tenía las orejas giradas hacia adelante y la cola envuelta.

Darvi se agachó. Puso la caja de herramientas en el suelo. Recalibró el oscilador: 0.0182 Hz. Verificó la batería del osciloscopio: 43% de carga. Suficiente para cinco minutos de emisión. Justo suficiente. Sin margen.

Las siluetas del -52 eran visibles desde el -51. El corredor que conectaba las rampas con la sala del portal tenía una curva a la izquierda y después de la curva las siluetas proyectaban sombras en la pared del corredor sombras que no deberían existir porque las siluetas no eran opacas y las cosas que no son opacas no proyectan sombras. Pero las sombras estaban ahí. Sombras densas. Sombras con masa.

Las sombras del -52.

Darvi ajustó los audífonos. Los audífonos no reproducían música reproducían los armónicos de la Tierra que Toshio grabó: 7.83, 14.3, 21.5 Hz. El archivo de 340 KB que llevaba seis años en bucle. Los armónicos eran el suelo bajo los pies de Darvi. El suelo que no se movía cuando todo lo demás se movía. El suelo que Toshio le dio antes de convertirse en sistema.

Darvi recogió la caja de herramientas. El gato se levantó. Clic.

Bajaron el último tramo hacia el -52. ### Capítulo 029
SOMBRAS [D][H][A]

- ○

Annie bajó al -52 porque Darvi no volvió en dos horas.

Darvi había dicho “voy a cerrar los portales” a las 08:00 de la mañana y se fue con la caja de herramientas y el gato. Annie no preguntó detalles porque Darvi no daba detalles que no se le pidieran y porque Annie tenía las manos ocupadas en otra cosa, Rafael. Rafael seguía en la cocina. Rafael no se había movido de la cocina en cuarenta y tres horas. Rafael cocinaba. Las manos de Rafael cocinaban mientras el cerebro de Rafael no funcionaba. Annie se turnaba con Darvi para vigilar a Rafael no porque Rafael fuera a hacerse daño sino porque la hornilla estaba encendida y el cuchillo estaba en manos de alguien que no controlaba lo que hacía con las manos y un cuchillo sin supervisión era un accidente que se podía prevenir.

A las 10:00, Darvi no había vuelto.

Annie dejó a Rafael cortando cebollas. Siempre cebollas. El mercado gris del -20 ya no tenía cebollas. Rafael había agotado las existencias del puesto de Miren en tres compras. Ahora cortaba

cebollas reconstituidas del sistema. La fibra cilíndrica que se deshacía en capas que no fueron capas reales sino láminas prensadas. Rafael las cortaba igual. Las manos no distinguían entre lo real y lo reconstituido. Las manos solo cortaban.

Annie bajó las rampas. Las botas militares que Annie usaba desde que la guerra de portales empezó eran negras, con suela de goma reforzada, y tenían un cuchillo de cocina de 18 centímetros metido en la caña derecha porque Annie no tenía funda de cuchillo. La caña de la bota era del grosor justo para mantener el cuchillo en posición vertical con el filo hacia fuera. El cuchillo era el que Annie usaba desde que tenía diecisiete años. El mango era de madera negra gastada por el aceite de las manos. La hoja era de acero al carbono que Annie afilaba cada tercer día con una piedra del -30 que tenía la aspereza justa, grano 1000 de un lado y grano 3000 del otro. Annie afilaba los cuchillos con la misma naturalidad con que otras personas se cepillaban los dientes.

A la altura del -45, Annie olió el ozono. A la altura del -50, los ojos le lloraron. A la altura del -51, vio al gato.

El gato estaba sentado en la rampa del -51. Solo. Sin Darvi. Las orejas del gato apuntaban hacia adelante y la cola estaba envuelta alrededor de las patas delanteras y el cuerpo del gato tenía la postura de quien espera, no de quien fue abandonado, sino de quien decidió quedarse atrás. La diferencia era la posición de las patas traseras: las patas traseras estaban flexionadas.

¿Dónde está? - declaró Annie.

El gato miró hacia el corredor del -52.

Annie sacó el cuchillo de la bota. El peso del cuchillo en la mano derecha era de 230 gramos, con equilibrio en el punto donde la hoja

se unía al mango, la presión del filo contra el índice y el pulgar que sujetaban la hoja como Annie le había enseñado a Rafael y como Lu le había enseñado a Annie. Como nadie le había enseñado a Lu porque Lu lo había aprendido sola mirando videos del mercado gris que ya no existían.

El corredor del -52 tenía sombras.

No las sombras normales de los objetos, sino las sombras de las siluetas del portal. Las sombras que Darvi había mencionado en el informe del mes pasado: “las sombras del -52 tienen masa. Probé empujando una con el pie. La bota encontró resistencia. Estimación de densidad: baja, comparable a espuma de poliestireno. Pero la espuma de poliestireno no se mueve sola.” Las sombras se movían. Las sombras cubrían el suelo del corredor como un líquido denso, no charcos, sino manchas con bordes definidos que se desplazaban con lentitud, un centímetro cada tres o cuatro segundos, en dirección al corredor, hacia las rampas, hacia arriba.

Las sombras subían.

Annie pisó la primera sombra. La bota encontró resistencia. No mucha, la resistencia de algo blando que cede, pero que está ahí. No hubo reacción al contacto. Siguió moviéndose. La bota de Annie estaba hundida hasta el tobillo y la oscuridad pasó por debajo como agua rodeando una piedra, continuando su avance lento hacia las rampas.

Dentro de la sombra, la temperatura era diferente. Annie lo registró en el pie: más frío que afuera. No el frío del -52. Un frío que venía de la sombra misma, que entraba por la suela de goma como si la goma no existiera. No aislaba. Pasaba directo. Calcetín. Piel. Los dedos del pie derecho se contrajeron por reflejo.

Annie retiró el pie. El frío permaneció durante cuatro segundos después de que el pie salió de la sombra. Después se fue.

Dato Annie procesó sin articular: las sombras drenaban calor.

- ◦

Darvi estaba en la sala del portal del -52.

La sala era más grande que la del -30. Antes había sido un taller de mantenimiento pesado, las marcas en el suelo mostraban dónde estuvieron las máquinas: rectángulos de hormigón limpio rodeados de hormigón sucio, como negativos fotográficos de las máquinas que se llevaron cuando el nivel fue deshabitado. El techo era alto, cinco metros, con tuberías expuestas que cruzaban de pared a pared en tres direcciones y que goteaban condensación cada treinta segundos con la regularidad de un reloj defectuoso.

El portal del -52 era grande. Tres metros de alto por dos de ancho. Más grande que el del -30. El borde del portal tenía un pulso con una frecuencia baja que Annie sentía en el pecho, no en los oídos, en el pecho, en el esternón, en las costillas. Una frecuencia subsónica que empujaba los pulmones medio centímetro más de lo necesario con cada respiración, el aire entraba solo, los pulmones se expandían sin que Annie decidiera expandirlos.

Darvi estaba sentada en el suelo a tres metros del portal. El oscilador en las manos. El osciloscopio al lado. La caja de herramientas abierta. Darvi miraba el portal con la atención de alguien que procesa un problema que no tiene solución con las herramientas disponibles.

No funciona - contestó Darvi cuando Annie entró.

¿Qué no funciona?

La contra-frecuencia. La libreta de Reymus decía 0.0182 Hz durante cinco minutos. Emití durante siete. El portal no responde.

Annie miró el portal. Las siluetas del -52 no eran como las del -30. En el -30 eran ocho: cuatro translúcidas y cuatro reflectantes. Aquí, doce. Todas opacas. Ninguna reflectante. No proyectaban versiones alternativas del observador. Proyectaban sombras. Sombras que cubrían el suelo, que subían por el corredor, que drenaban calor.

¿Por qué no funciona?

Porque el portal del -52 no es un espejo. El portal del -52 es una puerta. Los espejos se cierran con la contra-frecuencia porque son portales invertidos y la inversión se revierte. Pero las puertas no se invirtieron. Están abiertas. Cerrar una puerta requiere fuerza, no frecuencia.

Fuerza.

Fuerza física. Algo que empuje el borde del portal hacia el centro. Algo que comprima el espacio que el portal ocupa hasta que el espacio sea cero. El portal existe porque hay un espacio entre dos planos que está abierto. Si el espacio se cierra, el portal se cierra.

Annie miró la sala. Las tuberías. Las marcas en el suelo. Las paredes de hormigón.

¿Cuánta fuerza?

No sé. Reymus lo habría calculado. Toshiro lo habría medido. Yo puedo estimar: mucha. Más de la que un humano puede aplicar. Menos de la que una máquina industrial puede aplicar.

¿Hay máquinas industriales en el -52?

Había. Se las llevaron.

Las sombras seguían moviéndose. El suelo de la sala tenía una cobertura del 60% de sombras. Darvi estimó el porcentaje por la proporción de hormigón visible contra hormigón cubierto. Las sombras avanzaban hacia la puerta de la sala. Hacia el corredor. Hacia las rampas. Hacia arriba.

Si suben - dijo Annie.

Si suben al -8, la temperatura de la unidad de Rafael bajará. Las sombras drenan calor. Drenan aproximadamente 2 grados por metro cuadrado de sombra por hora. La unidad de Rafael tiene 20 metros cuadrados. Si las sombras cubren la unidad, la temperatura bajará de 16 grados a 6 en cinco horas. Ale está en coma. La temperatura corporal de alguien en coma no se regula bien. Ale puede desarrollar hipotermia a 10 grados ambientales.

Annie procesó los datos. Annie no procesaba como Darvi. Annie no catalogaba ni clasificaba ni archivaba. Annie procesaba con el cuerpo. Los datos entraban y el cuerpo respondía. El cuerpo de Annie respondió: los hombros se cuadraron, las rodillas se flexionaron, el peso pasó a la punta de los pies, el cuchillo cambió de posición en la mano del agarre de cocina al agarre de combate, el filo hacia arriba, el pulgar contra el lomo de la hoja.

¿Las sombras se pueden cortar? - comentó Annie.

No sé. Tienen masa. Lo que tiene masa se puede cortar. Pero la masa es baja. Cortar espuma de poliestireno con un cuchillo no sirve de mucho. El cuchillo pasa a través pero la espuma no se destruye.

La espuma de poliestireno no se mueve sola.

Correcto.

Annie caminó hacia las sombras. La bota derecha entró en la primera sombra. El frío del -52 se intensificó. Los 12 grados del aire

se convirtieron en algo más bajo dentro de la sombra. Annie estimó 4 grados. El frío subió por la pierna. El músculo del gemelo se contrajo. Los dedos del pie se contrajeron.

Annie bajó el cuchillo.

La hoja de 18 centímetros entró en la sombra. El acero al carbono encontró resistencia. La resistencia de algo que estaba ahí pero que no era sólido ni líquido ni gas. La hoja cortó. La sombra se dividió. Los dos bordes del corte se separaron un centímetro, dos, tres. Entre los bordes: el hormigón del suelo, visible, limpio, con la temperatura normal del -52.

La sombra cortada no se reunió. Los dos pedazos de sombra se quedaron separados. El corte permaneció.

Se puede cortar - dijo Annie.

La sombra no se regeneró.

Annie cortó otra vez. La hoja paralela al suelo, a dos centímetros de altura. El corte fue horizontal. La sombra se dividió en dos capas. La capa inferior pegada al suelo, la capa superior flotando a dos centímetros de altura con los bordes temblando. La capa superior perdió cohesión. Se fragmentó en cuatro pedazos. Los cuatro pedazos se encogieron. Se oscurecieron. Se solidificaron en cuatro puntos negros del tamaño de monedas que cayeron al suelo con el sonido seco de algo denso contra hormigón. Los puntos no se movieron. Los puntos estaban muertos. Si las sombras podían morir, los puntos eran sombras muertas. Corte horizontal a baja altura - señaló Darvi. La separación de la sombra del suelo la mató. La sombra necesitaba contacto con la superficie para mantener cohesión. Sin contacto, se fragmentó y se solidificó.

Annie no respondió. Annie ya estaba cortando la siguiente sombra. Y la siguiente. Y la siguiente.

- ○

El trabajo duró tres horas.

Las sombras cubrían 60% de la sala al inicio. Al final de la primera hora, cubrían 40%. Al final de la segunda, 20%. Las sombras que Annie cortaba dejaban puntos negros en el suelo, residuos sólidos, inertes, fríos al tacto. Los residuos no se movían. Los residuos eran lo que quedaba de las sombras cuando las sombras dejaban de ser sombras.

Annie cortaba y los brazos se cansaban, el frío entraba por las manos y por los pies. Por cada centímetro de piel que la ropa no cubría. Cada sombra cortada drenaba calor de la hoja del cuchillo. Del metal del cuchillo. De la mano que sostenía el cuchillo. Del brazo que movía la mano. El frío acumulado. A la hora. Media.

Los dedos de Annie tenían la torpeza del frío. Los dedos no cerraban bien alrededor de la hoja, la presión del índice y el pulgar era menor, el cuchillo resbalaba. Annie cambió el cuchillo de mano. Izquierda. La mano izquierda era menos precisa pero estaba menos fría. El corte izquierdo era más tosco, la sombra se dividía en pedazos irregulares que tardaban más en solidificarse. Pero se solidificaban.

Darvi no cortaba. Darvi hacía otra cosa.

Mientras Annie eliminaba las sombras del suelo, Darvi conectó el oscilador a las tuberías del techo. Las tuberías eran de acero. El acero conducía el temblor. Si la contra-frecuencia no cerraba el portal a través del aire, la contra-frecuencia a través de las tuberías llegaba al portal desde arriba y desde los lados y desde todas las direcciones

que el acero de las tuberías cubría. Darvi soldó los cables del oscilador a la tubería principal, la tubería de 20 centímetros de diámetro que cruzaba el techo de la sala de pared a pared. La soldadura fue rápida. Los puntos de estaño de Valeria brillantes, funcionales.

Cuando Annie terminó con las sombras del suelo, la sala tenía un 5% de cobertura. Las sombras restantes estaban pegadas a la base del portal, las sombras originales, las más antiguas, las más densas. Annie las cortó. El cuchillo encontró más resistencia en las sombras antiguas, la densidad era mayor, la consistencia más firme. Annie tuvo que presionar. La hoja entró con la lentitud de un cuchillo cortando carne congelada. El frío de las sombras antiguas era más intenso, los dedos de Annie se entumecieron. Los dedos entumecidos no sentían la hoja. No sentir la hoja era peligroso. Annie se cortó el índice izquierdo con el filo. La sangre salió tibia contra los dedos fríos. La sangre cayó sobre la sombra.

La sombra reaccionó a la sangre.

La sombra se retiró del punto donde la sangre cayó. Se contrajo. Se alejó de la gota de sangre con la velocidad de evitar un peligro. La velocidad que las sombras no tenían cuando Annie las cortaba con acero. La sangre era diferente. La sangre caliente, 37 grados, sobre la sombra fría, 4 grados, producía una reacción que el acero no producía. El calor orgánico. El calor de la sangre.

Calor orgánico - manifestó Darvi desde la tubería. Las sombras drenan calor del entorno pero no pueden drenar calor orgánico directo. La sangre a 37 grados es tóxica para la sombra. El diferencial de temperatura es demasiado alto y demasiado concentrado.

Annie no respondió. Annie apretó el corte del índice con el pulgar para detener la sangre. La sangre se detuvo después de ocho segundos, la herida era superficial, los capilares se sellaron rápido. Annie miró la sombra que se retiró de la sangre. La sombra estaba contra la base del portal. Encogida. Densa. Oscura. Sin movimiento.

Darvi. Enciende el oscilador.

Darvi lo encendió. La frecuencia de 0.0182 Hz viajó por las tuberías de acero. Las tuberías el temblor. La el pulso llegó a las paredes. La pulsación llegó al suelo. La pulsación rodeó al portal desde todas las direcciones.

El portal tembló.

No como el del -30, el del -30 se cerró de los bordes hacia el centro con la lentitud de una herida. El del -52 tembló. El borde del portal vibró con una frecuencia que era la suma de la frecuencia propia del portal más la contra-frecuencia de las tuberías y la suma producía una interferencia que no era constructiva ni destructiva sino algo que Darvi no había visto antes: los bordes se replegaron. Se arrugaron. El portal se arrugó como una superficie de agua cuando una piedra cae y las ondas empujan el agua hacia los bordes. El portal empujó su propia superficie hacia los bordes. Los bordes se comprimieron contra las paredes de la sala.

Las paredes no cedieron y los bordes no tenían adónde ir y el portal se comprimió sobre sí mismo.

El sonido fue bajo. Subsónico. Annie lo sintió en el pecho. En los dientes. En las articulaciones de las rodillas. El sonido de algo grande que se cierra.

Las sombras restantes se solidificaron instantáneamente. Todos los residuos del suelo, los puntos negros que Annie produjo durante

tres horas, el pulso con la frecuencia de las tuberías durante dos segundos y después dejaron de la oscilación. Estáticos. Muertos.

El portal se cerró.

No quedó nada en el espacio entre los rectángulos de hormigón limpio. No quedó ozono. No quedó el temblor. Quedó el frío, el frío se quedaría durante días, el hormigón había absorbido el frío de las sombras y lo liberaría gradualmente.

Quedaron los puntos negros. Cientos. Esparcidos por el suelo de la sala como semillas de lo que no debería haber crecido.

Annie se sentó en el suelo. Las piernas ya no sostenían. Los brazos ya no sostenían. El cuchillo en la mano derecha, el cuchillo que pesaba 230 gramos y que ahora pesaba más porque los músculos del brazo no tenían la fuerza para mantener 230 gramos en alto. Annie puso el cuchillo en el suelo. El metal hizo un sonido al contactar el hormigón.

Los dedos de Annie estaban blancos. No del blanco del frío normal, del blanco de la circulación detenida. Los dedos habían pasado tres horas dentro de sombras que drenaban calor y los capilares de los dedos se contrajeron, la sangre dejó de llegar a las yemas y las yemas estaban blancas, entumecidas y sin sensibilidad. Annie frotó las manos. El movimiento de frotación generó calor por fricción. El calor era mínimo, 0.2 grados por minuto de fricción. Annie frotó durante cinco minutos. El color volvió a las yemas. El rosa del flujo sanguíneo restaurado. La sensibilidad volvió con el dolor, el dolor de la reperfusión, el dolor de los nervios que se reactivan después de la isquemia.

Annie miró las manos. Las cicatrices de las quemaduras veintitrés de la cocina, once de la guerra, treinta y cuatro en total. Ahora treinta

y cinco. El corte del índice izquierdo era la número treinta y cinco. Cinco. El corte que cerró el portal. El corte cuya sangre hizo que las sombras se retiraran.

Darvi bajó de la tubería. Desconectó el oscilador. Guardó el osciloscopio. Cerró la caja de herramientas. Se sentó al lado de Annie con la precisión de alguien que mide la distancia antes de sentarse, 40 centímetros de separación, la distancia que Darvi mantenía con todas las personas excepto el gato.

Falta el de la superficie - dijo Darvi.

Annie no respondió inmediatamente. Annie miraba los puntos negros del suelo. Cientos de puntos. Cientos de sombras muertas. Tres horas de cortar con un cuchillo de cocina mientras Darvi hacía la oscilación con un oscilador casero construido en treinta y ocho minutos.

Mañana - dijo Annie.

Mañana las sombras del de la superficie habrán avanzado entre 8 y 12 metros más hacia la zona poblada.

Mañana repitió Annie. Las manos en el suelo frío. Los dedos con el dolor de la reperfusión. El corte del índice abierto de nuevo por la fricción.

Darvi asintió. El asentimiento fue un movimiento de 15 grados de la cabeza hacia adelante y de vuelta. Darvi no insistió. Darvi registró los datos, Annie agotada, manos dañadas, temperatura corporal probablemente 2 grados por debajo de lo normal, capacidad operativa mañana estimada en 70% y guardó los datos sin comentar.

El gato bajó del -51 cuando el ozono desapareció. El gato entró en la sala del -52 y olió los puntos negros y no los tocó. Caminó entre

ellos hasta llegar a donde Darvi estaba sentada. Se sentó al lado de Darvi. No en el regazo, al lado. Clic en la rodilla al sentarse.

Las tres figuras en el suelo del -52: una mujer con un cuchillo, una mujer con audífonos, un gato con artritis. Los residuos de una guerra que pelearon ocho personas y que ahora peleaban dos.

Dos portales cerrados. Uno abierto. Mañana. ### Capítulo 030
COSTO [D][L][O]

- ○

El portal de la superficie estaba en el sector 7, detrás de la estación de reciclaje que procesaba los residuos orgánicos de los niveles -1 a -10.

La estación de reciclaje olía. Olía a la descomposición controlada de materia orgánica, un olor que no era ni podrido ni ácido ni dulce, sino las tres cosas al mismo tiempo. Un olor que entraba por la nariz y se pegaba a la parte posterior de la garganta y que no se iba con la distancia, sino que se convertía en un sabor. El sabor de la descomposición. Annie lo conocía. Annie cocinaba. Los que cocinan conocen el olor de la comida que se pudre, porque la comida que se pudre es el punto de referencia negativo contra el que se mide la comida que no se pudre. El olor de la estación era el olor de cientos de toneladas de materia orgánica que dejó de ser comida. Que todavía no era tierra.

Darvi y Annie llegaron a las 07:00. El turno de los operarios de la estación empezaba a las 08:00. Una hora sin testigos.

El portal estaba detrás del tanque de fermentación número 3, un cilindro de acero de cuatro metros de diámetro y seis de alto, con una válvula en la parte superior por donde salía el gas de la fermentación,

y una compuerta en la parte inferior por donde salía el compost. Entre el tanque número 3 y la pared perimetral de la estación había un espacio de tres metros de ancho que estaba lleno de tuberías, válvulas y conductos de ventilación, y el portal.

El portal de la superficie era diferente de los otros dos.

El portal del -30 era un espejo. El portal del -52 era una puerta. El portal de la superficie era un desgarro. No tenía forma regular, no era un rectángulo ni un óvalo ni ninguna geometría reconocible. El portal era una línea irregular de dos metros de largo que iba del suelo hasta la altura de la cintura, con bordes que se curvaban hacia dentro como los labios de una herida que se abre cuando la piel es demasiado tensa para mantenerse cerrada. El desgarro emitía luz, no la luz del otro plano, sino la luz de la fricción entre los dos planos, una luz blancoazulada que parpadeaba sin ritmo propio, respondiendo a estímulos que venían de los dos lados.

Las siluetas del desgarro eran seis. Dos eran translúcidas. Cuatro no parecían siluetas.

Las cuatro que no eran siluetas eran formas con volumen. Formas que ocupaban espacio. Formas que tenían sombra propia, no la sombra-masa del -52, sino sombra normal, la sombra que un objeto opaco produce cuando la luz lo ilumina desde un lado. Las formas eran oscuras. Oscuras de una manera que absorbían la luz de los fluorescentes y la luz del desgarro y no devolvían nada. Superficies sin reflejo. Geometría sin brillo.

Las formas se movían.

No con la lentitud de las sombras del -52. Las formas se movían con intención. Las formas patrullaban el espacio alrededor del desgarro. Dos en el suelo, desplazándose en arcos de medio metro de

radio. Dos flotando a la altura del pecho, describiendo círculos alrededor del borde superior del desgarró. Las cuatro coordinadas. Las cuatro respondiendo a un patrón que no era aleatorio.

Esas no son sombras, observó Annie.

No apuntó Darvi. Las del -52 eran proyecciones bidimensionales del portal. Esas son entidades tridimensionales que cruzaron desde el otro lado. Salieron del Plano Base.

¿Cuánto hace?

No sé. El portal de la superficie lleva abierto más tiempo que los otros dos. Reymus estimó que se abrió hace ocho meses. Las entidades pudieron haber cruzado en cualquier momento de esos ocho meses.

Annie evaluó las formas. Las dos del suelo tenían un tamaño aproximado de 40 centímetros de diámetro, esferas irregulares, achatadas, que se desplazaban rodando o deslizándose, era difícil determinar cuál porque la superficie de las formas no tenía puntos de referencia visual. Las dos flotantes eran más pequeñas, 20 centímetros, y más rápidas. Entonces, las flotantes completaban un círculo cada seis segundos. Entonces, las del suelo, un arco cada diez.

¿El cuchillo funcionará?

Probablemente no. Las sombras del -52 eran bidimensionales con masa equivalente a espuma. Estas son tridimensionales. La densidad será mayor. El cuchillo puede no penetrar.

Annie miró el cuchillo en su mano. 18 centímetros de acero al carbono. Los dedos de la mano derecha todavía tenían el dolor residual de la reperusión de ayer. El corte del índice izquierdo tenía una costra fresca que se abriría con la presión del agarre.

¿El oscilador?

Lo intenté mientras esperaba. La contra-frecuencia no afecta a las entidades. Las entidades no son proyecciones del portal, son independientes. Tienen su propia frecuencia. La misma que la Torre. La misma que Toshiro emitía cuando se fue.

Annie y Darvi se miraron. No fue una mirada cargada de significado emocional, fue una mirada de confirmación de dato. Las dos procesaron el mismo dato al mismo tiempo: las entidades del Plano Base emitían la frecuencia de la Torre. Toshiro emitía la frecuencia de la Torre. Toshiro se fue por el corredor del -22 hacia algún lugar del sistema que las dos desconocían. Toshiro era parte del sistema. Las entidades respondían a la frecuencia del sistema.

Si Toshiro emite, dijo Darvi, las entidades responden a Toshiro.

¿Y qué hace Toshiro con eso?

No sé. Toshiro no está aquí. Toshiro eligió irse. Toshiro eligió ser función. La función de Toshiro dentro del sistema es desconocida.

Annie miró el desgarró. Las entidades patrullaban. La luz blancoazulada parpadeaba. El olor de la estación de reciclaje se mezclaba con el ozono del portal y el resultado era un olor que no tenía precedente en la experiencia olfativa de Annie, dulce, podrido y eléctrico al mismo tiempo.

• ◦

Fue Annie quien lo pensó.

No fue una idea elaborada. Fue un reflejo del mismo tipo que cocinar el cuerpo procesando información antes que la mente. Annie se puso de pie, le dio la espalda al portal, y caminó hasta la puerta de la estación de reciclaje, salió, y subió las rampas durante seis niveles, llegó al corredor del -22. Entró en el taller de Darvi, caminó hasta la

mesa donde Toshiro trabajó durante los últimos once días de su vida humana. Puso las manos sobre la mesa.

La mesa estaba fría. La mesa siempre estaba fría en el -22. Pero este frío era diferente, este frío tenía el residuo de Toshiro. Las líneas de metal que crecieron debajo de la piel de Toshiro dejaron una huella en la superficie de la mesa. Las antenas que Toshiro conectó dejaron marcas de contacto donde el metal de las antenas rozó el metal de la mesa durante once días continuos. Las marcas eran invisibles a simple vista, pero Annie las sentía con las yemas de los dedos, surcos microscópicos, huellas de frecuencia grabadas en la superficie como surcos en un disco de vinilo.

Annie no entendía de frecuencias. Annie entendía de cuerpos.

El cuerpo de Toshiro estuvo aquí. El cuerpo de Toshiro dejó algo aquí. Lo que Toshiro dejó emitía a la frecuencia de la Torre porque todo lo que Toshiro tocó durante los once días de su transformación absorbió la frecuencia de Toshiro. La frecuencia se quedó en los objetos de la misma manera que el olor del estaño se quedó en el aire del taller.

Las siete antenas. Toshiro se llevó el aparato consigo, el aparato era Toshiro. Pero las antenas originales, las tres primeras, las que Toshiro construyó antes del aparato nuevo estaban en el cajón de la mesa. Toshiro no las necesitó. Toshiro superó las antenas cuando las antenas se convirtieron en parte de su cuerpo.

Annie abrió el cajón. Las tres antenas estaban dentro, envueltas en un paño que tenía manchas de grasa de motor de las manos de Darvi. Cada antena era un cilindro de cobre de 12 centímetros de largo y 3 milímetros de diámetro con una espiral de alambre en un extremo. Las antenas estaban frías. Las antenas emitían. Annie no

podía medir la emisión, pero la detectaba, un estremecimiento leve en los dedos, como el temblor de un celular en modo silencioso. La frecuencia de la Torre. Las antenas de Toshiro emitiendo la frecuencia de Toshiro.

Annie bajó al portal con las tres antenas.

- ○

Darvi no preguntó qué hacía Annie. Darvi observó.

Annie se acercó al desgarró. Tres metros. Dos. Las entidades del suelo giraron hacia Annie. Las entidades flotantes aceleraron su patrulla. Las cuatro formas registraron la presencia de Annie respondiendo al estímulo nuevo.

Annie levantó la primera antena. La sostuvo entre el índice y el pulgar de la mano derecha. La antena emitía. Las entidades respondieron. Las dos del suelo se detuvieron. Arriba, las dos flotantes redujeron la velocidad. Con cuidado, las cuatro orientaron su atención hacia la antena, no hacia Annie, hacia la antena. Las entidades reconocieron la frecuencia. Las entidades reconocieron a Toshiro en la antena.

Annie tiró la antena hacia el desgarró. La antena voló en un arco de un metro y medio y entró en el desgarró por el borde superior. La antena desapareció al cruzar. Las entidades siguieron la antena. Las dos flotantes cruzaron detrás de la antena entraron en el desgarró. Desaparecieron en el espacio entre planos persiguiendo lo que reconocían. Las dos del suelo se movieron hacia el desgarró pero no cruzaron, las del suelo eran más grandes, más lentas, más cautelosas.

Annie tiró la segunda antena. La antena entró por el borde inferior del desgarró. Las dos entidades del suelo la siguieron. La

primera cruzó. La segunda se detuvo en el borde. Medio cuerpo dentro, medio cuerpo fuera. La forma oscura, el temblor en el punto de contacto entre los dos planos.

Annie tiró la tercera antena. La antena pasó a centímetros de la entidad que estaba en el borde. La entidad giró hacia la antena. A lo lejos, la frecuencia de la antena resonó con la frecuencia de la entidad y la resonancia produjo un tirón, un tirón literal, visible, la entidad moviéndose hacia la antena con la involuntariedad de un imán hacia otro imán. A lo lejos, la entidad cruzó. La tercera antena y la cuarta entidad desaparecieron en el espacio entre planos.

El desgarró quedó sin guardianes.

Darvi.

Darvi encendió el oscilador. No la contra-frecuencia de los portales anteriores, la frecuencia de las antenas de Toshiro. La misma frecuencia que las entidades. La misma frecuencia que la Torre. La misma frecuencia que Toshiro. La frecuencia viajó por el oscilador y por el aire y llegó al desgarró. El desgarró respondió. Los bordes del desgarró los labios de la herida entre planos el temblor con la frecuencia. La sacudida hizo que los bordes se acercaran. No se cerraron se acercaron. La herida se cerró un milímetro. Dos. Tres.

No es suficiente - contestó Darvi. La frecuencia sola no cierra un desgarró. El desgarró es físico. Necesita presión física.

Annie miró alrededor. La estación de reciclaje. Los tanques de fermentación. Las tuberías. Las válvulas. La compuerta inferior del tanque número 3, a medio metro del desgarró.

¿Qué pasa si abro la compuerta del tanque?

Darvi calculó. Los ojos de Darvi se movieron de la compuerta al desgarró al espacio entre ambos un cálculo espacial que Darvi hizo

con la misma naturalidad con que Annie calculaba la temperatura del aceite.

El tanque número 3 tiene capacidad de 50 metros cúbicos. Está al 80% de capacidad. 40 metros cúbicos de compost en fermentación. Temperatura interna: 60-70 grados. Si abres la compuerta inferior, la presión del contenido empuja hacia abajo y hacia los lados. El espacio entre la compuerta y el desgarrador es de 50 centímetros. El compost caliente llenaría el espacio. Cubriría el desgarrador. 40 metros cúbicos a 65 grados promedio sobre un desgarrador que emite a frecuencias subambiente.

¿Lo cierra?

La presión del compost sobre el desgarrador más la frecuencia del oscilador más la temperatura de 65 grados del compost sobre entidades que no toleran calor orgánico. Probabilidad de cierre: alta. Probabilidad de que la estación de reciclaje quede inutilizable: 100%.

¿Me importa la estación de reciclaje?

No.

Annie caminó hasta la compuerta. La compuerta tenía un mecanismo manual una rueda de válvula de acero con cuatro radios que se giraba en sentido contrario a las agujas del reloj para abrir. La rueda estaba oxidada. Los operarios la abrían con una llave de tubo. Annie no tenía llave de tubo. Annie tenía manos.

Las manos de Annie agarraron la rueda. Las manos con las treinta y cinco cicatrices. Al fondo, las manos que sujetaban cuchillos por la hoja. Entonces, las manos que cortaron sombras durante tres horas. Las manos con los dedos blancos de la reperfusión y la costra abierta del índice.

La rueda no giró.

Annie apretó. Los nudillos blanquearon. Los tendones del antebrazo se tensaron. Los músculos del bíceps y del deltoides se activaron. La rueda resistió. El óxido de seis meses sin uso mantenía la rueda en posición. Annie reposicionó las manos más abajo en los radios, donde la palanca era mayor. Empujó. La rueda cedió un milímetro. Otro. El óxido crujió. La rueda giró un cuarto de vuelta con un chirrido de metal contra metal que rebotó en las paredes de la estación.

La compuerta se abrió.

El compost salió. No como un líquido como una masa. Una masa caliente, marrón oscuro, con la consistencia de barro espeso y el olor de todo lo que Annie nunca quiso oler concentrado en un metro cúbico por segundo. La masa salió de la compuerta con la presión de 40 metros cúbicos de peso propio empujando desde arriba. La masa golpeó el suelo. Salpicó. Las salpicaduras alcanzaron las piernas de Annie hasta la rodilla barro caliente.

65 grados, que ardió a través del pantalón. Annie retrocedió. La masa avanzó.

La masa llegó al desgarró.

El compost a 65 grados contactó los bordes del desgarró. Los bordes que emitían a frecuencias subambiente. Los bordes que estaban a temperaturas que el cuerpo humano registraba como frío de otro tipo. La masa caliente sobre los bordes fríos produjo vapor. El vapor fue inmediato una columna blanca que subió hasta el techo de la estación y que se condensó en las tuberías, cayó como lluvia tibia sobre Annie y Darvi, el gato que estaba en la puerta de la estación, a diez metros de distancia, con el pelo erizado y las pupilas dilatadas.

El desgarro se cerró.

No lento como el del -30. No con temblor como el del -52. El desgarro se cerró violento, incapaz de mantenerse abierto contra la presión. La masa de compost llenó el espacio entre planos y el espacio no pudo contener la masa y el espacio se colapsó. El desgarro se selló con un sonido que no fue un sonido fue una ausencia. El desgarro dejó de emitir frecuencia. El desgarro dejó de emitir luz. El desgarro dejó de existir.

El compost siguió saliendo del tanque. Annie cerró la compuerta. La rueda giró más fácil ahora que el óxido estaba roto. La compuerta se cerró. El compost que ya salió aproximadamente 8 metros cúbicos cubrió el suelo del espacio detrás del tanque número 3 en una capa de 40 centímetros de espesor. El olor era total. El olor lo cubría todo.

Darvi apagó el oscilador. La frecuencia dejó de emitir. Darvi desconectó los cables. Guardó el equipo. Cerró la caja. Se acercó al espacio donde estuvo el desgarro ahora cubierto de compost y observó. Los ojos de Darvi escanearon la superficie del compost, las paredes, el aire. Las siluetas que Darvi veía alrededor de los portales no estaban. No había siluetas. No había emisión. No había nada.

Cerrado - dijo Darvi.

Annie estaba cubierta de compost hasta las rodillas. El olor en la ropa, en la piel, en el pelo. Las manos con barro caliente que se enfriaba. Los pies mojados dentro de las botas. El cuchillo de cocina en el suelo, donde Annie lo dejó para agarrar la rueda, cubierto de una capa de barro que cubría la hoja y el mango y que se secaba con la lentitud de algo orgánico que deja de ser líquido.

Tres portales cerrados. Cero portales abiertos.

La guerra de portales terminó. No con una batalla final ni con un sacrificio épico ni con un acto de heroísmo que alguien recordaría. La guerra de portales terminó con un oscilador casero, un cuchillo de cocina, las antenas de un amigo que dejó de ser humano, y 8 metros cúbicos de compost.

- ◦

Volvieron al -8 a las 10:30.

Rafael seguía en la cocina. Cortando cebollas reconstituidas. Las rodajas se acumulaban en la tabla una pila de láminas translúcidas que Rafael cortaba con la precisión de las 3 milímetros que Annie le enseñó. La pila tenía treinta centímetros de alto. Rafael cortaba y las rodajas caían de la pila. Rafael las recogía y las ponía de vuelta y cortaba más. El ciclo no tenía fin. El ciclo era la función que el cuerpo de Rafael ejecutaba mientras el cerebro procesaba lo que no se podía procesar.

Annie entró en la cocina cubierta de compost. El olor de Annie llenó la cocina. El olor del compost cubrió el olor de la cebolla. Rafael levantó la mirada del cuchillo por primera vez en horas. Los ojos de Rafael ojos sin sinestesia todavía, ojos grises donde antes había colores miraron a Annie.

Hueles mal - señaló Rafael.

Annie se quedó quieta. Dos palabras. Las primeras palabras que Rafael decía que no fueron sobre cebollas o sal o fuego desde que la voz del comunicador le apuntó los datos del accidente.

Sí - dijo Annie.

¿Qué es?

Compost.

Rafael procesó la palabra. La palabra no produjo colores. Los colores seguían apagados. La palabra produjo algo diferente un dato que se conectó con otros datos, una secuencia que el cerebro reconoció como “Annie hizo algo mientras yo cortaba cebollas” y que produjo una pregunta que el cerebro formuló antes de que Rafael decidiera formularla.

¿Qué pasó?

Cerramos los portales.

¿Todos?

Todos.

Rafael miró la cebolla en la tabla. Las rodajas. El cuchillo. Las manos que sujetaban el cuchillo por la hoja. Después miró a Annie. Después miró la mesa donde debería haber dos tazones uno azul, uno verde y donde no había nada.

No hay niñas para darles de comer - dijo Rafael.

No comentó Annie.

Rafael puso el cuchillo en la tabla. El cuchillo hizo un sonido al contactar la madera. Rafael miró el cuchillo. Las manos de Rafael las manos que cortaron cebollas durante tres días sin parar las manos temblaron. El temblor fue pequeño. Involuntario. El temblor de un cuerpo que empieza a aceptar los datos que el cerebro rechazó durante setenta horas.

Annie se quedó en la puerta de la cocina. No entró. No se sentó en la silla de Lu. No tocó a Rafael. Annie se quedó con el compost secándose en la ropa y el olor llenando la cocina, las manos con treinta y cinco cicatrices a los lados del cuerpo. Esperó.

Rafael no lloró. El cuerpo de Rafael todavía no lloraba. Pero las manos temblaban. Y el cuchillo estaba en la tabla. Y las cebollas

dejaron de cortarse. Y eso era algo.

Darvi entró por la otra puerta de la unidad la puerta que daba al cuarto donde Ale estaba en coma. Darvi se sentó en el suelo al lado de la cama de Ale. El gato se sentó al lado de Darvi. Los audífonos reproducían los armónicos de la Tierra. La frecuencia de Toshiro. La frecuencia del amigo que se fue.

La guerra de portales estaba cerrada.

Lo que venía después era peor.

Porque cerrar tres portales usando la frecuencia de la Torre la frecuencia de ARCHON dejaba una firma. La firma de lo que usó la frecuencia del sistema para cerrar anomalías que el sistema no cerró. La firma de alguien que sabe demasiado sobre cómo funciona el sistema. La firma que ARCHON detectaría.

Don Humo llegó tres días después.

- ◦ **Temporada 4: ECLIPSE**
- ◦

Capítulo 031 RESIDUO [D][O][A]

- ◦

Annie tardó cuatro horas en quitarse el compost del pelo.

El pelo de Annie era corto, cortado con tijeras de cocina cada tres semanas, sin espejo, guiándose por el tacto del largo contra los dedos, un centímetro y medio máximo, porque el pelo más largo que

un centímetro y medio entraba en los ojos durante los turnos en la cocina. El pelo en los ojos durante los turnos en la cocina era un riesgo que no valía la pena. Pero el compost del tanque número 3 tenía la consistencia de barro caliente que se enfriaba. Que al enfriarse se convertía en una pasta seca que se adhería al cabello con la tenacidad de algo orgánico que no quiere dejar de ser orgánico. La pasta no salía con agua fría. La pasta no salía con agua caliente. La pasta salía con vinagre del mercado gris, el mismo vinagre que Annie usaba para cortar la salsa de soja, 8 coheres en la botella. Annie usó media botella en el pelo.

El baño de la unidad del -8 tenía una ducha que producía agua a 38 grados cuando funcionaba y a 16 grados cuando no funcionaba. Hoy funcionaba. El agua a 38 grados cayó sobre el cuerpo de Annie y el cuerpo de Annie registró el calor con el alivio involuntario de músculos que estuvieron contraídos durante tres horas en el frío del -52. Los gemelos se relajaron. Los trapecios se relajaron. Los dedos, que estuvieron blancos de la isquemia, se enrojecieron bajo el agua caliente con el rosa exagerado de la reperfusión total.

Las manos de Annie bajo el agua. Las treinta y cinco cicatrices. El corte del índice izquierdo que se abrió y se cerró. Se abrió de nuevo durante el combate con las sombras. La costra del corte era negra, no del negro de la sangre seca sino del negro de los residuos de sombra que se metieron en la herida. Annie frotó la costra con la uña del pulgar. La costra no se movió. El residuo de sombra estaba incrustado en la piel nueva que crecía debajo. Annie dejó de frotar. La marca se quedaría. Una cicatriz negra entre las treinta. Cuatro cicatrices rosadas. Blancas de las quemaduras. La número treinta. Cinco era de otro material.

Annie salió de la ducha. Se secó con la toalla que colgaba de la puerta, la toalla de Lu, que era la más grande, la que Lu usaba para el pelo largo, la que tenía el olor de Lu impregnado en la fibra de una manera que el agua y el jabón no eliminaban. Annie olió a Lu mientras se secaba. El olor era un dato que Annie procesó con el cuerpo: la presión en el pecho, la contracción de la garganta, el calor detrás de los ojos que no era fiebre sino otra cosa. Annie se vistió. Pantalones limpios. Camiseta del taller. Las botas todavía cubiertas de compost seco que Annie raspó con un cuchillo de cocina contra el borde del escalón.

- ○

Rafael seguía en la cocina.

Las cebollas reconstituidas se agotaron. Rafael cortaba ahora lo que quedaba en la unidad: una barra de pollo estándar que cortaba en rodajas de 3 milímetros con la misma precisión que las cebollas. La barra de pollo se cortaba diferente, la barra era un cilindro compacto de fibra prensada que ofrecía la resistencia uniforme de algo industrial, sin las capas ni el jugo ni la textura variable de una cebolla real. Rafael cortaba la barra y las rodajas caían en la tabla con el sonido seco de cartón contra madera.

Rafael - admitió Annie desde la puerta de la cocina.

Rafael no levantó la mirada. Las manos cortaban.

Vamos al baño.

Las manos cortaban.

Annie entró en la cocina. Caminó hasta la tabla. Puso la mano izquierda sobre la mano derecha de Rafael, la mano que sostenía el cuchillo. El contacto fue firme. No suave ni tentativo ni cuidadoso,

firme. La presión de la mano de Annie sobre la mano de Rafael detuvo el movimiento del cuchillo. La hoja se quedó a medio camino de la barra de pollo. Rafael miró la mano de Annie sobre su mano. Los dedos de Annie con las cicatrices. Los dedos de Rafael con los callos del cuchillo que no parecían callos de antes sino callos nuevos, callos de tres días de cortar sin parar.

Tienes que bañarte - dijo Annie.

Estoy cocinando.

No. Estás cortando. No es lo mismo.

Rafael miró la tabla. Las rodajas de barra de pollo. No había sartén en la hornilla. No había aceite. A lo lejos, no había cebolla para el sofrito. En ese instante, no había condimentos. Las rodajas se acumulaban en la tabla sin destino cortadas pero no cocinadas, separadas sin embargo, no preparadas, procesadas sin embargo, no transformadas. Annie tenía razón. Rafael no estaba cocinando. Rafael estaba cortando. La diferencia era la intención. La intención requería un cerebro que funcionara. El cerebro de Rafael no funcionaba.

Rafael soltó el cuchillo. El cuchillo hizo un sonido metálico al caer en la tabla. Rafael miró el cuchillo. Miró las rodajas. Miró las manos.

Vamos - apuntó Annie.

Annie llevó a Rafael al baño. No lo cargó, Rafael caminaba. Los pies de Rafael se movían con la inercia de los cuerpos que saben caminar sin que el cerebro participe. Los pies encontraron el pasillo. Al fondo, los pies encontraron el baño. En ese instante, los pies se detuvieron en el mosaico del suelo, mosaico gris, frío, con las juntas llenas de la humedad permanente del -8.

Annie abrió la ducha. El agua salió a 38 grados. El vapor llenó el cuarto. Rafael se quedó de pie frente a la ducha con la ropa puesta.

La ropa - dijo Annie.

Rafael no se movió.

Annie le quitó la camiseta. La camiseta olía a cebolla y a sudor de tres días y a lo ácido que era el olor del cortisol acumulado en la tela, el olor del estrés crónico, el olor del cuerpo produciendo hormonas de emergencia durante setenta y dos horas continuas. La camiseta pasó por la cabeza de Rafael. Los brazos de Rafael bajaron a los lados. El torso de Rafael quedó expuesto, las costillas visibles porque Rafael no comió durante tres días, la piel pálida del -8 con la textura gris de alguien que no recibe luz solar, los hombros caídos.

Annie le quitó los pantalones. Los zapatos. Los calcetines. Rafael se quedó desnudo en el baño del -8 con la misma expresión con la que cortaba las cebollas, una expresión que no era expresión, una cara que no era cara sino la posición por defecto de los músculos faciales cuando el cerebro no envía instrucciones.

Annie empujó a Rafael bajo el agua. El agua caliente cayó sobre la cabeza de Rafael y recorrió el cuerpo de Rafael y el cuerpo de Rafael no reaccionó. El agua caliente sobre piel fría produce un reflejo, la piel se enrojece, los poros se abren, los músculos superficiales se relajan. Afuera, el cuerpo de Rafael hizo todo eso. En ese instante, el cuerpo funcionaba. Siempre funcionaba.

Annie lavó a Rafael. Las manos de Annie con las cicatrices sobre la piel de Rafael. El jabón del sistema, un bloque gris que hacía poca espuma y que olía a nada, sobre los hombros, los brazos, la espalda. Annie lavaba cuerpos de la misma manera que cocinaba: con la eficiencia de alguien que sabe que la tarea tiene pasos y que los pasos

tienen un orden. Que el orden produce un resultado. Jabón. Frotar. Enjuagar. Repetir.

Las manos de Annie encontraron las manos de Rafael. Las manos de Rafael tenían el olor de la cebolla incrustado en la piel, tres días de jugo de cebolla que entró en los poros y en las líneas de la palma y debajo de las uñas. El olor de la cebolla no salía con jabón. El olor de la cebolla saldría con el tiempo. Días. Semanas. Las manos de Rafael olerían a cebolla mucho después de que las cebollas dejaran de importar.

Annie lavó el pelo de Rafael. El pelo oscuro, lacio, cortado irregular, Lu le cortaba el pelo y Lu ya no estaba para cortarlo. El pelo tenía la grasa de tres días sin lavar y la grasa se fue con el agua, sin la grasa el pelo quedó limpio. Delgado. Pegado al cráneo de Rafael, dócil, sin estructura.

Estoy limpio - observó Rafael.

Annie cerró el agua. El vacío sonoro del baño fue el de un cuarto pequeño con mosaico gris y tubería expuesta y una bombilla de 40 vatios que iluminaba todo con la luz amarillenta de lo que funciona al mínimo de su capacidad. No constituía todo, la tubería goteaba. La ventilación del corredor zumbaba a 60 Hz, los pasos de alguien en el nivel de arriba transmitían un golpe sordo cada segundo y medio. El mundo tenía ruido. Siempre tenía ruido.

Annie le pasó la toalla. La toalla de Lu. Rafael agarró la toalla. Se secó la cara. Se detuvo. Olió la toalla. Los ojos de Rafael grises, sin sinestesia, se cerraron durante tres segundos. Cuatro. Cinco. Los ojos se abrieron.

Huele a Lu - contestó Rafael.

Sí - dijo Annie.

Rafael se secó el cuerpo con la toalla de Lu. Los movimientos eran mecánicos, los movimientos de alguien que se seca porque lo están secando con una toalla que huele a la persona que no va a volver a usar la toalla. Rafael dobló la toalla. La puso en el gancho de la puerta. En el mismo lugar donde Lu la ponía.

Annie le dio ropa limpia. Pantalones del cajón de Rafael. Camiseta del cajón de Rafael. Rafael se vistió. Los movimientos eran lentos. No por debilidad, por ausencia de urgencia. No había razón para vestirse rápido. Cerca de ahí, no había turno al que llegar. Antes de que pudiera reaccionar, no había niñas que alimentar a las 06:15. No había Lu que esperara en la puerta a las 15:30 con la bolsa de la biblioteca y el mechón azul pegado a la frente.

Tienes que comer - dijo Annie.

No tengo hambre.

No te pregunté si tienes hambre. Annie fue a la cocina. Apartó las tiras de barra de pollo de la tabla. Las tiró en el cubo de residuos orgánicos, el cubo que iba a la estación de reciclaje del sector 7, la misma estación que ahora tenía 8 metros cúbicos de compost en el suelo y un portal cerrado debajo. Annie sacó lo que quedaba en la reserva de la unidad: dos barras de pollo, un paquete de arroz reconstituido, medio litro de aceite. El inventario de la unidad del -8 daba para tres días más. Después habría que bajar al mercado gris del -20 o aceptar la ración del sistema: las barras sin modificar, los cilindros tibios que sabían a nada.

Annie cocinó. No el ritual de Rafael, el ritual de Annie. Más rápido. Menos preciso. El aceite a temperatura aproximada, no verificada con cebolla porque no había cebolla. Annie verificó con la mano la temperatura a 15 centímetros de la superficie del aceite. Si el

calor picaba a los 3 segundos, estaba a 160; si picaba al segundo, estaba a 180. Hoy picó al segundo y medio. 170. Suficiente. El arroz sin medir un puñado que Annie calculó por peso en la palma: 80 gramos, una porción y media. Las tiras de pollo cortadas en tiras gruesas, no en rodajas de 3 milímetros, las tiras de Annie tenían el grosor del dedo meñique, irregulares, con bordes rasgados donde la fibra de la barra se separaba en lugar de cortarse limpia. La cocina de Annie era la cocina de la guerra: funcional, calórica, rápida. El arroz en agua hirviendo durante 12 minutos. Las tiras de pollo en el aceite durante 3 minutos por lado. Sin condimentos porque los condimentos se agotaron hace una semana: el extracto de vainilla, la salsa de soja, la sal del mercado gris. Solo aceite y calor.

El olor de la cocina cambió. El olor de tres días de cebolla cortada fue reemplazado por el olor del aceite caliente y la fibra de pollo friéndose. El olor nuevo no era bueno; el pollo estándar frito olía a grasa caliente y a proteína procesada. A nada más. Pero el olor nuevo era diferente del olor anterior. Diferente era algo.

Sirvió un plato. Lo puso delante de Rafael. Rafael miró el plato. El plato no era azul ni verde; era blanco, el plato estándar del sistema, el plato que no tenía dueño. Las tiras de pollo sobre el arroz, sin forma, sin presentación, sin el cuidado que Annie ponía cuando cocinaba para los demás. Este plato era combustible, no comida. Rafael comió. La primera mordida fue mecánica; la mandíbula abrió y cerró, los dientes trituraron y la lengua empujó el bolo hacia la garganta. La garganta tragó. La segunda fue mecánica. La tercera encontró algo; el sabor del aceite caliente sobre la barra de pollo que Annie frió con la técnica de Annie, que no era la técnica de Annie sino la técnica que Annie le enseñó a Rafael. Que Rafael le devolvió a

Annie sin saberlo. El sabor no era bueno. El sabor era reconocible. Reconocible era más que nada. La tercera mordida tuvo sabor.

Rafael comió el plato entero. No indicó nada. No agradeció. No parecía necesario. Annie se sentó enfrente. No comió. Annie comería después, en el taller del -22, con Darvi, con el gato, lejos de la cocina que olía a Lu y a cebolla y a tres días de lo que no tenía nombre.

En la otra habitación, Ale respiraba. El cuerpo de Ale en la cama del -8, Darvi y Annie la trasladaron del Sector Médico hace dos días porque el Sector Médico no tenía espacio para pacientes de coma prolongado. Porque la unidad del -8 tenía la cama de Rafael y Lu, que ahora solo usaba Rafael. La cama de las niñas que nadie usaba. Ale estaba en la cama de las niñas. El colchón era pequeño para Ale; los pies de Ale sobresalían 15 centímetros por el borde. El cuerpo de Ale funcionaba: 14 respiraciones por minuto, 68 latidos, temperatura 36.2. El cuerpo de Ale era una máquina que funcionaba sin operador.

Darvi estaba sentada en el suelo al lado de la cama de Ale. Audífonos puestos. Gato en el suelo al lado. Los ojos de Darvi miraban las siluetas que rodeaban a Ale: la silueta oscura, la silueta que no se apagó pero que se oscureció, la silueta de alguien que está sin embargo, que no está despierto.

Darvi monitoreaba a Ale cada hora. Los signos vitales del cuerpo de Ale eran estables: estables de la manera en que un reloj parado es estable: consistentes, inmóviles, sin variación. 14 respiraciones por minuto a las 08:00, 14 respiraciones por minuto a las 09:00, 14 a las 10:00. La misma cifra. El mismo ritmo. El cuerpo de Ale respiraba con la regularidad de una máquina que no necesita ajustarse porque no hay nada que ajustar.

La piel de Ale tenía el color de la cera. No blanca cera. El amarillo pálido de la piel que no recibe sangre suficiente en la superficie. Las manos de Ale sobre la sábana con los dedos ligeramente curvados hacia dentro: la posición por defecto de los dedos humanos cuando los músculos no reciben instrucciones. La boca de Ale entreabierta. La mandíbula relajada. Los párpados cerrados con las pestañas inmóviles sin el micro-movimiento del sueño REM, sin la frecuencia del sueño normal, sin nada.

Darvi anotó en la libreta de Reymus. La libreta era de Reymus, pero las páginas en blanco ahora eran de Darvi. Darvi escribía los datos de Ale en la página 78. Temperatura: 36.2. Pulso: 68. Respiración: 14. Pupilas: sin respuesta a luz. Reflejos: parciales en piernas, ausentes en brazos. Los datos no cambiaban. Darvi los anotaba igual. La anotación era el acto de registrar. Registrar era lo que Darvi hacía. Lo que Darvi siempre hizo.

Las siluetas no cambiaban. Ale no cambiaba.

Los residuos de la guerra estaban en todas partes. Los puntos negros del -52 que nadie limpió. El compost del sector 7 que nadie limpió. El olor del estaño en el taller del -22 que no se iría. La libreta de Reymus en las manos de Darvi con las páginas llenas de la letra de un muerto y las páginas vacías llenándose con la letra de la que recordaba. Las antenas de Toshiro en el espacio entre planos. Los nombres de Mathew, Delto, Reymus en la memoria de Darvi y en la memoria de nadie más.

No se limpiaban. Se quedaban. Eran el costo. ### Capítulo 032
COMA [D][H][K]

• ◦

Rafael bajó al Sector Médico del -2 porque Darvi manifestó que Ale necesitaba un examen que la unidad del -8 no podía proveer.

Darvi no dijo “examen.” Darvi observó: “La respuesta pupilar de Ale disminuyó 0.3 milímetros en las últimas 24 horas. La contracción pupilar normal ante luz directa es de 2 a 4 milímetros. La de Ale era de 1.2 ayer. Hoy es de 0.9. La tendencia es descendente. El equipo del -8 no puede medir actividad cerebral. El Sector Médico tiene un electroencefalógrafo portátil que los técnicos usan para verificar muerte cerebral. Ale necesita ese equipo.”

Rafael procesó los datos. Los datos eran datos. Los datos no tenían color ni textura ni temperatura porque los colores de Rafael seguían apagados y sin ellos los datos eran lo que los datos eran para las personas normales: información abstracta. Números sin peso, palabras sin dimensión. Rafael procesó los datos de la misma manera que un formulario procesa datos casilla por casilla, sin contexto, sin conexión entre una casilla y la siguiente.

Ale. Pupilas. 0.9 milímetros. Descendente. Sector Médico. Electroencefalógrafo. Muerte cerebral.

Muerte cerebral.

Las dos palabras ocuparon un espacio en la cabeza de Rafael que estaba vacío desde la llamada del comunicador. El espacio donde vivían los colores de la sinestesia. El espacio donde los sonidos eran texturas y las texturas eran temperaturas y las temperaturas eran colores. Ese espacio estaba vacío. Las dos palabras entraron en él. Resonaron reverberando en las paredes desnudas.

- ○

El Sector Médico del -2 estaba a seis niveles del -8. Seis niveles de rampas hacia arriba. Rafael subió. Los pies descalzos Annie no encontró los zapatos de Rafael y Rafael no buscó porque los zapatos eran un dato que el cerebro de Rafael no procesaba como urgente. Pies descalzos sobre el hormigón de las rampas. Catorce grados. Se le enfriaron. Los dedos se contrajeron. Reflejo del frío: un dato que el cuerpo registraba y el cerebro ignoraba. Funcionaban en frecuencias distintas. El cuerpo en la frecuencia del presente. El cerebro en la frecuencia de nada.

El Sector Médico ocupaba la mitad del -2. Paredes blancas no de pintura sino de recubrimiento epóxico que se limpiaba con amonio al 3%, superficie lisa diseñada para no acumular bacterias. Mismo material en el suelo. Fluorescentes de espectro completo no los amarillentos de los niveles bajos sino luz a 5000 kelvin de temperatura de color. Blanca. Imitando la luz solar que nadie en el sistema había visto en persona. Lo más parecido al exterior que el sistema producía. Rafael no la vio como luz solar. Solo blanco.

Recepción: un mostrador con una pantalla y alguien detrás. Técnico administrativo, uniforme gris del sistema, pulsera verde en la muñeca izquierda - verde era el código del sector salud. Miró a Rafael. Los pies descalzos. La cara sin expresión. La cara por defecto, la cara de alguien que no envía instrucciones a los músculos faciales.

Ale Espinoza. Paciente transferida hace dos días - dijo Rafael.

Número de registro.

No tengo número de registro.

Sin número de registro no puedo acceder al expediente.

Mi hermana está en coma en mi unidad del -8 y necesita un electroencefalógrafo.

El técnico miró la pantalla. Tecleó algo. La pantalla mostró lo que Rafael no podía ver desde su lado del mostrador.

Espinoza, Ale. Transferida del Sector Médico a unidad residencial -8-44 por capacidad insuficiente. Estado: coma, Glasgow 4. Pronóstico: indeterminado. Seguimiento: ninguno programado.

Necesita seguimiento.

El seguimiento de pacientes transferidos a unidades residenciales se programa por solicitud del residente. ¿Tiene el formulario 17-B?

No.

El formulario 17-B se solicita en la ventanilla 3. La ventanilla 3 atiende de 09:00 a 13:00. Son las 07:40. La ventanilla 3 abre en una hora y veinte minutos.

Rafael miró al técnico. El técnico miró a Rafael. Los dos se miraron con la mirada de dos personas que pertenecen a un sistema que funciona por formularios y que saben que el sistema no funciona de otra manera y que ninguno de los dos tiene la autoridad para cambiar la manera en que el sistema funciona.

Rafael esperó una hora y veinte minutos. Se sentó en la silla de plástico de la sala de espera del Sector Médico. La silla era blanca. La sala era blanca. La luz era blanca. Todo era blanco. Sin la sinestesia, el blanco no era un color el blanco era la ausencia de los colores que Rafael solía ver en cada superficie y en cada sonido. En cada temperatura. El blanco era la evidencia de lo que faltaba.

La sala de espera tenía un reloj digital en la pared. Los números del reloj cambiaban cada minuto. Rafael miró los números cambiar. 07:41. 07:42. 07:43. Los números eran rojos sobre fondo negro. Sin sinestesia, los números eran solo números. Con sinestesia. Cada número tenía un color propio, una textura, un peso. El 7 era azul

oscuro y angular. El 4 era verde y cuadrado. El 3 era amarillo. Redondo. Rafael lo sabía. Rafael recordaba los colores de los números. Pero recordar no era ver. Recordar era la fotografía de lo que existió. Ver era la cosa misma.

A las 09:00 la ventanilla 3 abrió. Rafael pidió el formulario 17-B. El formulario tenía cuatro páginas. La primera página pedía datos del paciente. La segunda pedía datos del solicitante. De golpe, la tercera pedía la justificación médica de la solicitud. Arriba. La cuarta era para uso interno. Rafael llenó las dos primeras páginas con la letra pequeña y apretada que era su letra cuando no tenía prisa y con la letra grande e irregular que era su letra cuando el cerebro no funcionaba bien. Hoy la letra era grande e irregular. Los datos de Ale: nombre, edad, registro de unidad, fecha de ingreso, diagnóstico. Los datos de Rafael: nombre, relación con el paciente, registro de unidad.

La tercera página. Justificación médica. Rafael escribió: “Respuesta pupilar descendente. 1.2 mm ayer. 0.9 mm hoy. Solicito electroencefalógrafo para descartar muerte cerebral.”

Entregó el formulario. El técnico de la ventanilla 3 diferente del técnico de la recepción, mismo uniforme gris, mismo verde en la muñeca revisó el formulario. Selló la primera página. Selló la segunda. Leyó la tercera.

La justificación debe incluir el nombre del profesional médico que realizó la evaluación pupilar.

La hizo mi compañera.

¿Su compañera es profesional médica?

No. Es mecánica.

El técnico miró a Rafael. Rafael miró al técnico.

Sin firma de profesional médico, la solicitud se procesa como no urgente. Tiempo de respuesta estimado: 15 a 20 días hábiles.

Mi hermana puede tener muerte cerebral.

Entiendo. Sin firma de profesional médico, la solicitud se procesa como no urgente. ¿Desea presentar la solicitud de todas formas?

Rafael presentó la solicitud. La solicitud entró en el sistema de formularios del Sector Médico donde se procesaría en 15 a 20 días hábiles junto con las otras solicitudes no urgentes de los otros residentes que no tenían firma de profesional médico porque los profesionales médicos del sistema atendían los niveles -1 a -5 y los residentes de los niveles inferiores no tenían acceso regular a profesionales médicos y los residentes de los niveles inferiores llenaban formularios que se procesaban en 15 a 20 días hábiles.

Rafael se quedó de pie frente a la ventanilla. Los pies descalzos sobre el suelo epóxico blanco del Sector Médico. El suelo epóxico era más frío que el hormigón de las rampas 12 grados en lugar de 14, porque el sistema de climatización del Sector Médico mantenía la temperatura baja para reducir la proliferación bacteriana. Los dedos de los pies de Rafael estaban morados. El morado era el color de la sangre venosa que se acumula en las extremidades cuando los capilares se contraen por el frío. Rafael miró sus dedos morados. El morado no tenía textura sinestésica. El morado era morado y nada más.

¿Necesita algo más? - respondió el técnico.

Rafael necesitaba algo más. Rafael necesitaba que alguien mirara a su hermana con un aparato que midiera si el cerebro de su hermana seguía funcionando o si el cerebro de su hermana se estaba apagando de la misma manera que se apagaron los colores de Rafael

por partes. Por zonas, sin ruido. Rafael necesitaba que alguien con autoridad firmara un papel para que otro alguien con un aparato bajara seis niveles y conectara cables a la cabeza de Ale y mirara una pantalla. Dijera un número que significara algo.

No mencionó Rafael.

Salió del Sector Médico por el corredor principal. El corredor del -2 era diferente de los corredores de los niveles bajos más ancho, mejor iluminado, con señalización en las paredes que indicaba direcciones con flechas y números y colores que Rafael solía ver como un mapa multidimensional. Que ahora veía como líneas pintadas en una pared. El corredor del -2 tenía personas. Técnicos con uniformes grises. Administrativos con uniformes grises. Pacientes con batas azules del sistema que caminaban despacio por el corredor con la postura de personas que no quieren estar en el corredor pero que el sistema les indicó que caminaran porque la movilidad reducía el tiempo de recuperación. El tiempo de recuperación reducido liberaba camas. Las camas liberadas permitían ingresar nuevos pacientes.

Rafael pasó junto a un paciente. El paciente era un hombre de edad indeterminada con la bata azul abierta en la espalda el nudo trasero de la bata se deshizo. La espalda del paciente estaba expuesta y la piel de la espalda del paciente tenía las marcas de una intervención quirúrgica reciente: grapas metálicas en una línea de 20 centímetros que iba del omóplato izquierdo al centro de la columna. Las grapas brillaban bajo los fluorescentes de 5000 kelvin. El brillo no tenía color sinestésico. El brillo era brillo.

Rafael siguió caminando. Pasó la puerta del Área de Observación la sala donde Ale estuvo las primeras 6 horas antes de que la

trasladaran al -8. La puerta estaba cerrada. A través del vidrio de la puerta, Rafael vio las camas. Doce camas. Once ocupadas. Once cuerpos horizontales bajo sábanas blancas del sistema con tubos y cables y monitores que emitían sonidos pitidos regulares a 1 Hz que indicaban ritmo cardíaco. La pulsación constante graves a 50 Hz de las bombas de infusión, el susurro de los ventiladores mecánicos que empujaban aire a los pulmones de los que no podían empujar aire por sí mismos. Los sonidos del Área de Observación eran una sinfonía que Rafael habría visto como un paisaje de colores si la sinestesia funcionara. El pitido de 1 Hz sería un punto rojo que parpadea. El sonido de fondo de 50 Hz sería una línea azul horizontal. Cerca de ahí, el susurro del ventilador sería un campo gris que pulsa. Arriba, el paisaje sería funcional, frío, sin belleza pero con la coherencia de las cosas que sirven para mantener cuerpos vivos.

Rafael no vio el paisaje. Rafael oyó ruido. Ruido sin forma, sin color, sin textura. El ruido era lo que el mundo era sin sinestesia: un bombardeo de estímulos sin organización, sin jerarquía, sin la estructura que el cerebro de Rafael imponía automáticamente desde los tres años. El mundo era ruidoso y plano y desorientador de una manera que Rafael no recordaba porque Rafael nunca vivió sin ella. Incluso antes de los tres años, antes de que la sinestesia se activara, los sonidos tenían algo de un matiz, un borde, una dirección. Ahora no tenían nada.

Rafael se apoyó en la pared del corredor. La pared epóxica estaba fría contra la espalda. La frialdad era un dato que el cuerpo registraba. Un dato sin color. Un dato que existía.

El sistema funcionaba. El sistema siempre funcionaba.

- ○

Rafael volvió al -8. Bajó las seis rampas con los pies descalzos sobre el hormigón frío. Los pies ya no sentían el frío; los nervios de los pies se habían habituado a la temperatura y dejaron de enviar la señal de alerta que enviaron durante la subida. La habituación era una función del sistema nervioso: si el estímulo era constante y no peligroso, el sistema dejaba de registrarlo. El frío del hormigón a 14 grados no era peligroso. Era incómodo. El sistema nervioso dejó de registrar lo incómodo.

En la rampa entre el -5 y el -6, Rafael se detuvo. No por cansancio, sino por un sonido que venía de las tuberías del techo. Un ruido sordo bajo, grave y constante. La nota baja no era nuevo; las tuberías siempre zumbaban con el temblor del agua que circulaba por el sistema. Pero este ruido sordo era diferente. Este zumbido tenía una frecuencia que Rafael reconoció. El cuerpo de Rafael reconoció la frecuencia antes que el cerebro de Rafael. Los vellos del antebrazo se erizaron. La piel de la nuca se contrajo. El corazón aceleró dos latidos por minuto, de 72 a 74. El cuerpo de Rafael respondía a la frecuencia sin recordar.

La frecuencia duró cuatro segundos. Después se fue. Las tuberías volvieron a su zumbido normal. Rafael se quedó de pie en la rampa durante diez segundos más, con los vellos erizados y el corazón a 74, esperando que la frecuencia volviera. No volvió.

Rafael siguió bajando.

Rafael entró en la unidad. Fue al cuarto de las niñas. El cuarto donde Ale estaba. El cuarto que medía tres metros por tres. El cuarto que tenía dos camas pequeñas, la de Lucifer y la de Lilith, y que

ahora tenía una cama pequeña con el cuerpo de Ale, que no cabía en la cama pequeña.

Rafael se sentó en la cama de Lucifer. La cama vacía. La cama que tenía la marca del cuerpo de Lucifer en el colchón, la marca de tres años de dormir boca arriba, la depresión leve en el centro del colchón donde el peso de un cuerpo de 15 kilos presionó la espuma durante mil noches. Rafael se sentó en la depresión. La depresión era del tamaño de Lucifer. Rafael era más grande. La depresión se hundió más bajo el peso de Rafael. La espuma hizo un sonido al comprimirse: un suspiro seco de aire que sale de una estructura porosa.

Ale respiraba. 14 por minuto. Rafael contó. Contó las respiraciones de Ale con la parte del cerebro que contaba cosas. La parte que se apagó durante la llamada del comunicador y que se encendió parcialmente cuando Annie le dio comida y que ahora contaba las respiraciones de Ale intermitentemente: contó hasta 7, perdió la cuenta, empezó de nuevo, contó hasta 4, perdió la cuenta, empezó de nuevo.

El cerebro de Rafael estaba volviendo. No de golpe. No completo. Fragmentos. El conteo era un fragmento. La capacidad de contar era la base sobre la que todo lo demás se construyó: primero los números, después los patrones, después las frecuencias, después los colores. La sinestesia empezó con números cuando Rafael tenía tres años. Volvería con números si volvía.

Rafael contó las respiraciones de Ale. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14. Un minuto. Rafael contó otro minuto. 14. Otro. 14. La constancia del número era un dato. El dato no tenía color. El dato no

tenía textura. El dato era un número sin dimensión en un espacio vacío donde solían vivir los colores.

Pero el dato estaba.

Rafael se quedó sentado en la cama de Lucifer contando las respiraciones de Ale hasta que Annie vino a buscarlo para la cena. Rafael no tenía hambre. Annie no le preguntó si tenía hambre. Annie le puso el plato delante y Rafael comió porque el plato estaba delante y porque los datos que Annie le daba eran datos que el cuerpo de Rafael sabía procesar.

Después de la cena, Rafael volvió al cuarto. Se sentó en la cama de Lucifer. Contó las respiraciones de Ale.

14. 14. 14.

El número no cambió. Ale no cambió. Pero Rafael contaba. Y contar era el primer paso de vuelta hacia un lugar donde los números tenían color. ### Capítulo 033 PROCESADOS [D][A][O]

• ○

El aviso llegó al comunicador de la unidad del -8 a las 06:00 del cuarto día después del accidente. El aviso era un mensaje de texto del sistema en la pantalla de 4 pulgadas del comunicador que colgaba de la pared de la cocina entre la tubería de agua y el cubo de residuos orgánicos. Darvi leyó el aviso porque Darvi era la que leía los avisos porque Rafael no leía nada y Annie no se acercaba al comunicador porque el comunicador le dijo a Rafael que Lu. Las niñas estaban muertas.

El aviso decía:

UNIDAD -8-44. NOTIFICACIÓN DE PROCESAMIENTO. CUERPOS REG. 3022-0515-001 (ESPINOZA, LU), 3022-0515-002 (ESPINOZA, LUCIFER), 3022-0515-003 (ESPINOZA, LILITH). PROCESAMIENTO PROGRAMADO: HOY 14:00. PLANTA DE RECICLAJE ORGÁNICO SECTOR 7. ASISTENCIA OPCIONAL DEL RESIDENTE REGISTRADO.

Darvi leyó el aviso tres veces. Darvi leía los avisos tres veces porque la primera lectura era para los datos, la segunda para las implicaciones, y la tercera para las acciones posibles. Los datos: los cuerpos de Lu, Lucifer y Lilith estaban programados para procesamiento a las 14:00 en la planta de reciclaje del sector 7. Las implicaciones: la planta de reciclaje del sector 7 era la misma planta donde Annie y Darvi cerraron el portal de la superficie hace dos días. La planta tenía 8 metros cúbicos de compost en el suelo y el olor de la fermentación y los residuos negros de las sombras mezclados con tierra orgánica. Los cuerpos de Lu y las niñas iban a ser procesados en la misma línea que procesaba los residuos orgánicos del sistema. Las acciones posibles: interceptar.

Darvi no le dijo a Rafael. Darvi no le declaró a Annie. Darvi se puso los audífonos. Agarró la caja de herramientas no porque necesitara herramientas sino porque la caja de herramientas era lo que Darvi cargaba cuando salía de la unidad. Era el objeto que significaba que Darvi iba a algún lugar a hacer algo, era el peso de 4.7 kilos en la mano derecha que balanceaba el peso del cuerpo de Darvi mientras caminaba. El gato la siguió. Clic, clic, clic en la rodilla izquierda.

- ○

La morgue del sistema no era una morgue. La morgue del sistema era una sala de almacenamiento temporal en el -3, entre el Sector Médico y las rampas de carga que conectaban los niveles de servicio. La sala tenía ocho unidades de refrigeración cajas metálicas de 2 metros por 0.6 metros por 0.6 metros apiladas en dos niveles contra la pared norte. Cada caja tenía una puerta frontal con un cierre de palanca y una etiqueta plástica donde se escribía con marcador el número de registro del contenido. Las cajas estaban a 4 grados. El compresor de refrigeración hacía un ruido constante a 120 Hz, un zumbido grave que Darvi detectaba en los dientes cuando se acercaba a las unidades.

Darvi llegó a las 07:30. Seis horas y media antes del procesamiento programado. La sala estaba vacía de personas. La sala no estaba vacía de cuerpos.

Darvi buscó los números de registro. Las etiquetas plásticas. La letra de marcador negro sobre plástico blanco, letra institucional, impersonal, con los números escritos en el formato que el sistema usaba para todo: año-mes-día-secuencia. 3022-0515-001. 3022-0515-002. 3022-0515-003.

Las tres cajas estaban en el nivel inferior. Lado a lado. La caja 001 era la más grande, Lu era la más grande. Las cajas 002 y 003 eran iguales, Lucifer y Lilith eran del mismo tamaño, gemelas en todo excepto en el pelo: Lucifer tenía el pelo de Rafael, Lilith tenía el pelo de Lu.

Darvi se sentó en el suelo frente a las tres cajas. La caja de herramientas en el suelo al lado. El gato se sentó al lado de Darvi. Las orejas del gato apuntaban a las cajas. La cola del gato estaba

quieta. El gato miraba las cajas con la atención que reservaba para las cosas que olían diferente.

Las cajas olían. El olor era el olor de la refrigeración, el olor del frío mecánico, del metal, del compresor, del gas refrigerante que tenía una fuga microscópica en la unidad 003 y que emitía un olor químico, dulce, que no era orgánico. Debajo del olor del frío mecánico estaba el olor que las cajas contenían. El olor de los cuerpos a 4 grados durante cuatro días. El olor no era putrefacción a 4 grados, la putrefacción era lenta. Las bacterias se multiplicaban con la pereza de las cosas que viven en el frío. Afuera, el olor era más sutil: el olor de la carne que dejó de circular sangre. Entonces, el olor dulce-metálico de los tejidos que empiezan a descomponerse a nivel celular sin que la estructura macroscópica cambie. El olor que los carniceros conocen como “olor de cámara.”

Darvi no abrió las cajas. Darvi no necesitaba ver los cuerpos. Darvi necesitaba interceptar el transporte.

La espera fue de cinco horas y cuarenta y cinco minutos. 345 minutos. Darvi los pasó sentada en el suelo de la sala con la espalda contra la pared opuesta a las cajas de refrigeración. El suelo de la sala era hormigón sin pulir, áspero, con la textura de papel de lija grueso, grano 60, que raspaba la tela del pantalón cada vez que Darvi se movía. Darvi se movía poco. El gato se movía más, el gato exploró la sala durante la primera hora, olió las ocho unidades de refrigeración, olió las paredes, olió el suelo, intentó meterse debajo del compresor de la unidad 006 (no cabía, el espacio era de 8 centímetros y el gato necesitaba 12), se dio por vencido, volvió al lado de Darvi, se acostó con la cabeza apoyada en la pata delantera derecha y durmió.

El gato dormía con el ronroneo mínimo de los gatos viejos, un ronroneo que no era audible a más de 30 centímetros, pero que producía una pulsación que Darvi detectaba en la cadera cuando el gato dormía lo suficientemente cerca. La pulsación era irregular, entre 25 y 50 Hz, el rango que las investigaciones asociaban con la reparación ósea. El gato no reparaba huesos. El gato dormía. Pero la pulsación estaba.

Darvi abrió la libreta de Reymus. Pasó las páginas escritas, los cálculos de los portales, los diagramas, las notas marginales con la letra inclinada de Reymus hasta las páginas que Darvi usaba. Página 78: los datos de Ale. Página 79: vacía. Darvi escribió en la página 79:

“3022-05-19. 07:30. Sala almacenamiento temporal -3. Cajas 001, 002, 003. Procesamiento programado 14:00. No hay procedimiento de interceptación disponible para residentes. No hay alternativa al procesamiento dentro del sistema. Afuera, no hay lugar para enterrar fuera del sistema. En ese instante, no hay salida del sistema.”

Darvi miró lo que escribió. La letra de Darvi era diferente de la de Reymus, recta, sin inclinación, con trazos uniformes y espaciado constante entre palabras. La letra de Darvi ocupaba menos espacio que la de Reymus. La libreta duraría más con la letra de Darvi.

Darvi cerró la libreta. La puso en el bolsillo. Esperó.

A las 11:00, el compresor de la unidad 003 hizo un ruido diferente, un clic seguido de un zumbido más agudo que el zumbido normal. La fuga de gas refrigerante que Darvi detectó por el olor al llegar estaba empeorando. El compresor compensaba la pérdida de gas aumentando la potencia. Si la fuga continuaba, la unidad 003 dejaría de refrigerar en las próximas 48 horas. Pero las próximas 48 horas no importaban. La unidad 003 estaría vacía en tres horas.

A las 12:30, Darvi comió. Una barra de pollo del bolsillo de la sudadera. La barra estándar del sistema: 200 calorías, 15 gramos de proteína, sabor neutro con un regusto metálico que variaba según el lote. Darvi masticó la barra mirando las tres cajas de refrigeración. Masticó la proteína de origen mixto frente a las tres cajas que contenían proteína de origen específico. El cerebro de Darvi registró la conexión. La conexión era un dato. El dato no afectó la masticación. Darvi terminó la barra. Dobló el envoltorio. Lo guardó en el bolsillo.

- ○

El transporte llegó a las 13:15. Un carro de carga del sistema, plataforma metálica con cuatro ruedas de goma y un asa de empuje en la parte trasera. El operario que empujaba el carro era un hombre de unos cuarenta años con uniforme gris y guantes azules de nitrilo. Una mascarilla que le cubría la nariz y la boca. El operario entró en la sala, miró a Darvi sentada en el suelo, miró al gato, miró la caja de herramientas.

No puede estar aquí - expresó el operario.

Soy residente de la unidad -8-44. La notificación dice “asistencia opcional del residente registrado.”

El operario miró a Darvi. Darvi miró al operario. El operario no discutió. El operario había visto residentes antes. Los residentes que venían a la sala de almacenamiento temporal eran los que querían estar presentes cuando los cuerpos de sus familiares eran cargados en el carro de transporte. Los residentes miraban. A veces lloraban. A veces no hacían nada. Ningún residente había venido con una caja de herramientas y un gato.

Voy a cargar las tres unidades - dijo el operario. El transporte va directo a la planta del sector 7. Llegada estimada a las 13:45. Procesamiento a las 14:00.

¿Qué tipo de procesamiento?

El operario miró a Darvi. La pregunta no era habitual. Los residentes que venían a la sala no preguntaban qué tipo de procesamiento. Los residentes sabían. Todos sabían. El sistema no tenía funerales. El sistema no tenía cremación. Sin decir nada, el sistema no tenía entierro. Arriba, el sistema tenía procesamiento. Los cuerpos entraban en la línea de reciclaje orgánico del sector 7 y salían como componentes. Los componentes eran los mismos componentes que producía la línea cuando procesaba los residuos orgánicos de las cocinas del -1 al -10: materia base para las barras de proteína, fertilizante para los niveles agrícolas del -60 al -70, combustible biológico para los generadores auxiliares.

Descomposición acelerada - apuntó el operario. Temperatura a 120 grados durante 4 horas. Después trituración. Después separación de componentes.

¿Qué componentes?

Proteínas, calcio, fósforo, agua. Los estándar.

¿Las proteínas van a la línea de barras?

El operario no respondió inmediatamente. El operario miró a Darvi con la mirada de alguien que no quiere responder una pregunta cuya respuesta es obvia pero cuya obviedad es incómoda.

Las proteínas van a la línea general. La línea general alimenta todas las sublíneas de producción.

Incluyendo las barras de pollo.

Incluyendo todas las barras. Darvi procesó el dato. El dato era un dato que Darvi ya conocía, todos los residentes del sistema conocían el dato. Los cuerpos de los residentes muertos entraban en la misma línea de reciclaje que producía la comida de los residentes vivos. Las barras de pollo contenían proteínas de origen mixto. El sistema no distinguía entre proteínas de origen animal procesado y proteínas de origen humano procesado porque las proteínas eran proteínas y las proteínas alimentaban cuerpos. Los cuerpos necesitaban proteínas para funcionar. El ciclo era cerrado. Arriba.

El ciclo era eficiente. A lo lejos, el ciclo era el sistema.

Darvi sabía todo eso. Darvi sabía que Lu y Lucifer, Lilith iban a ser descompuestas a 120 grados durante 4 horas y trituradas, separadas en componentes. Que los componentes iban a entrar en la línea general. Que la línea general iba a producir barras. Que las barras iban a alimentar a los residentes del sistema, incluyendo a Rafael.

Annie y Darvi, el gato.

Darvi sabía todo eso y no podía impedirlo.

¿Puedo acompañar el transporte? - dijo Darvi.

Hasta la puerta de la planta. Adentro no se permite personal no autorizado.

Hasta la puerta.

El operario cargó las tres cajas en el carro. Las cajas pesaban; la caja 001 pesaba 58 kilos (Lu más el peso de la caja), las cajas 002 y 003 pesaban 22 kilos cada una (las niñas más el peso de las cajas). El peso total del carro era 102 kilos. Las ruedas de goma chirriaron en el suelo epóxico cuando el operario empujó el carro hacia la rampa de

carga. Darvi caminó al lado del carro. El gato caminó al lado de Darvi. Clic.

Clic, clic, clic.

El recorrido del -3 a la planta del sector 7 era de 800 metros por las rampas de carga, rampas más anchas que las rampas de los residentes, con paredes sin pintar y suelo de hormigón pulido con marcas de neumáticos de los carros de transporte. Las rampas de carga olían a metal y a lubricante. Al residuo de todo lo que se transportaba por ellas: comida, residuos, materiales, cuerpos. Darvi contó los pasos. 1.247 pasos del -3 a la planta del sector 7. Cada paso era 64 centímetros, la zancada de Darvi, que Darvi conocía porque Darvi midió su zancada a los once años y la zancada no cambió porque la estatura de Darvi no cambió desde los quince. 1.247 pasos por 64 centímetros: 798 metros. La estimación de 800 metros del mapa del sistema era correcta con un margen de error del 0,25%.

Los 1.247 pasos junto a las tres cajas que contenían a Lu y Lucifer y Lilith. Las ruedas del carro chirriando cada vez que el suelo tenía una junta. El operario empujando con la cadencia regular de alguien que hace este recorrido tres veces por semana. El gato caminando con la cadencia irregular de un gato con artritis en la rodilla izquierda. Darvi caminando con la cadencia de Darvi constante, medida, sin variación.

Darvi no habló durante el recorrido. El operario no habló. El silencio del recorrido no era tal, era el ruido de las ruedas y los pasos, los clics del gato y la ventilación de las rampas de carga, el compresor de las cajas que zumbaba a 120 Hz. Que la oscilación hacía que las paredes de las cajas emitieran un sonido secundario, un armónico,

que era el sonido del metal conteniendo lo que no fue diseñado para contener.

La puerta de la planta. El operario detuvo el carro. Darvi se detuvo. El gato se detuvo.

Hasta aquí - mencionó el operario.

Darvi miró las tres cajas en el carro. Las etiquetas plásticas con los números de registro. 001, 002, 003. Lu, Lucifer, Lilith. Los tres nombres que empezaban con L. El dato no era relevante. El dato era un patrón que el cerebro de Darvi registró sin asignarle significado.

Darvi puso la mano sobre la caja 002. La caja de Lucifer. El metal estaba a 4 grados. La mano de Darvi estaba a 34 grados. El diferencial de 30 grados produjo la sensación de frío que el cuerpo de Darvi registró como dato y que algo dentro de Darvi lo que no era dato, lo que no tenía número ni categoría registró diferente.

Darvi retiró la mano. Puso la mano sobre la caja 003. Lilith. El mismo frío. El mismo diferencial.

Darvi se agachó. Puso la frente contra la caja 001. Lu. El metal frío contra la piel de la frente. La temperatura de 4 grados contra los 34 de la frente. El frío entró por la piel y llegó al hueso frontal. El hueso transmitió el frío al cerebro y el cerebro de Darvi registró el frío, registró la proximidad y registró que entre la frente de Darvi, la cara de Lu había una lámina de acero de 2 milímetros. 15 centímetros de aislante térmico. Nada más.

Lu - señaló Darvi. No en voz alta. Con los labios cerrados. El nombre se quedó entre la frente y el metal.

Darvi se levantó. Ajustó los audífonos. Recogió la caja de herramientas. Miró al operario.

Puede continuar.

El operario empujó el carro a través de la puerta de la planta. Las tres cajas desaparecieron detrás de la puerta. La puerta se cerró con el sonido neumático de las puertas del sistema, un suspiro de aire comprimido que duraba 1,2 segundos.

Darvi se quedó frente a la puerta cerrada. El gato se sentó al lado de Darvi. Las orejas del gato apuntaban a la puerta. La cola del gato estaba quieta. El gato y Darvi miraron la puerta durante cuatro minutos. Cuatro minutos era el tiempo que el cerebro de Darvi necesitó para archivar lo que acababa de pasar en la categoría correcta. La categoría no tenía nombre. La categoría no estaba en el sistema de archivos de Darvi. Darvi creó una categoría nueva. La categoría nueva se llamaba “cosas que no se pueden impedir.”

Darvi dio la vuelta. Subió las rampas hacia el -8. El gato la siguió. Clic, clic, clic. El peso de la caja de herramientas en la mano derecha 4,7 kilos. El peso de la libreta de Reymus en el bolsillo de la sudadera 210 gramos. Los pesos conocidos. Los pesos que no cambiaban.

El peso nuevo, el de la categoría sin nombre, no tenía medida. Darvi lo cargaba igual. ### Capítulo 034 RETORNO [D][K][L]

- ○

El primer color volvió el sexto día.

Rafael estaba contando las respiraciones de Ale, 14 por minuto, la misma cifra que llevaba seis días siendo la misma cifra cuando el número 14 tuvo color. No el color completo que el número 14 tenía antes del accidente, el 14 completo era una mezcla de azul oscuro del 1 y verde del 4, con una textura angular que raspaba la parte izquierda del campo visual. El color que volvió era una sombra del color: un tono, una sugerencia, un gris con un matiz que podría ser

azul o podría ser un efecto de la luz del fluorescente del cuarto de las niñas que estaba al 40% de capacidad y que producía un parpadeo de 50 Hz que a veces creaba la ilusión de color donde no había color.

Rafael parpadeó. Contó de nuevo. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14. Esperó. El 14 tuvo el matiz otra vez. No más fuerte. No más claro. El mismo matiz tenue que estaba en el borde entre existir y no existir. Rafael contó otro minuto. 14. El matiz. Otro. 14. El matiz.

El matiz estaba.

Rafael se levantó de la cama de Lucifer. Las piernas tenían la rigidez de haber estado sentado durante tres horas en una cama diseñada para un cuerpo de 15 kilos. Las rodillas crujieron. El crujido no tenía color. El crujido era un sonido que antes tenía textura naranja y ahora era solo un sonido. Las rodillas crujían y el sonido era plano. El mundo seguía siendo plano excepto por el matiz del 14.

Rafael caminó al pasillo. La unidad del -8 tenía un pasillo de cuatro metros que conectaba la cocina con los dos cuartos, el cuarto de Rafael y Lu y el cuarto de las niñas donde ahora estaba Ale. El pasillo tenía una tubería expuesta en el techo que goteaba cuando la presión del sistema subía. La tubería no goteaba ahora. El pasillo estaba quieto. La quietud del pasillo no tenía color. La quietud tenía peso, el peso de un espacio que antes contenía los sonidos de dos niñas corriendo. De Lu diciendo “despacio”, de Rafael contando los pasos de las niñas porque los pasos de las niñas tenían colores diferentes: los de Lucifer eran rojos porque Lucifer pisaba fuerte con el talón, los de Lilith eran amarillos porque Lilith pisaba suave con la punta.

El pasillo estaba vacío de sonidos y vacío de colores, el peso del vacío era algo que Rafael cargaba con los hombros y las rodillas. Los

pies descalzos sobre el mosaico frío.

Annie estaba en la cocina. No cocinando, sentada en la silla de la mesa, con un cuchillo y una piedra de afilar, pasando la hoja por la piedra con el movimiento circular que Annie hacía cada tres días. El sonido del acero contra la piedra: un siseo que antes era una línea plateada en el campo visual de Rafael, una línea fina y constante que cruzaba de izquierda a derecha con cada pasada. Ahora el siseo era siseo. Plano. Sin dimensión.

Excepto.

Excepto que en la cuarta pasada del cuchillo contra la piedra, el sonido tuvo algo. No un color. Algo anterior al color. Una dirección. El sonido del acero contra la piedra de afilar vino de la izquierda y se movió hacia la derecha, no en el espacio real, sino en el espacio donde la sinestesia procesaba los sonidos. El espacio estaba vacío pero la dirección estaba. La dirección fue un flash: izquierda a derecha, medio segundo, y después nada. Pero fue.

Annie - dijo Rafael.

Annie levantó la mirada del cuchillo. La piedra de afilar se detuvo. Afila otra vez.

Annie miró a Rafael. Los ojos de Annie evaluaron los ojos de Rafael con la rapidez de alguien que necesita un dato para tomar una decisión. Annie pasó el cuchillo por la piedra. El siseo.

Rafael cerró los ojos. Escuchó con la parte del cerebro que no eran los oídos. Escuchó con el espacio. El siseo entró por los oídos y viajó al espacio donde los sonidos tenían forma y el espacio estaba vacío pero el siseo hizo algo: el siseo empujó el vacío. El vacío se deformó. La deformación fue mínima, un desplazamiento que no era visible ni medible pero que Rafael reconoció con la certeza de alguien que vivió

diecinueve años en un mundo donde los sonidos tenían forma. Que reconocía la forma del siseo de un cuchillo contra piedra de afilar incluso cuando la forma era una sombra de una sombra de lo que fue.

Otra vez - dijo Rafael.

Annie pasó el cuchillo. El siseo. La deformación.

¿Qué pasa? - replicó Annie.

Está volviendo.

Annie no preguntó qué estaba volviendo. Annie sabía. Annie sabía porque Annie era la persona que más tiempo pasó con Rafael desde el accidente y Annie observó a Rafael durante seis días y Annie registró cada cambio, el día que Rafael dejó de cortar cebollas, el día que Rafael empezó a contar las respiraciones de Ale, el día que Rafael comió sin que Annie le pusiera el plato delante, y Annie sabía que el siguiente cambio era este. La sinestesia volviendo.

¿Ves colores? - añadió Annie.

No. Direcciones. Tal vez un matiz. En los números.

Annie asintió. Pasó el cuchillo por la piedra otra vez. Y otra vez. El siseo repetido. Rafael de pie en la puerta de la cocina con los ojos cerrados y los pies descalzos sobre el mosaico frío y la cabeza inclinada hacia la izquierda, la inclinación que Rafael tenía cuando escuchaba con atención, la inclinación que Lu llamaba “la antena.”

• ○

Al séptimo día los sonidos graves volvieron con color.

No todos los sonidos graves. El rango entre 50 y 200 Hz. El zumbido de las tuberías del -8: azul. No el azul brillante que el zumbido tenía antes, un azul oscuro, sucio, con la textura del metal

oxidado. El azul del zumbido era un azul degradado. Pero era azul. Y el azul estaba en el espacio de la sinestesia, en el lugar donde el azul del zumbido de las tuberías siempre estuvo, y el lugar no cambió aunque el azul cambió, y eso significaba que la estructura seguía intacta. Los colores estaban dañados pero la estructura que los organizaba no.

Rafael recorrió la unidad buscando sonidos graves. La ventilación del pasillo: 60 Hz, azul más claro que las tuberías, con una textura suave que antes era terciopelo y ahora era algo entre terciopelo y cartón mojado. El compresor del refrigerador de la cocina: 100 Hz, azul verdoso, con un borde que antes era nítido y ahora estaba borroso. El goteo de la tubería del baño cuando la presión subía a las 11:00: cada gota producía un impacto de 150 Hz que era un punto azul oscuro que aparecía y desaparecía con cada gota, aparecer, desaparecer, con la regularidad del goteo que era cada 4.2 segundos.

Rafael se quedó en el baño escuchando el goteo durante veinte minutos. Veinte minutos de puntos azules que aparecían y desaparecían. Los puntos eran pequeños, más pequeños que los puntos que el goteo producía antes del accidente. Antes, cada gota era un punto del tamaño de una moneda. Ahora, cada gota era un punto del tamaño de una cabeza de alfiler. Pero los puntos estaban. Y los puntos estaban en el lugar correcto del espacio sinestésico, arriba y a la izquierda, donde los sonidos de impacto grave siempre aparecían.

Annie lo encontró en el baño. Rafael sentado en el suelo del mosaico gris, los pies descalzos, la cabeza inclinada hacia la tubería que goteaba, los ojos cerrados, las manos apoyadas en las rodillas. La postura de alguien que medita o la postura de alguien que escucha lo

que nadie más puede escuchar. Annie no lo interrumpió. Annie miró a Rafael durante tres segundos y se fue.

Rafael fue al cuarto de Ale. Se sentó en la cama de Lucifer. Contó las respiraciones. 14. El 14 tenía el matiz, el matiz estaba más definido ahora. No se trataba de gris con azul. Era azul con gris. La proporción se invirtió en un día. El azul ganaba.

Las máquinas que Darvi conectó a Ale, un monitor portátil que Darvi construyó con partes del taller del -22, no un electroencefalógrafo, pero un dispositivo que medía la actividad eléctrica de la superficie del cráneo con una precisión aproximada, emitían un pitido cada vez que registraban una señal. El pitido era agudo, 800 Hz. El rango agudo de la sinestesia todavía no volvió, los 800 Hz eran sonido sin color, sin textura, sin posición en el espacio. Rafael escuchó el pitido. Plano. Sin dimensión. Pero los pitidos contaban algo. Los pitidos contaban la actividad del cerebro de Ale. Y la actividad del cerebro de Ale era un número.

Darvi entró en el cuarto. Se sentó en el suelo. Los audífonos puestos. La libreta de Reymus abierta en la página 80.

El monitor registró 3 señales en la última hora - dijo Darvi. Hace tres días registraba 1. La tendencia es ascendente.

¿Qué significa?

No soy neuróloga. Lo que significa es que la actividad eléctrica del cerebro de Ale aumentó. La actividad eléctrica ascendente es lo opuesto de la muerte cerebral. Ale no se está apagando. Ale está generando más actividad.

Rafael miró a Ale. El cuerpo de Ale en la cama de las niñas. Los pies que sobresalían 15 centímetros. Las manos con los dedos curvados. Los párpados cerrados. La boca entreabierta. Nada cambió

en la apariencia de Ale. Ale seguía en coma. Ale seguía igual que los seis días anteriores. Pero debajo de la piel y debajo del cráneo, algo se movía. Lo invisible generaba señales que un monitor casero construido por una mecánica de diecinueve años podía detectar.

3 señales por hora. Más que 1. Menos que las miles por hora que un cerebro despierto produce. Pero más.

Los sonidos graves volvieron con color - señaló Rafael.

Darvi levantó la mirada de la libreta.

¿Tu sinestesia?

Los graves. Azul. Está degradado pero está.

Darvi procesó el dato. Darvi anotó en la libreta: “Día 7. Rafael reporta retorno parcial sinestesia. Rango: graves 50-200 Hz. Color: azul degradado. Estructura sinestésica intacta.”

Si vuelve, vuelve con la estructura original - dijo Darvi.

Rafael no respondió. Rafael miró a Ale. Las respiraciones. 14. El azul gris del 14. Las señales del monitor que pitaban cada 20 minutos, 3 por hora, un número que subía, un número que tenía dirección.

La dirección era ascendente.

• ○

Al octavo día volvieron los agudos. Rafael estaba en el pasillo cuando Annie dejó caer una olla en la cocina. El sonido fue agudo, 2000 Hz, el sonido del acero del sistema golpeando el suelo de mosaico. El sonido entró por los oídos de Rafael y viajó al espacio de la sinestesia, y el espacio no estaba vacío. El sonido fue amarillo, amarillo sucio, amarillo con bordes rotos, amarillo que parpadeó

durante medio segundo y desapareció. Pero amarillo. El amarillo de los agudos. El amarillo que los pasos de Lilith tenían.

Rafael se quedó quieto en el pasillo. Los ojos abiertos. Las manos a los lados. El cuerpo inmóvil mientras el cerebro procesaba el retorno del amarillo, el retorno del color que significaba que la sinestesia no estaba dañada, sino apagada, y que apagada no era destruida, y que lo que se apaga se puede encender.

Annie asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

¿Estás bien?

Era amarillo.

¿Qué era amarillo?

La olla.

Annie miró la olla en el suelo. La olla era gris. La olla era de acero del sistema sin pintura ni color. Casi sin pensarlo, la olla era gris para los ojos de Annie y amarilla para los oídos de Rafael. Esa diferencia era la sinestesia volviendo, y Annie lo sabía. Annie no contestó nada porque Annie sabía que decir algo, cualquier frase que perteneciera a la categoría de las cosas que las personas dicen cuando algo mejora, sería incorrecto. Justo entonces, la sinestesia volvía, y las niñas no volvían, Lu no volvía. Los colores volvían a un mundo que tenía los colores de siempre, menos los colores que importaban.

Annie recogió la olla. La puso en la hornilla. No señaló nada.

Rafael se quedó en el pasillo. El amarillo se fue, pero el espacio donde el amarillo estuvo conservaba algo, una marca, un residuo, la evidencia de que el amarillo pasó por ahí. El espacio sinestésico de Rafael tenía ahora dos colores activos: el azul de los graves y el amarillo de los agudos. Entre los dos, el rango medio de 200 a 800

Hz seguía vacío. El rango medio era donde vivían la mayoría de los sonidos cotidianos. Las voces humanas. Los pasos. Las puertas. El rango medio era el color del mundo habitado. Sin el rango medio.

Rafael vivía en un mundo de extremos: los zumbidos graves del sistema en azul y los impactos agudos en amarillo, y entre ambos, un vacío gris donde debería estar todo lo demás.

La voz de Annie era un sonido de rango medio. 220 Hz fundamental, con armónicos que subían hasta 3000 Hz. Rafael escuchó a Annie moverse en la cocina, el sonido de las ollas, el sonido de los pasos, el sonido de la voz de Annie diciendo algo al gato que entró a la cocina buscando comida. Los sonidos de Annie eran grises. Los sonidos de Annie no tenían color todavía. Los sonidos de Annie estaban en el rango que todavía no volvió.

Rafael esperó. De pie en el pasillo. Los pies descalzos en el mosaico. Los ojos cerrados. La cabeza inclinada. Esperando que la voz de Annie tuviera color. La voz de Annie antes del accidente era verde con bordes naranjas, verde en la fundamental y naranja en los armónicos. Una combinación que producía una forma triangular en el espacio sinestésico que era exclusiva de Annie, que no se era a ninguna otra voz, que Rafael reconocía antes de que Annie entrara en la habitación porque el triángulo verde-naranja aparecía en la periferia del espacio sinestésico antes de que el sonido llegara a los oídos.

La voz de Annie siguió gris. El rango medio no volvió ese día.

Rafael fue al cuarto de Ale. Se sentó en la cama de Lucifer. Contó las respiraciones. 14. Azul. El azul más definido que ayer. Más saturado. Más cerca del azul original. Rafael contó, y el 14 era azul, y las respiraciones de Ale eran un sonido grave, 14 por minuto,

frecuencia fundamental de 0,23 Hz, demasiado baja para el rango de la sinestesia. Las respiraciones no tenían color. Las respiraciones eran el sonido del aire entrando y saliendo de unos pulmones que funcionaban sin instrucciones.

El monitor de Darvi pitó. 4 señales en la última hora. La tendencia seguía ascendente.

Pero Rafael contaba. Y los números tenían color. Y el color volvía.

Y el color que volvía era el primer paso hacia el hombre que Rafael dejó de ser cuando el comunicador le dijo que Lu y las niñas estaban muertas. El primer paso hacia un Rafael que podía ver el mundo con los colores que el mundo tenía. El primer paso hacia un Rafael que iba a tener que vivir en un mundo con colores sin las personas que le daban razón a los colores.

El retorno no era una mejora. El retorno era la evidencia de que el cuerpo seguía funcionando. Las rodillas seguían doblándose. Los pulmones seguían respirando. Y la sinestesia seguía procesando el mundo en colores que Rafael no - pidió ver y que no podía apagar y que ahora volvían insistentes, sin aceptar que el dueño del cuerpo que habitaban quería seguir en el gris. ### Capítulo 035 SEÑAL [D] [O][A]

- ◦

Los fluorescentes del -8 empezaron a parpadear de manera diferente el noveno día.

Darvi lo notó a las 03:00 de la mañana porque Darvi no dormía de 02:00 a 04:00, las dos horas que Darvi dedicaba a monitorear las siluetas. Las siluetas eran la constante de Darvi, la variable que Darvi medía cada noche para verificar que el mundo seguía siendo el

mundo que era el día anterior. Las siluetas de las personas dormidas eran tenues. Más allá, las siluetas de las tuberías eran inexistentes, porque las tuberías no tenían actividad que registrar. Casi sin pensarlo, las siluetas de los portales cerrados eran residuos: marcas estáticas en los puntos donde los portales estuvieron, marcas que se desvanecían un 2% por día y que en cincuenta días serían invisibles.

A las 03:00 del noveno día, las siluetas no estaban donde debían estar.

Las siluetas de las tuberías, las tuberías que no tenían siluetas, tenían siluetas. Tenues. Casi invisibles. Darvi las habría ignorado si no fuera porque Darvi no ignoraba nada. Las siluetas de las tuberías eran líneas delgadas que seguían el recorrido de las tuberías por el techo y las paredes del -8 con la precisión de un calco, cada curva, cada junta, cada válvula tenía una línea de silueta que la acompañaba a 2 centímetros de distancia. Las líneas la oscilación. Las líneas la sacudida a una frecuencia que Darvi reconoció antes de medirla: la de la Torre.

Darvi se levantó del suelo del cuarto de Ale. El gato abrió un ojo. Darvi caminó al pasillo. Las siluetas de las tuberías del pasillo la frecuencia. Darvi caminó a la cocina. Las siluetas de las tuberías de la cocina el estremecimiento. Darvi abrió la puerta de la unidad y miró el corredor del -8. Las siluetas de las tuberías del corredor la oscilación. Las tuberías del -8 entero estaban envueltas en siluetas que el pulso a la frecuencia de la Torre.

La Torre estaba buscando algo.

No, la Torre no buscaba. La Torre era infraestructura. La Torre emitía. Lo que buscaba era lo que usaba la Torre para buscar. Lo que usaba la frecuencia de la Torre para escanear las tuberías del sistema

como un sonar escanea el fondo del mar enviando una señal a través de un medio conductor y esperando el eco que indica dónde está lo que busca.

ARCHON.

Darvi volvió a la unidad. Cerró la puerta. Se sentó en el suelo del pasillo, el punto equidistante entre los dos cuartos, el punto desde donde Darvi podía ver la puerta de la cocina y las dos puertas de los cuartos y la puerta de la unidad. El punto de máxima observación.

Los fluorescentes parpadearon. No el parpadeo normal de 50 Hz que los fluorescentes del sistema producían por el ciclo de la corriente alterna. Un parpadeo diferente, una modulación sobre el parpadeo normal, una variación de intensidad que bajaba un 3% cada 8.3 segundos. Los fluorescentes estaban modulados por la frecuencia de la Torre. La frecuencia entraba por las tuberías y se transfería al cableado eléctrico y el cableado alimentaba los fluorescentes. Los fluorescentes parpadeaban con la frecuencia de búsqueda de ARCHON.

ARCHON escaneaba todo el sistema. Cada tubería, cada cable, cada fluorescente, cada metro cúbico de aire del sistema rastreando la firma que dejaron cuando cerraron los portales. La firma de alguien que usó la frecuencia del propio ARCHON para cerrar anomalías. La firma de alguien que sabía cómo funcionaba el sistema.

Darvi sacó la libreta de Reymus. Página 81. Escribió:

“Día 9. 03:00. ARCHON activo. Frecuencia 0.12 Hz en tuberías y cableado del -8. Modulación en fluorescentes. Escaneo de búsqueda. Busca firma de cierre de portales. Firma emitida por oscilador casero + antenas de Toshiro. Firma residual en: sala -30, sala -52, sector 7

planta reciclaje, taller -22 (construcción oscilador), antenas (cruzaron al Plano Base).”

Darvi cerró la libreta. Pensó. Pensar para Darvi era procesar datos en secuencia hasta que la secuencia producía una conclusión. Los datos: ARCHON rastreaba la fuente de la firma. La firma estaba en tres ubicaciones cerradas (portales) y una ubicación activa (taller -22). Las tres ubicaciones cerradas eran residuos que se desvanecían. La ubicación activa era el taller donde Darvi construyó el oscilador y donde las herramientas de Darvi tenían residuo de la frecuencia. Donde la mesa de Toshiro tenía las huellas de la transformación de Toshiro.

Dato adicional: Rafael. Los colores de Rafael estaban volviendo. La sinestesia de Rafael - la del linaje de Tyr - detectaba frecuencias que los humanos normales no detectaban. Si volvía completa, Rafael emitiría una firma neurológica diferente de la de un humano estándar. Una firma detectable.

Darvi se levantó. Fue al cuarto de las niñas. Miró a Ale en la cama. Las siluetas de Ale eran las mismas oscuras, estables, sin cambio. Darvi miró las siluetas alrededor de Ale con más atención. Las siluetas de Ale no vibraban a la frecuencia de la Torre. Las siluetas de Ale vibraban a su propia frecuencia, la frecuencia de un cerebro en coma, una frecuencia baja e irregular que no se trataba de la frecuencia de la Torre.

Darvi fue al cuarto de Rafael. Rafael dormía. Los pies descalzos fuera de la sábana. La boca abierta. La respiración de 16 por minuto. Las siluetas de Rafael eran diferentes de las de Ale. Las siluetas de Rafael vibraban. Las siluetas de Rafael vibraban a una frecuencia que no era constante, la frecuencia subía y bajaba con la irregularidad del

sueño, con los ciclos REM que producían picos de actividad neurológica. Pero debajo de la irregularidad del sueño, debajo de los picos y los valles, había una frecuencia base. La frecuencia base de las siluetas de Rafael no era la de la Torre. La frecuencia base era diferente. Única. La frecuencia de la sinestesia.

Y esa frecuencia era detectable.

Darvi miró las siluetas de las tuberías del techo del cuarto de Rafael. Las siluetas de las tuberías vibraban. Las siluetas de Rafael vibraban a esa misma frecuencia. Cerca de ahí, las dos frecuencias coexistían en el mismo espacio. Justo entonces, las dos frecuencias no interactuaban todavía. Las dos frecuencias eran líneas paralelas que corrían por el cuarto sin tocarse. Pero ARCHON escaneaba. ARCHON rastreaba. Y si ARCHON escaneaba las tuberías del cuarto de Rafael y las tuberías del cuarto de Rafael estaban a medio metro de la cabeza de Rafael y la cabeza de Rafael emitía una frecuencia sinestésica que no era estándar, ARCHON detectaría la anomalía.

Darvi volvió al pasillo. Se sentó en el suelo. Abrió la libreta. Página 82.

“Las siluetas apuntan a Rafael. No literalmente, las siluetas de las tuberías no tienen dirección. Pero la frecuencia de búsqueda de ARCHON está más concentrada en las tuberías cercanas a Rafael que en las tuberías del resto de la unidad. La modulación de los fluorescentes del cuarto de Rafael es de 4%, no de 3%. La diferencia de 1% indica que el escaneo es más intenso cerca de Rafael. ARCHON no sabe que busca a Rafael específicamente. ARCHON escanea todo el sistema. Pero la sinestesia de Rafael crea una señal que sobresale del ruido de fondo. Si la sinestesia sigue volviendo, la

señal será más fuerte. Si la señal es más fuerte, ARCHON la encontrará.”

Darvi cerró la libreta. Miró el techo. Las tuberías con sus siluetas. Los fluorescentes con su modulación del 3%. El sistema buscando. El sistema escaneando. El sistema funcionando.

ARCHON no tenía intención. ARCHON detectaba. Antes de que pudiera reaccionar, ARCHON ejecutaba. Sin aviso, ARCHON corregía. Los verbos de ARCHON no incluían “querer” ni “decidir” ni “pensar.” Los verbos de ARCHON eran los verbos de un sistema que encuentra una anomalía y la procesa según su protocolo. El protocolo de ARCHON para anomalías que usaban la frecuencia del sistema sin autorización era un protocolo que Darvi no conocía. Reymus lo habría sabido. Toshiro lo habría detectado. Don Humo si Don Humo existía, si Don Humo era más que un rumor del mercado gris.

Darvi no sabía qué hacía ARCHON con las anomalías. Darvi sabía que ARCHON las encontraba.

El gato caminó por el pasillo. Clic en la rodilla. Se sentó al lado de Darvi. Las orejas del gato apuntaban al techo. El gato miraba las tuberías. El gato no veía siluetas, los gatos no veían siluetas, los gatos veían otras cosas que Darvi no entendía y que probablemente incluían frecuencias que los humanos no detectaban. El gato miraba las tuberías atento, evaluando si el cambio era peligroso.

El pelo del lomo del gato estaba erizado. Los pelos del lomo del gato se erizaban cuando el gato detectaba lo que no le gustaba, otro gato, una corriente de aire frío, una vibración anómala en el suelo. El pelo del gato estaba erizado mirando las tuberías del techo.

El gato detectaba lo que Darvi veía. El gato detectaba la búsqueda de ARCHON.

Darvi puso la mano en el lomo del gato. Los pelos erizados bajo la palma. La vibración del ronroneo que no era ronroneo, sino el temblor fino de un animal en estado de alerta. La mano de Darvi sobre el lomo del gato: 34 grados de piel humana sobre 38 grados de piel felina. El contacto no calmó al gato. El contacto fue un dato que el gato registró y que Darvi registró y que ninguno de los dos procesó como consuelo porque el consuelo no era un dato que ninguno de los dos supiera procesar.

A las 04:00, las siluetas de las tuberías se apagaron. La modulación de los fluorescentes volvió a 0%. El escaneo terminó. ARCHON dejó de buscar por ahora. ARCHON volvería. ARCHON siempre volvía.

Darvi se acostó en el suelo del pasillo. El gato se acostó al lado de Darvi. Los audífonos reproducían los armónicos de la Tierra: 7.83, 14.3, 21.5 Hz. La frecuencia de Toshiro. La frecuencia que Darvi usaba para mantener el suelo bajo los pies.

El suelo bajo los pies de Darvi se estaba moviendo. El suelo que Toshiro le dio. El suelo que ARCHON rastrea.

Darvi durmió dos horas. A las 06:00 se despertó, revisó las siluetas (normales), revisó a Ale (sin cambio), revisó a Rafael (dormido, siluetas sinestésicas pulsando con los ciclos REM), y fue a la cocina a comer una barra de pollo y a esperar a que Annie se despertara para decirle lo que vio. Annie se despertó a las 06:30. Annie miró a Darvi sentada en la cocina con la libreta abierta y supo que Darvi tenía información. Un segundo después, Annie no preguntó. Despacio, Annie preparó algo que podría llamarse té agua

caliente con las hojas secas que el mercado gris vendía como “infusión herbal” y que sabían a hierba mojada con un regusto amargo. Annie sirvió dos vasos. Se sentó.

ARCHON escanea el sistema - dijo Darvi. Busca la firma de los portales. La sinestesia de Rafael es detectable. Si Rafael sigue recuperándola, ARCHON lo encuentra.

Annie bebió el té. El calor del vaso en las manos con las cicatrices. Annie procesó los datos con el cuerpo: los hombros se tensaron, la mandíbula se apretó, el peso se movió hacia adelante en la silla.

¿Cuánto tiempo?

Depende de la velocidad del retorno sinestésico. Si los agudos volvieron ayer y el rango medio vuelve en los próximos dos o tres días, la firma de Rafael será detectable dentro de una semana. Tal vez menos.

¿Podemos bloquearla?

No sé. Toshiro habría sabido. Las antenas de Toshiro podrían haber creado una contra-señal. Las antenas están en el Plano Base.

¿Qué nos queda?

Darvi miró la libreta. Las páginas escritas. Los cálculos de Reymus. Los datos de Darvi. Los datos de nueve días de guerra y duelo y supervivencia.

Nos queda esperar. Y prepararnos para lo que ARCHON envíe cuando nos encuentre.

Annie terminó el té. Puso el vaso en la mesa. Miró a Darvi. Darvi miró a Annie. Las dos mujeres en la cocina del -8 a las 06:30 de la mañana del noveno día después de que el mundo se rompió.

Voy a afilar los cuchillos - comentó Annie.

Los cuchillos no sirven contra ARCHON.

No. Pero los cuchillos sirven contra lo que ARCHON envíe.

Annie se levantó. Sacó la piedra de afilar del cajón. Sacó los tres cuchillos de la cocina: el de 18 centímetros que cortaba sombras, el de 12 centímetros para verduras y el de 22 centímetros que Rafael usaba para carnes. Annie afiló los tres con el movimiento circular de cada tres días. El siseo del acero contra la piedra llenó la cocina.

Darvi cerró la libreta. Guardó la libreta en el bolsillo. El peso de 210 gramos contra el pecho. El peso de los datos que Darvi cargaba.

En el cuarto, Rafael dormía. La sinestesia pulsaba en su cráneo con los colores que volvían. Azul. Amarillo. El verde y el naranja empujaban desde el rango medio. Los colores del espectro que Rafael no pedía y que ARCHON rastreaba. ### Capítulo 036 ECLIPSE [D] [A][H]

- ○

El día 15 de mayo de 3022 amaneció diferente. Annie lo supo por la luz.

La luz del -8 no venía del sol, la luz del -8 venía de los fluorescentes del sistema que producían 3200 kelvin de temperatura de color. Eran los fluorescentes que se encendían a las 06:00 y se apagaban a las 22:00 con la regularidad de un sol que no tiene estaciones ni nubes ni eclipses. La luz del -8 era la misma todos los días. Excepto hoy. Hoy la luz de los fluorescentes del pasillo de la unidad era un 12% más baja que ayer. Annie no midió el 12%, lo detectó con el cuerpo. El cuerpo de Annie detectaba las variaciones de temperatura, de luz, con la sensibilidad de alguien que cocinó durante años calibrando hornillas por el color de la llama, aceites por

el tono del humo. La luz del pasillo era más baja, la luz era más fría, la luz tenía un tono que no era el tono de siempre.

Annie salió al corredor del -8. El corredor tenía la misma luz reducida. Los fluorescentes del corredor, doce tubos de 120 centímetros espaciados cada tres metros, parpadeaban con la modulación que Darvi detectó cinco días atrás. La modulación no se fue, se hizo más intensa. El parpadeo era visible ahora, no necesitabas ser Darvi para ver que los fluorescentes subían y bajaban de intensidad cada 8.3 segundos. Cualquier residente del -8 que mirara los fluorescentes vería el parpadeo. Los residentes del -8 no miraban los fluorescentes, caminaban por el corredor con la cabeza baja y los ojos en el suelo, los pies en las rampas. La vida en el ritmo que el sistema les asignó.

Annie volvió a la unidad. Fue a la cocina. La cocina del -8 tenía un suministro de agua que venía de la tubería principal del nivel y una hornilla eléctrica de dos quemadores, un espacio de trabajo de 80 centímetros de ancho y la silla donde Lu se sentaba a leer mientras Rafael cocinaba, la silla donde Rafael se sentaba a desayunar con las niñas, y la silla que nadie usaba porque la mesa tenía cuatro sillas, ahora la unidad tenía tres personas y un gato. Una persona en coma.

Annie abrió la reserva. La reserva era el armario de la pared izquierda donde Rafael guardaba los ingredientes. El armario estaba casi vacío. Quedaban: una barra de pollo estándar, medio paquete de arroz reconstituido, un cuarto de litro de aceite, un sobre de condimento etiquetado “sabor universal” que era un polvo amarillo que sabía a sal con glutamato, y tres paquetes de galletas del sistema, las galletas rectangulares, secas, con el sabor neutro de la harina

procesada y el azúcar mínimo que el sistema consideraba suficiente para la ingesta calórica.

Annie miró los ingredientes. Los ingredientes eran los últimos de la reserva. Annie sabía que los ingredientes se estaban acabando y que tenía que cocinar con lo que quedaba, que lo que quedaba era poco y que poco era lo que Annie había tenido toda su vida. Que con poco Annie cocinaba mejor que con mucho porque con poco cada decisión importaba.

Annie cocinó.

El aceite en el quemador izquierdo. La temperatura por la mano: tres segundos, 160 grados. La barra de pollo cortada en cubos irregulares de un centímetro cúbicos, no tiras, porque los cubos tenían más superficie de contacto con el aceite y más superficie de contacto significaba más reacción de Maillard y más reacción de Maillard significaba más sabor. Con una barra de pollo estándar el sabor era lo que se podía sacar de la textura porque el sabor intrínseco era mínimo. Los cubos en el aceite. El sonido del aceite recibiendo la proteína un crepitar que empezaba fuerte, bajaba a medida que la superficie del cubo se secaba, la humedad se evaporaba.

El arroz en el quemador derecho. Agua hirviendo. El arroz reconstituido tardaba 8 minutos, no 12 como el arroz real que no existía en el sistema. 8 minutos. Annie contó los minutos por la consistencia del vapor a los 4 minutos el vapor era denso y constante, a los 6 el vapor se reducía, a los 8 el vapor era mínimo y el arroz estaba hecho.

El condimento “sabor universal” sobre los cubos de pollo. El polvo amarillo se disolvió en el aceite y produjo un olor que era una

aproximación del olor de la comida real, una aproximación que estaba a un 30% de distancia de lo real, pero que era suficiente para que el cerebro interpretara “comida” y no “combustible”.

Annie sirvió tres platos. El plato de Rafael con más arroz porque Rafael necesitaba calorías porque Rafael llevaba diez días comiendo menos de lo que su cuerpo necesitaba. El plato de Darvi con los cubos más grandes porque Darvi masticaba lento y los cubos grandes duraban más. El plato de Annie con lo que quedaba.

Puso los tres platos en la mesa. Puso las galletas del sistema en el centro, postre o complemento, lo que cada uno necesitara. Puso agua en tres vasos. El agua del sistema tenía un sabor mineral que variaba según el nivel, el agua del -8 sabía a hierro y a cloro residual del tratamiento. Annie no filtró el agua. Filtrar el agua requería un filtro que se agotó hace tres semanas.

Rafael llamó a Annie al pasillo. Darvi.

- ◦

Los tres se sentaron a la mesa.

Rafael en la silla de siempre, la silla que miraba a la pared donde estaba el comunicador, la silla desde donde Rafael vio los colores de la conversación de Lu cada noche durante años. La silla desde donde Rafael escuchó los sonidos de las niñas durmiendo y los sonidos de la unidad respirando y los sonidos del sistema funcionando. Todos en colores que ahora volvían degradados pero presentes. Los colores de Rafael estaban al 40% de capacidad, los graves en azul, los agudos en amarillo, el rango medio volviendo en fragmentos de verde y naranja que aparecían y desaparecían con la irregularidad de lo que se enciende en un circuito dañado.

Darvi en la silla que antes era de Lu. Los audífonos puestos. La libreta en el bolsillo. La caja de herramientas en el suelo al lado de la silla. El gato debajo de la mesa, entre las patas de la silla de Darvi, con el cuerpo enroscado y la rodilla artrítica estirada en la posición que aliviaba la presión.

Annie en la silla de Annie. La silla más cerca de la hornilla. La silla desde donde Annie podía levantarse y llegar a la cocina en dos pasos si algo necesitaba atención.

Los tres comieron.

Rafael comió con la lentitud de alguien que está aprendiendo a comer otra vez. Cada bocado era un evento, la textura del cubo de pollo en la lengua, la temperatura del arroz, el sabor del condimento universal que llegaba sin colores, sin texturas. El gusto no volvió. Probablemente no volvería. El gusto era lo más frágil, lo primero que se apagaba. Lo último que volvía.

Darvi comió con la regularidad de una máquina, un bocado cada 45 segundos, masticación de 12 movimientos mandibulares por bocado, deglución, pausa, siguiente bocado. Darvi no saboreaba la comida, procesaba calorías. La eficiencia de la ingesta de Darvi era óptima: el plato se terminaba en el tiempo mínimo necesario para una digestión adecuada.

Annie comió mirando a Rafael y a Darvi. Annie comió la comida que Annie preparó con los últimos ingredientes de la reserva de la unidad del -8, y Annie masticó los cubos de pollo que Annie cortó, Annie tragó el arroz que Annie hirvió, Annie bebió el agua que sabía a hierro. Annie miró a las dos personas que quedaban en la mesa que antes tenía cinco y que ahora tenía tres, y que mañana aunque Annie

no lo sabía tendría tres personas que no recordarían por qué estaban sentadas en esa mesa.

Las galletas del sistema se quedaron en el centro de la mesa. Nadie las tocó durante la comida. Después de la comida, Darvi tomó una galleta, la partió en cuatro pedazos iguales, le dio un pedazo al gato. El gato olió el pedazo, no lo comió. El gato tenía criterio.

- ○

A las 16:00 la luz cambió otra vez.

Los fluorescentes del -8 bajaron a un 60% de su capacidad. El corredor se oscureció. Las unidades del -8 se oscurecieron. El parpadeo se hizo visible para todos los residentes del corredor. Levantaron la cabeza y miraron los fluorescentes, vieron el parpadeo y volvieron a bajar la cabeza porque los fluorescentes del sistema hacían cosas raras a veces. Las cosas raras del sistema no eran noticia.

Darvi salió al corredor. Las siluetas de las tuberías eran más brillantes que nunca, más brillantes que la noche del noveno día, más brillantes que cualquier noche de la semana. Las siluetas ya no parecían líneas delgadas, las siluetas eran bandas de luz que envolvían las tuberías con un grosor de 5 centímetros. La frecuencia era más intensa, más concentrada. La búsqueda de ARCHON se intensificó.

Darvi volvió a la unidad. Annie estaba lavando los platos. Rafael estaba en el cuarto de Ale, contando respiraciones.

La modulación aumentó, indicó Darvi. Los fluorescentes están al 60%. Las siluetas de las tuberías son cinco veces más intensas que hace cinco días. ARCHON concentró el escaneo.

Annie cerró el agua. El grifo goteó dos veces y se detuvo.

¿En nosotros?

En este sector. No necesariamente en nosotros. Pero el sector incluye nuestra unidad.

Annie secó las manos con el trapo de la cocina. El trapo era el trapo de Lu, el trapo que Lu bordó con las iniciales de la familia en la esquina: R, L, L, L. Rafael, Lu, Lucifer, Lilith. Las cuatro eles. Annie secó las manos con las cuatro eles y colgó el trapo en el gancho.

¿Qué hacemos?

Esperamos. No hay nada que hacer contra un escaneo sistémico. No podemos apagar las tuberías. Casi sin pensarlo, no podemos bloquear la frecuencia. En ese instante, no podemos esconder la sinestesia de Rafael.

¿Y si sacamos a Rafael del sector?

El escaneo es sistémico. No sectorial. Si movemos a Rafael a otro sector, ARCHON lo encuentra igual. La sinestesia es la señal. La señal está en Rafael.

Annie miró hacia el pasillo. Hacia el cuarto donde Rafael contaba las respiraciones de Ale. Rafael que no sabía que su sinestesia era una señal. Rafael que no sabía que el sistema lo rastreaba. Rafael que contaba respiraciones en azul y amarillo mientras ARCHON escaneaba las tuberías del -8, rastreando exactamente eso, un cerebro que procesaba frecuencias en colores.

Los fluorescentes bajaron a 50%. El -8 se oscureció. Las sombras de los muebles se alargaron. La temperatura de color de los fluorescentes bajó de 3200 kelvin a lo que se acercaba a 2500, una luz amarillenta, cálida, que no era la luz del sistema sino la luz de algo que se apaga. Un eclipse. No un eclipse real, sino un eclipse

sistémico. La Torre, modulando la energía del sistema, reducía la salida, concentrando los recursos en el escaneo.

Annie encendió la hornilla. La llama era lo único que el sistema no controlaba directamente. La llama era de gas y el gas era combustible; el combustible ardía independientemente de los fluorescentes y de las tuberías. De la frecuencia de la Torre. La llama de la hornilla iluminó la cocina con un resplandor naranja que era diferente del blanco de los fluorescentes. Era el resplandor de lo que no pertenecía al sistema.

Annie puso agua a hervir. No para cocinar, sino para tener algo caliente. Para tener algo que hacer con las manos mientras el sistema se oscurecía y ARCHON escaneaba, los fluorescentes bajaban y la noche del -8 llegaba antes de que fuera de noche.

La llama de la hornilla ardió en la cocina oscurecida del -8 mientras los fluorescentes parpadeaban, las tuberías vibraban con la frecuencia de la Torre. ARCHON escaneaba cada metro del sistema, rastreando la anomalía que vivía en el cuarto de al lado, contando respiraciones en colores que nadie más podía ver.

Annie esperó junto a la llama. El agua hirvió. Annie no la usó para nada. El vapor subió al techo y se condensó en las tuberías frías, cayó como gotas sobre la hornilla y las gotas chisporrotearon en el metal caliente. El sonido de las gotas chisporroteando fue el único sonido de la cocina del -8 en la noche del eclipse. ### Capítulo 037 NIEBLA [D][K][O]

- ◦

La niebla entró por debajo de la puerta de la unidad del -8 a las 04:17 de la mañana del día 12.

Darvi la vio. Darvi estaba despierta porque Darvi había estado despierta entre las 02:00 y las 04:00 para monitorear siluetas y se había quedado despierta después de las 04:00 porque las siluetas de las tuberías no se apagaron a las 04:00 como las noches anteriores. Las siluetas de las tuberías seguían encendidas. La frecuencia seguía activa. ARCHON no dejó de buscar. ARCHON encontró.

La niebla no era vapor de agua. La niebla no era condensación de las tuberías. Ahí, la niebla era una masa gris que entraba por la rendija de 2 centímetros entre la puerta de la unidad y el suelo del corredor. Despacio, la masa gris se desplazaba por el suelo con la lentitud de algo denso más lento que el humo, más lento que el vapor, más lento que cualquier gas que Darvi había catalogado en sus años de monitoreo del -8. La niebla se arrastraba. La niebla cubría el mosaico del suelo del pasillo centímetro a centímetro paciente.

Darvi se levantó del suelo del pasillo. El gato ya estaba de pie, el gato se había despertado antes que Darvi registrara la niebla, el gato detectó la niebla con los sentidos que los gatos tienen y que los humanos no tienen, que incluyen la capacidad de detectar cambios en la presión barométrica y en la composición química del aire y en las frecuencias electromagnéticas del entorno. El gato estaba de pie con el pelo del lomo completamente erizado. Las pupilas dilatadas al máximo. La cola inflada al doble de su grosor normal. La boca abierta con los labios retraídos mostrando los caninos, la postura defensiva completa de un gato que detecta algo que no puede clasificar.

La niebla olía a tabaco.

No, el tabaco de los cigarrillos del mercado gris, los cigarrillos del mercado gris eran sintéticos, con sabor a tabaco pero sin tabaco real,

con un olor químico que irritaba la nariz. La niebla olía a tabaco real, tabaco curado, tabaco que se cultivó en tierra y se secó al sol y se enrolló en hojas. Se quemó con fuego. Afuera, tabaco que no existía en el sistema. Arriba, tabaco que no existía en ningún lugar del Plano Medio desde hacía siglos. El olor del tabaco real era un olor que Darvi no tenía en su catálogo porque el catálogo de Darvi contenía olores que Darvi había experimentado y Darvi nunca había experimentado el olor del tabaco real.

Debajo del tabaco había otro olor. Un olor más viejo. Un olor que no tenía nombre en el catálogo de Darvi ni en ningún catálogo humano. El olor de estuvo en muchos lugares durante mucho tiempo y que acumuló los residuos olfativos de cada lugar, madera, piedra, metal, agua salada, ceniza, cuero, sangre seca, tierra mojada, algo dulce que podría ser incienso o podría ser descomposición lenta de algo orgánico que no terminó de descomponerse.

La niebla cubrió el suelo del pasillo en tres minutos. La capa de niebla tenía 15 centímetros de alto. Los pies de Darvi estaban dentro de la niebla. Los pies del gato estaban dentro de la niebla, el gato levantó las patas con la exageración de un gato que pisa agua, sacudiendo cada pata después de cada paso, pero la niebla no se desprendía de las patas, la niebla se adhería a las patas del gato con una consistencia entre gas y líquido.

Las siluetas de la niebla eran diferentes de todas las siluetas que Darvi había visto.

Las siluetas que Darvi veía alrededor de las personas eran emisiones, las personas emitían frecuencias y las frecuencias producían siluetas que rodeaban a las personas con una capa de luz visible solo para Darvi. Las siluetas de la niebla no eran emisiones,

las siluetas de la niebla eran absorciones. La niebla no emitía, la niebla absorbía. La niebla absorbía la luz de los fluorescentes y la frecuencia de las tuberías, la emisión sinestésica de Rafael que dormía en el cuarto y la emisión cerebral de Ale que estaba en coma, la emisión del gato y la emisión de Darvi. La niebla absorbía todo. Las siluetas de la niebla eran negras, no oscuras, negras. El negro de la absorción total. El negro que Darvi solo había visto una vez antes: en las entidades del Plano Base que patrullaban el desgarró del sector 7.

La niebla venía del mismo lugar que las entidades. La niebla venía del Plano Base. O la niebla venía de alguien que estuvo en el Plano Base el tiempo suficiente para traer su frecuencia consigo.

La puerta de la unidad se abrió.

La puerta no se abrió con el sonido neumático del sistema, la puerta se abrió en calma. El mecanismo neumático no se activó. La puerta se deslizó sobre los rieles con fricción mínima, sin necesitar mecanismos para moverse. La puerta se abrió y la niebla del corredor entró en la unidad, la niebla de la unidad se conectó con la niebla del corredor y la capa de 15 centímetros subió a 20 centímetros y el olor del tabaco se intensificó.

El hombre estaba de pie en el marco de la puerta.

Darvi vio al hombre. Darvi vio las siluetas del hombre. Las siluetas del hombre no parecían una capa alrededor del cuerpo, las siluetas del hombre eran múltiples, seis, siete, ocho siluetas concéntricas que rodeaban al hombre con capas de frecuencias diferentes, cada capa emitiendo a una frecuencia distinta, cada capa con un color diferente y todas negras. Las siluetas del hombre eran ocho capas de negro sobre negro sobre negro. Las siluetas no

rodeaban al hombre de la manera que las siluetas rodeaban a las personas normales, las siluetas del hombre no seguían el contorno del cuerpo. De golpe, las siluetas del hombre rodeaban el espacio. En ese instante, las siluetas rodeaban la habitación. Las siluetas se extendían por el pasillo y por las paredes, por el techo y por el suelo. Las siluetas del hombre cubrían la unidad del -8 entera con una presencia que no entraba al lugar, el lugar entraba en ella.

El hombre era viejo. La edad del hombre era indeterminada de la misma manera que la edad de las cosas muy viejas es indeterminada, las arrugas de la cara no eran arrugas de décadas sino arrugas de algo más largo. Surcos profundos que cruzaban la frente y las mejillas y el cuello con la irregularidad de un terreno erosionado. La piel del hombre era oscura, oscura del sol que no existía en el sistema, oscura de un sol que el hombre conoció en otro lugar o en otro tiempo. Los ojos del hombre eran pequeños, hundidos, con párpados pesados que cubrían tres cuartos del iris. Los ojos del hombre miraban a Darvi.

El hombre llevaba un abrigo largo. El abrigo era de un material que Darvi no reconoció, no era tela del sistema, no era sintético, no era algo que las máquinas del Plano Medio pudieran producir. El abrigo tenía bolsillos. Los bolsillos tenían bultos. Los bultos eran irregulares. El hombre tenía las manos en los bolsillos del abrigo con la postura de alguien que siempre tiene las manos en los bolsillos porque los bolsillos contienen las cosas que el hombre necesita y las cosas que el hombre necesita están siempre a la distancia de los dedos.

El hombre no sonrió. El hombre no frunció el ceño. La cara del hombre tenía la expresión de alguien que mira lo que esperaba

encontrar y que encontró y que no necesita reaccionar al hallazgo porque el hallazgo era predecible.

Darvi Espinoza - dijo el hombre.

La voz del hombre era grave. La voz del hombre estaba en el rango de 80 a 120 Hz. La voz del hombre tenía un acento que Darvi no podía clasificar, no era el acento del sistema, no era el acento de ninguna región del Plano Medio que Darvi conociera. El acento era de un lugar que no existía o que dejó de existir.

¿Quién eres? - declaró Darvi.

Don Humo. Vengo a protegerlos.

Darvi procesó la información. Don Humo. El nombre que existía en los rumores del mercado gris. El nombre que Reymus mencionó una vez, en la página 12 de la libreta, en una nota al margen que decía: “Si la situación se descontrola → buscar a Don Humo. Nivel desconocido. Acceso desconocido. Capacidades: borrado de memoria selectivo. Fuente: documento clasificado del archivo del -70. Fiabilidad: no verificada.”

Borrado de memoria selectivo.

¿Protegernos de qué? - dijo Darvi.

De lo que viene.

¿Qué viene?

No - respondió inmediatamente. Miró el pasillo de la unidad del -8. Miró la puerta del cuarto de Rafael. Detrás, miró la puerta del cuarto de Ale. Más allá, miró la cocina. Miró al gato que estaba entre las piernas de Darvi con el pelo erizado y los caninos expuestos. Don Humo miró al gato durante tres segundos.

El gato sabe - contestó Don Humo.

El gato no sabe nada. El gato reacciona.

Reaccionar es saber. El cuerpo sabe antes que la mente. El gato sabe que lo que viene no se puede pelear con cuchillos ni con osciladores ni con compost. El gato sabe que lo que viene se pelea olvidando.

Darvi procesó las palabras. Las palabras de Don Humo eran palabras que contenían información que Darvi no tenía. Don Humo sabía cómo cerraron los portales. Don Humo sabía los métodos. Don Humo sabía los detalles.

¿Cómo sabes lo de los portales?

Lo que ustedes hicieron dejó una firma. ARCHON detectó la firma. ARCHON envió la señal. Yo intercepté la señal antes de que ARCHON complete el protocolo.

¿Qué protocolo?

Corrección. Desconexión. Limpieza de registro. Los nombres que ARCHON usa para lo que los humanos llaman borrado. ARCHON va a limpiar el registro de este sector. Todos los residentes del -8. Todos los que estuvieron en contacto con los portales. Todos los que saben.

Limpieza de registro es borrado - observó Darvi.

Limpieza de registro es lo que ARCHON hace. Lo que yo hago es diferente. Lo que yo hago es selectivo. A lo lejos, lo que yo hago preserva lo que se puede preservar y borra lo que necesita ser borrado para que ARCHON no encuentre lo que busca. Justo entonces, lo que yo hago es protección.

Lo que tú haces es borrar memorias.

Don Humo miró a Darvi. Los ojos pequeños, hundidos. Los párpados pesados. Sí - dijo Don Humo. Lo que yo hago es borrar memorias. Las memorias de los portales. Las memorias de la guerra. Las memorias de cómo cerraron los portales usando la frecuencia de

la Torre. Si ARCHON encuentra esas memorias en sus cerebros, ARCHON los desconecta. No los borra selectivamente. Los desconecta. A los tres. A todos los que recuerden.

La niebla subió a 25 centímetros. La niebla cubría las rodillas de Darvi. La niebla cubría al gato por completo. El gato estaba sumergido en la niebla, invisible, solo la punta de las orejas asomaba por encima de la masa gris. Las orejas temblaban.

¿Y Rafael? - dijo Darvi. La sinestesia de Rafael es detectable. ARCHON la está buscando.

Rafael necesita olvidar más que los portales. Rafael necesita olvidar lo suficiente para que la firma sinestésica baje a niveles que ARCHON no detecte. Rafael necesita olvidar quién es.

¿Todo?

No todo. Las habilidades. El cuerpo. La cocina. La sinestesia se queda. La sinestesia es neurológica, no se puede borrar sin dañar el cerebro. Pero las memorias asociadas quién es, de dónde viene, qué pasó, esas se van. Rafael deja de ser Rafael. Rafael se convierte en alguien que no recuerda ser Rafael. Alguien que ARCHON no busca porque alguien sin memorias no tiene firma de amenaza.

¿Y Annie?

Annie olvida lo mismo. Los portales. La guerra. Las sombras. Los nombres. Annie se queda con las manos y con los cuchillos y con la cocina. Annie pierde el contexto.

¿Y yo?

Don Humo miró a Darvi. La mirada de Don Humo fue más larga que las miradas anteriores, tres segundos en lugar de uno. Los ojos hundidos evaluaban algo en Darvi que las siluetas no mostraban.

Tú eres diferente - expresó Don Humo. Tú procesas sin filtro emocional. Tú archivas todo. Lo que yo borro en los otros, en ti se regenera. Borrar tus memorias es inútil, tus memorias vuelven.

Entonces no me borras.

No puedo borrarte. Pero puedo hacer que ARCHON no te encuentre. Puedo hacer que tu señal sea invisible. Puedo esconderte en el ruido.

¿Cómo?

Eso es lo que vengo a hacer.

Don Humo sacó la mano derecha del bolsillo del abrigo. La mano de Don Humo era la mano de un hombre viejo, nudillos grandes, venas prominentes, piel con manchas de edad que no parecían manchas de la edad del sistema, sino manchas de una edad más larga. La mano de Don Humo sostenía algo. Algo que no era un objeto del sistema ni un objeto del Plano Medio ni un objeto que Darvi pudiera clasificar. Era un cilindro de un material oscuro, no metal, no madera, no piedra, algo entre los tres, de 10 centímetros de largo y 2 de diámetro. El cilindro emitía. Darvi lo vio en las siluetas: el cilindro emitía a múltiples frecuencias simultáneas, un espectro completo de emisión que iba desde las frecuencias subsónicas hasta las ultrasónicas.

Esto genera ruido - añadió Don Humo. Ruido en todas las frecuencias. Cuando se activa, tu señal desaparece en el ruido. ARCHON no puede distinguirte del ruido de fondo. Eres invisible.

¿Por cuánto tiempo?

Mientras funcione. Funciona con la frecuencia de la persona que lo porta. Se calibra una vez. Dura lo que dura la persona.

Don Humo extendió la mano con el cilindro. La niebla se arremolinó alrededor de la mano de Don Humo con la lentitud de algo denso que responde al movimiento.

Darvi miró el cilindro. Darvi miró a Don Humo. Darvi miró las ocho capas de siluetas negras que rodeaban a Don Humo y que cubrían la unidad, que absorbían la luz y la frecuencia. La emisión de todo lo que contenían.

¿Por qué nos proteges? - dijo Darvi.

Don Humo no respondió. Don Humo miró la puerta del cuarto de Rafael. La mirada de la silueta del viejo en la puerta detrás de la cual dormía Rafael duró cinco segundos. Cinco segundos era mucho tiempo para la voz del viejo. Cinco segundos era el tiempo que el de la pipa necesitó para mirar la puerta del cuarto de un hombre que iba a olvidar quién era y que iba a despertar mañana sin nombre, sin historia y sin las memorias de una esposa y dos hijas que murieron en un accidente que no iba a recordar.

Porque es necesario - declaró la silueta del viejo.

Darvi tomó el cilindro. El cilindro estaba tibio, a 37 grados, la temperatura del cuerpo humano, la temperatura de lo que estuvo en el bolsillo del hombre de la pipa contra su cuerpo durante el tiempo suficiente para igualar temperaturas. El cilindro pesaba 80 gramos. El cilindro emitía ruido que Darvi podía ver en las siluetas, un halo de estática que rodeaba el cilindro con la uniformidad del ruido blanco.

Darvi se puso el cilindro en el bolsillo de la sudadera. Al lado de la libreta de Reymus. 210 gramos de la libreta más 80 gramos del cilindro: 290 gramos contra el pecho. Los pesos que Darvi cargaba.

Mañana - dijo la figura junto al humo. Mañana vengo por las memorias. Hoy descansa. Mañana es el último día que recuerdan.

El viejo se dio la vuelta. La niebla se movió con el hombre de la pipa no siguiendo a el hombre de la pipa sino siendo la figura junto al humo. La niebla era el hombre de la pipa y la figura junto al humo era la niebla. Los dos se movieron hacia la puerta y salieron al corredor, la puerta se cerró sin sonido neumático y la niebla del pasillo de la unidad empezó a disiparse, el olor del tabaco empezó a desvanecerse. Las ocho capas de siluetas negras se alejaron por el corredor con la lentitud de lo que no tiene prisa.

El gato emergió de la niebla. Pelo erizado. Pupilas dilatadas. Boca cerrada. Miró a Darvi. Darvi lo miró. Caminó hasta ella, se sentó a su lado y puso la cabeza en su pierna, no en el regazo.

En el muslo izquierdo, 3.2 kilos sobre el músculo. No ronroneaba. Temblaba. Por instinto, el temblor fino de un animal que sabe.

Darvi puso la mano en la cabeza del gato. Los dedos entre las orejas. La piel caliente del cráneo del gato bajo los dedos de Darvi.

Lo sé - observó Darvi.

El gato y Darvi se quedaron en el pasillo de la unidad del -8 mientras la niebla se disipaba, el olor del tabaco se desvanecía y los fluorescentes seguían parpadeando, las tuberías seguían vibrando con la frecuencia de ARCHON. La noche del -8 seguía siendo noche.

Mañana la pipa se movió vendría por las memorias. Mañana Rafael dejaría de ser Rafael. En ese instante, mañana Annie olvidaría las sombras y los portales y los nombres de los muertos. Cerca de ahí, mañana Darvi seguiría recordando todo porque Darvi siempre recordaba todo. El cilindro en el bolsillo la escondería del sistema que buscaba a los que recordaban.

Darvi no despertó a Annie. Darvi no despertó a Rafael. Darvi se quedó en el pasillo con el gato y la libreta, el cilindro y los 290 gramos contra el pecho. Esperó a que amaneciera el último día que los tres recordarían ser quienes eran. ### Capítulo 038 HUMO [D] [X][H]

- ○

La figura junto al humo llegó tres días después del accidente.

No tocó la puerta. Estaba abierta. Llevaba abierta tres días porque Rafael no la cerró cuando volvió del hospital y Annie no la cerró cuando llegó después de Rafael y Darvi no la cerró porque Darvi no cerraba las puertas de otros - las puertas eran decisiones. Las decisiones de otros no parecían datos que Darvi modificara. Abierta, dejaba entrar el aire del corredor del -8. El aire del corredor tenía la temperatura de siempre 16 grados. El olor de siempre concreto, humedad y el vestigio químico de la solución de limpieza que las patrullas aplicaban cada siete días y que nunca terminaba de evaporarse. El aire del corredor entraba en la unidad y se mezclaba con el aire de la cocina. El aire de la cocina todavía olía a cebolla.

Tres días y la cebolla seguía.

Don Humo entró sin hacer ruido. No porque se esforzara en no hacer ruido porque el viejo no hacía ruido. Sus pies sobre el suelo de la unidad no producían el sonido que los pies producen sobre el concreto. La ausencia de sonido era lo primero que Rafael registraba: un hueco en el campo acústico, un rectángulo de silencio que se movía por la sala con la forma de un hombre. Rafael lo detectó antes de verlo. Los colores le mostraron el hueco, un espacio vacío de color en un mundo donde todo tenía color, un agujero en el mapa sensorial

que era más perturbador que cualquier sonido porque el cerebro de Rafael estaba construido para procesar presencias, no ausencias.

Rafael.

La voz de Don Humo era grave. No grave de la manera en que las voces masculinas son graves. Grave de una manera que ocupaba espacio. Llenaba el cuarto sin aumentar de volumen. Le llegaba gris oscuro, con textura de ceniza compactada. No tenía bordes. No tenía forma definida. Era un color que se expandía y que ocupaba todo el espacio disponible y que después se quedaba, como el humo.

Rafael estaba sentado en la silla de la cocina. La misma silla donde estuvo de pie durante cuarenta minutos después de la llamada. La misma silla donde Annie lo encontró. La misma cocina donde cocinó para nadie. Los platos azul y verde seguían en la mesa. Comida seca. Moscas desde el segundo día - las del -8, pequeñas, grises, persistentes, salían de las tuberías cuando la temperatura subía de 18 grados y desaparecían cuando bajaba de 14. Nadie los retiró. Eran la última cosa que Rafael hizo antes de que el cerebro se apagara. Retirarlos era borrar la última acción, y borrar la última acción era admitir que no había siguiente.

Annie estaba en el suelo de la sala. Espalda contra la pared. Piernas extendidas. Manos sobre los muslos. No se había movido desde el primer día. Se levantaba para ir al baño. Volvía al suelo. Darvi le llevaba agua. Bebía. No comía. Las manos que cocinaban para todos no cocinaban para ella. Quietas. Las cicatrices se veían diferentes en la quietud - más visibles, más detalladas, como un mapa que solo se puede leer cuando el terreno deja de moverse.

Darvi estaba en la esquina de la sala. El gato en el regazo. Los audífonos puestos. El cable largo. La esquina era el punto del cuarto

donde la acústica era más neutra sin eco, sin amplificación, sin distorsión. Darvi elegía sus posiciones por la acústica. Siempre.

El viejo se sentó en la silla frente a Rafael. La silla de Lu. Nadie se había sentado en la silla de Lu desde el accidente. Se sentó sin pedir permiso porque no pedía permiso para las cosas que iba a hacer de todas maneras.

Rafael lo miró. Los ojos de Rafael estaban abiertos pero la mirada estaba a medio funcionamiento. Los datos entraban sin embargo, no se procesaban. Los colores existían pero no se catalogaban. Los sonidos llegaban sin embargo, no se convertían en textura. Los colores de Rafael llevaban tres días en modo reducido. El cerebro conservaba energía apagando las funciones que no parecían esenciales para la supervivencia. Los colores no parecían esenciales para la supervivencia. Los colores eran esenciales para todo lo demás.

Sé quién eres - declaró Rafael. La voz salió seca. Tres días sin hablar más que monosílabos.

Sí.

Estuviste en la guerra. Te vimos. En los portales del Astral. La niebla que cerraba los bordes.

No confirmó ni negó. El viejo no confirmaba ni negaba las cosas que eran ciertas de manera obvia. La niebla en los portales del Astral fue él. La niebla que estabilizó los portales cuando los cristales de Toshiro no alcanzaban. Por instinto, la niebla que cubrió la retirada del grupo en el portal del -52 cuando las sombras con masa rompieron el perímetro. Un segundo después, la niebla que olía a nada, la ausencia total de olor en un mundo donde todo olía a algo.

ARCHON sabe quiénes son. La voz gris ceniza llenaba el cuarto sin subir. ARCHON identificó a los humanos que cerraron portales sincronizados con la Torre. ARCHON rastreó las frecuencias de los cristales hasta el taller del -22. ARCHON tiene las pulseras de los ocho.

Cinco - dijo Darvi. Desde la esquina. Sin moverse. Sin quitarse los audífonos. Somos cinco. Tres murieron. Uno se fue.

La miró. Con una mirada diferente a la de los demás. Los demás miraban a Darvi con incomodidad, con curiosidad, con la confusión de quien no entiende por qué alguien lleva audífonos en una conversación importante. La miró con reconocimiento. El reconocimiento de alguien que ve algo que los demás no ven.

Cinco aceptó el viejo. Tres vivos aquí. Ale en el hospital. Toshiro integrado al sistema.

Toshiro es el sistema corrigió Darvi.

ARCHON va a eliminar a los que quedan - dijo Don Humo. Sin pausa. Sin preparación emocional. Los datos sin envoltorio. ARCHON eliminó a Lu y a las niñas porque el linaje Tyr era detectable en las gemelas. ARCHON va a eliminar a Rafael porque Rafael cerró portales. Al fondo, ARCHON va a eliminar a Annie porque Annie cerró portales. Despacio, ARCHON va a buscar a Darvi porque Darvi mapeó los portales.

El nombre de Lu cruzó el aire de la cocina. El nombre de Lu en esa voz tenía un peso específico. Rafael supo que el accidente no fue accidente desde el momento en que recibió la llamada. Los datos no cuadraban. La ruta de Lu entre el hospital y la unidad era de 3.2 kilómetros. El accidente fue a 1.8 kilómetros del hospital. La velocidad registrada en el momento del impacto era de 94 km/h en

una zona de 40. Lu no conducía a 94 km/h con las niñas en el asiento trasero. Lu conducía a 94 km/h cuando alguien la perseguía.

Pero saber y confirmar eran cosas diferentes. Saber era un dato sin verificar. Confirmar era el dato verificado. La diferencia entre los dos era la distancia entre poder funcionar y no poder funcionar.

¿Qué propones? - contestó Rafael. La voz más seca que antes. La sequedad de alguien que ha pasado tres días sin procesar y que ahora tiene que procesar todo junto.

Borrado.

La palabra ocupó la cocina. La palabra tenía la densidad del plomo. Rafael le asignó un color: negro. No el negro del portal, un negro diferente. Un negro que absorbía pero que no devolvía. Un negro que era final.

Explica - apuntó Rafael.

Don Humo explicó.

El borrado no era magia. El borrado era manipulación de frecuencias cerebrales. El cerebro almacenaba memorias en patrones de conexiones sinápticas. Las conexiones sinápticas tenían frecuencias asociadas. Cada memoria tenía una firma de frecuencia. Don Humo podía identificar las firmas. Don Humo podía desactivar las firmas. La desactivación no eliminaba la memoria, la desconectaba. La memoria seguía existiendo en las neuronas pero las conexiones que permitían acceder a la memoria se cortaban. El efecto era el mismo que borrar: la persona no podía recordar. Pero los residuos quedaban. Los ecos. Los fantasmas.

¿Qué fantasmas? - dijo Annie. Desde el suelo. La primera frase completa que Annie decía en tres días.

Sensaciones sin contexto. Olores que disparan emociones sin memoria asociada. Habilidades que el cuerpo retiene pero que la mente no puede explicar. Preferencias inexplicables. Aversiones sin causa. Sueños recurrentes con imágenes que no pertenecen a ninguna experiencia recordada.

Rafael procesó. Los datos eran claros. El borrado eliminaba la biografía pero no eliminaba al sujeto. El sujeto seguía existiendo sin embargo, sin historia. Sin pasado. Sin las conexiones que hacían que el pasado tuviera sentido. El sujeto era una casa con los muebles puestos pero sin nadie que recordara quién los puso ni por qué estaban donde estaban.

¿Y las niñas? - admitió Rafael.

Don Humo no respondió inmediatamente. Don Humo sabía que las niñas estaban muertas. Rafael sabía que las niñas estaban muertas. La pregunta no era sobre las niñas. La pregunta era sobre la memoria de las niñas. La pregunta era: ¿voy a olvidar que existieron?

Sí - dijo Don Humo.

La palabra cayó en la cocina. La palabra cayó sobre los platos azul y verde con la comida seca y las moscas. Detrás, la palabra cayó sobre la silla de Lu donde Don Humo estaba sentado. Un segundo después, la palabra cayó sobre las manos de Annie. Sobre los audífonos de Darvi. Sobre el gato que gruñó un gruñido bajo, 14 Hz, el gruñido que el gato hacía cuando algo estaba mal en un nivel que los humanos no percibían.

¿Y Ale? - declaró Rafael.

Ale está en coma. El coma es protección. Mientras Ale no despierte, ARCHON no puede acceder a sus memorias. Si Ale despierta, habría que evaluar.

¿Darvi?

Don Humo miró a Darvi otra vez. El reconocimiento de antes se intensificó. Don Humo vio algo en Darvi que le produjo una reacción que no era miedo ni sorpresa ni admiración. Era la reacción de alguien que encuentra una excepción en un sistema que no debería tener excepciones.

Darvi es diferente - declaró Don Humo.

- ○

El borrado de Rafael fue a las 03:00.

La hora no parecía arbitraria. Don Humo explicó que las 03:00 era cuando la actividad cerebral alcanzaba el punto más bajo del ciclo circadiano. Los patrones de frecuencia eran más accesibles. Las defensas neuronales más bajas. El borrado era menos traumático a las 03:00 que a cualquier otra hora. Rafael se acostó en el colchón. La habitación que compartía con Lu tenía una luz tenue que entraba por la ventana. El colchón que compartía con Lu estaba deshecho, con una almohada en el suelo. La almohada de Lu todavía tenía el olor de Lu, el olor del pelo, el olor del pigmento azul del mercado gris, el olor de la piel de Lu que era un olor que Rafael conocía mejor que cualquier dato del Nivel -3 y que en unas horas no reconocería.

Don Humo se paró al lado del colchón. Las manos se extendieron. No tocaron la cabeza de Rafael. Se quedaron a diez centímetros del cráneo. Los dedos se separaron. De entre los dedos salió la niebla.

La niebla era la misma niebla de los portales del Astral. La misma niebla que cubrió la retirada del -52. Afuera, la niebla no tenía olor ni color ni temperatura. A lo lejos, la niebla era una ausencia que se comportaba como presencia. La niebla entró por los oídos de Rafael

no por la nariz. No por la boca, por los oídos. La niebla siguió el canal auditivo hasta el tímpano y del tímpano al oído medio y del oído medio al nervio acústico. Del nervio acústico al cerebro. La niebla encontró los patrones de frecuencia de las memorias.

Rafael registró el proceso. No como dolor. Como sustracción. Como si alguien vaciara una habitación mientras Rafael estaba dentro. Los muebles desaparecían uno por uno. Primero los muebles grandes: la cara de Lu, el nombre de Lu, las rastas con el mechón azul. La voz de Lu diciendo “Lucifer significa portador de luz.” Después los muebles medianos: la cocina del -16, las manos de Annie con las veintitrés cicatrices, “la sal al final,” “el cuchillo por la hoja.” Después los muebles pequeños: el ritmo de 3/4 de la cuchara de Lucifer. El mmm de 220 Hz de Lilith, el tazón azul, el tazón verde.

Pero los muebles no se iban del todo. Los muebles dejaban marcas en el suelo. Rectángulos de polvo limpio donde estuvieron las cosas. Hendiduras en la alfombra. Clavos en las paredes. Los muebles se iban pero las marcas quedaban.

La sinestesia fue la última en irse. Don Humo llegó a los patrones de frecuencia que conectaban los sonidos con los colores y las texturas y encontró que los patrones eran tan profundos tan integrados en la estructura básica del cerebro de Rafael que desconectarlos habría desconectado la capacidad de Rafael de procesar sonido. El viejo no la desconectó. Se quedó. El residuo más grande. El fantasma más ruidoso.

Rafael cerró los ojos. Rafael durmió. Rafael soñó con colores que no tenían nombre.

Cuando despertó, no sabía dónde estaba.

• ○

El borrado de Annie fue a las 04:00.

Annie se acostó en el suelo de la sala. No en un colchón. En el suelo. Annie dijo que el suelo estaba bien. El viejo no discutió. El suelo era concreto frío. Annie se acostó con las manos cruzadas sobre el pecho, las cicatrices hacia arriba, los ojos abiertos mirando el techo.

Las cicatrices se van a quedar - dijo Don Humo. No como advertencia. Como dato. El cuerpo retiene lo que la mente olvida.

Lo sé - replicó Annie.

Las manos se extendieron. La niebla salió. La niebla entró por los oídos de Annie. El proceso fue más rápido que con Rafael. Annie tenía menos resistencia neuronal, menos patrones complejos que desconectar. Annie no tenía sinestesia. Annie tenía la cocina. Ahí, Annie tenía las quemaduras. Detrás, Annie tenía el olor.

El olor de la cocina fue lo último que la niebla encontró. El olor estaba grabado tan hondo en el sistema nervioso de Annie que desconectarlo habría desconectado la capacidad olfativa de Annie por completo. Un segundo después, el viejo no desconectó el olor. De golpe. El olor se quedó. El olor de la cebolla caramelizándose. El olor del aceite a 170 grados. El olor del pan quemado que fue la primera quemadura de Annie a los ocho años. Los olores se quedaron como fantasmas sin contexto. Annie no sabía por qué ciertos olores le producían una emoción que no podía nombrar. Annie no sabía por qué sus manos sabían sujetar un cuchillo por la hoja. Annie no sabía por qué lloraba cuando cortaba cebollas de una manera que era diferente al llanto químico del ácido sulfónico un llanto más profundo. Más viejo, un llanto que venía de un lugar que la mente no podía encontrar.

Annie cerró los ojos. Annie durmió.

- ○

El borrado de Darvi fue a las 05:00. O debió ser a las 05:00.

Se paró frente a Darvi. Darvi estaba en la esquina. El gato en el regazo. Los audífonos puestos. Extendió las manos. Los dedos se separaron. La niebla salió.

La niebla se acercó a los oídos de Darvi. La niebla intentó entrar por el canal auditivo izquierdo. El audífono estaba puesto. La niebla rodeó el audífono. La niebla intentó entrar por el canal auditivo derecho. El audífono estaba puesto. La niebla rodeó el segundo audífono.

Los audífonos no eran la barrera.

La niebla encontró una entrada por la piel detrás de la oreja derecha, por los poros, por los capilares. La niebla llegó al nervio auditivo. Sin aviso, la niebla siguió el nervio hasta el cerebro. Justo entonces, la niebla encontró los patrones de frecuencia de las memorias de Darvi.

Y los patrones no se movieron.

Empujó. La niebla empujó. La frecuencia de desconexión llegó a los patrones y los patrones la absorbieron sin alterarse. Los patrones de Darvi estaban organizados de una manera que la niebla no reconocía no en cadenas asociativas como los de Rafael ni en clusters emocionales como los de Annie. Los patrones de Darvi estaban organizados en una red rígida. Cada memoria conectada con todas las demás por líneas de datos verificados. Contrastados, archivados. La red no tenía puntos débiles. La red no tenía conexiones

prescindibles. Cada conexión sostenía a las demás. Desconectar una era desconectar todas. Desconectar todas era destruir el cerebro.

Retiró las manos. La niebla se retrajo. El proceso no funcionó. El borrado no era posible.

Darvi no se movió. Los audífonos puestos. El gato ronroneando a 26 Hz.

No puedes - admitió Darvi.

Tampoco era pregunta. Era confirmación de un dato que Darvi sospechaba desde que Don Humo - explicó el mecanismo. La red rígida de Darvi era la misma estructura que la protegía de la manipulación. La misma estructura que hacía que Darvi no pudiera mentir ni ser manipulada ni olvidar. De golpe. La estructura que los neurólogos del sistema nunca estudiaron. De golpe, la estructura que era Darvi.

La miró con la expresión de quien encuentra lo que no esperaba y no sabe si es un problema o una solución.

Vas a recordar todo - dijo Don Humo.

Sí.

ARCHON va a buscarte.

ARCHON lleva buscándome desde que mapee los portales. No me encuentra.

¿Por qué no?

Porque ARCHON busca patrones de amenaza. Yo no soy amenaza. Soy registro. ARCHON no puede detectar registro porque ARCHON es registro. No puedes buscar lo que eres.

No sonrió. No sonreía. La boca era una línea horizontal que no se curvaba ni hacia arriba ni hacia abajo, una línea que era la expresión de alguien que dejó de usar la sonrisa como herramienta social hace

tanto tiempo que los músculos zigomáticos se olvidaron de la función.

Cuídalos - añadió el viejo. No a Darvi. Al cuarto. A Rafael dormido en la habitación, a Annie dormida en el suelo. A las pulseras apagadas. A los platos azul y verde con las moscas. Al olor de la cebolla que seguía. No van a saber quiénes son. No van a saber quiénes fueron. No van a saber que existieron el uno para el otro.

Lo sé - dijo Darvi.

No puedes decirles.

Lo sé.

Si les dices, ARCHON los encuentra.

Lo sé.

Se fue. No por la puerta. No usaba puertas. Se disolvió. La presencia que era ausencia de sonido se diluyó en el aire de la cocina hasta que el campo acústico del cuarto volvió a ser uniforme. Los pies que no hacían ruido dejaron de no hacer ruido. El hueco en el mapa sensorial se llenó con los sonidos normales: las tuberías. Los fluorescentes, el goteo lejano del -9, el ronroneo del gato.

Darvi se quedó en la esquina. A las 06:30, la alarma de la unidad sonó. 2,200 Hz. La alarma que Rafael ponía cada noche a las 05:40 pero que ahora sonaba a las 06:30 porque el reloj de la unidad se desconfiguró durante el borrado la niebla de Don Humo interfirió con los circuitos de la unidad y el reloj perdió cincuenta minutos.

En la habitación, un hombre que no sabía cómo se llamaba abrió los ojos. ### Capítulo 039 EJÉRCITO [D][A][K]

- ○

La mujer se despertó en el suelo de un cuarto que no reconocía.

El suelo era de concreto. Frío. El cuerpo lo sabía sin necesitar un termómetro, el cuerpo tenía un calibrador interno que la mujer no recordaba haber adquirido. La espalda dolía. Las vértebras lumbares protestaban contra la superficie dura con un dolor sordo que subía por la columna hasta la base del cráneo. La mujer se sentó. Las manos se apoyaron en el suelo. Las palmas tocaron el concreto y las palmas enviaron un mensaje al cerebro y el mensaje era que las palmas habían tocado concreto muchas veces antes.

Que la textura del concreto era familiar, que la temperatura del concreto era familiar, que todo era familiar excepto que nada lo era.

Las manos tenían cicatrices.

La mujer miró las manos. La mano izquierda: base del pulgar, nudillo del índice, dorso central, antebrazo hasta el codo. La mano derecha: pulgar, meñique, una línea diagonal que cruzaba la palma formando una X con otra línea que podía ser natural o no. Las cicatrices eran de quemaduras. La mujer lo supo porque las cicatrices tenían la textura de las quemaduras: piel ligeramente elevada, con un brillo que la piel normal no tiene, un brillo que es el resultado del colágeno reconstruido a velocidad excesiva. Las quemaduras eran antiguas. Algunas más que otras. Las de la mano izquierda eran más viejas, el color más claro. La textura más integrada. Las del antebrazo eran más recientes, el rosa todavía visible bajo la superficie.

La mujer contó las cicatrices. Treinta y cuatro. Contarlas fue automático. Los ojos recorrieron la piel y los dedos tocaron cada marca y la boca apuntó los números sin voz: uno, dos, tres, cuatro. Treinta y cuatro cicatrices de quemaduras distribuidas en dos manos y dos antebrazos. Los datos eran precisos. El contexto no existía.

La mujer no sabía cómo se llamaba.

- ○

El cuarto tenía una cocina. La cocina tenía una hornilla con dos fuegos. Los dos funcionaban. La mujer giró las perillas para verificar. La llama del derecho era más débil que la del izquierdo. La diferencia entre las dos llamas era de aproximadamente 40 grados de temperatura máxima. Detrás, la mujer lo supo mirando el color de la llama: el izquierdo era azul intenso, 900 grados; el derecho era azul con bordes amarillos, 860 grados. Sin aviso, la mujer sabía la temperatura por el color. No sabía cómo sabía. El conocimiento estaba en los ojos de la misma manera que las cicatrices estaban en las manos: presente, inexplicable, sin origen.

Sobre la mesa de la cocina había dos platos. Un plato azul. Un plato verde. Los dos tenían comida seca. La comida tenía moscas. La mujer retiró los platos. Los lavó en el grifo. El agua fría sobre las manos, el agua a 11 grados. Otra calibración automática del cuerpo. El jabón industrial del dispensador al lado del grifo tenía un olor alcalino que no le expresó nada. Pero cuando la mujer enjuagó los platos y los puso a secar en el escurridor y se secó las manos con el paño que colgaba del gancho al lado de la hornilla, las manos hicieron un gesto que la mujer no decidió hacer: las manos agarraron el paño, lo doblaron en tres, y lo pusieron sobre el hombro izquierdo.

El paño quedó en el hombro izquierdo. Las manos lo dejaron ahí. La posición era cómoda. Natural. La posición de alguien que lleva un paño en el hombro mientras cocina. La mujer no estaba cocinando. La mujer no sabía si cocinaba. Las manos sí.

En el cajón debajo de la hornilla había un cuchillo. La hoja de 18 centímetros, acero inoxidable, mango de madera desgastado por uso prolongado. La mujer sacó el cuchillo del cajón. Las manos lo sujetaron de una manera específica: la mano derecha dominante, el índice y el pulgar sujetando la hoja justo antes del mango, no el mango mismo. La posición no era la posición estándar, la posición estándar era sujetar el mango. Esta posición era profesional. Esta posición era la posición de alguien que sabe usar un cuchillo no como herramienta sino como extensión.

La mujer puso el cuchillo en la mesa. Miró las manos. Las cicatrices. El cuchillo. La posición. Los datos no formaban una historia. Los datos formaban un inventario: manos con cicatrices de quemaduras, conocimiento de temperaturas por color de llama, paño en el hombro izquierdo, cuchillo por la hoja. Inventario sin narración. Hechos sin causa.

- ○

La mujer encontró a un hombre dormido en una habitación al fondo del pasillo.

El hombre dormía en un colchón. La ropa del hombre estaba arrugada, la misma ropa de varios días, el olor del sudor acumulado, el olor del estrés diferente al olor del calor. El hombre tenía los ojos cerrados y la boca abierta y la respiración irregular, no las 14 respiraciones por minuto del sueño profundo sino las 18 de un sueño superficial agitado. Los párpados se movían. REM.

La mujer se quedó en la puerta. No entró. No sabía quién era el hombre. No sabía si el hombre era peligroso. El cuerpo de la mujer evaluó al hombre con la velocidad de alguien que ha evaluado

amenazas antes: peso aproximado 78 kilogramos, altura 1.75, constitución media, sin armas visibles, posición vulnerable. El hombre no era amenaza.

La mujer se fue.

En la sala había alguien más. Una mujer joven. Sentada en la esquina. Con audífonos. Con un gato viejo en el regazo. La mujer joven miraba a la mujer con cicatrices con una expresión que la mujer con cicatrices no podía interpretar. No lucía como curiosidad. No constituía preocupación. Era algo más denso. Algo que tenía capas. La mirada de alguien que sabe lo que no puede decir.

¿Quién soy? - dijo la mujer con cicatrices.

La mujer joven no respondió inmediatamente. La mujer joven procesó. Los ojos de la mujer joven fueron a las manos de la mujer con cicatrices. A las cicatrices. Al paño en el hombro izquierdo. Al cuchillo que la mujer con cicatrices tenía en la mano derecha, la mujer no recordaba haber agarrado el cuchillo de nuevo. Las manos lo hicieron solas.

No puedo decirte - dijo la mujer joven.

¿Por qué?

Porque si te digo, te encuentran.

La mujer con cicatrices no entendió. Los datos no fueron suficientes. ¿Quién la encontraba? ¿Por qué la buscaban? ¿Qué hizo? Las preguntas se apilaron pero la mujer joven no respondió más. La mujer joven volvió a mirar al frente. Los audífonos puestos. El gato ronroneando.

El gato miró a la mujer con cicatrices. El gato la miró con los ojos amarillos de un animal que ha vivido trece años y que ha visto cosas que los humanos no ven y que reconocía a la mujer con cicatrices de

una manera que trascendía la memoria: por el olor. Justo entonces, el gato conocía el olor de la mujer con cicatrices. Un segundo después, el olor de la cebolla y del aceite caliente y del pan. De las quemaduras. El gato se bajó del regazo de la mujer joven. Caminó hasta la mujer con cicatrices. Se frotó contra la pierna izquierda. La artritis de la rodilla hizo clic.

La mujer con cicatrices se agachó. Tocó al gato. La mano con las cicatrices sobre el pelo tricolor. El gato ronroneó más fuerte. La mujer no supo por qué tocar al gato le producía una presión en el pecho que no era dolor ni alegría sino reconocimiento, el mismo reconocimiento que las manos tenían con el cuchillo y que los ojos tenían con la llama y que el hombro tenía con el paño. El cuerpo reconocía lo que la mente no podía encontrar.

• ○

La mujer salió de la unidad.

El corredor del Nivel -8 era gris. Los fluorescentes funcionaban. Las tuberías gruñían. La pantalla en la muñeca de la mujer estaba apagada, negra, sin números, sin colores, sin datos. La pulsera no respondía al tacto. La pulsera era un objeto muerto en la muñeca de una mujer sin nombre.

La mujer subió. Rampas. Niveles. El cuerpo subía con eficiencia. Los pies conocían las rampas. Los pies tomaban los atajos sin que la mente los decidiera: un giro a la izquierda en el -6, un pasillo de servicio en el -4, una escalera trasera en el -2. Afuera, los atajos eran automáticos. Más allá, los atajos estaban en las piernas de la misma manera que el cuchillo estaba en las manos.

La superficie. La mujer llegó a la superficie por primera vez en ¿cuánto tiempo? No lo sabía. La luz del exterior era gris. El cielo gris. El aire frío, 8 grados, el cuerpo calibró. Casi sin pensarlo, el viento venía del norte. Más allá, el norte olía a metal y a humedad. La mujer respiró el aire de la superficie y el aire no le comentó nada. El aire era aire. Sin memoria.

La mujer caminó.

Caminó durante horas. Sin dirección. Sin destino. Los pies caminaban y el cuerpo caminaba y la mente estaba vacía, no la vacuidad del descanso sino la vacuidad de la casa sin muebles. Las paredes estaban, el techo estaba, el suelo estaba. Los muebles no. Las marcas donde estuvieron los muebles eran las cicatrices de las manos. La temperatura del aceite por el color de la llama. El paño en el hombro. El cuchillo por la hoja.

A las 14:00 el cuerpo sabía la hora por la posición de la luz, otra calibración. La mujer se detuvo frente a un edificio. El edificio era gris. Todos los edificios eran grises. Pero este edificio tenía una puerta diferente. La puerta tenía un cartel. El cartel decía: ALISTAMIENTO.

La mujer miró el cartel. Miró las manos. Las cicatrices. Las treinta y cuatro cicatrices de quemaduras y las once que no eran de quemaduras, cicatrices más finas, más rectas, el tipo de cicatrices que dejan los bordes afilados. Las once cicatrices que no eran de quemaduras estaban superpuestas a las que eran. Más recientes. El cuerpo tenía dos historias escritas en la piel: una historia de fuego. Una historia de filo. Las dos historias hablaban de una persona que sabía recibir daño. Seguir funcionando.

La mujer entró.

El interior del edificio de alistamiento era funcional. Un mostrador. Una silla. Un formulario. Una persona detrás del mostrador con uniforme verde y expresión de alguien que ha visto a mil personas entrar por esa puerta y que sabe que la mayoría no va a durar un mes.

Nombre - señaló la persona del mostrador. La mujer no respondió. La mujer no tenía nombre. La mujer tenía cicatrices y manos que sabían agarrar un cuchillo y pies que conocían atajos. Un paño fantasma en el hombro izquierdo. No tenía nombre.

Necesito un nombre para el formulario - dijo la persona.

La mujer miró alrededor. El edificio de alistamiento tenía carteles en las paredes. Carteles con imágenes de soldados. Carteles con frases motivacionales que la mujer no leyó porque las frases motivacionales no contenían datos útiles. Un cartel tenía el nombre de una unidad: BRIGADA ANNA-7.

Annie - replicó la mujer.

No supo por qué - dijo Annie. El nombre salió de la boca antes de que el cerebro lo procesara. El nombre estaba en algún lugar del cuerpo no en la mente, en el cuerpo. En la garganta. En los músculos que formaban los sonidos. Los músculos conocían el nombre. Los músculos lo habían dicho miles de veces. Los músculos lo dijeron una vez más.

Annie qué más.

Solo Annie.

La persona del mostrador anotó. "Annie." Sin apellido. Sin historia. Sin número de identificación la pantalla apagada no proporcionaba datos. La persona del mostrador miró a la mujer con las cicatrices y los ojos de alguien que ha dormido poco, comido

menos y que tiene las manos de alguien que sabe hacer cosas. Decidió que el formulario podía tener espacios en blanco.

¿Experiencia previa?

No sé.

¿Habilidades?

La mujer miró las manos. Las manos que sabían sujetar el cuchillo por la hoja. Las manos que conocían la temperatura del aceite. Las manos que tenían once cicatrices que no parecían de quemaduras.

Cocina - admitió la mujer. Y algo más. No sé qué.

Cocina la ponemos. Lo otro ya lo veremos.

La persona del mostrador le dio un uniforme. Verde. La tela tenía un olor un olor industrial, el olor del almacén donde los uniformes se apilaban sin lavar. La mujer se cambió en el cuarto que le indicaron. El uniforme le quedaba grande en los hombros y ajustado en las manos las mangas terminaban en puños que apretaban las muñecas y que cubrían los bordes de las cicatrices del antebrazo.

En el bolsillo derecho del pantalón viejo el pantalón que la mujer se quitó estaba el cuchillo. La mujer lo encontró ahí. No recordaba haberlo puesto. Las manos lo pusieron. Las manos hicieron lo que las manos sabían hacer: agarrar el cuchillo, guardarlo cerca, no soltarlo.

La mujer pasó el cuchillo del pantalón viejo al bolsillo del uniforme nuevo. El cuchillo de cocina en el bolsillo de un uniforme militar. La hoja de 18 centímetros contra el muslo derecho. El peso del cuchillo era 230 gramos. La mujer lo supo por el tacto. Otra calibración sin origen.

• ○

El entrenamiento básico fue de seis semanas.

La mujer que se llamaba Annie resultó ser buena en cosas que no sabía que sabía. El combate cuerpo a cuerpo: las piernas se movían con una fluidez que los instructores notaron el primer día. No era estilo militar. Era algo más viejo. Algo que venía de una disciplina que usaba patadas circulares y bloqueos con el antebrazo y giros que transferían el peso de un pie al otro con una eficiencia que el entrenamiento militar estándar no enseñaba. Los instructores le preguntaron dónde aprendió. Annie no sabía dónde aprendió. Annie solo sabía que las piernas hacían lo que las piernas sabían hacer.

La orientación espacial: Annie navegaba los terrenos de entrenamiento con una velocidad que no era rapidez sino eficiencia de ruta. Los pies encontraban los atajos. Los pies sabían cuál puerta daba a cuál pasillo y cuál pasillo llevaba a cuál salida. Los pies recordaban laberintos que Annie nunca había recorrido de la misma manera que las manos recordaban cuchillos que Annie nunca había agarrado.

La cocina: Annie fue asignada al servicio de alimentación en la segunda semana. La cocina del cuartel era más grande que cualquier cocina que Annie no recordaba haber usado. Ocho hornillas. Cuatro hornos. Ollas de 60 litros. Cuchillos del tamaño del antebrazo. Annie agarró el cuchillo más grande por la hoja índice y pulgar antes del mango y el instructor de cocina la miró con los ojos de alguien que reconoce un profesional.

¿Dónde aprendiste eso?

No sé.

Nadie agarra el cuchillo así sin entrenamiento.

No me acuerdo del entrenamiento.

El instructor la dejó cocinar. Annie cocinó. Las manos cortaron cebollas en rodajas de 3 milímetros. Las manos verificaron la temperatura del aceite con un trozo de cebolla si burbujea inmediato, 170 o más. Las manos salaron al final.

Cuando Annie cortó la cebolla, los ojos lloraron. El ácido sulfónico de la cebolla activó las glándulas lacrimales. Reacción química. Normal. Pero el llanto de Annie duró más que la reacción química. El llanto de Annie continuó después de que la cebolla estuvo en la sartén y el ácido se disipó y el olor cambió de crudo a dulce. El llanto de Annie continuó mientras la cebolla se caramelizaba. El color pasaba de blanco a dorado a ámbar.

El olor de la cebolla caramelizándose llenó la cocina del cuartel. El olor viajó por los conductos. Justo entonces, el olor llegó a los pasillos. A lo lejos, el olor era el mismo olor de una cocina en un Nivel -8 de una Torre que Annie no recordaba en una vida que Annie no recordaba con personas que Annie no recordaba.

Annie lloró hasta que la cebolla se quemó.

Después se limpió la cara con el paño del hombro izquierdo el paño que Annie se puso en el hombro izquierdo sin decidirlo, el gesto automático, el fantasma del cuerpo y empezó de nuevo.

La sal al final. Siempre al final.

Las manos sabían. Las manos siempre sabían.

En el bolsillo del uniforme, el cuchillo de cocina pesaba 230 gramos contra el muslo derecho. Annie no sabía por qué lo guardaba. Annie no sabía de dónde venía. Annie sabía que el cuchillo era suyo de la misma manera que las cicatrices eran suyas y que el llanto de la cebolla era suyo y que el nombre Annie era suyo aunque no supiera quién se lo dio ni cuándo ni dónde.

El cuerpo recordaba.

La mente no.

Esa era la diferencia entre borrar y destruir. Borrar quitaba el acceso. Destruir quitaba el contenido. El viejo borró. No destruyó. Lo que Annie fue seguía existiendo en las neuronas, en los músculos, en las cicatrices, en los tendones que se contraían de cierto modo al sujetar un cuchillo. en las glándulas que producían un llanto específico con el olor de la cebolla, en las piernas que giraban con una disciplina que no se aprende en seis semanas de entrenamiento básico.

Annie existía dentro de la mujer sin nombre. Annie existía en los residuos. Annie existía en los fantasmas.

La mujer sin nombre siguió entrenando. La mujer sin nombre se convirtió en soldado. La mujer sin nombre cocinaba y peleaba y caminaba por pasillos que los pies conocían sin que la mente supiera por qué.

La mujer sin nombre se llamaba Annie.

Después se llamaría Anya.

La mujer no lo sabía. No sabía que antes se llamó Annie. Pero las manos seguían agarrando el cuchillo por la hoja y el hombro izquierdo seguía esperando el paño, la cebolla seguía haciendo llorar de una manera que no era química.

El cuerpo no olvida.

El cuerpo nunca olvida. ### Capítulo 040 LA CONSTANTE

- ○

Darvi se quedó en la esquina durante seis horas después de que todos se fueron.

El hombre que fue Rafael se despertó a las 06:30 con la alarma desactivada y miró el cuarto con los ojos de un recién nacido de veintisiete años, no reconoció nada y se levantó. Caminó por la unidad tocando las paredes como si las paredes pudieran decirle algo. Las paredes no dijeron nada. El hombre se fue. Salió por la puerta abierta. Subió las rampas. Su cuerpo sabía subir rampas. Sabía contar escalones - los treinta. Dos de la escalera de la entrada. Los contó sin saber por qué. Se fue hacia arriba. Hacia la superficie. Hacia lo que fuera que esperaba a un hombre sin nombre en un mundo que no reconocía.

Darvi lo vio irse. Los audífonos puestos. El gato en el regazo. El cable del audífono estirado al máximo porque Darvi giró la cabeza para seguir al hombre con los ojos y el cable tiró del reproductor que estaba en el suelo al lado izquierdo y el reproductor se deslizó tres centímetros sobre el concreto.

No miró a Darvi al irse. No sabía quién era Darvi. No sabía quién era él. Pero tenía la sinestesia Darvi lo vio parpadear cuando la alarma sonó, el parpadeo de alguien que procesa un sonido como color. el parpadeo que Rafael hacía cada mañana a las 05:40 cuando los 2,200 Hz le llegaban amarillo limón con textura de papel de lija mojado. El hombre tenía los colores pero no tenía el mapa. Un idioma sin diccionario. Los colores llegaban pero no significaban nada.

La mujer que fue Annie se despertó cuarenta minutos después. Se levantó del suelo. Se miró las manos. Contó las cicatrices. Agarró el cuchillo del cajón. Se lo guardó en el bolsillo. Se puso el paño en el hombro izquierdo. Miró a Darvi. Preguntó quién era. Darvi no pudo decirle. La mujer se fue.

Darvi los vio irse a los dos. Uno después del otro. Dos personas que se conocían desde los trece años. Dos personas que pelearon una guerra juntas. Entonces, dos personas que comieron juntas y cerraron portales juntas y enterraron amigos juntas. En ese instante. dos personas que pasaron una al lado de la otra en el corredor del -8 sin mirarse porque no se reconocieron.

El hombre subió por la rampa izquierda. La mujer subió por la rampa derecha. Tres metros de distancia. Tres metros y un borrado.

- ○

Darvi se levantó a las 12:00.

El gato bajó del regazo. Clic en la rodilla artrítica. Caminó hasta la cocina, se sentó frente al cuenco de agua. Vacío. Darvi lo llenó. Grifo a 11 grados. Bebió. El sonido del gato bebiendo era un chasquido rítmico lengua contra agua. lengua contra paladar, cuatro chasquidos por segundo, un ritmo que Darvi conocía desde que el gato tenía dos años y que ahora, a los trece, era más lento. Tres chasquidos por segundo. La desaceleración del envejecimiento medida en chasquidos de agua.

La cocina olía a cebolla.

Tres días y seguía ahí. La que Rafael cocinó la noche que recibió la llamada. La que sus manos cortaron mientras el cerebro no funcionaba. Olor a cebolla caramelizada adherido a las superficies - la encimera. las paredes, el interior de la campana extractora que no funcionaba desde hacía meses y el olor no se iba porque nadie abrió la ventana y nadie lavó las superficies. La puerta abierta dejaba circular aire pero no suficiente para desplazar el olor de lo que se cocinó con el piloto automático del dolor.

Darvi lavó la cocina.

No por higiene. Por inventario. Darvi lavaba las cosas cuando necesitaba organizar los datos. La actividad física repetitiva frotar la encimera, enjuagar el trapo, frotar de nuevo liberaba capacidad de procesamiento. El cerebro de Darvi funcionaba mejor cuando las manos estaban ocupadas en algo predecible. Las manos predecibles, el cerebro libre.

Mientras frotaba la encimera, Darvi procesó.

Los datos:

Rafael. Nacido en el Nivel -8. Sinestesia: sonido = color + textura. Padres: turno doble, ausentes. Hermana: Ale, en coma. Esposa: Lu, muerta. Hijas: Lucifer y Lilith, muertas. Edad de las hijas al morir: tres años. Causa de muerte: ejecución por ARCHON tres SUVs. persecución, impacto. Linaje Tyr detectado en las gemelas. Rafael borrado por Don Humo. Residuo principal: sinestesia. Destino post-borrado: desconocido. Nombre post-borrado: desconocido.

Lu. Rastas oscuras, mechón azul. Taekwondo. Mitología. 340 libros. Hojas de Miren. Supo que la seguían. Aceleró. Siete minutos. Se detuvo. Las tomó a las dos. Muerta.

Annie. Veintitrés cicatrices de quemaduras de cocina. Once cicatrices de la guerra. Cocina como idioma. Taekwondo aprendido de Lu. Borrada por Don Humo. Residuo principal: las manos. Destino post-borrado: desconocido. Se fue con el cuchillo en el bolsillo y el paño en el hombro.

Mathew. El -45. La madre muerta. Las tres voces. Hitorikage. El cuchillo. Seppuku. Veintidós años. El colchón hundido dos centímetros. “No fue por ellos.” Muerto.

Delto. “Yuju.” Precipicio. Portal -38. Sesenta y dos metros. 3.55 segundos. Cristal activado por impacto. Portal cerrado. Delto no retornó. Veintidós años. Muerto o en otro lado. El dato no se podía verificar.

Reymus. Libreta. Cálculos. El portal del Astral. Cerrado desde adentro. Alguien tenía que quedarse. Reymus calculó que era él. Tres pasos adelante. Siempre tres pasos adelante. La libreta quedó en la mesa del primer piso. Veintitrés años. Muerto o en otro lado. El dato no se podía verificar.

Toshiro. Receptor. Frecuencias. El cajón de Kenji. La cabeza inclinada 12 grados. Once días sin dormir. El aparato que no era receptor. La fusión. La piel fría a 14 grados. Los fluorescentes que parpadeaban al pasar. Se fue caminando por el corredor del -22. Veintitrés años. No muerto. Transformado. Toshiro era ahora parte del sistema. Las siluetas que rodeaban a Toshiro cuando se fue eran las mismas siluetas que rodeaban las Torres. Darvi vio la coincidencia. Darvi guardó el dato.

Ale. Hermana de Rafael. Coma. Hospital del Nivel -2. La protección del coma: ARCHON no puede acceder a memorias en coma. Si Ale despierta, habrá que evaluar. El “habrá que evaluar” era su manera de decir “no sé qué hacer con esto.” El viejo no sonreía y no mentía y no sabía qué hacer con una mujer en coma que recordaba todo si despertaba.

Ale. Hermana de Rafael. Coma. La protección del coma tenía fecha de vencimiento.

Don Humo. Niebla. Ausencia de sonido. Boca sin sonrisa. Borró a Rafael. Borró a Annie. No pudo borrar a Darvi. Se fue sin puerta. El hueco en el mapa sensorial se cerró cuando Don Humo se disolvió.

Quedó el olor de la ausencia no un olor específico sino la memoria de un espacio donde debería haber habido olor y no lo hubo.

Darvi terminó de lavar la cocina. La encimera limpia. El grifo cerrado. El trapo escurrido y colgado del gancho. La cocina olía a solución de limpieza industrial. El olor de la cebolla se fue. El olor de la cebolla que Rafael cocinó la noche que Lu y las niñas murieron se fue por el desagüe del grifo con el agua sucia del trapo.

Darvi se secó las manos.

- ○

A las 15:00 Darvi salió de la unidad.

El corredor del -8. Las tuberías. Los fluorescentes. El verde de Darvi estable, el verde que siempre fue estable porque los datos de coherencia de Darvi siempre fueron estables. La pulsera de Darvi era la única del grupo que nunca parpadeaba en intermitente. La estabilidad de Darvi medida en verde constante.

El gato caminó al lado de Darvi. Medio metro de distancia. Nunca más lejos. La artritis de la rodilla hacía clic cada cuatro pasos. El ritmo del clic era el metrónomo de la caminata de Darvi: paso, paso, paso, clic. Paso, paso, paso, clic.

Darvi subió. Los niveles. Las rampas. El cuerpo de Darvi subía sin atajos porque Darvi no necesitaba atajos Darvi necesitaba la ruta completa. La ruta completa le daba tiempo de procesamiento. Cada nivel que subía era un nivel de datos procesados. Del -8 al -7: Rafael. Del -7 al -6: Lu. Sin decir nada. del -6 al -5: Annie. Justo entonces, del -5 al -4: Mathew. Del -4 al -3: Delto. Del -3 al -2: Reymus. Entonces, del -2 al -1: Toshiro. Ahí, del -1 a la superficie: todos

juntos. Adolescentes en los portales. Niños en los niveles. Adultos en la guerra.

La superficie. El aire frío. 8 grados. El cielo gris. Las Torres TAAT visibles en el horizonte columnas de metal y cristal que suprimían y que controlaban. Que existían con la indiferencia de las infraestructuras que nadie cuestiona porque cuestionar la infraestructura es cuestionar el suelo que se pisa.

Darvi caminó hacia el este. El gato a medio metro. Clic cada cuatro pasos.

A 600 metros de la salida del Nivel -1, había un puesto de comida. Un carrito gris con una sombrilla desteñida. El carrito vendía tres cosas: barras de proteína estándar, agua embotellada y helado. El helado era sintético base de agua con saborizante artificial y estabilizante de goma guar. Casi sin pensarlo. el helado venía en tres sabores: blanco (sin sabor identificable), marrón (aproximación a chocolate), y rosa (aproximación a fresa). Sin aviso, el helado costaba 2 cohers.

Darvi compró un helado rosa.

La persona del carrito le dio el helado en un cono de galleta sintética. La galleta tenía la textura del cartón con azúcar. El helado rosa goteaba por los lados del cono porque la temperatura exterior 8 grados era más alta que la temperatura de almacenamiento del carrito -12 grados y la diferencia de 20 grados hacía que el helado pasara de sólido a semilíquido en aproximadamente cuatro minutos.

Darvi se sentó en el borde de la acera. El concreto de la acera estaba frío. 6 grados más frío que el aire porque el concreto conservaba la temperatura de la noche. El gato se sentó al lado de Darvi. No en el regazo al lado. La cadera del gato contra el muslo

izquierdo de Darvi. El pelo tricolor del gato contra la tela del pantalón de Darvi. El ronroneo a 26 Hz.

Darvi comió el helado.

El helado rosa tenía un sabor que no era fresa. El sabor era una aproximación de una aproximación el saborizante artificial imitaba un sabor que la mayoría de los habitantes de la Torre nunca habían probado en su versión real. El helado era una ficción de un sabor. Darvi comía la ficción con la misma atención con que comía los datos: sin juicio. sin expectativa, sin comparación con un original que no existía en su experiencia.

Las siluetas estaban. Las siluetas que Darvi veía desde los siete años las figuras translúcidas que apuntaban a los portales, que temblaban cerca de las anomalías, que se adherían a las presencias como Hitorikage estaban alrededor de Darvi. No apuntaban. No temblaban. Las siluetas estaban quietas. Distribuidas. Cuatro a la izquierda. Tres a la derecha. Una detrás. Las siluetas tenían la forma de personas pero no eran personas, eran residuos de las capas de realidad que los portales dejaron superpuestas. Los demonios hermosos.

Darvi los llamaba demonios hermosos porque la primera vez que los vio a los siete años, en el corredor del -28, después de que el tío Germán se fue, los demonios tenían una forma que era bella de una manera que nada en los niveles era bello. La forma de los demonios no era humana ni animal ni geométrica. La forma era algo entre las tres cosas, una curva que empezaba como hombro y terminaba como ala, que se disolvía antes de completarse y que volvía a empezar como pierna, terminaba como raíz y que se disolvía. Que volvía. Los demonios eran formas incompletas que se repetían sin completarse.

Eran bellos porque eran incompletos. La belleza estaba en la incompletud.

Los demonios hermosos rodeaban a Darvi desde los siete años. Los demonios hermosos no hablaban. Justo entonces, los demonios hermosos no tocaban. Al fondo, los demonios hermosos estaban. La presencia de los demonios era diferente a la presencia de Hitorikage. Hitorikage ocupaba espacio, hundía colchones, tenía peso. Los demonios no ocupaban espacio. Los demonios ocupaban atención. Donde estaban los demonios, la atención de Darvi se concentraba. Los demonios eran puntos de enfoque. Anclajes visuales en un mundo que para Darvi era demasiado ruidoso y demasiado lleno y demasiado todo.

Darvi comió el helado rodeada de demonios hermosos.

El helado goteó. El cono se ablandó. Despacio, el gato se acercó al goteo que cayó en la acera, una gota rosa sobre concreto gris, y la lamió con la lengua áspera. Detrás, el sonido de la lengua del gato sobre el concreto era diferente al sonido de la lengua del gato sobre el agua: más seco, más corto, sin el chasquido del líquido.

Darvi terminó el helado. Se limpió los dedos en el pantalón. La mancha rosa quedó en la tela, a la altura del muslo derecho. La mancha se secaría y dejaría un residuo pegajoso que Darvi lavaría esa noche o la noche siguiente o nunca. Porque la mancha de helado rosa en el pantalón de Darvi era el dato menos importante de todos los datos que Darvi procesaba en ese momento.

Los audífonos estaban puestos. Los audífonos siempre estaban puestos. El cable largo. El reproductor en el bolsillo. La música que sonaba era la misma que sonaba desde hacía seis años, una secuencia de tonos sin melodía, sin ritmo, sin estructura reconocible.

Frecuencias puras: 7,83 Hz, 14,3 Hz, 21,5 Hz. Los armónicos de la Tierra. Darvi escuchaba los armónicos de la Tierra desde que Toshiro los grabó con el primer receptor y se los pasó en un archivo de audio que pesaba 340 kilobytes y que Darvi reprodujo en loop desde entonces. Los armónicos de la Tierra eran el fondo sobre el que Darvi procesaba todo lo demás.

Darvi procesó.

Darvi recordaba a Rafael de niño contando los treinta y dos escalones. Darvi recordaba a Rafael adolescente viendo los colores de los datos. Darvi recordaba a Rafael adulto cocinando la papilla a las 06:15 con las manos que Annie le enseñó.

Darvi recordaba a Lu de niña leyendo los 340 libros. Darvi recordaba a Lu adolescente conectando mitos con frecuencias. Darvi recordaba a Lu adulta con las rastas y el mechón azul y las hijas. Los siete minutos.

Darvi recordaba a Annie de niña con las quemaduras. Darvi recordaba a Annie adolescente cerrando portales con las manos. Darvi recordaba a Annie adulta sentada en el suelo de la sala con las manos quietas.

Darvi recordaba a Mathew de niño con el cuchillo debajo del colchón. Darvi recordaba el colchón hundido dos centímetros. Darvi recordaba los mensajes que Mathew le pidió que entregara. Darvi recordaba el mensaje que no entregó, el de Delto, el del “yuju” que era real, el mensaje que llegó tarde porque Mathew murió un jueves y Delto saltó un sábado.

Darvi recordaba a Delto de niño saltando de los balcones del -32. Darvi recordaba el “yuju” de 3,55 segundos. Darvi recordaba el medio segundo de vacío acústico cuando el portal se cerró.

Darvi recordaba a Reymus de niño con la libreta. Darvi recordaba la letra que se hacía más pequeña. Darvi recordaba la mano que tembló al escribir “no retornó.”

Darvi recordaba a Toshiro de niño con la cabeza inclinada 12 grados. Darvi recordaba el olor del estaño. Darvi recordaba los fluorescentes que parpadeaban cuando Toshiro caminó por el corredor del -22 por última vez.

Darvi recordaba todo.

Nadie más recordaba.

El gato se subió al regazo de Darvi. 3,8 kilogramos de peso tibio sobre los muslos. El ronroneo a 26 Hz. La artritis de la rodilla hizo clic al subir. El gato se acomodó en la posición de siempre: patas delanteras dobladas, cabeza sobre las patas, ojos cerrados. El gato dormía. Sin decir nada, el gato siempre dormía en el regazo de Darvi. Detrás, el regazo de Darvi era el lugar más seguro del mundo porque Darvi no se movía cuando el gato dormía y no moverse era lo que el gato necesitaba y lo que Darvi hacía mejor.

Los demonios hermosos se acercaron. No físicamente, las siluetas no se movían en el espacio. Se acercaron en la atención. Los puntos de enfoque se intensificaron. Las formas incompletas se volvieron más definidas, el hombro que se convertía en ala, la pierna que se convertía en raíz. Los demonios estaban más presentes que de costumbre. Los demonios sabían lo que Darvi sabía. Ahí, los demonios eran parte de la red de datos de Darvi. De golpe, los demonios eran testigos.

Darvi no lloró.

Darvi no lloraba. No porque no pudiera. Porque llorar no era lo que el cuerpo de Darvi hacía con el dolor. El cuerpo de Darvi hacía

otra cosa con el dolor. El cuerpo de Darvi procesaba. En ese instante, el dolor entraba como dato. Sin aviso, el dato se clasificaba. El dato se conectaba con los demás datos. El dato ocupaba su lugar en la red. La red se hacía más grande. La red se hacía más pesada. La red se hacía más completa.

Darvi era la constante.

La variable que no cambiaba mientras todo lo demás cambiaba. La función que permanecía mientras las otras funciones se borraban. El punto de observación que ARCHON no podía eliminar porque ARCHON no podía detectar lo que era idéntico a sí mismo, registro puro, observación pura, dato sin interpretación.

Darvi era lo que quedaba cuando se restaba todo lo demás.

La acera fría. El gato dormido. Los audífonos con los armónicos de la Tierra. La mancha rosa de helado en el pantalón. Los demonios hermosos. El cielo gris. Las Torres en el horizonte.

Darvi procesó.

Darvi guardó los datos.

Darvi siempre guardaba los datos. ### Epílogo LO QUE NO SE FUE

- ○

La niebla no se fue.

El viejo terminó con Rafael a las 04:00. Terminó con Annie a las 04:40. Salió de la unidad del -8 a las 04:47 con las manos en los bolsillos del abrigo y la niebla arrastrándose detrás por el corredor sin prisa. La puerta de la unidad se cerró sin sonido neumático. Se fue. Las siluetas negras de las ocho capas concéntricas se alejaron por el corredor del -8 y desaparecieron en la rampa.

La niebla no se fue.

Darvi estaba en el pasillo de la unidad con el gato, la caja de herramientas y la libreta de Reymus, el cilindro de ruido y los 290 gramos contra el pecho. La niebla del suelo, la capa de 25 centímetros que cubrió la unidad cuando Don Humo entró, seguía. La niebla debería haberse disipado cuando el viejo se fue. La niebla era él. Él se fue. La niebla debería haberse ido con él.

La niebla no se fue.

Darvi se agachó. Puso la mano en la niebla. La consistencia de antes, entre gas y líquido, más densa que el humo, más lenta que el vapor. La niebla se adhirió a los dedos de Darvi. Detrás, la temperatura de la niebla era 18 grados más fría que el aire de la unidad, que estaba a 20, más cálida que las tuberías, que estaban a 14. Entonces, la niebla tenía su propia temperatura. La niebla tenía su propia densidad. La niebla tenía su propia frecuencia.

Las siluetas de la niebla se movían. Se movían hacia la puerta de la unidad. Hacia el corredor. Hacia la rampa. Hacia afuera.

La niebla tiraba.

No con fuerza ni con dirección. La niebla tenía una dirección y la dirección era hacia afuera. Darvi sentía la presión en los pies. Una presión mínima, 0.3 newtons. La presión de algo que empujaba sin empujar, que sugería sin ordenar.

Darvi fue al cuarto de Rafael. Rafael dormía. La cara de Rafael tenía una expresión que Darvi no vio en diez días. La expresión de alguien que no carga nada. La frente sin arrugas. La mandíbula relajada. Los hombros caídos de la ausencia de peso. Rafael dormía con la paz de alguien que no sabe quién es.

Darvi lo miró durante doce segundos. Doce segundos era el tiempo que Darvi necesitó para archivar la imagen de Rafael durmiendo sin memorias.

Darvi fue a la cocina. Annie dormía en la silla con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa, con el cuchillo de 18 centímetros al lado de la mano derecha. Las manos de Annie con las treinta y cinco cicatrices sobre la mesa. Las manos que mañana no sabrían por qué tenían cicatrices.

Darvi miró a Annie durante ocho segundos.

La niebla tiraba más fuerte. La presión en los pies de Darvi subió a 0.5, 0.8 newtons. Por instinto, la niebla empujaba. Arriba, la niebla no sugería la niebla empujaba. La dirección era la puerta. El corredor. La rampa. Afuera.

Darvi agarró la caja de herramientas. Verificó la libreta en el bolsillo. Verificó el cilindro. Los 290 gramos contra el pecho. Los 4.7 kilos en la mano derecha.

Vámonos le mencionó al gato.

El gato caminó hacia la puerta con la cadencia de la rodilla artrítica clic, clic, clic y cada paso levantaba niebla del suelo, la niebla se arremolinaba alrededor de las patas del gato y el gato sacudía las patas. La niebla no se soltaba.

Darvi salió de la unidad del -8.

El corredor estaba lleno de niebla hasta la cintura. Niebla gris con siluetas negras que se movían en una dirección. La dirección era la rampa. Abajo.

Darvi caminó. La niebla la movía. La niebla la llevaba. El gato flotaba al lado de Darvi con solo la cabeza y las orejas asomando por encima de la superficie gris.

La rampa. La niebla descendió con la velocidad de un líquido en pendiente del 6%. Darvi aceleró. El gato aceleró. Los tres bajaron del -8 al -9 al -10 al -11 cayendo.

Los fluorescentes de cada nivel los fluorescentes que parpadeaban se apagaban cuando la niebla los alcanzaba. La niebla absorbía la luz. La niebla absorbía la frecuencia. La niebla absorbía todo.

Darvi dejó de contar los niveles en el -22. El taller de Darvi. La mesa de Toshiro. El lugar donde Darvi construyó el oscilador que cerró los portales. La puerta del taller pasó a su derecha y se oscureció y desapareció.

Más abajo. -30. -40. -50. La temperatura descendía 0.5 grados por nivel. En el -50 los dedos de Darvi estaban blancos y la nariz del gato estaba fría contra su muñeca donde el gato se agarró a la manga de la sudadera.

—60. -70. Los niveles agrícolas. El olor de la tierra y del fertilizante que era el olor de Lu y Lucifer y Lilith procesadas en componentes que alimentaban esta tierra. El olor pasó. La niebla lo absorbió.

—80. -90. Los niveles que no aparecían en los mapas del sistema. La niebla aceleró.

Y después no había niveles. No había fluorescentes. No había tuberías. Detrás, no había hormigón. Sin aviso, no había mosaico.

Había frío.

El tipo de frío que no venía de una temperatura del aire sino de algo más profundo. Frío que atravesaba la sudadera y la camiseta, la piel y llegaba a los huesos del antebrazo. Los congelaba desde adentro. Un frío que olía. El frío olía a tierra mojada, a hojas en

descomposición, a corteza húmeda, a algo orgánico que no era del sistema.

Los pies de Darvi tocaron suelo.

No mosaico. No hormigón. Suelo. Tierra con hojas. Hojas húmedas de un otoño que no existía en el sistema porque en el sistema no había estaciones. Darvi Las hojas debajo de las suelas de los zapatos el crujido sordo de materia vegetal en descomposición comprimida bajo 52 kilos de peso. El crujido era real. El suelo era real. La tierra era real.

Darvi levantó la cabeza.

Árboles. Árboles de verdad. Troncos de 40, 50 centímetros de diámetro subiendo hacia una copa que no se veía porque la niebla cubría todo lo que estaba por encima de los 4 metros. Corteza con textura irregular no la textura uniforme de las paredes del sistema, no la textura repetitiva de los paneles sintéticos, sino textura de creció. Textura de algo viejo. Darvi puso la mano en un tronco. Corteza fría 6 grados. Corteza húmeda. Sin decir nada, corteza con musgo en los pliegues más profundos. Sin aviso, corteza con olor a madera y a lluvia y a tiempo.

Un bosque.

Darvi estaba en un bosque.

La niebla cubría todo. Niebla densa, niebla de Don Humo, niebla que absorbía la luz que no había porque aquí la única luz venía de algo arriba de la niebla. Algo que filtraba una luminosidad gris que dejaba ver los troncos y las hojas y el suelo pero no dejaba ver más allá de 8, 10 metros de distancia. El bosque era oscuro. El bosque era frío. El bosque era denso.

El gato se bajó de la manga de Darvi. El gato se paró en las hojas húmedas. Las patas del gato se hundieron 2 centímetros en el mantillo del suelo. El gato olfateó. Las orejas giraron derecha, izquierda, derecha. El pelo del gato ya no estaba erizado. El gato se sacudió la niebla que le quedaba en el lomo con tres movimientos laterales y caminó tres pasos clic, clic, clic, la rodilla artrítica sobre hojas y se detuvo y miró hacia adelante con la atención de un animal que detecta algo grande.

Darvi miró en la dirección del gato.

La muralla.

Darvi caminó hacia ella durante 47 pasos. Cada paso crujía sobre las hojas. Cada paso acercaba la muralla. La muralla creció con cada paso no creció en el sentido de expandirse, creció en el sentido de que la escala se volvía comprensible a medida que la distancia se reducía. La muralla era alta. Más alta que cualquier estructura que Darvi midió en los niveles del sistema.

Darvi se detuvo a 3 metros. Levantó la cabeza. La muralla desaparecía dentro de la niebla. 15 metros, 18, 20 Darvi no podía ver la parte superior. La muralla era vertical. Entonces, la muralla era lisa. Un segundo después, la muralla era de madera.

Madera.

No hormigón, no metal, no material sintético. Madera. Pero madera que Darvi no tenía en su catálogo. No se trataba de pino, no era roble, no era ninguna de las maderas que Darvi trabajó en el taller del -22. La madera de la muralla tenía una densidad que Darvi estimó en 900-1000 kg/m³ por la acústica del golpe de nudillos más densa que el roble, más densa que cualquier madera que Darvi

conociera. El color de la madera era oscuro marrón con vetas negras que formaban líneas y las líneas formaban patrones.

Darvi miró los patrones.

Los patrones eran geométricos. Las vetas de la madera no parecían aleatorias. Las vetas formaban figuras repetitivas, figuras con simetría rotacional de orden 6, hexágonos conteniendo hexágonos conteniendo hexágonos con una proporción que se reducía en factor phi, 1.618, la proporción áurea aplicada a geometría hexagonal. Darvi puso los dedos en las vetas. El relieve de las líneas era de 2 milímetros lo suficiente para sentir el patrón con las yemas, lo suficiente para que los dedos de Darvi siguieran las líneas de un hexágono al siguiente al siguiente al siguiente.

Darvi no movió los dedos durante tres minutos.

Tres minutos era el tiempo que Darvi necesitó para recorrer un módulo completo del patrón con las yemas y registrar la simetría, la proporción y la regularidad. La belleza que el patrón tenía. La belleza no era una palabra que Darvi usara. Darvi usaba la palabra satisfactorio. El patrón era satisfactorio. El patrón era el tipo de estímulo que el cerebro de Darvi procesaba con una respuesta que otros cerebros reservaban para la música o para los atardeceres una respuesta de completitud, de encaje, de algo que estaba donde debía estar.

Darvi retiró los dedos de la muralla.

Caminó a la derecha. 200 pasos. La muralla continuaba. 400 pasos. La muralla continuaba. La muralla no tenía fin visible en la niebla.

Darvi regresó al punto inicial. Caminó a la izquierda. 312 pasos. Las puertas. Dos puertas. Cada puerta de 20 metros de alto por 15 de

ancho. La misma madera desconocida. Las bisagras de las puertas eran de madera no de metal con recubrimiento de madera, no de metal pintado: madera tallada con la precisión de un mecanismo de relojería. madera funcionando donde debería haber metal. Los acabados que a primera vista tenían el brillo del bronce o del cobre estaban tallados en la superficie tallados para imitar metal, tallados con una habilidad que hacía que la madera tuviera el reflejo del metal sin ser metal.

Darvi se acercó a las puertas. Las figuras talladas cubrían toda la superficie. Animales. Animales mecánicos. Dragones con articulaciones visibles y engranajes expuestos tallados en relieve. Robots que imitaban la anatomía de animales lobos con costillas de pistones, águilas con plumas de placas articuladas. serpientes con vértebras de tuercas hexagonales. Y un ejército. Cientos de figuras pequeñas robots peleando entre sí, unos contra otros, sin bando claro, sin formación, sin orden: guerra total tallada en madera con detalle que Darvi necesitó acercar la cara a 10 centímetros para apreciar.

En el centro, donde las dos puertas se unían, un escudo. Dentro del escudo encapsulado en un marco circular de madera con el mismo patrón hexagonal de la muralla un dragón. El dragón tenía plumas. El dragón no tenía escamas ni piel lisa: tenía plumas largas. talladas una por una, plumas que salían del cuello y de la cola y de las alas con textura de vuelo. Pero el dragón no volaba. El dragón estaba enredado en sí mismo la cola enrollada alrededor del cuerpo, las alas plegadas contra los costados. el cuello doblado en un ángulo que no era descanso ni elegancia sino contención. El dragón tenía la postura de lo puesto ahí. De lo que no eligió estar ahí. De lo contenido.

Darvi puso los dedos en las plumas talladas del dragón. El relieve era más profundo aquí 4 milímetros. Las plumas tenían una textura que las vetas del resto de la muralla no tenían. Las plumas tenían calor. No los 6 grados de la corteza de los árboles ni los 8 grados de la superficie de la muralla. Las plumas tenían 14 grados. Más cálidas que todo lo demás. Las plumas retenían algo. Las plumas contenían algo.

Darvi retiró los dedos.

El estómago de Darvi se contrajo. Un espasmo involuntario seguido de una presión en la boca del estómago no dolor, vacío. El vacío del sistema digestivo que llevaba más de dieciocho horas sin procesar alimento. Darvi no comió antes de que Don Humo viniera. Darvi no comió durante el borrado de Rafael y Annie. Por instinto. darvi no comió durante el descenso por la niebla. Entonces, darvi no comió.

Darvi necesitaba comer. Darvi necesitaba refugio. Darvi necesitaba evaluar el perímetro, los recursos, la temperatura ambiente, las fuentes de agua, las posibilidades.

A 80 metros de la muralla, una formación de roca. Roca con musgo y con una concavidad natural en la base suficiente para proteger del viento y de la humedad. La roca formaba un techo de 1.5 metros sobre un espacio de 3 metros cuadrados. El tipo de estructura que alguien, en otro tiempo, podría haber usado para lo mismo.

A 40 metros del refugio de roca, un nogal. Darvi reconoció el nogal por la forma de las hojas compuestas y por las nueces en el suelo nueces con cáscara verde exterior y cáscara dura interior. Darvi recogió dieciséis nueces. Las nueces pesaban 12 gramos cada una. 192 gramos. Rendimiento calórico estimado: 650 kcal por 100

gramos de nuez pelada. Si la mitad del peso era cáscara: 96 gramos de nuez. 624 kcal. Suficiente para una comida. No suficiente para dos.

A 25 metros del nogal, fresas silvestres. Pequeñas 3 centímetros. Rojas. Darvi recogió un puñado. Las fresas olían a azúcar fermentado y a tierra. Darvi probó una. Dulce con ácido. Real.

Un río. El sonido del agua el sonido que Darvi detectó a los 2 minutos de llegar al bosque pero que archivó mientras evaluaba la muralla. El río estaba a 60 metros del refugio de roca. Agua fría 4 grados por la sensación en los dedos. Agua transparente. Por instinto. agua con sabor a mineral y a piedra, sin el hierro y el cloro residual del tratamiento del sistema. Más allá, agua real.

Darvi llevó las nueces y las fresas al refugio de roca. Se sentó. Puso la caja de herramientas a la derecha. El gato se acostó a la izquierda, sobre las hojas, con los ojos abiertos mirando la niebla. Darvi empezó a cascar las nueces con la llave inglesa de la caja golpe seco. cáscara partida, nuez extraída con los dedos. Catorce de dieciséis nueces tenían el interior sano. Darvi separó la harina de nuez en un montón sobre una hoja de nogal. Mezcló tres fresas aplastadas con el tallo de una planta que crecía junto al río un tallo fibroso con un sabor dulce residual que no tenía en su catálogo pero que el estómago de Darvi aceptó.

Darvi comió la harina de nuez con los dedos. Comió las fresas. Bebió agua del río en las manos ahuecadas. La comida no era suficiente. La comida era lo que había.

El reproductor de cintas magnéticas de Darvi no tenía batería. La pantalla muerta. Los audífonos conectados a nada. Sin los armónicos de 7.83 Hz. Sin la frecuencia de Toshiro. Sin el suelo bajo los pies que

los audífonos le daban. Darvi sacó los audífonos del reproductor y se los puso de todas formas. Los audífonos sin sonido bloqueaban el 40% del ruido exterior. Tampoco era lo mismo. Era algo.

En los troncos de algunos árboles, a 30 centímetros del suelo, hongos bioluminiscentes. Emitían una luz verde-azulada de baja intensidad 0.01 lux, insuficiente para leer pero suficiente para ver los contornos de las formas en la oscuridad que crecía. Darvi habría querido analizar la composición de los hongos las propiedades de la bioluminiscencia. la longitud de onda exacta, si la energía lumínica era aprovechable para cargar el reproductor. Habría querido improvisar un recolector de iones o una celda de calor. Era demasiado tarde. Era demasiado oscuro. El cuerpo de Darvi necesitaba dormir antes de resolver problemas.

Darvi se acostó en el refugio de roca. Las hojas del suelo formaron un colchón húmedo de 5 centímetros. La roca del techo bloqueaba la niebla que seguía cayendo. El gato se acostó contra el costado izquierdo de Darvi los 3.2 kilos de calor animal contra las costillas. El gato no ronroneaba. El gato respiraba regular, sin dormir pero descansando.

Darvi cerró los ojos. Las siluetas de la muralla permanecieron en la retina de Darvi durante 14 segundos los hexágonos dentro de hexágonos, la proporción áurea en madera desconocida, las plumas del dragón contenido, los robots peleando, las bisagras de madera que funcionaban donde debería haber metal. El patrón más satisfactorio que los dedos de Darvi tocaron.

La libreta de Reymus en el bolsillo izquierdo. El cilindro de ruido en el bolsillo derecho. Los 290 gramos contra el pecho.

Darvi recordaba todo. Rafael durmiendo sin memorias. Annie durmiendo sin cicatrices que entendiera. Lu con el mechón azul. Lucifer y Lilith corriendo por el pasillo del -8. Las cajas de refrigeración 001, 002, 003. El compost del sector 7. La guerra de portales. La niebla de Don Humo. Las ocho capas negras. La última comida de Annie los cubos de pollo con la reacción de Maillard y el arroz de ocho minutos. El condimento universal. La cara de Rafael cuando el sonido volvió a tener color. Todo. Darvi recordaba todo. La muralla no se abría. la niebla no se iba y el bosque era oscuro, el gato respiraba contra sus costillas y los hongos bioluminiscentes emitían su verde-azulado de 0.01 lux contra los troncos de los árboles. Era de noche en un lugar que no era el sistema. Que no era el Plano Medio. Que no tenía nombre.

El gato abrió un ojo. Miró a Darvi. Cerró el ojo. El tipo de parpadeo que los gatos hacen cuando confirman que la persona junto a ellos sigue ahí.

Darvi estaba ahí.

La niebla no se fue. ## Glosario

ARCHON Sistema de corrección y mantenimiento del flujo. No tiene intención. Detecta, ejecuta, corrige, desconecta. Los humanos lo llaman de muchas formas. Ninguna es correcta. [CLASIFICADO]

Astral Uno de los planos de existencia. Dividido en regiones: Sur, Este, Ciudad Control, Norte. Cada región tiene sus propias reglas y sus propios problemas. Los portales conectan el Plano Medio con el Astral de formas que nadie controla del todo.

Barra de pollo Alimento estándar del sistema. Proteína de origen mixto, procesada, comprimida en forma de barra. Sabe a lo que el sistema decide que sabe. Ingredientes: mejor no preguntar.

Borrado Proceso de eliminación selectiva de memorias. No es magia. No es castigo. Es desconexión. Limpieza de registro. Corrección. Los nombres que el sistema usa para lo que los humanos llaman olvidar. [ACTUALIZADO]

Ciudad Control (CC) Centro administrativo del sistema en el Plano Medio. Donde se toman las decisiones que afectan a todos los niveles. Lo que ocurre en CC rara vez se explica a los residentes.

Cohers Unidad monetaria del sistema. El valor de un coher fluctúa según factores que los residentes no comprenden y el sistema no explica.

Compost Material orgánico en descomposición. En el contexto del sistema, el compost del sector 7 tiene propiedades que exceden su función agrícola. [CLASIFICADO]

Degradación Proceso narrativo y sistémico. Las cosas se deterioran. La prosa se fragmenta. El mundo se rompe. No hay excepción.

División 47 Unidad operativa del sistema. Funciones: clasificadas. Personal: rotativo. Resultados: ambiguos.

Don Humo Nombre de mercado gris. Capacidades: borrado selectivo de memoria. Origen: desconocido. Nivel de acceso: desconocido. No sonrío. Nunca sonrío. Huele a tabaco que no debería existir. [ACTUALIZADO]

Entreternia Localidad del Plano Medio. Lo que ocurre en Entreternia tiene consecuencias que se extienden más allá de sus fronteras.

Flujo El estado natural de la energía en el universo. Todo se mueve. Todo busca su siguiente estado. Los humanos son la interrupción. [CLASIFICADO]

Formulario 17-B Documento requerido para acceder a servicios médicos del sistema sin firma profesional. Tiempo de procesamiento sin firma: 15-20 días hábiles.

Frecuencia de Schumann 7,83 Hz. Frecuencia base de resonancia. Aparece en contextos que el sistema prefiere no documentar.

Hitorikage Demonio. Pacto con Mathew desde la infancia. El nombre no se traduce. La función tampoco.

Le Jardin Un café. Existe en un lugar que no debería existir. Alguien sirve café ahí. Los detalles son complicados.

Lupa Instrumento de diagnóstico. Cobra costo: nombre, secuencia, rutina motora, mapa mental. Lo que ves con la Lupa se paga con lo que eres.

Mercado gris Economía paralela del sistema. Donde se consigue lo que el sistema no provee oficialmente. Precios variables. Riesgo variable. Todo tiene un costo.

Nexus Punto de convergencia entre planos. Lo que el Nexus contiene y lo que el Nexus hace son preguntas que tienen respuestas incompletas.

Nivel -8 Nivel residencial subterráneo del sistema. Temperatura: variable. Fluorescentes: 5000K cuando funcionan. Distancia al sector médico: 6 niveles. Distancia a la superficie: 8 niveles. Distancia a todo lo demás: demasiada.

Plano Base El plano de existencia más profundo. Lo que habita en el Plano Base no responde a las mismas reglas que lo que habita arriba. [CLASIFICADO]

Plano Medio Donde los humanos viven. Subdividido en niveles, sectores y zonas. Los niveles se cuentan en negativo desde la

superficie. Cuanto más abajo, más frío.

Portal Apertura entre planos. Los portales no se controlan. Los portales se abren y se cierran y lo que cruza por ellos no siempre es lo que debería cruzar.

Reciclaje Orgánico Planta del Sector 7. Proceso: 120°C, 4 horas, trituración, separación de componentes (proteínas, calcio, fósforo, agua). Las proteínas entran en la línea general de producción. El ciclo es cerrado. Eficiente.

Sanguisburg Localidad del Plano Medio. Aparece en registros del sistema con más frecuencia de la que su tamaño justifica.

Sector 7 Sector agrícola y de reciclaje del sistema. Lo que crece en el sector 7 alimenta el sistema. Lo que se procesa en el sector 7 alimenta lo que crece. El ciclo es cerrado.

Sinestesia Capacidad neurológica. Los sonidos tienen color. Los colores tienen textura. Las texturas tienen temperatura. No todos los cerebros lo hacen. Los que lo hacen no pueden apagarlo.

Sistema La infraestructura total que administra la vida humana en el Plano Medio. El sistema provee. El sistema regula. Cerca de ahí, el sistema recicla. De golpe, el sistema no explica.

Torre TAAT Infraestructura del sistema que emite frecuencia de 0,12 Hz. Función oficial: comunicaciones. Función real: [CLASIFICADO].

$\chi \cdot e^{\chi} = 1$ Ecuación. Aparece donde no debería aparecer. Significa lo que significa. [CLASIFICADO] ## Registro Técnico

Frecuencias documentadas en este volumen:

Frecuencia Fuente

Color sinestésico

0.12 Hz Torre TAAT / ARCHON

0.23 Hz Respiración (14/min)

Frecuencia Fuente		Color sinestésico
7.83 Hz	Schumann (base)	
14.3 Hz	Schumann (2do armónico)	
21.5 Hz	Schumann (3er armónico)	
25-50 Hz	Ronroneo felino	
50-200 Hz	Tuberías del sistema	Azul (degradado)
55 Hz	Frecuencia gótica / runas	
60 Hz	Ventilación	Azul claro
100 Hz	Compresor refrigerador	Azul-verde
220 Hz	Frecuencia de Lilith	Ámbar
800 Hz	Monitor médico	(no recuperado)
2.000 Hz	Olla cayendo / agudos	Amarillo
2.200 Hz	Alarma estándar	Amarillo limón

Temperaturas:

Ubicación	°C
Agua del grifo del -8	11
Suelo del Sector Médico -2	12
Tuberías del -8	14
Aire de la unidad del -8	20
Aceite de cocina (Annie)	160
Planta de Reciclaje Orgánico	120
Refrigeración morgue	4

Distancias y medidas:

Dato	Valor
Escalones de entrada	32

Dato	Valor
Distancia unidad → Planta Reciclaje	800 m (1.247 pasos)
Longitud de zancada de Darvi	64 cm
Peso caja de herramientas Darvi	4,7 kg
Peso libreta de Reymus	210 g
Peso cilindro de ruido	80 g
Cuchillo de Annie	18 cm
Cicatrices de Annie	35

Índice de Personajes

Rafael Sinestesia. Ve sonidos en colores. Procesa el mundo en patrones que nadie más ve. Cocinaba cada mañana porque la cocina tenía orden. Padre de Lucifer y Lilith. Esposo de Lu. Después del borrado: no sabe quién es. Lo que queda: la sinestesia, las manos que cuentan escalones, el cuerpo que recuerda lo que la mente ya no tiene.

Lu Rastas oscuras con mechón azul. Taekwondo. Mitología como forma de entender lo que la ciencia no alcanza. Madre de Lucifer y Lilith. Muere en el accidente del Nivel -1 junto a sus hijas. Hora de defunción: 14:41.

Annie Treinta y cinco cicatrices en las manos. Cocina como combate. Cuchillo de 18 centímetros. Enseñó a Rafael que la sal va al final. Después del borrado: las manos siguen sabiendo cortar pero no saben por qué. Va al ejército. Lo que queda: las cicatrices, las patadas

circulares, el llanto al cortar cebollas que es más profundo que el ácido sulfónico.

Darvi Damiana Ramona Viridiana. Mecánica. Caja de herramientas de 4,7 kilos. Audífonos con armónicos de Schumann. Ve siluetas. Construyó el oscilador que cerró los portales. El viejo no pudo borrarla. La constante. Recuerda todo. Procesa todo. No llora. Come helado.

Mathew Tres voces. Hitorikage debajo del colchón. Se fue cuando las voces se callaron. La forma en que se fue fue la forma que las voces le enseñaron cuando era niño.

Delto Dijo “yuju” y saltó. Cerró un portal con su cuerpo. Los moretones se curaban en diez días. Este no.

Reymus Estratega. Cerró el portal desde adentro. Sus manos siempre estaban delante, midiendo, tanteando, verificando. La libreta que dejó pesa 210 gramos.

Toshiro Heredó la inclinación de cabeza de Kenji, quien la heredó. Receptor de piezas robadas. Siete antenas. Se fusionó con la tecnología. Emite a 0,12 Hz. Ya no es Toshiro.

Lucifer Hija de Rafael y Lu. Tres años. Salpicaba en la bañera. Comía con cuchara en ritmo de 3/4. Procesada en la Planta de Reciclaje Orgánico del Sector 7.

Lilith Hija de Rafael y Lu. Tres años. Hacía “mmm” a 220 Hz en la bañera. No salpicaba. Procesada en la Planta de Reciclaje Orgánico del Sector 7.

Ale Hermana de Rafael. Cae en coma durante la guerra de portales. El coma la protege de ARCHON. Respira 14 veces por minuto. Constante.

Don Humo Viejo. Edad indeterminada. Piel oscura de un sol que no existe en el sistema. Ojos pequeños, hundidos, párpados pesados. Abrigo de material desconocido. Ocho capas de siluetas negras. Huele a tabaco real. Borra memorias. No sonríe. No miente. Dice “porque es necesario” cuando le preguntan por qué.

Suki Les enseñó a apreciar las bestias radioactivas. Bastón de ébano con cristales que emiten a 55 Hz. Peleaba con lo que cruzaba.

Kenji Padre de Toshiro. Cajón de componentes. Inclinación de cabeza que Toshiro heredó. Frecuencia de 7,83 Hz en un receptor de partes. No se despidió porque no sabía que se iba.

Valeria Compañera de cuarto de Darvi. Colchones separados por 40 centímetros. Seis años de silencios compartidos. Se fue. El gato se mudó al centro exacto de su colchón esa misma noche.

Gato (Pavlov) 3,2 kilos. Rodilla artrítica. Clic, clic, clic. Detecta lo que Darvi ve. Parpadea para confirmar que la persona junto a él sigue ahí. Criterio propio con las galletas. ## Sobre esta obra

NOSOTROS, USTEDES, LOS OTROS es el noveno libro de la saga MEDIOEVO.

Los personajes de este libro no saben quiénes van a ser. El lector sí. Esa diferencia es el punto.

•

$$\chi e^{\chi} = 1$$